

PANORAMA DE

LOS ESCRITORES Y SUS OPINIONES MIGUEL DELIBES

HACIA mucho tiempo que no veía yo a Miguel Delibes. Pero uno de esos partidos de fútbol que desplazan a media España, trajo desde Valladolid al autor de «El camino», la novela que acababa de aparecer en aquellos días. Miguel Delibes es un hombre de concentrada intimidad que no rehuye las manifestaciones de la vida colectiva. Es un modelo de anacambismo. Y, suponiendo que los periodistas literarios sean unos fotógrafos especiales encargados de obtener una visión lo más exacta posible de las personalidades que sobresalen en las letras, tenemos que reconocer que Delibes ofrece una desesperante resistencia a la «pose». Nunca está «en situación» de hombre notable y no hace esas declaraciones en que el público ve en seguida que aquel hombre ha leído más que nadie y tiene unos gustos y opiniones inconfundibles. Es decir, que no puedan confundirle con los demás mortales. Delibes tiene, desde luego, «sus» gustos y «sus» opiniones, pero su mayor empeño es situarse en la vida como observador. Y llevar su alma en su almarino.

Miguel Delibes es alto y delgado; su manera de andar, sus gestos y todo el aire de su persona revelan al hombre que no espera que se fijen en él. Su voz es pastosa, y su charla, lenta y acompañada de casi ninguna gesticulación. Parece en esto un viejo marinero o un campesino pegado a la tierra, o sea un hombre para quien las palabras son una cosa muy seria. A la vez, sus ojos tristes revelan una extraordinaria juventud, una mezcla de melancolía y optimismo, de confianza en la vida y en la inmensa

importancia de algunos sentimientos e ideales y, por otra parte, de tristeza porque la vida frustra lo mejor de muchas personas. Y lo más curioso es que este hombre ha sido muy afortunado y se ha realizado a sí mismo contra viento y marea. Cuando conocí su hogar en Valladolid tuve la infrecuente sensación de que me hallaba ante un hombre feliz. Pero en esto precisamente conocemos que Miguel Delibes es un novelista de raza: en que vive intensamente la vida del mundo y ahora, en «El camino», ha logrado — con mucha diferencia — su mejor novela. Y esta es la novela de los que no han podido seguir el camino que a cada uno le marca el Señor. No es la historia de los fracasados adultos, ya que éstos tienen casi siempre la culpa de su fracaso, sino la historia de los destinos infantiles truncados, y esto es patético, porque los niños no tienen la culpa de no llegar a ser aquello para lo que han nacido. Todavía no tienen la culpa.

Sé que puedo hacerle a Delibes pocas preguntas. De todos modos, y por la sugestión que ejercía sobre mí en ese momento el título «El camino», le digo:

—¿Cómo ha llegado usted a la novela?

—Mediante un proceso insospechado. Yo no escribí nada ni leí nada hasta los veinticuatro años. Es decir, leí muchos gordos tomos de Derecho Mercantil, que, en apariencia, fueron los que despertaron mi afición a las letras. Luego, escribí un día un cuento y me dijeron que no estaba mal. Entonces pensé: «Haciéndolo más largo puedo escribir una novela». Y la hice.

Escribí «La sombra del ciprés es alargada», porque la idea de la muerte siempre me ha sugestionado.

—¿Cuál es su posición, es decir, cuál cree usted que es su posición dentro de las tendencias actuales de la novela?

—Lo ignoro. No creo que me encuentre dentro del «tremendismo» en boga, aunque tampoco al margen del pesimismo que impregna la obra de las jóvenes generaciones. Nuestra vida no ha sido fácil.

—¿Cree usted que la poesía española está produciendo actualmente obras importantes?

—No estoy al tanto del movimiento poético. En realidad me interesa poco la poesía. Nunca hice un verso y leí pocos.

—¿Quiere usted decirme algo sobre el libro que acaba de escribir?

—En «El camino» he procurado apartarme del sentido trascendente que intenté infundir a mis dos primeros libros. Nada de problemas filosóficos ni de ambientes enrarecidos o deprimentes. Creo que en «El camino» — que, a fin de cuentas, es una novela de niños — hay sol y aire y equilibrio de alegrías y tristezas. Es, consecuentemente, a mi juicio, más amable y humana que las otras dos.

—En efecto, en «El camino» ha hecho usted lo que yo esperaba que hiciera para llegar a la meta que señalaba «La sombra del ciprés es alargada». He pensado, al leer «El camino», que en esta obra, aunque a primera vista no lo parezca, se hallan los elementos fundamentales de su primer libro y, contra lo que usted opina, no creo que se haya apartado del sentido trascendente que intentó usted infundir a su pri-



Miguel Delibes

mera novela y a «Aun es de día». Lo que ocurre es que en «El camino», el fondo trascendente lo ha logrado usted expresar de un modo novelístico puro. Aquí hay muerte, vida y niños, como en «La sombra del ciprés es alargada», pero estos son unos niños impresionantemente reales, y la muerte la ha rodeado usted de vida de tal manera que, por un lado, apenas parece notarse y, por otro, tiene mucha más fuerza que en su primera novela.

—Me alegra esto que me dice usted, porque mi propósito fundamental es conseguir un modo de expresión novelístico que me sea propio y que, a la vez, respete las normas de construcción y de equilibrio que han aportado los grandes maestros.

En vista de que Miguel Delibes opina que su vida no merece ser contada, le pido, para vencer su modestia, que me la resuma en una cuartilla.

He aquí, fielmente reproducida, esa síntesis autobiográfica:

Nací en Valladolid el 1.º de octubre de 1920. Soy el tercero de ocho hermanos. Estudié el bachillerato en el Colegio de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, de Valladolid. Al comenzar la guerra tenía quince años. Durante un año escaso estudié modelado y escultura. Abandoné estos estudios para enrolarme como marinero en el «Canarias». Al concluir la guerra cursé la carrera de Derecho. Simultáneamente, la de Comercio, concluída en Valladolid en sus grados de perito y profesor. Luego, en Bilbao, alcancé el grado superior de intendente mercantil. 1941: Ingreso como caricaturista en «El Norte de Castilla». 1942: Ingreso en el Banco Castellano, donde permanezco medio año. 1943: Escuela de periodismo en Madrid y doctorado de Derecho. 1944: Comienzo como redactor en «El Norte de Castilla». 1945: Gano las oposiciones a cátedra de Derecho Mercantil de Escuelas de Comercio y me destinan a Valladolid. 1946: Contraigo matrimonio. 1947: Primer hijo, y escribo «La sombra del ciprés es alargada». 1948: Gano con ella el «Premio Nadal», y tengo una hija. 1949: Escri-

VIDA DE BARCELONA

CRONICA DE LA JORNADA

"La muerte le sienta bien a Villalobos", Premio "Eugenio Nadal"

Su autor, Francisco José Alcántara, reside en La Coruña

En la undécima noche

Otro «Premio Nadal». El undécimo. Once nombres lanzados a todos los vientos de la fama, desde aquel primero de Carmen Laforet en la noche casi íntima de 1945, en que no era fácil imaginar cuán profundamente iba a penetrar el recién instituido concurso en las tradiciones de más alta categoría de nuestro acervo cultural y social, ni tampoco la importancia que iba a tener en el campo de la novelística española moderna, varios de cuyos nombres más señeros han salido precisamente del «Nadal». Once noches de 6 de enero, desde las veladas inolvidables del Suizo hasta estas otras, verdaderos acontecimientos mundanales, del Oriente, pasando por la del Glacier, cuyo marco resultó estrecho para el cuadro. Y es que el cuadro se ha hecho enorme y cada año crece un poco y cada año son más las personas que no quieren estar ausentes de esta gran solemnidad de las letras que es el «Nadal».

Así ocurrió de nuevo anoche. Al filo de las diez el desfile de automóviles por las Ramblas y su difícil aparcamiento en la zona del Arco del Teatro sólo pudo compararse con los problemas que en tal materia plantean las funciones del Liceo. La comparación es válida también para la distinción y elegancia de las damas, y, en suma, para el tono de alta selección de la concurrencia, donde se hallaban las más lucidas y auténticas representaciones de la flor y nata barcelonesa. El «todo Barcelona», en efecto, estaba en el salón de fiestas del Oriente, dispuesto para más de setecientos comensales, deseosos no tanto de gustar una cena en la que, raro milagro, la cantidad no excluyó la calidad, como de seguir paso a paso, con expectación e interés desbordantes en comentarios, exclamaciones y aplausos, el curso de las votaciones que desde su «retiro» iba emitiendo el jurado.

Redactores de periódicos, agencias y revistas de Barcelona y Madrid principalmente, corresponsales extranjeros, locutores y reporteros de emisoras de radio anduvieron de un lado para otro haciendo acopio de informaciones y augurios, que no tardaban en correr de boca en boca. Los locutores sobre todo tuvieron un trabajo agotador, toda vez que desde el primer momento desarrollaron un activo plan de campaña en el que tuvieron papel preponderante las declaraciones de cuantas personalidades de relieve quisieron opinar a través de los micrófonos, todo ello sin contar el anuncio sucesivo, mediante los altavoces instalados en la sala, de los títulos y autores que «pasaban» o que quedaban apeados en el camino hacia el premio, hacia las 75.000 pesetas, y, sobre todo, hacia la gloria.

Poco antes de medianoche comenzaron a llegar los grupos de asistentes que, ante la imposibilidad material de participar en el banquete, se tuvieron que conformar con los cafés y las copas. Y en este punto la animación creció hasta límites indescriptibles dentro del más cordial de los ambientes. El inmenso murmullo de las conversaciones, envuelto en los tupidos sahumerios del tabaco, sólo cesaba, hasta hacerse un silencio total, cuando los amplificadores anunciaban una nueva votación, y así hasta llegar a la última, que fué hecha pública por los altavoces alrededor de la una de la madrugada y que dió fin a la lucha entablada ya en la primera votación entre «La muerte le sienta bien a Villalobos», de Francisco José Alcántara, y «Días turbulentos», de Angel Oliver, para conceder el «Premio Eugenio Nadal», las 75.000 pesetas y la popularidad a la primera de ellas, «La muerte le sienta bien a Villalobos», obra de Francisco José Alcántara, riojano de nacimiento y coruñés por residencia.

Esta ha sido la undécima noche del «Premio Eugenio Nadal» más brillante, si cabe, que las anteriores.

DESARROLLO DE LAS VOTACIONES Y CONCESION DEL PREMIO

Brillante aspecto del salón del Oriente

Como ya es tradición en la noche de día de Reyes, se congregó ayer la intelectualidad barcelonesa en los salones del Hote. Oriente para seguir, en unión de las personalidades más destacadas de la sociedad, las incidencias de la concesión del undécimo premio literario «Eugenio Nadal», creado y convocado por el semanario «Destino» para premiar a la mejor novela. Son doscientas diez las novelas que este año habían sido presentadas al concurso, obras de otros tantos autores de toda España. No podían faltar las mujeres novelistas, y han sido doce las que llegaron con sus novelas hasta el jurado.

La cena con que daba comienzo la reunión del público seguidor de las deliberaciones del jurado dió comienzo a las diez de la noche. Sin embargo, desde algún tiempo antes los alrededores del hotel de las Ramblas auguraban ya lo que después había de ser rotundo éxito del certamen. Numerosos automóviles ocupaban todos los lugares de aparcamiento cercano y un grupo nutrido de curiosos rodeaban la entrada del hotel.

En el salón de fiestas del Oriente habían dispuestas numerosas mesas para 550 comensales y otros 250 cubiertos en el comedor moderno. Muy pronto fueron llegando las personalidades y el público asistente ocupó los lugares reservados, iniciando las conversaciones en torno al premio «Nadal» de este año, de acuerdo con los datos conocidos por las informaciones de Prensa. A las diez y media, presentaba el salón de fiestas un desumbrante aspecto.

Si ya en sesiones anteriores del «Nadal» el local del Oriente había resultado insuficiente para tanta gente interesada en aquél, en esta ocasión, pudo ya comprobarse desde el principio que son miles las personas que no han podido asistir por falta de espacio a tan significativo acontecimiento, ya que además de los 800 comensales, acudieron más de mil personas a café y champaña que siguen a los postes.

Personalidades asistentes

Entre el numeroso público asistente a la reunión se encontraban las personalidades más destacadas de la vida ciudadana en todos sus sectores. La extraordinaria aglomeración dificultaba incluso el movimiento de los informadores y, por fuerza, en el momento de enumerar a los asistentes más destacados, se harán por citar re-

levantes figuras. Recordamos la presencia del delegado provincial de Información y Turismo, don Demetrio Ramos; secretario provincial del mismo Departamento, señor Malagelada; jefe de la Oficina de la Dirección General de Turismo, señor Vila Fradera; condes de Godó, condesa de Lacambra, don Andrés Sosa, don Damián Ricart, don Federico Amat, señor Solervecens, don Juan Estelrich, delegado español en la U.N.E.S.C.O.; don Marcelino Coll, los señores Bravo Dunipe Fuentes Martín, Cruzet, el violinista Federico Costa, el catrático señor Plüschs, don José Pardo, el alcalde de Pobla de Segur, señor Bolxareu; don Rafael Clemente Maluenda, don Santiago Ferrer, doctor Sarró, barón de Segur, don Santiago Daurella, la señora Rusifol de Planas don Damián Ricart, el doctor Lacruz, los señores Espinas, Permanyer, Blajot, Gallo Franco, Figuera a Ferrer, Pérez Teró, Monreal Tarrats y Fernández de la Reguera y señora (Susana March).

Don Enrique del Castillo, don Claudio Colomer, señores Delcós, Viñas, Webb, Santos Torroella, Hernández Pardos, don Tristán La Rosa, don Carlos Soldevilla, don Guillermo Díaz Playa, don Tomás Salvador, señores Vela Jiménez, don Jaime Arias, don Juan Sarró, don Luis Ezcurrea, don Juan Felipe Vila San Juan, don Manuel Vigil, don Julio Manegat, don Manuel del Arco y otras destacadas personalidades de la vida barcelonesa.

También asistieron los Premios «Nadal» Luis Romero, Luisa Forrellad y Miguel Delibes.

Las deliberaciones

El jurado se reunió a las diez menos veinte de la noche en la habitación número 11 del hotel. Largos debieron ser las primeras deliberaciones puesto que no fué dada por los altavoces la primera noticia hasta las 11 horas y 40 minutos. Mientras transcurrían estas primeras dos horas, los comentarios de los asistentes versaban, invariablemente, sobre las probabilidades de las doce mujeres novelistas que habían presentado sus obras al concurso. A las doce menos veinte de la noche, se anunció por el altavoz el resultado de las primeras deliberaciones del jurado, compuesto, como ya es sabido, por don Ignacio Agustí, director de «Destino»; don Juan Ramón Masoliver, don Néstor Luján, don Juan Txididor, don Sebastián Juan Arbó, don José Vergés y don Rafael Vázquez Zainora, que actuó de secretario.

Resultado de la primera votación

El resultado de la primera votación fué el siguiente: «Historia de una finca», de José y Jesús de las Cuevas, 3 votos; «Extraña Victoria», de Luis Leonardo Rodríguez, 1 voto; «La Isla de los lagartos», de José Ombueña, 1 voto; «Historia de un viaje», de Paulina Crusat, 4 votos; «La burla negra», de José María Castroviejo, 2 votos; «El mal», de Manuel de Arce, 1 voto; «La muerte le sienta bien a Villalobos», de Francisco José Alcántara, 6 votos; «Agustin otra vez», de José María Cuesta, 1 voto; «El lazo rojo», de José Ochoa Benjumea, 1 voto; «Hay una juventud que aguarda», de Francisco Candel, 2 votos; «Galaxias», de Angel Ruiz, 1 voto; «Con el paraiso al fondo», de Pino Ojeda, 1 voto; «San Fernández», de José María Valverde, 2 votos; «Días turbulentos», de Angel Oliver, 6 votos; «El pájaro en el pecho», de F. García Pavón, 2 votos; «Los que perdimos la guerra», de Angel María de Lera, 2 votos; «El sello de Dios», de Luis Castresana, 1 voto; «Historia de un reincentido», de Fernando Calatayud, 7 votos; «Historia de un pueblo sin historia», de Paula Contreras, 1 voto; «La cabeza de Dios», de Antonio Rabinad, 1 voto; «El gran verano», de Manuel Derqui, 2 votos; y «Mar de fondo», de Antón Menchaca, 1 voto.

Se resuelve el desempate entre las obras «La burla negra», «Hay una juventud que aguarda», «San Fernández», «El pájaro en el pecho», «Los que perdimos la guerra» y «El gran verano», quedando clasificadas «El pájaro en el pecho» y «La burla negra», que pasan a la segunda votación, en unión de «Historia de un reincentido», «La muerte le sienta bien a Villalobos», «Días turbulentos», «Historia de un viaje» y «Historia de una finca».

Al hacerse pública la votación, el público interrumpió algunas veces al locutor con exclamaciones por la puntuación obtenida. El mayor de los comentarios lo mereció «Historia de un viaje», de Paulina Crusat, que obtuvo 4 votos. Los asistentes esperaban, casi por costumbre, que esta puntuación se viera incrementada en las votaciones sucesivas hasta llegar...

Pero la segunda votación reforzó también otras obras. El resultado fué el siguiente:

«Historia de una finca», 5 votos; «Historia de un viaje», 5; «La burla negra», 6; «La muerte le sienta bien a Villalobos», 7; «Días turbulentos», 7; «El pájaro en el pecho», 5; «Historia de un reincentido», 7. Verificado el desempate entre las obras «Historia de una finca», «Historia de un viaje» y «El pájaro en el pecho», quedó eliminada «Historia de una finca», de José y Jesús de las Cuevas. Pasaron, por tanto, a tercera votación: «Historia de un reincentido», «Días turbulentos», «La muerte le sienta bien a Villalobos», «La burla negra», «Historia de un viaje», «El pájaro en el pecho».

Tercera votación

«Historia de un viaje», 6 votos; «La burla negra», 5; «La muerte le sienta bien a Villalobos», 7; «Días turbulentos», 7; «El pájaro en el pecho», 4; e «Historia de un reincentido», 6. En consecuencia quedó eliminada la novela «El pájaro en el pecho», de Francisco García Pavón, pasando a la cuarta votación: «Historia de un viaje», «La burla negra», «La muerte le sienta bien a Villalobos», «Días turbulentos» e «Historia de un reincentido».

Cuarta votación

«Historia de un viaje», de Paulina Crusat, 6 votos; «La burla negra», de José María Castroviejo, 3 votos; «La muerte le sienta bien a Villalobos», de Francisco José Alcántara, 6 votos; «Días turbulentos», de Angel Oliver, 7 votos; «Historia de un reincentido t.», 6 votos. Queda, pues, eliminada, «La burla negra», de José María Castroviejo, y pasaron a la quinta votación las obras de Paulina Crusat, Francisco José Alcántara, Angel Oliver y Fernando Calatayud.

Quinta y sexta votaciones

«Historia de un viaje», de Paulina Crusat, 4 votos; «La muerte le sienta bien a Villalobos», de Francisco José Alcántara, 6; «Días turbulentos», de Angel Oliver, 6; «Historia de un reincentido», de Fernando Calatayud, 5. Eliminada a novela de Paulina Crusat, «Historia de un viaje», pasaron a la sexta votación: «La muerte le sienta bien a Villalobos», «Días turbulentos» e «Historia de un reincentido». En la sexta votación quedó eliminada, en virtud de desempate, «Historia de un reincentido», de Fernando Calatayud.

Francisco José Alcántara, Premio «Eugenio Nadal»

En la séptima y última votación adjudicóse el «Premio Nadal 1954» a la novela «La muerte le sienta bien a Villalobos», de Francisco José Alcántara, que obtuvo cinco votos frente a dos que alcanzó «Días turbulentos», de Angel Olivé. El novelista don Francisco José Alcántara, «Premio Nadal 1954», es natural de Haro y reside actualmente en La Coruña. Su novela es, según uno de los miembros del jurado, un libro muy de nuestra época; la acción se sitúa en un pueblo de España y se narra con fino espíritu satírico propio de un buen estilista. El finalista Angel Olivé es natural de El Ferrol del Caudillo y vecino, actualmente, de Madrid. «Días turbulentos» es una novela de sabor costumbrista, muy clásico dentro de las tradiciones españolas.

MANO A MANO

MIGUEL DELIBES

Hoy pronunciará una conferencia en el Ateneo, el escritor Miguel Delibes sobre el tema «La joven novela española». El conferenciante es autor de «La sombra del ciprés es alargada», «Aún es de día», «El camino», «Mi idolatrado hijo Sisi», «La partida» y «Diario de un cazador».

—La joven novela española ¿han de escribirla novelistas jóvenes?

—Indudablemente.

—¿Y qué deben escribir estos jóvenes novelistas?

—Buenas novelas.

—¿Qué entiendes por novela y buena?

—Para mí, una buena novela depende, principalmente, de la humanidad y de la sinceridad de los tipos. La historia que se cuenta, e incluso el estilo, tienen, para mí, menos importancia. Es decir, que el secreto es hacer tipos de verdad y no monigotes.

—¿Realidad, o imaginación?

—Tampoco es esencial; puede haber buenas novelas sin una sola escena imaginativa y buenas novelas sin una sola escena que haya sido real.

—Entonces, ¿qué es novela? Definela.

—No quiero inventar una definición de novela; creo que el que más se ha aproximado al dar un concepto de la novela ha sido mi amigo Cela, cuando dice que todo libro que lleve en la cubierta la palabra novela, es novela; esto no hay quien lo mueva.

—¿Escribes por necesidad material, o espiritual?

—Empecé a escribir porque me sobró tiempo. Hoy escribo por desahogo espiritual y por ganar dinero. Hasta el momento me he desahogado, pero no he ganado dinero.

—¿Qué te propones?

—No me he hecho nunca esta pregunta.

—¿Te han descubierto los demás que eras novelista?

—Me lo descubrieron los señores del jurado del «Nadal», en 1948, concediéndome el premio.

—¿Te jugaron una mala pasada, o te perturbaron?

—Desde luego, me complicaron la vida; yo he procurado que esa compli-



cación sea lo más leve posible. Pero, de todos modos, estoy satisfecho.

—¿Vives el jaleo literario desde tu rincón de Valladolid?

—Ahí estoy, al margen de todo jaleo.

—¿Crees que te han enjuiciado bien?

—En nuestro oficio, como en la carrera panamericana, en la que hay tantos tropiezos, lo más importante no es salir rápido, sino mantener la velocidad.

—¿Adónde quieres llegar?

—A escribir unos libros que, aunque hoy no promuevan escándalo, no se olviden.

—¿Sufres creando, o eres escritor fácil?

—Gestar un libro es arduo; una vez empapado del tema y cogido el tono, no suelo encontrar dificultades.

—Si te pidieran que te definieses como novelista, ¿qué dirías de tí, que no hubieran acertado los críticos?

—Que soy un novelista que va creciendo en cada novela.

—¿La última es la mejor siempre?

—A mi juicio, sí.

—¿Qué edad tienes?

—Treinta y cuatro años.

—¿A qué edad consideras que un novelista ha llegado a la plenitud?

—No cuento por años, sino por novelas; una cuarta novela debe ser una obra madura.

—¿Tú has llegado a la madurez?

—Sí.

—¿No te pases...

FRANCISCO JOSE ALCANTARA

«PREMIO NADAL 1954»

Francisco José Alcántara ha ganado el «Premio Nadal 1954» con la novela «La muerte le sienta bien a Villalobos».

El autor vive en La Coruña, a la caza y captura telefónica toca. Pista al canto y a dar con él.

—Conferencia con La Coruña; aquí, Barcelona.

—¿Con qué número?

—Con el 6032.

—No contesta.

—Insista, señorita.

—Insisto, pero no contesta...

Paciencia y más paciencia.

Al fin una voz.

—Diga.

—¿Es usted Francisco José Alcántara?

—Sí, dígame.

—¿Qué hacía, hombre de Dios?

—Dormir.

—Pero ¿no se ha enterado que ha ganado el «Premio Nadal»?

—Lo estaba oyendo por la Radio; pero ¿qué quiere usted que le diga?, me dormí.

—Espáblese. ¿De dónde es usted?

—De Haro.

—¿Y qué es?

—Licenciado en Filosofía; soy profesor.

—¿Dónde estudió?

—En Barcelona acabé, hace dos años; he vivido en Lérida cinco años.

—¿Más cosas de su vida.

—Huérfano de padre y madre, vivo con mis hermanas.

—¿Ha escrito mucho?

—Tres novelas.

—¿Cuántas ha publicado?

—Ninguna; el año pasado envié al «Nadal» una titulada «Desenlace» que la mencionaron en las primeras votaciones.

—¿Qué es lo primero que escribió?

—Un artículo que publiqué en «Heraldo de Aragón».

—¿Ha hecho versos?

—Nunca.

—¿Teatro?

—Tampoco.

—¿Qué lee?

—Leo muchísima, de todo.

—¿Y el «Quijote»?

—Once veces.

—¿Cuánto ha tardado en escribir esta novela premiada?

—Cuatro meses, pero su origen fué un cuento; luego lo alargué.

—¿«Villalobos» es un personaje?

—No, un pueblo de Castilla, de la España de hoy.

—Me he olvidado de preguntarle la edad.

—Treinta y dos años; ¿qué más quiere saber?

—¿Se duerme?

—No, hombre.

—Físicamente, ¿cómo es?

—Corriente.

—¿Feo, guapo, alto, bajo?

—¿Me va a hacer un dibujo?

—Conteste, que la conferencia no la paga usted.

—Pues ni feo ni guapo, moreno y un metro setenta y dos centímetros de estatura.

—¿Qué es lo que ha querido hacer?

—No le he entendido.

—¿Qué ha querido hacer con la novela.

—Casi, casi, no he querido hacer nada, me ha salido de un tirón.

—¿Se muere mucha gente en ese pueblo?

—¿En qué pueblo?

—En Villalobos.

—Una señora, y todo gira alrededor de la muerte de ella.

—¿Por qué?

—Porque es una señora importante.

¿Qué más?

—¿Se duerme?

—No, hombre, no.

—Oiga, una pregunta que hago a todos los novelistas; ¿qué es novela?

—¡Ja, ja!

—¿Se ríe?

—No, pero es que por teléfono y a la ligera no me sale.

—¿Está emocionado?

—No.

—¿Va a dormir esta noche?

—Sí me dejan, sí.

—¿Descanse, amigo!

DEL ARCO

MD

MIGUEL DELIBES FUNDACION



ECOS Y COMENTARIOS

Entrevista con Miguel Delibes

Ha permanecido en nuestra ciudad durante unos días el novelista vallisoletano Miguel Delibes, uno de los jóvenes valores más sólidos de la literatura contemporánea. Miguel Delibes no había estado en Barcelona desde hace más de nueve años, o sea, desde antes de obtener, en 1947, el Premio Eugenio Nadal de novela, por su obra primeriza "La sombra del ciprés es alargada". Su personalidad humana como escritor — esta faceta tan importante en un novelista — era, pues, desconocida por nuestro atento público de novelas, tan fino y sutil atisbando los perfiles humanos de los escritores. El primer contacto con el novelista castellano lo tuvo desde la tribuna del Ateneo Barcelonés en su conferencia sobre la actual y joven novela española. En esta conferencia apareció Delibes tal cual es: joven y claro, rotundo, simpático y sencillo, con un limpio sentido del humor sentencioso y castellano, con una serenidad sin posible "pose". Un hombre de palabra concisa, de gesto abierto. Miguel Delibes es hombre de poca literatura externa: profundo y claro en poesía quieta, en literatura íntima, en fuerza vital recóndita.

La entrevista se plantea en casa de un amigo, apartados, fumando ambos incansablemente. En ocasiones Delibes — cuando se trata de algo que roza su modestia — vacila, se torna vago e inconcreto. Pero, por lo general, contesta firmemente, con voz segura y con su castellano tallado, de un modo precioso como un noble material de espíritu, por su acento.

—¿Cuándo comenzaste a escribir novela?

—Comencé pronto. Gané en 1945 las oposiciones a la cátedra de Derecho Mercantil en la Escuela de Comercio de Valladolid. Quedé entonces distendido de espíritu, con mucho tiempo libre y escribí "La sombra del ciprés es alargada" que luego mandé al "Premio Nadal". Fue mi primer intento largo y serio de novela. Gané el "Nadal" y por ello he seguido escribiendo novelas.

—¿Cuántas obras llevas publicadas?

—"La sombra del ciprés es alargada", "La partida", "El camino", "Mi idolatrado hijo Sisi" y ahora está a punto de salir "El diario de un cazador".

—¿Cuál de estas novelas prefieres?

—Sobre todas, "El camino". Luego "Mi idolatrado hijo Sisi".

—Tú vives en Valladolid y apenas viajas. ¿Crees que es beneficioso este apartamiento de la vida externa y del contacto con escritores?

—Gracias a eso puedo trabajar. Si me hubiese ido a Madrid quizá me divertiría más, pero trabajaría menos. Mi obra no creo que se sienta comercialmente de este apartamiento. Literariamente estoy seguro que es más pura.

—Entonces, ¿tú crees que la novela no necesita gran cosa del acicate externo, nuevos tipos conocidos, dotes de observación, relaciones, etc.

—Yo creo que la novela nos viene de fuera, pero llevándola ya dentro del espíritu. La vida de relación puede ser beneficiosa siempre que uno tenga una vida interior que pueda reflejarse en la vida que le rodea.

—¿Qué técnica usas en tus novelas?

—Pienso en el tema con gran detenimiento y minucia, comienzo a escribir y al ritmo de la narración surgen los episodios. A José María Gironella le chocó ver el manuscrito de "El camino", que escribí en veintidós días, sin apenas tachaduras.

—Cela siempre ha sostenido que trabaja en sus obras ocho horas diarias, como un oficinista. ¿Tú podrías hacerlo? ¿Consideras que es un buen método?

—Debe serlo si se tiene el temperamento de Camilo José Cela. Yo, sin embargo, soy más impaciente y trabajo de una manera discontinua y nunca más de tres horas diarias. También mi ritmo de producción es distinto. Como he dicho, "El camino" lo escribí en veintidós días; en cambio, "Mi idolatrado hijo Sisi" me costó cinco meses de trabajo.

—Tú, que eres periodista desde el año 1943, ¿crees que el periodismo puede ser perjudicial para una obra de creación literaria?

—Creo que, por el contrario, re-



MIGUEL DELIBES

sulta una magnífica gimnasia. De un modo particular el periodismo de pequeñas capitales en el cual hay que hacer de todo. Aunque no cabe duda que la labor de rutina puede perjudicar. También es un buen entrenamiento. Lo que no se debe mecanizar es el espíritu. A mí me enseñó a escribir el magnífico texto de "Derecho Mercantil" de Joaquín Garrigues, y me solté escribiendo críticas de cine.

—¿Por qué te enseñó a escribir este libro?

—Porque, aparte de ser una magnífica obra de texto, es una verdadera obra literaria, de admirable concisión y exactitud expresiva. No lo había dicho nunca, pero es verdad. Para mí es como era el viejo Código Civil francés para Sthendal.

—¿Cómo ves el porvenir de la novela española?

—Como dije en mi conferencia: prometedor. Lo más grave que nos aqueja es el tono sombrío y depresivo... Censuro que los jóvenes escriban — escribamos — como viejos, haciendo alarde de pesimismo y desengaño.

—¿Y no crees motivado este pesimismo?

—Pudiera serlo, porque causas no nos han faltado... Pero creo que el tono no nos debe dominar... Debe ser secundario.

—¿Qué cinco nombres de novelistas de tu generación pondrías por delante? Sólo cinco.

—Cela, Gironella, Laforet, Ignacio Agustí y... para el quinto puesto tendría que pensar mucho entre Tomás Salvador, el Luis Romero de "La Noria", Martínez Barbeito y Fernández de la Reguera. De los más jóvenes me gustan mucho Sánchez Zarlósio, Fernández Santos y Mario Lacruz.

—¿Cuáles autores crees que han influido directamente en tu obra?

—Conscientemente, ninguno. Volvería a decirte que Joaquín Garrigues y su "Derecho Mercantil".

—¿Consideras muy importante el estilo literario en la novela?

—Yo lo considero más bien secundario. El estilo ideal es el estilo escueto, ceñido, economizando lo más posible los métodos expresivos. Para mí es más difícil, mucho más difícil la novela corta que la larga. Y uno cambia de estilo a medida que madura, sin darse apenas cuenta. Créeme, resulta secundario.

—¿Consideras que existe una buena crítica?

—Se aprecia un resurgimiento. Casi podríamos decir que en España hay de seis a ocho críticos buenos...

—¿Qué proyectos tienes para el futuro?

—Ahora se publicará "El diario de un cazador", libro que he escrito con mucho cariño, porque yo, antes que todo, soy un cazador. Luego, dentro de dos meses, voy a Chile, invitado por los periodistas de aquel país. Allí quizá encuentre tema nuevo...

Y Delibes nos habla del viaje con ilusión. Le obsesiona saber si en Chile existe la caza. Porque Delibes ama la caza, el maravilloso campo del cazador, los árboles y los matorrales, los trigales y, por esa curiosa paradoja de buen cazador, los animales que mata. Los ama con entusiasmo de hombre y con delicadeza de escritor, del escritor sincero y entero, que es este castellano leal a su tierra, a su obra y a su época.

Néstor LUJAN

Paradiso, feliz según "Amor en diez días"

FUNDACION MIGUEL DELIBES

También en 1938 hubo otra aurora boreal

Las profecías de Fátima se han cumplido hasta ahora

Parte de ellas ya están reveladas

EN estos días toda Europa comenta la gran mancha roja que apareció en gran parte del firmamento y que es, para los astrónomos, la refracción de una aurora boreal con características análogas a la aparecida aún no hace veinte años.

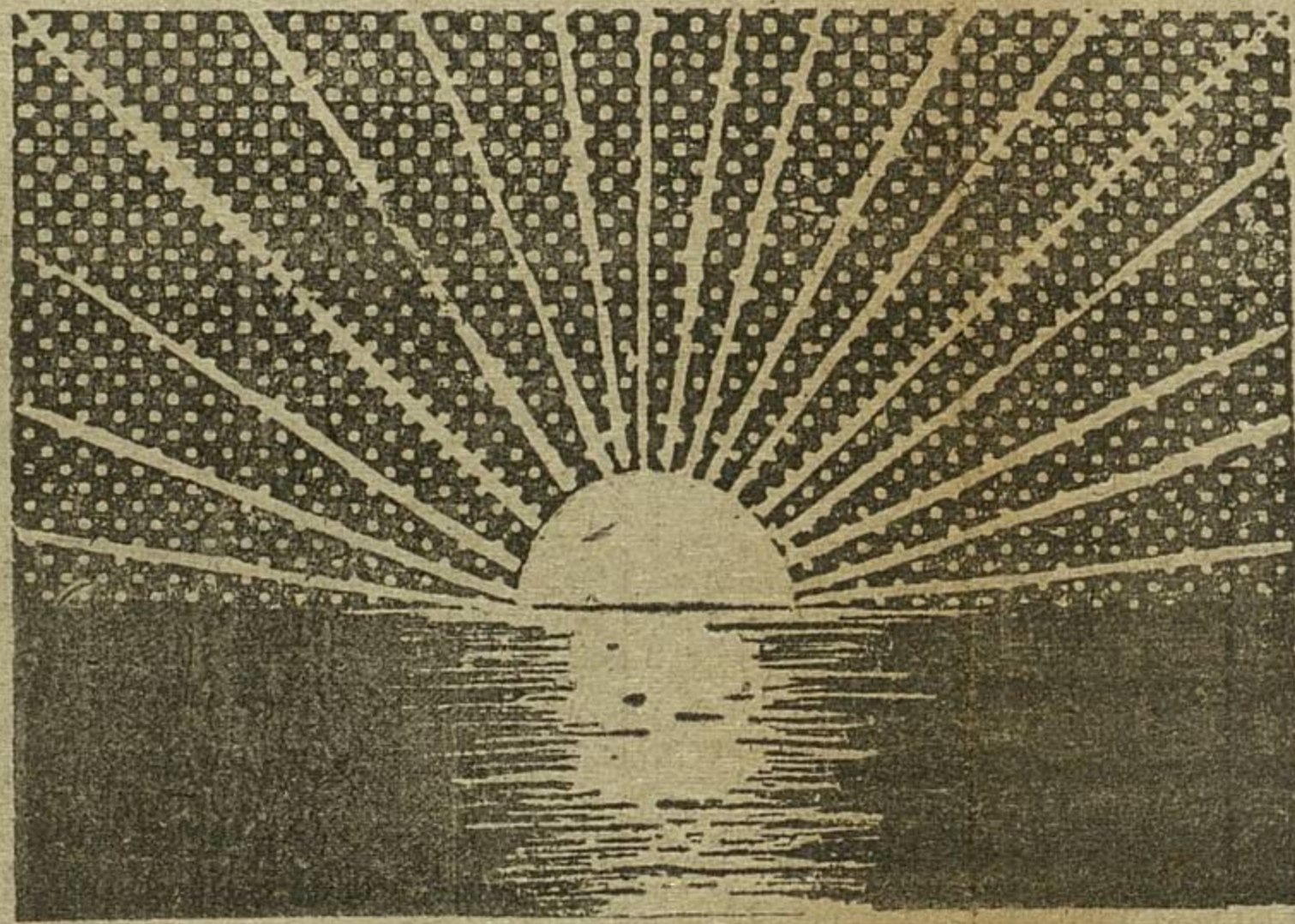
Este suceso nos invita a recordar la extraordinaria iluminación del cielo en la noche del 24 al 25 de enero de 1938. También entonces se conmovió el mundo ante aquel fenómeno que fué descrito por los periódicos de toda Europa. De Friburgo, por ejemplo, escribían: «Es un resplandor que va de rojo a violeta. El cielo en llamas, como un gran horno, cuya resplandor es de un rojo de sangre. Resplandor que pudo ser observa-

do de las nueve a las once de la noche en las regiones occidentales de Europa.

LAS PROFECIAS DE FATIMA

Ante este fenómeno, los astrónomos dijeron lo que ahora han dicho: Aurora boreal. Pero una persona no estuvo de acuerdo con es-

ta definición. Esta persona es Lucía de Jesús dos Santos, hoy Hermana María Lucía del Corazón Inmaculado, que junto con los niños Francisco y Jacinta, ya muertos, fueron los tres videntes de Fátima en las inolvidables seis apariciones que tuvieron lugar en la Cova de Iria en el año 1917.



Fuó en una de estas apariciones cuando la Virgen les comunicó el segundo secreto de Fátima. En el primero reveló a Jacinta y Francisco su próxima muerte. Y a Lucía su deseo de que se hiciera religiosa.

El segundo secreto consta de tres partes, de las que dos han sido ya reveladas. La tercera ha de continuar envuelta en el misterio hasta el año 1960, en que el Papa reinante en ese año abra la carta sellada que contiene el resto del secreto.

Pues bien. De las dos partes del secreto ya reveladas, una de ellas es la visión que del Infierno tuvieron los tres niños pastores de Fátima. La otra es la que se halla íntimamente relacionada con la mancha roja que se observó en enero de 1938. Porque la Virgen dijo a Lucía lo siguiente:

«La guerra está para terminar; pero si no dejaren de ofender a Dios, en el reinado de Pío XI empezará otra peor. Cuando viéreis una noche iluminada por una luz desconocida, sabed que es la gran señal que os dará Dios, de que va a castigar al mundo por sus crímenes, mediante la guerra, el hambre y las persecuciones contra la Iglesia y contra el Padre Santo. Para impedir esto vendré a pedir la consagración de Ru-

sia a mi Corazón Inmaculado y quiladas. Por fin mi Corazón Inmaculado triunfará. El Padre Santo me consagrará Rusia, la cual se convertirá. Y se concederá al mundo un período de paz...»

(Continúa en la pág. doce.)

GINES HUERTAS CERVANTES, S. L.

se complace en comunicar a los propietarios y petionarios de turismos

SEAT

que próximamente comenzará la prestación del Servicio Oficial en el

Taller autorizado SEAT

para Murcia, en Floridablanca, números 63 al 69.

GRANJA "EL LIMONAR"

PATOS "KHAKI CAMPBELL" y "CORREDOR INDI". POLLITOS "LEGHORN" y "RHODE" (de un día a tres meses). HUEVOS PARA INCUBAR Y CONSUMO.

INFORMACION: PRINCESA, 23. Dirección postal: Apartado 47 MURCIA

Noche tras los cristales

Por Francisco ALEMAN

ACABA de quedar atrás la medianoche. Dejo la máquina y miro la gran pecera de la oscuridad. En el chisme de la radio, una chica canta, ni bien ni mal; tras la voz, la guitarra, guitarrando suave. La plaza recubre la humedad del cielo. Una motocicleta cruza. Tengo al alcance de la mano una novela de Cornell Woolrich, llamada también William Irish. La radio transmite un disco: «Tanto tienes, tanto vales». Woolrich-Irish es uno de los autores más afortunados de la novela negra americana. Handley Chase, Spillane, se pasan. Irish no tardará en ser clásico, de los buenos.

Mi amigo don José Martínez Arenas está escribiendo la historia de su biblioteca. La inteligencia y el corazón de este hombre, próximo a nuestra ciudad, desde Orihuela, ostenta una extraordinaria nobleza. Uno es un escritor con prisa; él es un escritor sin prisas de ninguna clase. El escribe en su cuarto de trabajo, volviendo sobre lo escrito. Uno escribe artículos y cuentos, para periódicos y revistas, pronto en la situación de número atrasado. Puede que no exista, junto a más cosas, nada tan bello como la historia de ese pequeño mundo que es una biblioteca. ¿Cómo han quedado esos libros en sus estantes? ¿Por qué? Un día nos deshicimos de un

número determinado. Otros libros no nos fueron devueltos. Pero siempre contaremos con Ortega, Leriche, Le Corbusier, Baroja, Pedro Salinas y muchos más. Junto a Kapitza, el mago ruso del átomo soviético, habrá la biografía de una mujer de grandes ojos llamada Raquel Meher, y al lado del libro de las hormigas de Julián Huxley hallaremos las memorias de Savinkov.

Escribir la historia de una biblioteca, en el filo agudizado del recuerdo, es una manera desconcertante pero llena de sugerencias. El ser humano puede preguntarse: ¿Junto a qué instante de mi vida compré y leí ese libro? Toda cirugía es manual. Ponerse en manos de alguien es también la gran faena del libro y su repetición. Aun en la revista es el ojo quien trabaja.

Mientras escribo este artículo, o lo que sea, está la noche tras los cristales de mi ventana, arde el fuego de una de las últimas chimeneas del año, y desde sus buceros los claveles disparan su perfume. Cerca, anda la Sagan, de Julliard; y Camus, de Gallimard, y unos viajes y paseos de Pablo Verlainé. También los periódicos del día, para ser entrevistados dentro de un poco, y el bloque de papel para anotar algo que al día siguiente no nos suena.

(Continúa en cuarta pág.)

MD

Línea

JARA CARRILLO, 11 - APARTADO 54

Hoy habla

Miguel Delibes

JOVEN y laureado novelista, premio Nadal 1948, premio nacional de Literatura 1955, subdirector del «Diario Regional», de Valladolid, profesor de Historia de la Cultura en la Escuela de Comercio de aquella capital, etc., etc., que anoche dió en la Casa de Flechas una aménisima conferencia sobre el tema «Cara y cruz de la joven novela española».

- Cara.
- En estos últimos quince años han surgido muchos y buenos narradores.
- Cruz.
- Se lee poco. ¿Y no será porque no hay dónde elegir?
- Selección los mejores.
- Hay muchos mejores: Gironella, Sánchez Ferlosio, Fernández Santos, Goytisolo, Cela, Aldecoa, Agustí, el trio femenino Laforet-Matute-Quiroga, vuestro paisano Castillo Puche...
- Y Delibes. ¿El mejor de todos?
- No se puede decir nada hasta el final de la carrera. El mando del pelotón se está turnando continuamente y hay que esperar que pasen los años a ver quién gana el premio.
- El que más corra. ¿Se lleva bien la novela con el periodismo?
- Sí. El periodismo es un gimnasio para el novelista, por la variedad de tipos y situaciones que conoce y que uno ha de adaptar, y por la disciplina que impone.
- ¿Y qué prefieres del periodismo?
- A los periodistas de provincias no nos está permitido elegir. Tal



vez sea esta necesidad de hacer de todo lo que más me agrada, sin desdeñar el aspecto meramente técnico del ajuste, que tiene algo de rompecabezas.

- ¿Y dentro del libro, ¿tus preferencias?
- La novela, desde luego. Aunque también me divierten los libros de viaje para narrar mis impresiones.
- ¿Cuántos has escrito hasta ahora?
- Siete. Cinco de novela: «La sombra del ciprés es alargada», premio Nadal 1948; «Aún es de día», «El camino», «Mi idolatrado hijo Sisi» y «Diario de un cazador», premio nacional de Literatura 1955. Uno de narraciones, «La partida», y el de viajes, «Un novelista descubre América».
- ¿Qué te pareció?
- Fabulosa.
- ¿La hiciste?
- América es para los americanos.

—Que dijo Monroc. ¿Nuevo libro a la vista?

- Uno de novelas cortas que título «Siestas con viento Sur».
- Muy calurosas. ¿Tema preferido?
- Me atrae enormemente el ambiente campesino de Castilla, lo mismo del Norte, donde se desenvuelve «El camino», como el ambiente de la meseta, escenario del «Diario de un cazador».

- ¿Escribes?
- Mucho.
- ¿Lees?
- Más.
- Horas.
- Para escribir, cuando puedo. Para leer, hasta cuando no puedo.
- Supón que me filtro hasta tu biblioteca. ¿Qué libros encontraría a mano?
- Los de autores españoles del momento.
- ¿Son superiores al 98?
- En calidad, por ahora, aún no.
- ¿Te preocupa el estilo?
- Para mí es una preocupación de segundo orden.
- ¿Tremendismo?
- Lo admito como una postura circunstancial. Como disposición de ánimo deliberada, me parece absurda.
- Razón.
- Refleja la vida sólo de un modo fragmentario.

- ¿El libro más importante en los últimos quince años?
- Cada uno de los autores que te cité antes tiene al menos un libro importante.
- ¿Su mayor virtud?
- La fluidez narrativa.
- ¿Mayor defecto?
- Su pesimismo.
- ¿Tú serás optimista?
- Y periodista.
- Entonces lo serás menos. ¿Qué es para ti el periodismo?
- El eco de la opinión.
- ¿Y si tuvieras que elegir?
- No podría: vivo de la novela y del periódico.
- ¿Qué da más dinero?
- El cuento.
- Por supuesto. Pero entre la novela y el periódico...
- Ni una cosa ni la otra.
- Sino todo lo contrario. ¿Pero tú te has comprado un «Volkswagen»?
- Si viviera en América iría en «Cadillac». Allá, un libro de éxito basta para hacer millonario a su autor.

- ¿Tú lo tuviste?
- El éxito, sí; los millones, no.
- ¿Libro que te lo proporcionó?
- «La sombra del ciprés es alargada». Cuatro ediciones de cinco mil ejemplares. La primera se agotó en dos meses.
- Eso quiere decir que fué tu mejor libro.
- Fué el peor. Son bastante mejores «Mi idolatrado hijo Sisi» y «El camino», pero ninguno llegó

(Continúa en la pág. 14.)

MUSICA CIBERPA

CURSO

EL asunto de mantener el celibato se va a poner bastante difícil, y eso que el no mantenerlo trae luego unas complicaciones que ya, ya. En Norteamérica, que es donde empiezan muchas cosas que después nos inundan a todos —tabaco rubio, psicoanálisis, películas del Oeste, etc., etc.— han dado ahora en explicar lecciones sobre el arte de cazar marido. La cosa, así, a simple vista, parece que no tiene nada de particular y que será algo parecido a lo que aquí se estila para hacerse radiotécnico por correspondencia —de esos que aparato que cogen aparato que se «cargan» — ebanista o maestro albañil; pero la verdad es que tiene su miga.

Esos cursos norteamericanos «para conquistar un soltero en quince días» o «cómo conseguir la boda en un mes» son más serios de lo que ustedes se figuran. Ya de por sí la mujer se las trae —su palmito, su contoneo y su etcétera—, aparte de que la Naturaleza la puso en el mundo con unos atributos que bastan para llevarse de calle al más reacto sin necesidad de cursillos de ninguna clase. Amén de que las pobres disponen, por añadidura, de sus armitas secretas, sus truquillos y demás cosas que ellas —y sus mamás— saben; con todo lo cual, si alguno queda soltero será porque es ciego u otra cosa peor.

Si encima los dones de la Naturaleza, las argucias de las chicas y la experiencia de las mamás se refuerzan con estudios técnicos de probada eficacia, fácilmente cabe suponer las consecuencias. Lo malo, no obstante, es que parece ser cierto ese dicho español de que cada hombre tocamos a siete mujeres (y una coja!), porque en Estados Unidos mismo existe hoy un excedente de un millón trescientas ochenta y una mil señoritas que, aun casándose todos los hombres disponibles, se quedarán irremisiblemente sin pareja.

Esto, claro, hace cavilar a cualquiera, y de ahí el éxito de esos cursos que allá reputan infalibles; pero nosotros pondríamos en práctica otras enseñanzas que nada envidiarían a las norteamericanas y que, sin duda, aún son más infalibles que aquellas. Se basa nuestra teoría en tres puntos fundamentales. Oído al «parache»:

Primero.—Ser hija única de padre más o menos —más bien más— millonario. (No importa sufrir defecto en la vista o tener las orejas grandes.)

Segundo.—Decir «¡Sí!» al primero que llegue, por si no se presenta otro. Y

Tercero.—Conseguir de papá que ponga sus negocios a nombre del amado.

Todo ello se puede adornar, si se quiere, con unos ramos de flores y un poquito de idilio a la luz de la luna.

Si a pesar de todo no se encuentra marido es que, efectivamente, los hombres son tantos de remate o que el papá va a dar un quiebra. Señoritas: ¡prueben nuestro interesante curso! A ver qué pasa.

H. P.



CONVERSACION Y SEMBLANZA DE MIGUEL DELIBES

Por FRANCISCO ALVARO

Lo primero tiene un antecedente familiar. El abuelo paterno de Miguel era francés y pariente de Leo Delibes, el músico. La literatura "tentó" al futuro novelista leyendo el curso de Derecho Mercantil, de Joaquín Garrigues.

—Es curioso, pero a través de esa obra cuya claridad y belleza de forma no excluye el rigor científico, ni su carácter didáctico, llegué a dos conclusiones importantes: primera, que podía gustarme la literatura, y segunda, que rotundamente no me gustaba el Derecho Mercantil.

No obstante lo cual, después de licenciarse en Derecho en 1941 y hacer el Doctorado en Madrid, prosigue la carrera de Comercio y alcanza el título de profesor mercantil en Valladolid y en la Escuela de Altos Estudios de Bilbao, el de intendente mercantil. En esta misma etapa se incorpora a la plantilla del diario "El Norte de Castilla", como dibujante, y realiza en su ciudad una exposición de caricaturas.

1946 es una fecha importante en la vida del escritor: contrae matrimonio con Angeles de Castro, luego de haber escrito su primera novela que pronto partirá con dirección a Barcelona, bajo el título "La sombra del ciprés es alargada", Premio Nadal 1947. Y sin conceder más treguas a la pluma, "Aun es de día", "El camino", "Mi idolatrado hijo Sisi", "Diario de un cazador", distinguida con el Premio Nacional

de Literatura en 1955. Estamos, pues, ante Delibes, novelista, que, en menos de una década, ha dado a la imprenta, además de las novelas citadas, dos obras de carácter didáctico: "Síntesis de Historia Universal" y "Síntesis de Historia de España". Otros libros: "La partida" y "Siestas con viento sur", relatos breves, y "Un novelista descubre América", que, a juicio de muchos, constituye una revelación en su género.

¿Cómo distribuye el tiempo el profesor, el novelista, el periodista? La mañana la dedica a la cátedra, la tarde al periódico, y en los ratos "libres" y épocas de vacaciones escribe novelas.

—¿No le resulta difícil la diversidad de actividades?

—En cierto modo, sí. Desacomodar y acomodar la cabeza tres veces al día encierra sus dificultades, pero ofrece la contrapartida de una periódica ventilación cerebral muy conveniente. Las ideas fijas, obsesivas, conducen a la neurastenia. Por otra parte, entre más tres oficios no hay tanta diferencia como parece. Yo diría que el periodismo provinciano constituye un gimnasio excelente para el novelista.

—Según eso, ¿no le preocupa la conquista de Madrid?

—La conquista de Madrid, o lo que se ha llamado conquista de Madrid, no exige, a mi juicio, la presencia física. Aquello que alguien dijo de que perjudique a mis no-

(Continúa.)

MIGUEL Delibes se define a sí mismo como un hombre sencillo, sin complicaciones, aunque conociendo su laboriosidad incansable—novelista, subdirector de "El Norte de Castilla" y catedrático de Historia de la Cultura de la Escuela de Comercio de Valladolid—, uno piensa que si el hombre no es complicado—porque la sencillez es una consecuencia de la inteligencia—, la vida es otra cosa. Miguel Delibes, además, a los treinta y siete años, tiene cinco hijos, ha publicado once libros y en la actualidad colabora en numerosos diarios y revistas. Esto, quizá, es demasiado. Pero...

—Si los días tuvieron cuarenta y ocho horas—me dice—yo sería, además de lo que soy, músico, pintor y cazador de oficio.



El novelista Miguel Delibes con su familia. (Fotos Caño y Garay.)



6

«Continuación.»

velas vivir en una pequeña capital de provincia, lo considero una broma.

Sin embargo, a Delibes le agrada correr mundo, "zascandilear" de un lado para otro para, a la postre, volver a su rincón vallisoletano a rumiar las cosas que vió. En 1954 hizo un viaje a Chile, donde permaneció durante tres meses invitado por los periodistas de aquel país; conoció, de paso, el Brasil, Uruguay y la Argentina. En 1956 visita Francia e Italia, y en 1957 Portugal. En estos países, así como en Chile y la Argentina y en casi todas las ciudades españolas, ha pronunciado conferencias sobre la situación actual de la novela española "que si no brilla a gran altura, tiene una base sólida". Le pregunto cuáles son, a su juicio, las características más acusadas de este movimiento:

—La novela española actual se distingue por su energía de forma y su expresión dura y contundente; esta nota característica supone una plausible afinidad con los modos de vida de nuestro tiempo, cuyos signos definidores con el practicismo y la velocidad.

—¿No cabe, por tanto, hablar de decadencia?

—Para juzgar un período de decadencia se necesita perspectiva. Una pléyade de artistas discretos, de buen tono, dan el nivel literario de una nación. De ahí pueden salir fácilmente los cuatro o cinco nombres que definen toda una época.

El novelista español precisa tanto de la abnegación como de la vocación. Y, a pesar de todo, de la indiferencia de la crítica, de la frialdad del público, Delibes no es pesimista. Considera que la potencia de un movimiento no se demuestra tanto por su caudal o su velocidad, cuanto por los obstáculos que es capaz de soslayar sin sucumbir.

—El novelista, en España, se levanta de la cama pensando en lo que ha de hacer para comer, y luego, sólo luego, piensa qué hora tendrá libre para escribir un capítulo de su novela.



El autor de "Diario de un cazador", primero de la izquierda, en un alto de la caza, su pasión favorita, sobre el sobrio y áspero escenario de Castilla.

Hablamos de su última novela, que acaba de aparecer.

—En "Diario de un emigrante" me he propuesto adaptar a la mentalidad de Lorenzo, el cazador, mi experiencia americana. Ya sé que alguno sacará a colación

aquello de "que nunca segundas partes, etcétera"; pero la realidad es que yo no "apreté" a Lorenzo para que siguiera viviendo, sino que fué Lorenzo quien me "apretó" a mí para que le dejara vivir. Los mellizos aparecen así, por sorpresa. Ni el escritor, ni la madre tienen oportunidad de escogerlos.

Recientemente le ha sido concedida a Delibes una beca de la Fundación March, con la que se propone realizar un viaje por el Norte de Europa para contar después sus impresiones.

Miguel Delibes que, según leo en la Prensa local, pasa a ocupar la dirección de "El Norte de Castilla" a propuesta de la empresa, contrae con esto una nueva responsabilidad. "El Norte", el segundo periódico más antiguo de España, cuenta con un editorial brillante. De sus filas salieron grandes políticos y grandes escritores: Alba, Silló, Royo Villanova, Jorge Guillén, Federico Santander, Cossío, Francisco Antón...

Nos encontramos ante un caso insólito de laboriosidad, de vocación. Delibes ha consolidado en unos pocos años un prestigio y una personalidad que le sitúan en la primera fila de los escritores españoles. La Sociedad Europea de Cultura le nombró miembro en 1956. En los últimos números de la revista "Comprender", los únicos ensayos aparecidos en castellano son de Miguel Delibes. Las impresiones de sus novelas en el extranjero han sido hasta ahora llevadas de la mano por las editoriales más acreditadas: Gallimard, en París; Ulisseia, en Lisboa, y Aldo y Martelo, en Milán.

La vida amable, la tranquilidad para concentrarse, tan conveniente al novelista, la encontraría Miguel Delibes en el campo, departiendo con las gentes sencillas y disfrutando de su favorito deporte, la caza. Pero esto lo considera como un ideal demasiado bello para convertirse en realidad.



Delibes con Jorge Guillén, en una de las visitas del gran poeta a su Valladolid natal.

Francisco ALVARO

MD

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

COLOQUE SU CAPITAL

Por tiempo de un año, sobre propiedades en primeras hipotecas; se abonará un tanto por ciento extra. Ocasión única y especial para obtener beneficios seguros.

FINCAS LORENTE

PLAZA BUEN PASTOR, 6, 2.º TELEFONO 14-5-33.
Oficinas de 9 a 1 y de 4 a 7.

La literatura
española en
zapatillas...

Miguel Delibes escribe
siempre a mano y, a ser

posible, en la misma mesa

Buen deportista, padre modelo, sedentario por obligación
v'aja todo lo que las circunstancias le permiten

CUANDO en la noche de la fiesta de Reyes del año 1948, en el gran comedor del hotel barcelonés donde tradicionalmente se discierne el Premio "Eugenio Nadal", se hizo público que el triunfador era Miguel Delibes, por "La sombra del ciprés es alargada", un miembro del jurado comentó: "Hay novelista para rato".

En el grafismo de esta frase queda encerrada toda la verdad de un joven novelista español que posee como cualidades distintivas de su obra, sinceridad y estilo inconfundible. Su pluma —metafóricamente hablando— resbala por el papel con una suavidad increíble y allí van quedando plasmadas las ideas que a Miguel le fluyen generosamente. Nació el 17 de octubre de 1920 Va camino, por lo tanto, de los 39 años. A propósito de caminar, sus pasos son a manera de zancadas elásticas, protando un cuerpo alto y estrecho con un aire de "non chalance", que no da idea cabal de su dinamismo intelectual y aun físico. Delibes es un impenitente cazador —puede ser el pretexto para estar más cerca de la naturaleza a la que ama casi apasionadamente— y siempre que puede, toma su escopeta y se da las grandes caminatas por el páramo, el monte bajo o la rivera. El mismo afirma:

—Mi distracción predilecta es el campo. La vida de las plantas y de los animales, me atrae con especial intensidad.

Los domingos los paso en el campo cazando o pescando. Mis vacaciones las distribuyo entre el mar y la montaña. Caza, pesca y natación son mis distracciones preferidas.

Naturalmente sedentario, las circunstancias me han forzado a viajar con mucha frecuencia. En 1955 estuve en Brasil, Uruguay, Argentina y Chile. El año anterior recorri amplias zonas de Africa occidental y de Africa del Norte. Italia, Francia y Portugal, son países que visito con alguna frecuencia.

Miguel Delibes tiene un objetivo ilusionado y permanente: escribir, crear, dar forma al agitado mundo de sus ideas. Pero la vida, la exigente vida, le hace compatibilizar esta misión con otras vocaciones humanas. Es catedrático de la Escuela de Comercio y director del diario "El Norte de Castilla", de Valladolid. Es pedagogo, le gusta enseñar, pese a que él es eminentemente autodidacto. Periodista por temperamento y por afición, dedica toda la tarde la atención de su periódico, en el que la huella indeleble de su personalidad se vislumbra a cada paso.

Pero por encima de todo esto, es padre, padre de cinco preciosos chiquillos, tres chicos y dos niñas, a los que Miguel, al igual que a su esposa Angelines, concede toda la solicitud amorosa de los padres enamorados.

—¿Sueles escuchar la crítica

de tu mujer antes de la publicación de tus obras?

—Angelines es un crítico sagaz y además influye en mi trabajo como estímulo constante.

Delibes, trabajador infatigable, escribe siempre a mano.

—La interposición de una máquina de escribir entre mi cerebro y el papel, me dispersa. Preciso sentir bajo la pal-



MIGUEL DELIBES

ma de la mano la cuartilla impoluta. Salvo los artículos de Prensa, escribo siempre en casa, en una misma mesa, situada en un lugar invariable. Cambiar de mesa o de situación me obliga a redoblar el esfuerzo de concentración. Hay días en que, sin silencio, no soy capaz de concentrarme. Otros, no puedo concentrarme ni con silencio ni sin él. Llevo el ruido dentro o, si se prefiere, las preocupaciones.

Miguel corrige poco, si exceptuamos las dos novelas "Diario de un cazador" y "Diario de un emigrante", que por su precisión lingüística le forzaron a extremar el cuidado y la atención del estilo.

En cierta ocasión, en un corro de amigos, se hablaba del tiempo que cada cual podía dedicar a dormir:

—No puedo decir que duerma seis horas —terció Miguel— porque es mentira. Dormido o no —dormir no me parece una ocupación sencilla —permanezco en la cama alrededor de las nueve horas.

—¿Y el tiempo, cómo distribuyes tu tiempo?

—Las clases —además de abogado y profesor mercantil, es catedrático por oposición, de Historia de la Cultura— en la Escuela de Comercio las doy en días alternos, por las mañanas. El resto de estas las dedico a escribir novelas o para los periódicos. Lo mismo hago en vacaciones. Las tardes son íntegras para "El Norte".

Con este programa se explica que haga poca vida de relación y no pueda estar tan al día como le gustaría en aspectos de la vida tan interesantes como el literario, el artístico, el teatral y el cinematográfico.

He aquí el balance de la obra de este novelista español. Publicadas en el mercado: "La sombra del ciprés es alargada", "Aun es de día", "El camino", "Mi icolatrado hijo Sisi", "La partida", "Diario de un cazador", "Un novelista descubre América", "Diario de un emigrante", "Siestas con viento sur" y "La hoja roja".

Varias de sus obras están traducidas al francés, portugués e italiano.

La verdad, pura y escueta verdad, es que a Miguel Delibes no le han envanecido en absoluto los premios, merecidísimos, que ha logrado a través de su dilatada tarea literaria. Por el contrario, han contribuido a moldear serenamente su personalidad, su carácter. Lo que no quiere decir, ni mucho menos, que su estilo no sea apasionado.

Habla pausadamente, como a media voz, pero de manera persuasiva y frecuentemente esbozando una sonrisa que no llega a comprender todo el rostro.

—Premios dices... Pues, entre los más importantes, el Nadal, por "La sombra del ciprés es alargada", en 1947. El Nacional de Literatura, por "Diario de un cazador", —¡qué magnífico canto de Castilla, "su" Castilla!—, éste en 1955. El de la Fundación March, en 1958 por "La hoja roja", recientemente publicada y el Fastenrath, de la Real Academia Española, por "Siestas con viento sur", en 1959.

Y no hay tiempo para charlar más, Miguel reanuda su marcha con paso elástico. De prisa, sin dar sensación de ello. "Pasa un novelista", pudiera titularse este reportaje. En efecto, en el recuerdo de una calle vallisoletana —pese a la internacionalidad de su obra, Valladolid es otro de sus amores— se pierde la silueta de este escritor que no quiere oír hablar de madurez. El sentencioso comentario se hace más evidente: "hay novelista para rato"...

ENRIQUE CIMAS.

Quié y qué

MIGUEL DELIBES

Buen broche al curso sobre la novela española contemporánea desarrollado con singular interés en Tarragona, la conferencia de Manuel Delibes, querido compañero en las tareas periodísticas, Premio Nadal 1947 y Nacional de Literatura del pasado año.

Delibes dijo, entre otras muchas cosas de sustancia y contenido, con su voz clara y pausada, que si la joven novela española aún no tiene altura, si tiene base. Aquella no se improvisa sino que requiere inexcusablemente una base de despegue. La novela española de hoy es contundente, tiene vitalidad en su juventud; está reñida con la retórica y la ampulosidad de antaño. Como advierte Camilo José Cela, "mienten quienes disfrazan la vida con la máscara loca de la literatura".

—¿Has escrito algo mejor que "La sombra del ciprés es alargada"?

—Sí; cinco novelas.

—¿Y no se hicieron merecedoras a otro galardón semejante?

—Podían haber merecido el Premio Nadal con mayor razón que "La sombra del ciprés es alargada".

—¿Eres buen cazador?

—Paso por serlo.

—¿A la vuelta del monte, no penetras nunca en el mercado en busca de perdices?

—No, no; cuando quedo bolo, vuelvo bolo, dicho en términos cinegéticos. Los mejores ratos de mi vida los paso en el monte, persiguiendo las perdices.

—¿Qué prefieres, la cátedra, el periodismo o la literatura?

—No puedo preferir. Hay que apechugar con todo. Tengo por la mañana que pensar en catedrático, por la tarde, en novelista, y por la noche, en periodista. Ya acomodo y desacomodo la cabeza con la misma facilidad que un hombre de circo se desarticula las rodillas y se las vuelve a articular.

—¿Crees que el fin justifica los medios? Me refiero a tu novela "Mi idolatrado hijo Sisi", fuerte, con buena intención, pero abarcando un tema duro...

—Ante ese tema había que decidirse a afrontarlo con toda su crudeza o a orillararlo como se había hecho hasta ahora. Entendí que era más positivo el arrostrarlo. Y creo que he escrito mi libro más moralizador.

—¿Qué te rinde más, las clases, el periódico o la novela?

—El hecho de que haga las tres cosas te demuestra que todo me rinde poco.

—¿Si tuvieras que abandonar dos de las tres actuales ocupaciones, con cuál te quedarías?

—Significaría que una de las tres me daba lo suficiente y optaría por ella.

—¿Una conclusión de tu reciente viaje por Andalucía?

—El andaluz no ha entrado en la prisa de nuestra época. Existe la creencia, o se dice, que el andaluz es abulico y perezoso. Yo he visto allí cosas muy bien hechas y supongo que alguien las haría. Los andaluces, entiendo.

—Echa una ojeada al panorama novelístico actual...

—Lo veo francamente esperanzador. Los que dicen que va mal, tal vez lo hagan para dar relieve a su persona y a su obra...

—¿Qué opinas del neorrealismo en el cine y de las "guapas" ita-

lianas, tema del que te ocupaste recientemente?

—Que están destrozando el neorrealismo y echando a la valiente escuela italiana por los cauces del divismo, que tanto hemos censurado en los norteamericanos. En cuanto a lo otro, antes se ceñían las artistas a las curvas de los temas; hoy los temas se ceñen a las curvas de las artistas.

—Me voy por la tangente...

CASTILLO.

P-140

9

LA GACETA DEL NORTE Bilbao	LA VOZ DE GALICIA La Coruña
EL CORREO ESPAÑOL - EL PUEBLO VASCO Bilbao	EL IDEAL GALLEGO La Coruña
HIERRO Bilbao	FARO DE VIGO Vigo
DIARIO VASCO San Sebastián	EL PUEBLO GALLEGO Vigo
LA VOZ DE ESPAÑA San Sebastián	EL PROGRESO Lugo
UNIDAD San Sebastián	HERALDO DE ARAGON Zaragoza
EL DIARIO MONTANES Santander	EL NOTICIERO Zaragoza
ALERTA Santander	AMANECER Zaragoza

- 8 DIC. 1963

que es gerundio)

Sólo escribo cuando un tema me llama, nos dice Miguel Delibes

SEÑALAR que Miguel Delibes es uno de los tres o cuatro novelistas más importantes de los últimos veinte años, no es noticia que sorprenda a nadie: basta para ello, fijarse en las contestaciones que los críticos literarios dan a las mil y una preguntas que a lo largo del año se suceden en la prensa española. Basta, por otro lado, oír el juicio del lector medio. Miguel Delibes, con el espadarazo de la "opinión crítica" y de la "opinión pública" tiene bien asegurado su puesto.

No es extraño, visto lo anterior, la expectación que rodeaba su reciente conferencia en el Ateneo. Y, al fin, Miguel Delibes llegó, se presentó y gustó. Más joven de lo que suponíamos, muy delgado y muy alto, el novelista es la sencillez y la amabilidad en persona. Permanentemente atento a lo que ocurre a su alrededor, cumple al pie de la letra lo que para él es la cualidad fundamental del escritor: el sentido de observación.



—El sentido de observación. Permanece inalterable. Y unido a la sensibilidad, por supuesto. JUBY

—¿Esquema de la conferencia?

—He apuntado las nuevas tendencias de la novela, que no llegan a ser las que predica la "anti-novela" francesa.

—¿Y son?

—La objetividad narrativa y la creciente socialización de la novela. Esta última tendencia se divide en dos vertientes: la novela social en sí y la novela de protagonista colectivo; esto es, que refleja un grupo social, no a un individuo aislado. Por último, otra característica es el cuidado formal.

—¿En cuál de estas tendencias te incluyes?

—Acepto las tres, pero hago de ellas una aplicación elástica. No me someto a reglas rígidas.

—Cuando el novelista se sienta a escribir, ¿piensa de antemano en la tendencia que seguirá su libro?

—Mira, siempre pienso que el novelista cuando más trabaja es cuando no escribe. En esta profesión no se puede "echar la trampa" a las siete de la tarde. Hay que estar siempre en trance.

—De las tres tendencias apuntadas, ¿cuál cultiva más la joven novelística española?

—La social y el protagonista colectivo, que se acusan mucho ahora, van casi siempre unidas. Puedes subrayar que, a mi juicio, la novela que reúne las tres características de una forma maestra es "El Jarama", de Sánchez Ferlosio.

—¿Qué dificultad importante encuentras en las nuevas formas de novelar?

—Principalmente, que esta orientación seguida de una manera muy rígida, conduce a un callejón sin salida. La sensación de tedio que el escritor pretende reflejar es siempre la misma en todos los estratos sociales. Las conversaciones son igualmente triviales. Para salvar esto, sólo cabría acudir al ambiente intelectual. Pero ya te digo, el peligro existe únicamente si seguimos la regla "al pie de la letra".

—¿Tienes actualmente algo entre manos?

—Voy a publicar muy pronto cuatro libros: "Europa, parada y fonda", recuerdos de viajes, periodístico; otro de narraciones, con fotos de Masats. Titulado "Viejas historias de Castilla la Vieja"; un ensayo sobre Castilla y, finalmente, el "Libro de la caza menor", que no es preciso explicar a qué se referirá.

—Sientes predilección, al parecer, por Castilla y la caza. ¿Sólo escribes sobre lo que te gusta?

—Sólo escribo cuando un tema me llama. Hasta cuando me piden un cuento, siempre espero que el cuento venga a mí, nunca voy yo a él.

—Posees un gran historial periodístico, ¿crees que tienen algo que ver el periodismo y la literatura?

—No sólo "algo que ver", sino una estrechísima relación: la vivacidad, la soltura, la observación, la captación del drama de la calle, forman al novelista. Es más, creo que el periodismo es el mejor gimnasio para el novelista.

—¿Continúas, entonces, en relación con la prensa?

—Desde luego, sigo colaborando a menudo. Claro que no olvidemos la frase de Hemingway: "El periodismo es conveniente, siempre que se sepa dejar a tiempo".

—En las constantes variaciones que el concepto de "novela" ha sufrido con el tiempo, ¿hay alguna nota fundamental, característica e invariable?

P. 140

LA VOZ DE GALICIA La Coruña	DIARIO DE PONTEVEDRA Pontevedra
EL IDEAL GALLEGO La Coruña	LA VOZ DE ASTURIAS Oviedo
FARO DE VIGO Vigo	LA NUEVA ESPAÑA Oviedo
EL PUEBLO GALLEGO Vigo	REGION Oviedo
EL PROGRESO Lugo	EL COMERCIO Gijón
LA NOCHE Santiago de C.	VOLUNTAD Gijón
EL CORREO GALLEGO Santiago de C.	LA VOZ DE AVILES Avilés

5 FEB. 19

Miguel Delibes, castellano, cazador y novelista. --- Pili y Mili, dos bellísimas gotas de "Caracola", una canción con premio que nació en el mar. --- Esa nueva ciencia con frente a frente

P-140

1964



Miguel Delibes y la caza

El novelista sale de sus feudos valisoletanos para enfrentarse en Madrid con dos conferencias en el mismo día. Por la tarde, en el Instituto de Cultura Hispánica. Por la noche, en el Colegio Mayor Jorge Juan. Temas: tendencias y personajes de la novela actual.

---¿Cuál es la característica más acusada de la novelística de hoy?

---Dentro de las tendencias que se observan en el panorama de la joven novela española, hay quizá un común denominador: la fidelidad al realismo. Esto es más de valorar cuando la experiencia en técnicas y fórmulas creadoras se está llevando, en algunos países, a extremos realmente inconcebibles.

Miguel Delibes fue premio Nadal con "La sombra del ciprés es alargada", premio Nacional de Literatura con "Diario de un Cazador", además del Fastenrath de la Real Academia.

---¿Ha vuelto a presentarse a concursos literarios?

---No. Si he obtenido últimamente también el Premio de la Crítica, ha sido por una designación espontánea de este Jurado.

El escritor tiene en preparación tres nuevos libros.

---Uno de ellos "El libro de la caza menor", bastante extenso, colaboración con el fotógrafo Ontañón. Otro, "Viejas historias de Castilla la Vieja", esta vez con el fotógrafo Ramón Masat. Y por último un libro de ensayos, también sobre Castilla.

---¿Le gusta la caza?

---Tengo una afición desmedida por la caza. Es una costumbre heredada de mi padre. Me apasiona la caza y el campo. Y me atrae también el tema literariamente.

No hace mucho tiempo que "La sombra del ciprés es alargada" fue adaptada para televisión.

---Si por un lado el español dedica unas horas a la televisión privándole de la lectura, también este tipo de programas estimula en él, por otro lado, una curiosidad literaria que no había sentido hasta entonces. En este caso, literatura y televisión, pueden complementarse.



Miguel Delibes ha abandonado su pertinaz retiro castellano para hablar en Madrid sobre la novela actual. Premio Nadal, Premio Nacional de Literatura y premio Fastenrath, de la Real Academia, su autoridad es suficiente para tratar tan complejo tema

LA VOZ DE GALICIA La Coruña	DIARIO DE PONTEVEDRA Pontevedra	25 ABR 1964
EL IDEAL GALLEGO La Coruña	LA VOZ DE ASTURIAS Oviedo	
FARO DE VIGO Vigo	LA NUEVA ESPAÑA Oviedo	
EL PUEBLO GALLEGO Vigo	REGION Oviedo	
EL PROGRESO Lugo	EL COMERCIO Gijón	
LA NOCHE Santiago de C.	VOLUNTAD Gijón	
EL CORREO GALLEGO	LA VOZ DE AVILES	

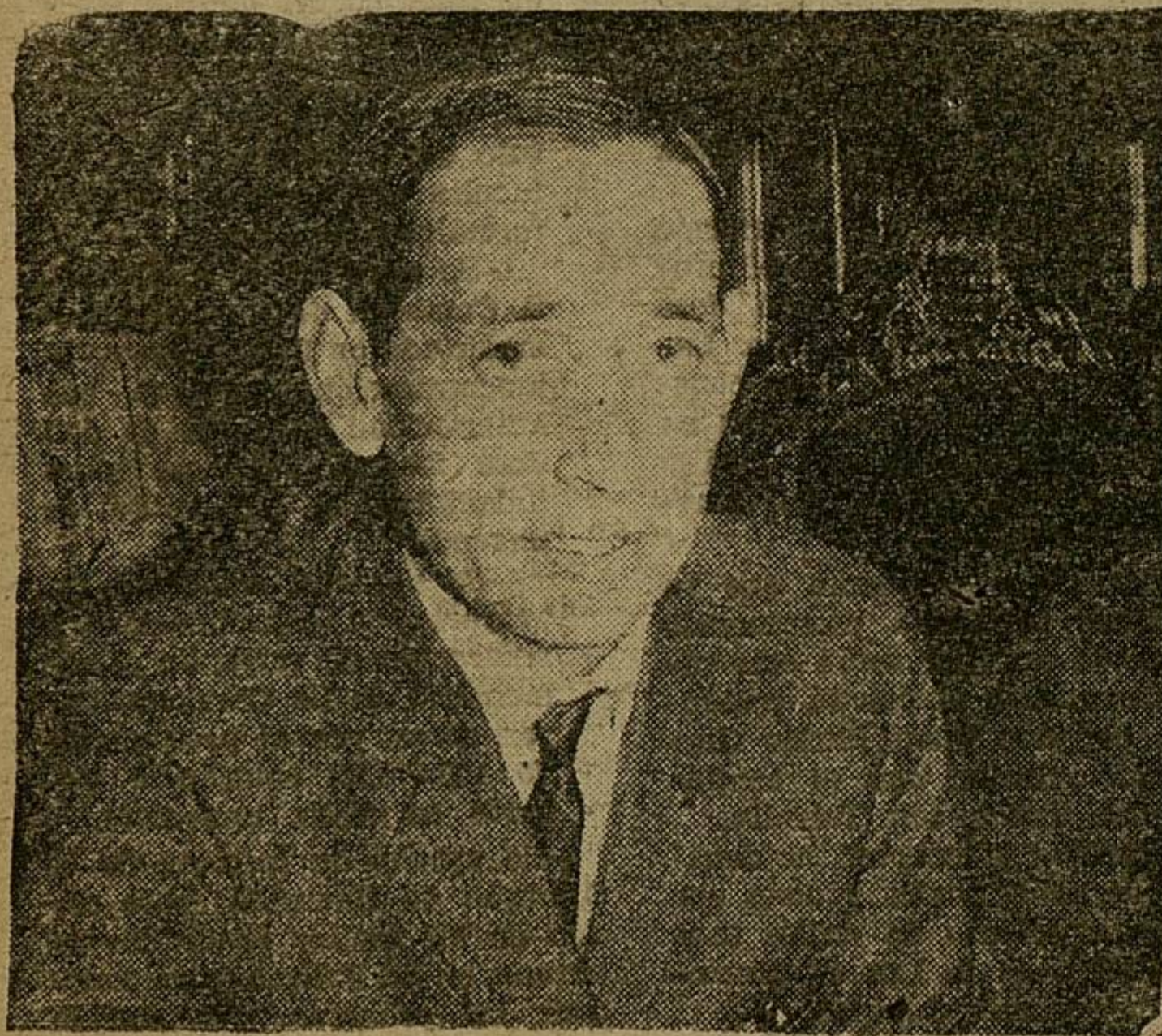
Miguel Delibes, de nuevo en Oviedo

MD

Un fenómeno de actualidad: la «desgenerización» de la novela

El personaje, el «yo» del escritor, el humorismo y el «realismo fantástico»

Miguel Delibes, el magnífico escritor vallisoletano, se encuentra en Oviedo. Llegó ayer, para pronunciar una conferencia en la Universidad, acto que tuvo lugar a las siete y media, sobre "El novelista y sus personajes". Tuvimos ocasión pues, una nueva ocasión ya que hace algunos meses nos visitó también con motivo de una conferencia, de hablar un rato de Literatura con Miguel Delibes, lo cual siempre tiene su interés.



MIGUEL DELIBES

—Primero: ¿Qué es para usted un personaje de novela?

—Su elemento fundamental. Un ente de ficción capaz, si está bien trazado, de hacer verosímil cualquier argumento. Un ser que, mucho tiempo después de haber sido creado, puede darnos la sensación de que existe y que con frecuencia llega a superar y casi anular a su autor.

—¿En qué medida puede llegar a ser el propio novelista su personaje? ¿Cree que toda novela es siempre un poco autobiográfica?

—Sí. Hay quien descarga todo su yo en una obra y entonces la segunda no será más que el remedo de la primera. El escritor debe tener la facultad de reprimirse y no entregar más que un poco de sí mismo en cada novela.

—¿Cree usted en lo que se ha llamado la "desgenerización de la novela", fenómeno producido principalmente por la entrada del ensayo en ella?

—Indiscutiblemente, existe este fenómeno. Los escritores tienen en gran medida a la novela de ideas, o novela-ensayo. Es muy posible que esto lleve a los lectores inteligentes a prestar menos atención a otro tipo de novelas, con menor densidad de pensamiento. Sin embargo, creo que no debe darse preferencia a este tipo de obras, en cuanto a calidad literaria se refiere, con respecto a las demás. Simplemente, el campo de la novela no está delimitado. Soy de los que creo que todo cabe en ella.

—Este fenómeno, ¿no puede dar más difusión al desarrollo del pensamiento humano?

—Indiscutiblemente. Estimo precisamente que los pensadores han buscado en la novela la posibilidad de dar un marco más amplio a sus ideas.

—¿Cuál ha sido para usted el mayor acontecimiento literario desde su última visita a Oviedo?

—Descubrir, a estas alturas, al escritor mallorquín Lorenzo

Villalonga. He leído "La muerte de la dama", una obra que, dentro de un concepto clásico de la novela, posee un delicioso sentido del humor cuya falta se nota en la producción española contemporánea.

—¿Por qué cree que falta?

—A primera vista, puede parecer que sea debido a que el español no es un pueblo optimista. Pero, en todo caso, no es justificación suficiente. El neorealismo italiano nos ha dado una visión ajustadísima de una situación de postguerra, sórdida y negra, y, sin embargo, lo ha hecho con humor. Es la prueba de que pueden expresarse con humor las realidades más crudas sin que se deshumanicen ni pierdan vigor.

—¿Cree usted en sentidos de humor distintos para cada pueblo?

—Sí, hay un sentido del humor que cambia con altitudes y latitudes, lo cual no significa que pierda valor e intención con ellas.

Iniciamos con Miguel Delibes otros temas de interés, el eterno de la supuesto falta de universalidad en la novela española actual, por ejemplo:

—Creo que un localismo profundo bien visto y bien interpretado puede darnos una novela universal. Es el caso de "El Quijote", no es condición indispensable abordar temas que sean universales en sí mismos. Creo que es más cuestión de calidad que de otra cosa.

También hablamos de la posibilidad de una nueva generación de novelistas "cósmicos" que cultiven, de acuerdo con las circunstancias de la sociedad actual, un "realismo fantástico" que empieza a apuntar. Pero con estas cuestiones apasionantes y prácticamente inagotables, llegó la hora del comienzo de la conferencia de Miguel Delibes, que hoy leerá varias páginas de su libro: "Viejas historias de Castilla la Nueva", también en la Universidad. Así que hubo que despedirse con un hasta pronto!

P140

LA VOZ DE GALICIA La Coruña	DIARIO DE PONTEVEDRA Pontevedra	
EL IDEAL GALLEGO La Coruña	LA VOZ DE ASTURIAS Oviedo	
FARO DE VIGO Vigo	LA NUEVA ESPAÑA Oviedo	
EL PUEBLO GALLEGO Vigo	REGION Oviedo	26 ABR. 1964
EL PROGRESO Lugo	EL COMERCIO Gijón	

El hombre, su obra

MIGUEL DELIBES



● Entre mis libros, "Las ratas" es el que mejor ha reflejado el actual drama de la Castilla rural

● Tengo ilusión por hacer una novela de un niño de 3 ó 4 años; una observación próxima de la infancia

● Me gustaría que se dijese de mí: acertó a pintar Castilla

Texto: LUIS JOSE AVILA

Foto: SIERRA



El escritor vallisoletano está otra vez entre nosotros. Ha venido a pronunciar una conferencia y a leer una obra inédita suya titulada "Viejos cuentos de Castilla la Vieja". Delibes tiene un tema preferido: Castilla. Su tierra. Su sol, su aridez, sus hombres. Quizás por ello, por influencia de esa tierra de la que es producto, Mi-

guel Delibes habla despacio, como si las palabras fuesen arrancadas directamente del pensamiento. Con una indolencia, con un descuido estudiado.

La novela actual, la novela en sí, no tiene secretos para él. Es un creador nato, con un público, en su mayoría joven, que le sigue y escucha. El hablar con Delibes supone escuchar algo interesante. Algo que merece ser transcrito. Nosotros le preguntamos sin orden, girando una interrogación sobre otra.

—¿Por qué el presentar esta obra inédita en Oviedo?

—Ya lo he hecho en Mallorca, Madrid y Barcelona, y dentro de mi círculo afectivo no podía faltar la ciudad de Oviedo, su Universidad.

—De su producción, ¿a qué novela le tiene mayor consideración?

—"Las ratas", porque en ella he logrado la historia que buscaba y porque he expuesto mejor que en ninguna otra el actual drama de la Castilla rural, esa Castilla que para mí tanto significa.

—¿Es quizá esto un aprisionamiento en ese pedazo de tierra que es Castilla?

—Creo que el novelista nace para reflejar el pedazo de tierra que le cae en suerte. No creo que el hecho de que sea más o menos grande, o más o menos importante, señale ningún valor. Si desapareciera Castilla como provincia, sería una cuestión meramente administrativa. Para mí seguirían ahí su color, su paisaje, sus características peculiares y yo seguiría cobijando una idiosincrasia acorde a esas condiciones.

—¿Hasta qué punto interviene la parte imaginativa en sus obras?

—Realmente esto no lo sabe

ni el propio novelista. A veces piensa uno que está imaginando, cuando lo que pasa es que está desdoblándose. En el novelista se esconden tantas personalidades como pueda ser su acervo de vicios, su espiritualidad también, e imagina tantos como pudo escoger en la vida. Así pienso que el crear, más que una labor de imaginación, es labor de proyección de otro posible yo.

—¿Panorama de la novela española?

—Francamente esperanzador. Son muchos los que están en primera línea, y pocos los que hemos pasado los cuarenta años y en consecuencia el margen de esperanza es considerable.

—¿Camilo José Cela?

—Es un excelentísimo escritor. Sin embargo, a mí entender, Cela camina con más holgura cuando no se ve sometido a la sruvidumbre de un tema. Cuando se pone las botas de vagabundo y se lanza a recorrer España por sus trochas y veredas.

Otro giro a la conversación:

—¿Qué le parece el público universitario?

—Me encanta mantener contacto con los universitarios. Una de mis desazones es pensar que pueda desconectarme algún día de los problemas e inquietudes de la gente joven.

—¿Juventud?

—Creo firmemente en ella. Vemos con frecuencia que se habla de una juventud más o menos perdida, desquiciada, sin ambiciones e ilusiones, pero realmente ésta, por ser la que hace más ruido, es la que llama más la atención. Mientras que muchachos que trabajan en silencio, se ilusionan y viven sin falsos chillidos, pasan in-

(Pasa a la siguiente)



EL ESCRITOR Y SU ESPEJO



MIGUEL DELIBES

"Los Estados Unidos que yo he visto".—La actitud crítica y la denuncia.—El "desnudarse en otros".—El pájaro en la jaula.—Las enseñanzas de la crítica. — La próxima novela

«**U**NA de las figuras que realmente cuentan en el panorama de la novela actual—dice Eugenio G. de Nora en "La novela española contemporánea"—es sin duda Miguel Delibes, cuyo prestigio no ha hecho más que avanzar, con pasos no muy espectaculares, pero sí firmes y constantes, desde que, en 1948, le fue otorgado el premio Nadal correspondiente al año anterior por "La sombra del ciprés es alargada".

Indudablemente, Miguel Delibes pertenece a ese grupo de escritores que han afrontado su vocación con honestidad y pureza y al mismo tiempo con una lúcida conciencia de su tarea creadora. Es ya proverbial la calidad de su prosa, quizá la más transparente, flexible y veraz de cuantas salen de las plumas de hoy; muy decantada también, pero libre de excrecencias barrocas, con una expresividad y una precisión poco comunes. Dominan su literatura una gravedad y una preocupación ética muy castellanas.

Como es un autor incansable, de "libro por año", de ahí el interés que puedan encerrar sus respuestas acerca de algunos aspectos de su obra.

—¿Qué puede decirnos de su última obra?

—Mi última obra es un libro de impresiones de viaje sobre Norteamérica. Lo titulo "USA y yo" y no por la vanidad de emparejarme con un pueblo tan importante, sino para anticipar al lector que estos son los Estados Unidos que yo he visto, lo que, naturalmente, no quiere decir que sean así.

—¿Está realmente satisfecho de haberla escrito?

—Si no, no la hubiera hecho.

—¿Qué influencias admite en su obra literaria?

—Consciente y definida, ninguna; pero es obvio que todo creador se aproveche de los cimientos de cuantos le han precedido en el tiempo.

—¿Cuál es, a su juicio, la misión principal del escritor dentro de la sociedad que le rodea?

—Una actitud crítica con ánimo de per-

feccionarla (de perfeccionar la sociedad, se entiende).

—¿Puede el escritor ayudar al hombre? ¿Cómo?

—Denunciando, por un lado, cuanto en su derredor encuentre de injusto y arbitrario y desarrollando, por otro, el espíritu de comprensión.

—¿Cree que la cualidad sobresaliente de un novelista es tener mucho que contar y lo cuente bien, es decir, con claridad e interés?

—Para mí, la cualidad esencial de un novelista radica en su habilidad para desnudarse en otros. Más claro: darse a través de sus personajes convincentes.

—¿Prefiere "distraer" al lector o "traerlo" al centro de un problema vital que le afecte?

—Naturalmente, esto último, pero no a cualquier precio. Decir cosas sin pontificar y sin acritud me parece una saludable receta. La pedantería y la avidez de denuncia rompen con frecuencia el equilibrio estético.

—¿Tiene que dar el escritor testimonio de la época en que vive?

—Lo hará aunque no quiera. El pájaro que revolotea en la jaula da fe, al mismo tiempo que de sí mismo, de los barrotes que le limitan y le aprisionan.

—¿Qué piensa de la crítica?

—Que suele estar a la altura de las circunstancias. Un alto nivel literario da ordinariamente un alto nivel crítico y a la inversa. Yo, que llegué a la literatura con lo puesto, he aprendido mucho de los críticos.

—¿Quiere definirse sobre el tan debatido problema de la asociación de los escritores en la S. G. A. E.?

—¿Por qué no? Me parece muy bien que una entidad defienda los derechos de los escritores que lo pidan; esto es, apruebo que los escritores se unan y desapruuebo que los unan por real decreto. La libertad de asociación, como tantas otras libertades, me parece, cuando menos, respetable.

—Por último, ¿qué obra prepara?

—Una novela titulada "Cinco horas con Mario".

LA CALLE DE EN MEDIO: ATENEOS, CIRCULOS, COLOQUIOS...

MD

ATENEO DE MADRID

El autor enjuicia su obra

MIGUEL DELIBES

Miércoles, 5 de mayo. En el salón de actos del Ateneo un novelista español de fama internacional, uno de nuestros primerísimos novelistas, define: «¿Qué es una novela? Lo que yo hago, pero bien hecho.» Miguel Delibes está autocriticando su propia obra. De paso, enjuicia la novelística contemporánea, y hace un momento sus primeras palabras han sido para denunciar la especialización, la teorización del artista: «Nos empachamos de teorías y olvidamos la práctica.» «Hoy ocupan mayor extensión nuestras ideas estéticas que nuestras obras.»



Los novelistas han pasado a ser «políticos de novela». La novela está derivando a experimento técnico. No cabe el sentimiento.

Después de la definición, corta y rotunda, de líneas más arriba, añade: «Una novela requiere, al menos, un hombre, un paisaje, una pasión. Sin ellos, para mí, no hay novela.»

Delibes retrocede unos años. Llega al Delibes niño, lleno de inquietudes y sin medio de instrumentarlas. Sus relaciones con la literatura se limitan a Grey y Salgari, unidas, a los veinticinco años, con Dickens, Dostoiewsky, *El Quijote*, Valera, Baroja, Azorín y algún nombre francés. Pero no fué ninguno de estos grandes escritores quien contagió al autor del *Diario de un cazador* por la pasión de anudar palabras, del estilo. Sorprendentemente, es Joaquín Garrigues y su *Tratado del Derecho Mercantil* quien le despierta el interés literario. Buena anécdota.

A poco, entra en un periódico de su ciudad natal. Hace de todo en el oficio que él califica «buen gimnasio del novelista». Y comienza a novelar.

Su primera obra, *La sombra del ciprés es alargada*, es para su autor «una mala novela que ganó el «Nadal» del 48 porque las otras serían peores». Sigue con *Aún es de día*, sin aprender nada importante hasta que conoce a Faulkner, Camus, Graham Green, Hemingway, y encuentra la solución del problema: escribir espontáneamente, con una mezcla de humor y amargura, en su época. Es su propio camino.

A partir de ahí, con *El camino*, se producen para Miguel Delibes las obras de su personalidad. Esto,

en cuanto a estilo y arquitectura novelesca, no al contenido, ya que los temas son constantes desde el primer libro: muerte, infancia, naturaleza y prójimo. Apelar a estas cuatro notas obedece a algo, al fondo moral que poseen todos sus libros y al afán de despertar en los hombres el espíritu de comprensión. Lo importante, para él, es denunciar por parte del escritor lo que en todas las sociedades hay de injusto o arbitrario. Miguel Delibes se siente así comprometido, adscrito a un compromiso, que no es lo mismo que adscrito a ideario o a una bandera.

Su filiación literaria, apoyándose en los críticos que han juzgado su obra globalmente, es variada: para Maurice Coindreau, su traductor francés, es un equilibrio entre la ternura y el realismo, añadiendo humor. Bellini acepta este juicio y agrega la preocupación por la muerte. El norteamericano Ernest Johnson cree que su obra pugna entre las fuerzas que niegan la vida y las que la afirman.

Para muchos de sus críticos, su estilo se encuentra dentro del realismo clásico. Sinceridad, sentido de la responsabilidad y fondo ético, sus virtudes más elogiadas.

En cuanto a las objeciones, Delibes expone y refuta cuatro varias veces presentadas:

FALTA DE UNA NOVELA GRANDE.—«No sé si se refieren a una obra voluminosa o trascendente.» Para lo primero está el ejemplo de Hemingway en *El viejo y el mar*. Para lo segundo, recuerda que el español es extravertido y así hay que reflejarle. No se puede confundir la trascendencia con la petulancia.

PROVINCIALISMO MENTAL.—Se equivocan, si a servilismo se refieren.

SEGUIR DOS CAMINOS.—Con esto se refieren a las dos técnicas empleadas: la morosa y la impresionista, de largas puntadas. Sin embargo, «todo novelista debe ser un sólo estilo, pero tantas técnicas como temas pretenda desarrollar».

PROTAGONISTAS CARICATURIZADOS.—Admite que son caricaturas porque están realizadas con muy pocos trazos, pero no pierden entidad humana.

...Y DESPUES EN LA ESTAFETA

Miguel Delibes ha acabado de refutar—y ha acabado pronto porque sólo eran cuatro—las objeciones que algunos críticos presentan a su obra. Recibe los aplausos que el salón de actos, repleto de público, le dedica, y a pocos minutos después, le tenemos en LA ESTAFETA. Se ha formado una tertulia, bastante numerosa para el espacio de que disponemos: están el matrimonio de Lola y Emiliano Aguado, Salvador Jiménez, los de casa, el protagonista del acto, y un periodista de Radio Nacional.

En pro de la entrevista, y porque en la habitación hay escasez de sillas, intentamos el rapto de Miguel Delibes hacia la habitación contigua. Decir que el autor del *Diario de un cazador* es un hombre cordial, humano y amable no descubre nada y suena a frase obligada. Diremos, sencillamente, que se prestó al traslado, y allí le oímos:

—No, en mi infancia no advertí ningún síntoma literario. Leía algo—Grey era uno de mis autores—, pero por necesidad de expansión. Tenía intuición de dibujante. Caricaturas, exactamente. El paso, hacia la literatura, fué insensible.

El redactor de Radio Nacional le pregunta por el filón de sus novelas:

—La base está en lo que he vivido. Creo acertadísima la frase de Hervás: soy «un cazador que escribo» y no un escritor que caza. Por eso la naturaleza es una de mis constantes literarias.

Sobre el método de gestión de la obra:

—Nunca llamo al tema. Es el tema quien me llama a mí.

Acerca de la novelística española:

—Hace cinco años me hubiera pronunciado muy a favor. Ahora no sé a qué carta quedarme. Llevamos bastante tiempo en silencio. Será pereza, será... no sé. Lo cierto es que existe estancamiento.

Sus ocios. Sus ocios son tranquilos.

—Ir al campo, con mis hijos. Es el motivo de que la infancia y la naturaleza ocupen tanto lugar en mi obra. Pesca, cazo...

Afina la voz. Sonrisa de disculpa:

—¿Cree en la sinceridad de las «autocríticas» literarias?

—Creo en la sinceridad de mi juicio autocrítico.

—¿Cree en la objetividad de un atutor frente a su obra?

—Creo que procura ser objetivo, aunque pesen los prejuicios, las experiencias de las que no puede desprenderse.

—¿Escribe para su generación o para todas?

—Eso sería hacer un vaticinio. Pretendo que me entiendan los de mi generación. Aspiro a que me lean todas. Quizá por eso rehúyo las técnicas revolucionarias que sustituyen el bosque por un poste de teléfonos.

—¿Considera el *Diario de un cazador* su mejor obra?

—Le he releído recientemente y pienso que ahora lo escribiría de otra manera. El *Diario de un emigrante* tiene mejor lenguaje. Posiblemente, me incline por *Las ratas*.

—¿La que, personalmente, prefiere?

—*Viejas historias de Castilla la Vieja*. Infiere en ello, supongo, el momento dramático que está pasando el campo de Castilla.

—¿Libro entre manos?

—Las impresiones de un viaje por Norteamérica. Para un paleta como yo es una experiencia delirante.

—Defina a USA en cuatro palabras:

—Confort, masificación, libertad y adiós a la naturaleza.

La definición exige una explicación más amplia.

—Existe la naturaleza, es cierto, pero domesticada. Es impresionante.

Cambio de continente:

—¿Porqué ese afincamiento perpetuo en Valladolid?

—Me deprimen las ciudades grandes. Valladolid ya se está convirtiendo en excesiva. Lo ideal sería una ciudad de 20 ó 30.000 habitantes. Algo como Sedano, en Burgos, donde busqué descanso y encontré petróleo. ¡Estoy contento de que salga petróleo en España, pero vamos, no en mi casa...!

—Algo que no le guste y por qué?

—El «nouveau-roman». Es una experiencia cabalística, con cierto interés formal, pero que nunca podrá ser un camino viable para la novela.

—Y algo que le guste:

—El reencuentro con el Cristianismo de Juan XXIII. Lo considero el hecho más importante del siglo xx.

JUBY F. BUSTAMANTE.

Asaeteamos --con preguntas-- a MIGUEL DELIBES



- — ¿ES USTED POLITICO? — ➤
- — ¿QUE OPINA DE LOS ESPAÑOLES? — ➤
- — ¿QUE ES PARA USTED LA LIBERTAD? — ➤
- — ¿SE CONOCE A SI MISMO? — ➤
- — ¿HA SIDO REBELDE ALGUNA VEZ? — ➤
- — ¿SE SIENTE USTED LIBRE? — ➤
- — ¿HA HABLADO ALGUNA VEZ CON UN BARRENDERO? — ➤
- — ¿HA SIDO POBRE ALGUNA VEZ? — ➤
- — ¿QUE OPINA DE LOS RICOS? — ➤
- — ¿SE CREE UTIL PARA LA HUMANIDAD? — ➤
- — ¿DE QUE SE SIENTE RESPONSABLE? — ➤
- — ¿QUÉ OPINA DE LAS PROSTITUTAS? — ➤
- — ¿TIENE MIEDO? — ➤
- — ¿TIENE MIEDO DE MORIRSE? — ➤
- — ¿QUE HA CREADO USTED? — ➤
- — ¿CUANTOS AÑOS QUERRIA VIVIR? — ➤
- — ¿QUE OPINA DE LA HUMANIDAD? — ➤

...y MIGUEL DELIBES, ese escritor con garra, responde:

Una entrevista de Francisco Ruiz de la Cuesta

borda en esos personajes de sus novelas Miguel Delibes, vallisoletano puro, co-tan llenos de verdad, de humanidad, de mo la sal dorada de los trigos limpios de la Gran Castilla.

Miguel Delibes nació en Valladolid en 1920. Es Catedrático de Derecho Mercantil, periodista y un extraordinario escritor.

Se dio a conocer con la novela "La sombra del ciprés es alargada", que obtuvo el Premio Eugenio Nadal 1947. A esta obra siguieron: "Aún es de día", "Mi idolatrado hijo Sisi", "El camino", "Diario de un cazador", que obtuvo el Premio Nacional de Literatura 1955. "Siestas con viento Sur" (Premio Fasternath) y otras muchas e importantes novelas y libros de viaje de calidad excepcional.

Pero hoy no vamos a hablar de libros, vamos a dialogar de todo un poco, en ese perfil humano que todo hombre lleva de cinturón.

—¿Qué opina de la Humanidad?
—Que en ella hay de todo como en botica.

—¿Fue usted profeta en su tierra?
—Ni he sido, ni aspiro a serlo en ninguna parte.

—¿Es usted político?
—No.

—¿Por qué?
—Desde que el mundo es mundo —aún en los pueblos mejor organizados políticamente— se ha visto a locos mandando a cuerdos y a tontos mandando a listos. Decididamente eso no me gusta.

Dialogar con Miguel Delibes es saturarse de inquietud por la vida, porque su conversación, como su pluma, están llenas de esa garra castellana, tan universal y rebelde.

—¿Qué opina del fútbol?
—Me gustó jugar; hoy me divierte ver jugar.

—¿Qué le gusta más de la vida?
—La familia.
—¿Tiene miedo?
—Sí.

—¿De qué se siente responsable?
—De demasiadas cosas.
—¿Qué opina de los españoles?
—Buen fondo y malas formas.

Novelista excepcional, abierto, sincero, rebelde, fiel a sí mismo.

—¿Se cree útil para la Humanidad?
—Quizá.
—¿Ha hablado alguna vez con un barrendero?
—Muchas.

—¿Sabe contar chistes?
—Mal.
—¿Qué es para usted la libertad?
—Eso.

—¿Se siente usted libre?
—Sólo interiormente.

Miguel Delibes es un hombre que piensa, que sabe escuchar, que sabe dialogar.
—¿Qué es lo que más le duele de los demás?

—La intolerancia.
—¿Qué ritmo prefiere bailar?
—No bailo.

—¿Se conoce a sí mismo?
—Algo.
—¿Tiene miedo de morirse?
—Sí.

—¿Por qué?
—Un túnel siempre impone aunque uno presienta que en el otro extremo hallará más luz.

—¿Cómo reaccionaría si alguien le hiriese sin motivo?
—Violentemente.

Castellano puro, como la raíz del trigo en junio.

—¿Qué opina de los ricos?
—Muchos no merecen serlo.
—¿Qué ha creado usted?
—Una modesta obra literaria.

—¿Suelta "tacos" cuando se irrita?
—Sí.
—¿Qué prefiere: mandar u obedecer?
—Obedecer cuando las órdenes no son arbitrarias.

—¿Qué sabe cocinar?
—Paella.
—¿Cuál ha sido la palabra más importante de su vida?
—Hay muchas.

—¿Qué le haría llorar hoy?
—La pérdida de los que quiero.
—¿Qué opina de las prostitutas?
—Como de los ricos; muchas no merecen serlo.

—¿Ha sido pobre alguna vez?
—De hambre, no; de no tener dinero para ir al cine bastante tiempo.

—¿Cuántos años querría vivir?
—Con salud, los que caigan.
—¿Qué profesión impediría a sus hijos?
—Ninguna de no ser deshonrosas.

—¿Ha sido rebelde alguna vez?
—Sí; porque me irritan la injusticia y la hipocresía.

La vida, la muerte, los hombres. Miguel Delibes, este escritor con garra castellana, tan universal como su propia tierra, tan sincero fuera y dentro de su pluma, con esa libertad interior que se des-

Ahora...

LIQUIDAMOS

cuanto quedó de la

VENTA POSBALANCE

Y hacemos nuevas y aún mayores rebajas

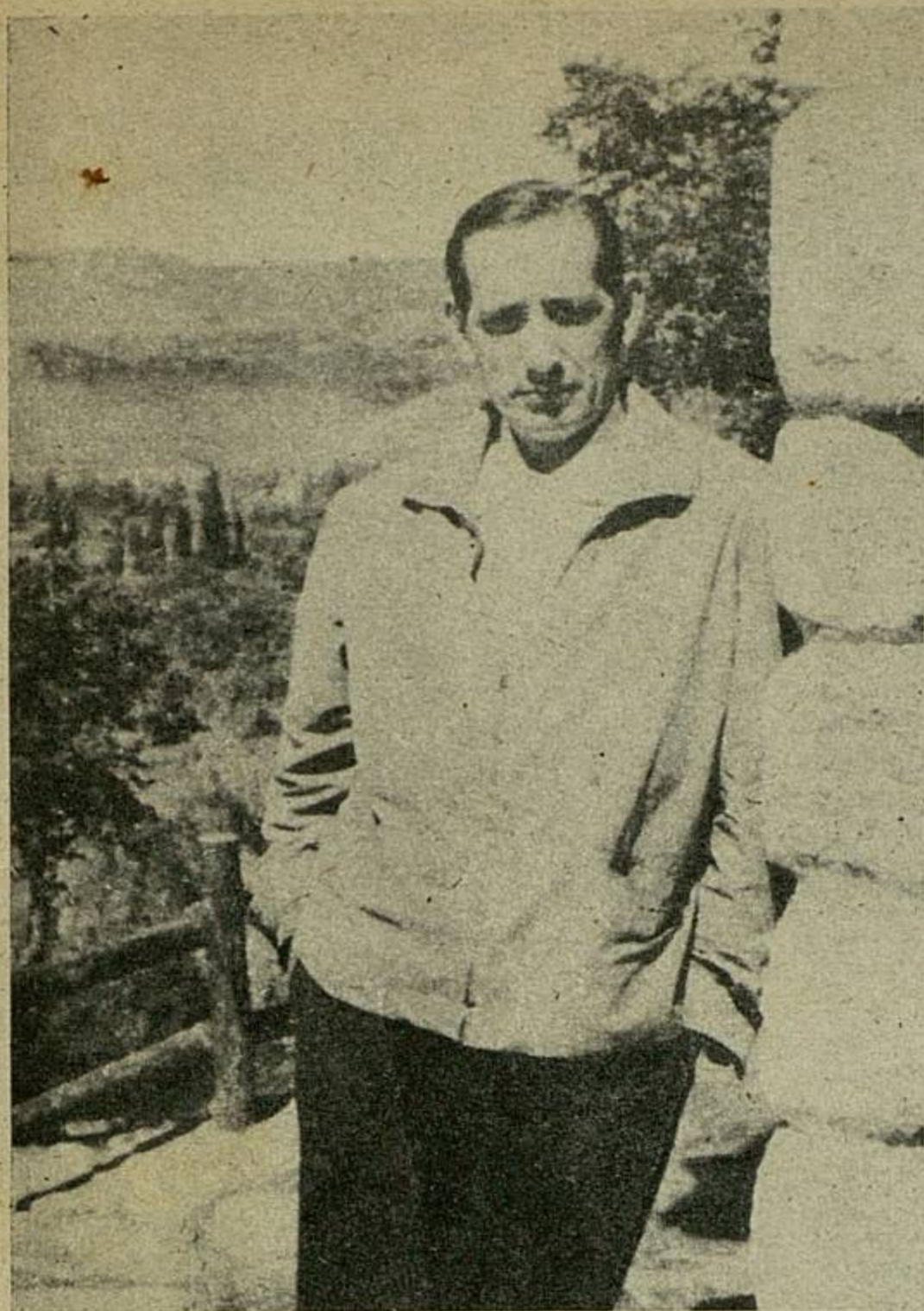
DURALEX

PLATO hondo o llano, 23 cms., modelo "París"	10	TAZA para desayuno, con plato	18
PLATO de postre, 20 centímetros modelo "París"	9	TAZA para café, con plato	13
VASO para agua, modelo "Cigueña"	6	FRUTERO - ENSALADERA de 23 cms. de diámetro	33
VASO para vino, modelo "Cigueña"	5	LAVAFRUTAS de 12 cms. de diámetro	8

Y así en todas las secciones

RETALES de alta calidad
Se rebajan de nuevo
para esta liquidación final

Galerías Preciados



MIGUEL DELIBES: UN NOVELISTA DE VALLADOLID

MD

«Mi preocupación fundamental
son mis hijos»

COMO cada mediodía, Miguel Delibes ha aparcado su "Dauphine" color gris plomo a la puerta de "El Norte de Castilla". Como cada día, el novelista vallisoletano ha subido calmamente las escaleras hasta desembocar en su despacho. Ha colgado en el perchero su ancha boina de marino vascongado, y el más castellano de los escritores españoles toma asiento frente a su mesa de director de periódico donde en la mayor anarquía se amontonan libros, revistas, originales y cartas. Muchas cartas. De Tudela de Duero, de Barcelona, de Nueva York.

—Acabo de regresar de una jira por Alemania, Suiza y Francia. He dado conferencias en las principales Universidades —Heidelberg, Munich, Bonn, Sant-Gall, Montpellier, Aix en Provence—, para hablar sobre la novela española de hoy...

—¿Y cómo está la novela española de hoy en Europa?

—Muy bien. Puede decirse que es muy raro el novelista español de algún nombre que no haya sido traducido al francés, al alemán, al inglés... He explicado en mis conferencias que la novela española vive un momento prometedor. Hay un plantel de escritores que confirman el renacimiento.

—¿Cómo se cotiza Miguel Delibes en Europa?

—Puedo decirte que "Bachem", en Alemania; "Gailimard", en Francia; "Hanisch Hamilton", en Inglaterra; "Nuova Academia-Martello Einaudi", en Italia, y "Uliseia", en Portugal, han dado a conocer gran parte de mi obra. De "El camino", editada por "Bachem", se vendieron veinte mil ejemplares en tres meses en Alemania. Ahora he firmado un contrato con el mismo editor para la publicación de todos mis libros en Alemania. Comenzarán a salir dentro de diez meses.

LOS PREMIOS LITERARIOS

El tema de los premios literarios salta a la palestra de la conversación...

—¿Cuál es tu opinión del Premio Nadal?

—Gracias al Nadal surgió el interés por la novela en España.

A veces se ha achacado que muchas novelas premiadas son malas, pero lo que no puede hacer el Jurado del Nadal es escribir una novela buena para satisfacción de los lectores. Necesariamente ha de premiar entre lo que viene. Yo quiero pensar que el año que me dieron a mí el Nadal, "La sombra del ciprés es alargada", era la menos mala de las ciento treinta y tres presentadas.

—¿Cuál es el gran peligro de los premios?

—Su proliferación excesiva, que ha sembrado el confusionismo, pues muchas veces el lector no encuentra en ellos los valores esperados.

"LAS RATAS"

—¿Cuál es tu novela preferida?

—Tal vez, por la indefensión en que se encuentra el libro a punto de salir o por aquello de la debilidad del hijo pequeño, mis simpatías se inclinan por la última.

—¿Qué supuso para ti triunfar en el Nadal?

—Supuso quince mil pesetas y, además, que sin él no hubiera seguido escribiendo.

Delibes quizá sea el escritor más regular de España. Anualmente, con puntualidad inglesa, lanza su "impacto". Su última novela, la sexta, fué "La hoja roja". Ahora acaba de terminar la número siete, "Las ratas". Doscientas páginas. La hemos leído. Para el que firma este reportaje, "Las ratas" es la sublimación del estilo delibiano.

—Es la que más me ha costado, porque es la más sencilla.

—¿Cuándo comenzaste a escribirla?

—Hace dos años.

—¿Cómo nació la idea?

—Pateando los campos de Castilla con la escopeta en la mano. Conocí un tipo que cazaba ratas en el cauce de un arroyo. Yo he partido de este hombre para trazar un cuadro de la vida de los hombres de Castilla.

MD

Acaba de terminar su séptima novela: «Las ratas»

—¿Temes algo antes de que aparezca en los escaparates de las librerías?

—Sí, tengo miedo de que resulte demasiado simple. No obstante, hay apuntados bastantes problemas para quien los quiera ver.

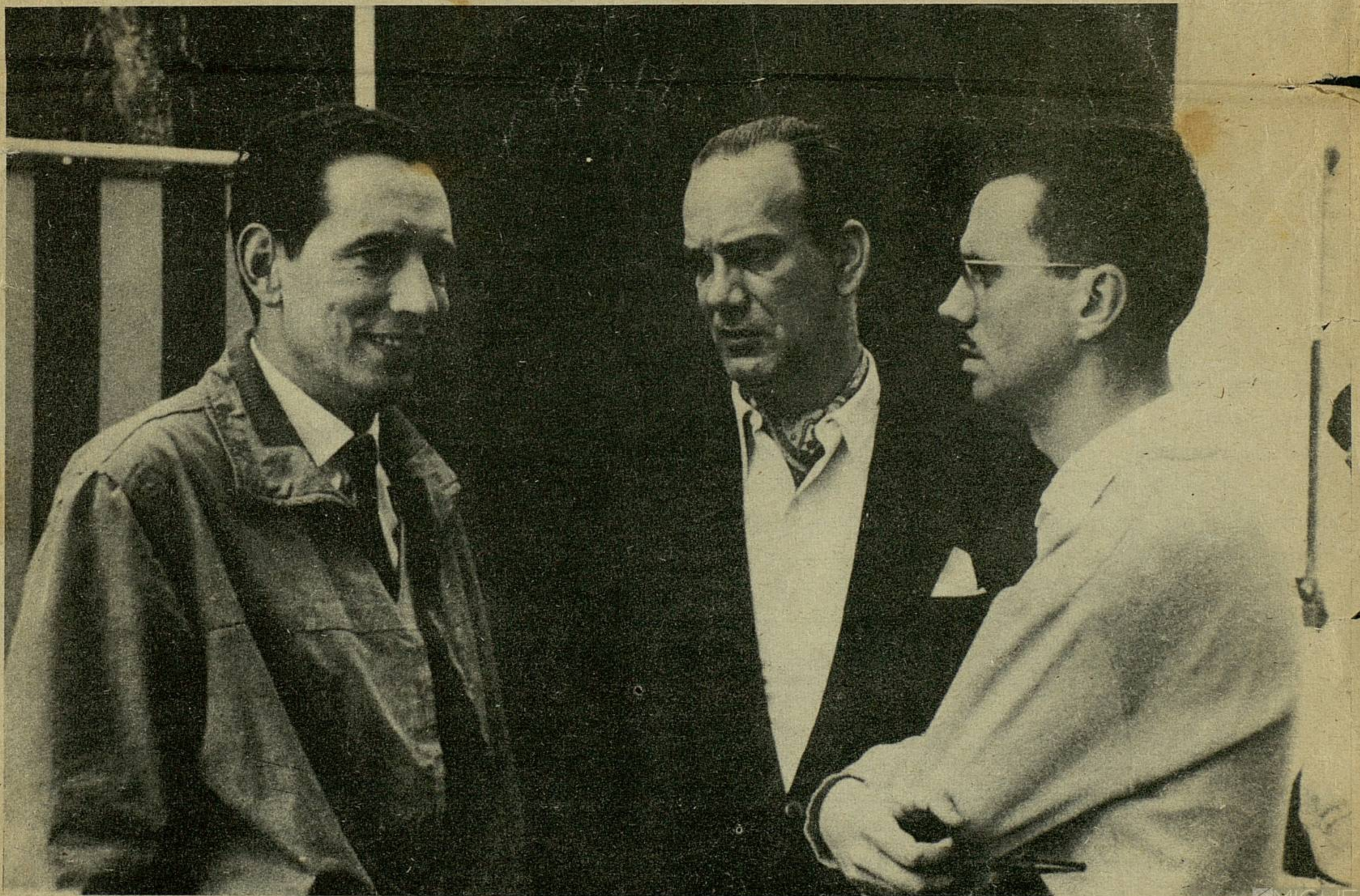
—¿Qué lección apuntas?

—Ese niño acosado por todo el pueblo puede ser un símbolo de lo que hoy ocurre en el mundo. Yo no creo que la bondad, la dignidad, la libertad y la espiritualidad hayan sido barridas, pero es evidente que cada día es mayor el acoso que sufren. En "Las ratas", el niño se da a todo el mundo, pero su entrega no encuentra correspondencia.

—Una vez leída la novela, alguien puede achacarte la irrealidad de los personajes centrales...

—Sin embargo, ni el ratero ni su competidor son irreales, puesto que yo he conocido a los dos y he cazado con ellos.

Delibes con Cela y Espinós

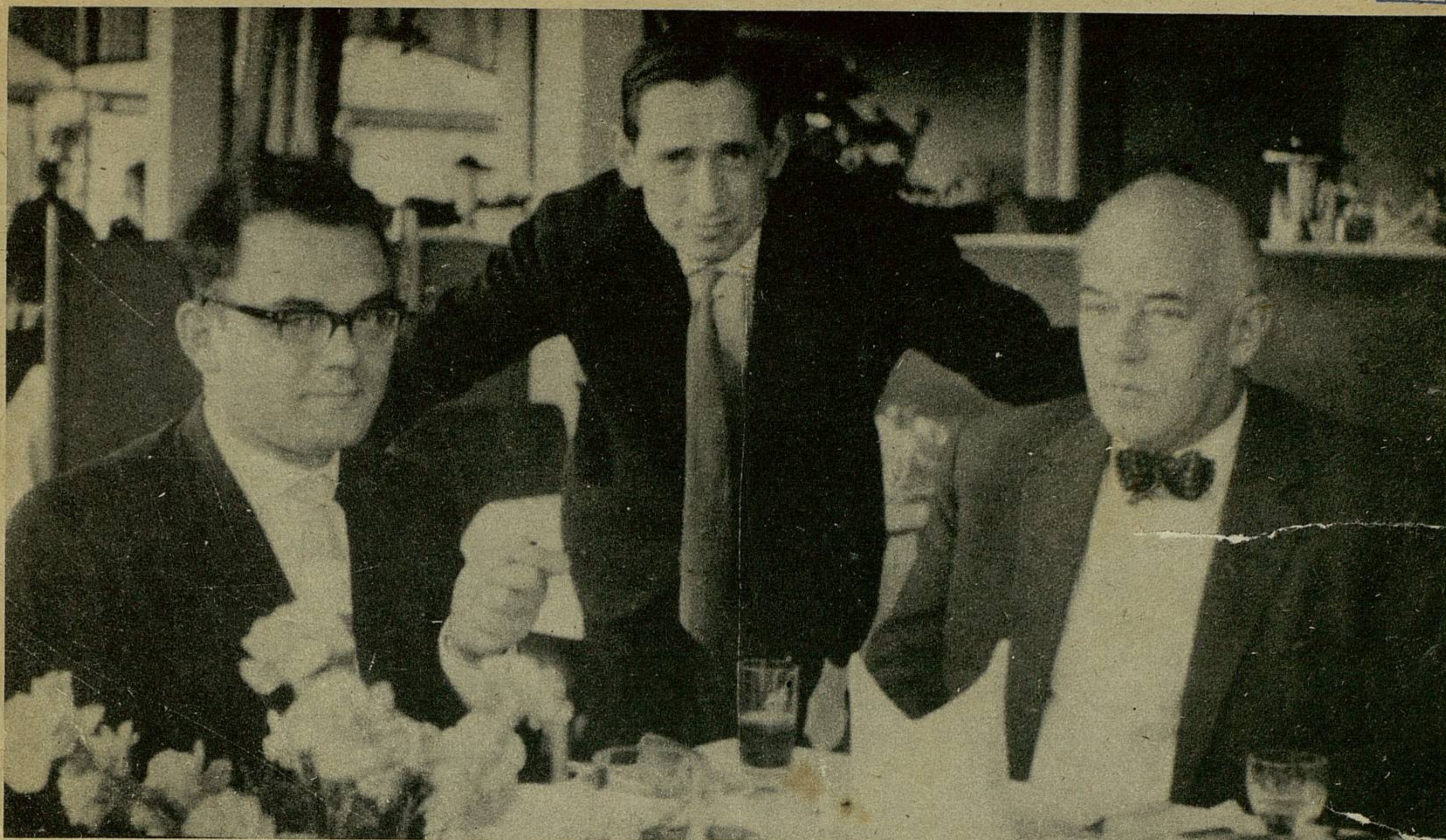


Con Gironella y el padre Martín Descalzo

LA VIDA PROVINCIANA

El autor de "Diario de un cazador" fuma "caldo". Como cualquier personaje de sus novelas. Da gusto verle fumar. Sus palabras, su rostro sereno y el humo del tabaco modelan a un conversador formidable. No es serio. Su humor, el de sus novelas, está en la línea del humor tradicionalmente español, el de Baroja, el de Cela...

—Miguel, ¿cuáles fueron tus primeras "armas" en la vida?



Delibes con sus editores alemanes Bachem (padre e hijo)

—Estudié, compaginándolas, Derecho y Comercio. A los veinte años ingresé como caricaturista en "El Norte de Castilla". Aquí gané mis primeros dineros. Expuse mis caricaturas y dibujé tarjetas de felicitación para Navidad. Luego entré en el Banco Castellano. Estuve medio año aprendiendo la técnica bancaria y a continuación hice oposiciones a cátedras de Derecho Mercantil. Las gané en 1944.

—Tú eres un hombre sencillo...

—Sí, me gusta el aislamiento y la vida provinciana. Añade, además, que para conquistar Madrid nunca consideré necesaria la presencia física. Algunos me han afeado que mis novelas son poco trascendentes porque trato ambientes provincianos. Yo no creo que la trascendencia y la universalidad de una obra exijan una densidad de población determinada. La misión del novelista es anotar fragmentos de un mundo pequeño o grande y acertar a recrearlo de una manera fiel. Si uno acierta, la novela tendrá trascendencia, aunque sus protagonistas sean pobres gentes y el ambiente donde se desenvuelven cuatro mezquinas casas de adobe.

—¿Cuál es tu preocupación fundamental?

—Los hijos. A veces me ataca el escrúpulo de haber lanzado seis hijos al mundo, un mundo cada día más esquinado y difícil.

—¿...?

—Mi otra gran preocupación es la Naturaleza. No puedo dejar una semana sin ponerme en contacto con ella. En este sentido cualquier disculpa es buena. Cazar perdices, pescar truchas, capturar cangrejos, bañarme en el río o en el mar. Mi mujer se lamenta de que cada día son más frecuentes en mí las "llamadas" del campo.

Pero la verdad es que yo no sabría vivir sin estas escapadas periódicas.

—¿Eres hombre de mundo?

—Las grandes reuniones no me gustan. Me agrada el cambio de impresiones con un matrimonio amigo; pero siempre que la reunión pase de la media docena de personas, la plática me aburre. No creo que sea un hurón, pero lo que no soy con seguridad es lo que se llama un hombre de mundo. En todo caso pienso que ni nuestra paz ni el mundo van a arreglarse en las grandes tertulias.

EL CATEDRÁTICO

En la charla con el novelista de Valladolid el "carrousel" de las preguntas se detiene en una de sus facetas más señaladas. La de catedrático.

—Doy cinco clases semanales en la Escuela de Comercio. Historia de la Cultura e Historia del Comercio.

—¿Cómo es la labor del catedrático?

—La labor del catedrático suele ser ingrata. Unas veces encuentra la compensación en esos tres o cuatro alumnos interesados en la materia. Pero en cualquier caso entiendo que el fracaso en la enseñanza no proviene tanto de la falta de interés de los alumnos como de las graves crisis de la didáctica. Hay muchos profesores que al hacer un libro de texto persiguen antes que el que sus alumnos aprendan, el alcanzar un lucimiento personal. No quieren darse cuenta de que las más de las veces estos libros no llegan a los alumnos porque la retórica los ahoga.

EL HOGAR

—¿Cómo se desenvuelve tu vida?

—Diariamente tengo que desacomodar la cabeza por lo menos



«Me levanto en catedrático, como en escritor y ceno en periodista»

tres veces. Me levanto en catedrático, como en escritor y ceno en periodista.

—De los seis hijos que has “lanzado a este mundo esquinado”, ¿te gustaría que alguno fuera escritor?

—Me gustaría tener un hijo con una inclinación artística. Quizá más que escritor me gustaría que fuera músico; pero, dado mi pésimo oído, no cabe duda de que si esto se produjera sería un don de la Providencia.

—¿Tienes algo que ver con el compositor francés Leo Delibes?...

—Sí. Mi abuelo era francés. De Toulouse. Y vino a España con ocasión del tendido del ferrocarril Reinosa-Santander. Al llegar a Molledo-Portolín tuvieron que perforar un túnel muy largo; tan largo que a mi abuelo Federico le dió tiempo a enamorarse de mi abuela, andarse unos meses de novios y casarse con ella. Mi abuelo debía ser un hombre de carácter especial, porque no volvió a Francia ni hablaba de sus parientes. Tan sólo se sabe, porque mi padre se lo oyó decir, que tenía un parentesco lejano con el compositor Leo Delibes.

—¿Qué ha supuesto Angelines, tu esposa, en tu vida?...

—A mi mujer le dediqué un libro diciendo que era mi equilibrio. Hoy, al cabo de los años, no puedo hacer sino confirmarlo. Los escritores, los artistas en general solemos tener un temperamento difícil. Hay que pensar que si algo no ha estallado en mi casa desde hace quince años se debe seguramente **al tacto y a la mano izquierda** de mi mujer.

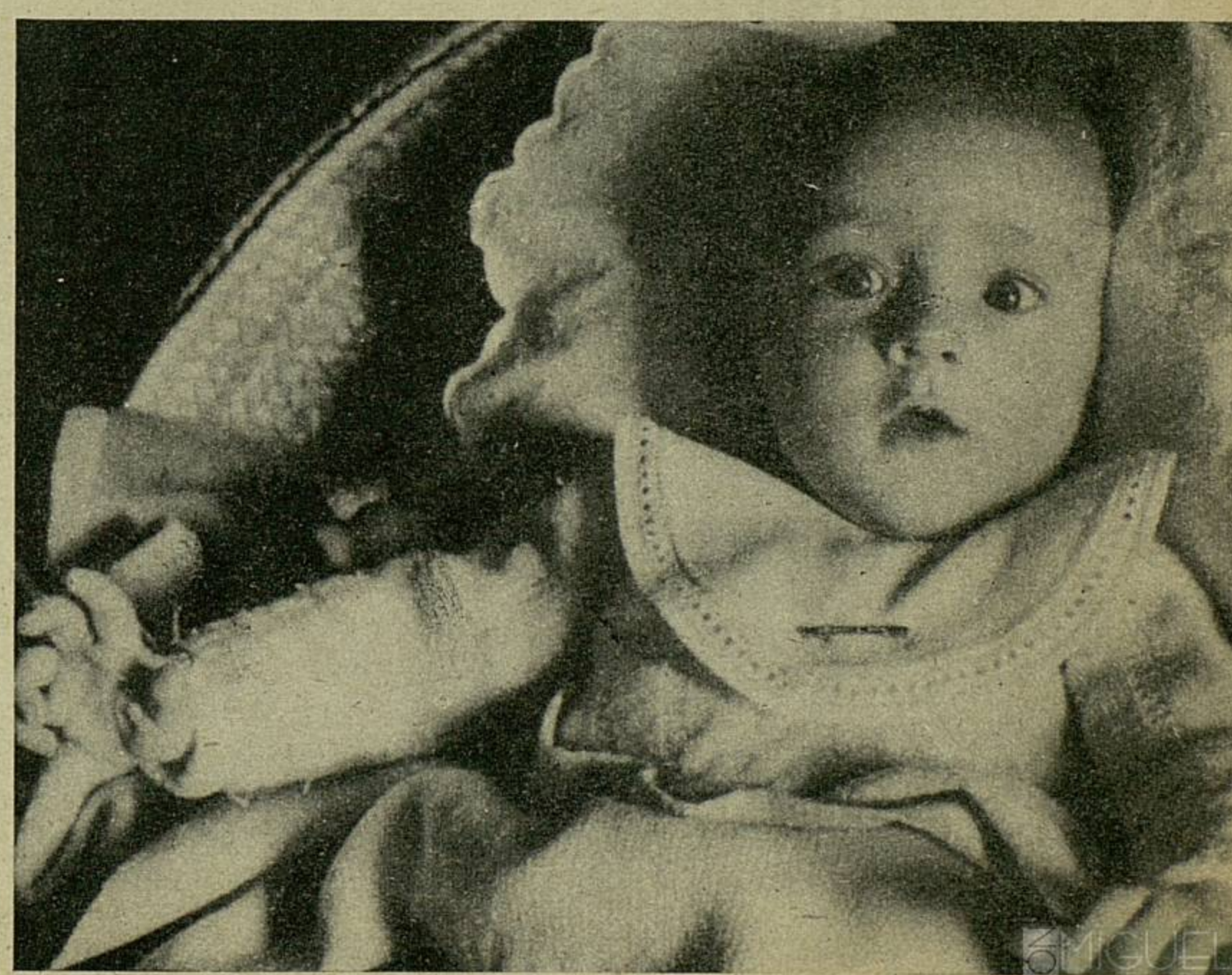
Miguel se ha calado la boina y hemos salido a la calle. “Valladolid es la ciudad de los peatones”, me ha parecido oírle decir alguna vez al novelista. Las aceras rebosan de gente. Por último, Miguel me habla con cariño de Sedano, “un pueblecito de Burgos donde las manzanas no tienen coco y los conejos no enferman de mixomatosis”. “En este pueblo, a ciento sesenta y siete kilómetros de Valladolid, he construído una pequeña casa y creo que esta decisión ha sido uno de los grandes aciertos de mi vida. Me gusta la vida provinciana. Incluso Valladolid me incomoda ya con los primeros semáforos.”

Manuel A. LEGUINECHE

Arriba: Angelines, la esposa, y los hijos

Centro: La mujer y los hijos en Sedano

Abajo: El último de la serie



EN EL TERRENO ECONOMICO

El Consejo de Empresarios señala la discrepancia entre administración y administrados

PIDE UN DIALOGO EFICAZ. — CONSIDERA INADECUADAS DIVERSAS DIRECTRICES DE POLITICA ECONOMICA, FISCAL Y COMERCIAL. — ABSOLUTA DISCREPANCIA AL II PLAN DE DESARROLLO.

Del Gabinete de Información y Relaciones Públicas de la Organización Sindical hemos recibido la siguiente nota del Consejo Provincial de Empresarios de Barcelona:

La crítica coyuntura de nuestra economía; la persistente ausencia de una política económica, coordinada y estable, que restablezca el clima de confianza necesario para todo proceso de desarrollo; la cada vez más acusada discrepancia entre Administración y administrados, por lo que respecta a la forma de juzgar los hechos económicos; la inexistencia de un diálogo eficaz entre ambos, que permita a la primera conocer la problemática empresarial en toda su realidad, son premisas que obligan al Consejo Provincial de Empresarios a plasmar su preocupación y su disgusto en los siguientes acuerdos:

Hacer patente su respetuosa pero enérgica disconformidad, ante la nula acogida que, por parte de quienes rigen la Economía Nacional, han merecido sus reiterados avisos y objeciones.

Protestar por el frecuente empleo de fáciles argumentaciones que hacen recaer sobre el empresario la responsabilidad del origen o solución de situaciones de las que él mismo, no es más que una de las partes más perjudicadas.

Significar una gran preocupación

ante el hecho de que, no sólo se insiste en seguir unas determinadas directrices en política económica, fiscal y comercial, que en general el Consejo estima equivocadas, sino que además se tiende a incidir en ellas con mayor intensidad.

Proceder al estudio urgente de las actitudes a adoptar frente a la postura actual de las Haciendas Públicas, recomendando a nuestros representados la máxima cautela en toda clase de negociaciones que puedan originar mayores y, por lo tanto, más graves repercusiones, en sus ya maltrechas tesorerías.

Poner de manifiesto su más absoluta discrepancia con la previsión hecha en el II Plan de Desarrollo, de nuevos incrementos de la presión fiscal, dado que las experiencias vividas nos inducen a considerar se trata de garantizar unos niveles mínimos de la misma, que permitan hacer frente a nuevos incrementos del Gasto Público.

—El Consejo estima, que ha sido factor importante en la creación del actual desequilibrio económico el desbordamiento del Gasto Público. Consideramos que el futuro de esta economía, exige que este Gasto, en todos sus ámbitos, entre en los cauces de una inversión no consuntiva y de máxima austeridad.

MAGNETOFONO BARCELONES

PRINCESA PIGNATELLI: «LO IMPORTANTE SIEMPRE EN UNA MUJER ELEGANTE ES QUE HAYA UNA ARMONIA EN EL CONJUNTO»



Estuvimos ayer varias horas en la estación aérea con la intención de dialogar con una serie de astros y estrellas, a cuál más populares, cuya llegada estaba prevista para concurrir al «X Festival Internacional de la Piel», celebrado anoche. Ninguna, lo que se dice ninguna, pudimos ver en el aeropuerto, ya que la ausencia de populares ha sido total. Ni Claudine Auger, Mireille D'Aro, Michèle Mercier, Gina Lollobrigida, la bailarina Ludmilla Techerina, solamente Tessa

Beaumont, cuya posible resonancia internacional dudamos haya llegado a ustedes. Tampoco Luis Miguel Dominguín, ni Lucía Bosé, a no ser que lo hicieran a otra hora que la prevista. Nos consta que los organizadores enviaron los oportunos pasajes y las habitaciones estaban reservadas, pero los famosos se quedaron en casa... Decidimos conversar con el embajador de España en el Quirinal, pero tampoco arribó, si su esposa, doña Isabel Carswell de Sánchez Bella, quien por cierto, a su elegancia une una simpatía poco común.

—Mi esposo —nos dijo— no ha podido venir. El ministro español de Obras Públicas, como usted sabe, se encuentra en Italia y al prolongar su estancia ha tenido que quedarse para acompañarle en las visitas a realizar. Tenía muchos deseos de estar en Barcelona, pero no ha podido ser. Por mi parte, le diré que he oído ha-

blar mucho de la fiesta a celebrar y vengo encantada y en compañía de un grupo de señoras italianas, entre las que se encuentra la princesa Pignatelli, que es una de las figuras que, aparte por su belleza, ocupa puestos muy destacados en el mundo de la moda. Creo estarán también los condes de Crespi, aunque se desplazarán directamente de Madrid.

—Nos dirigimos a la princesa Pignatelli, Luciana de Pignatelli, que aparece en la fotografía —una de las damas más consideradas en el campo de la elegancia—, que nos fue presentada por la señora de Sánchez Bella, quien además colaboró como intérprete.

—¿Es difícil ser elegante siempre?

—Sí, y a veces hasta cansa, fatiga.

—¿Qué prendas —dos o tres como ejemplo— cree imprescindibles para una mujer elegante?

—No se puede concretar. Lo importante siempre es que haya una armonía en el conjunto; que los zapatos vayan bien con el bolso, con los guantes, con el vestido; resumiendo, saber armonizar.

—¿Se inclina por la falda corta o bien larga?

—La corta, la corta.

—¿Y en cuanto a la mini-falda?

—Sí, pero sólo para las mujeres muy guapas y muy jóvenes.

A la princesa le iría a la perfección...

Juan ARMENGOL

Protesta por la suspensión de los conciertos en el impuesto de radicación

Se reunió ayer la Comisión de Asuntos Locales, con asistencia de representantes de los Sindicatos Provinciales afectados por la suspensión de los conciertos para la

exacción del arbitrio de Radicación.

Se dio cuenta de la actitud adoptada por el Ayuntamiento en orden a tales conciertos, señalándose la inadecuación, en los momentos críticos que pasan la industria y el comercio, de unas medidas que se estiman totalmente inoportunas. No solamente por su mayor incidencia sobre la tesorería de las empresas, sino y muy particularmente, porque la adopción de las mismas se ha producido cuando ya transcurrido la mitad del ejercicio económico que se contempla.

Los reunidos manifestaron las molestias que significan para los Sindicatos la toma por la Administración de unas decisiones unilaterales, sin la consulta y el diálogo obligado con los administrados.

A tal fin acordaron, además de formular la presente denuncia pública, proseguir las necesarias gestiones para conseguir una rectificación al acuerdo de suspensión que, en su día, tomó la Comisión que, en su día, tomó la Comisión de delegado de Servicios de Hacienda.

INTENTO DE MANIFESTACION FALLIDO

Según comunica la Agencia Cifra, la proyectada manifestación promovida por las llamadas Comisiones Obreras en Barcelona, no llegó a realizarse porque los trabajadores barceloneses no secundaron las consignas contenidas en unas octavillas distribuidas en días pasados en diversos puntos de la ciudad. El punto de concentración de los manifestantes era la plaza de Antonio López, frente al palacio de comunicaciones y la hora, sobre las siete y media de la tarde. Las autoridades habían adoptado precauciones, pero las fuerzas del orden no tuvieron que intervenir.

Únicamente, la policía ha practicado la detención de 10 hombres y 4 mujeres, que se hicieron sospechosos por su reiterada permanencia en el indicado lugar. Los detenidos fueron trasladados a la Jefatura Superior de Policía para su identificación.

CONFERENCIA DE DON EDUARDO NAVALLS

Organizado por el Comité de Conferencias y Reuniones Generales de Estudio del Club de Dirigentes de Ventas y Marketing de Barcelona, se celebrará, el próximo lunes, día 30 de octubre, en su salón de actos, una interesante conferencia, con proyección cinematográfica, en la que, don Eduardo Navalls, miembro destacado de dicho Club y director técnico de la agencia de publicidad Navalls & Cia., analizará y comentará las motivaciones y bases sico-sociológicas contenidas en el film comercial, anglo-italiano, «LA TORTUGA Y LA LIEBRE», que se proyectará como base del análisis.

El señor Navalls expondrá las razones por las que, en las técnicas de promoción de ventas, todo va mejor —tal como reza el título de su conferencia— «Cuando la Publicidad se convierte en dulce Propaganda».

El médico de Su Santidad en Barcelona

Ayer llegó a Barcelona de donde partirá mañana, el cirujano de Su Santidad el Papa, para recoger el premio «Antonio Guimbernat 1967», con el que ha sido galardonado por la Asociación Barcelonesa de Cirugía. El profesor Pietro Valdóni, es presidente de la Sociedad Italiana de Cirugía y «Doctor Honoris Causa» de varias universidades europeas. Es autor de más de doscientas publicaciones quirúrgicas y dentro de su especialidad está considerado como uno de los mejores.

Dentro de su apretado programa barcelonés, mañana girará una visita al Ayuntamiento.

«El secreto profesional me impide hablar del estado de salud de Su Santidad», manifestó a su llegada al Aeropuerto del Prat.

UNA LESION EN LA MANO DE DELIBES

EL escritor Miguel Delibes es vallisoletano de nacimiento, de raíz, de habla, de propósitos y de presencia. Enjuto de rostro y recio en la forma, gusta del escribir sin artificios; por eso su mano derecha acusa una lesión del nervio, debida al constante roce de la pluma.

Pasó breves horas en Barcelona, y durante ellas habló en varias ocasiones «chez les jesuites». Una en las Congregaciones Marianas; otra, en el Colegio Mayor Loyola. Fue aquí donde conversamos con el autor de «Las ratas» y «Diario de un cazador».

—¿Qué me dice del provincialismo?

—Que el provinciano integral se encuentra en Madrid.

—¿Y del centralismo?

—¡Ah!, hay un centralismo feroz; y será difícil encontrar un equilibrio social mientras no se opere una descentralización. Además en Cataluña, Vascongadas, Galicia, se une a esto un problema cultural que también debe merecer respeto del poder central, el mayor de los respetos. Entiendo que la unidad de España se debe buscar en la variedad.

—¿El centralismo atenta contra esta unidad?

—En efecto; cuando se pretende mantener la unidad mediante la presión central, y se tiene como ideal la uniformidad de todas las provincias, la unidad se resquebraja.

—¿Qué temas prefiere en sus novelas?

—Infancia, muerte, naturaleza y prójimo.

—¿Qué idea maneja estos elementos?

—La de llevar al ánimo del lector un espíritu de comprensión.

—¿Cómo ven a Cataluña desde Castilla?

—La gente intelectual ve el problema; desde el poder central se ha creado el fantasma

del separatismo y nadie se ha molestado en explicarles que la aspiración de la mayor parte de los catalanes es la de conservar su propia personalidad, dentro de la unidad del país.

—¿Su afición?

—La caza.

—¿Qué le parece la vigente Ley de Caza?

—Que está anticuada; se dictó en el tiempo de la carreta de bueyes. Es totalmente necesario, si no cambiara, si retocarla; pero parece que hay una serie de intereses en las altas esferas para silenciar este asunto. Y de verdad que no se me alcanza cuáles pueden ser.

—Su nombre suena para ocupar el puesto de Azorín en la Academia de la Lengua, ¿le parece la Academia algo similar a la Ley de Caza?

—Creo que el que hace el idioma es el pueblo, y que la Academia debería mostrarse abierta para recoger este idioma. En mi caso concreto, creo que tengo poca madera de académico.

—¿Por qué?

—Porque no soy ni lo que se dice un filólogo ni un gramático, sino que uso del instrumento de la palabra tal como me lo ofrece el pueblo. Si esto le interesase a la Academia y me llamara, aceptaría muy complacido.

—¿Cassona o Arrabal?

—¡Cassona!

—¿Conoce el problema de la lengua catalana?

—Pues, no.

—¿Ve la necesidad de diarios en catalán?

—Lo juzgo necesario, dado que los catalanes los juzgan necesarios.

—¿Cómo le ha tratado la censura?

—No muy duramente, porque antes me he autocensurado muchísimo. Ahora, tras la apertura puedo decir lo que



pienso claramente. Mis «Cinco horas con Mario» antes no se hubieran publicado.

—¿Cómo ve el futuro de España?

—¡Oh!... a veces veo que todo puede ocurrir. Si con buena voluntad eliminamos el fanatismo, el cerrilismo, y afrontamos el problema con un poco de serenidad, su incógnita puede quedar despejada. Creo en los jóvenes; esos muchachos de los que no sabemos si saben entenderse porque no se les ha dado una oportunidad. Ellos, que apenas tienen conocimiento de la tragedia que nos dividió, son los únicos adecuados para construir el futuro.

—¿Es monárquico?

—¿Qué va! Ni republicano. Creo que éstas son cuestiones innecesarias, y estimo que los españoles no debemos ni planteárnoslas. Lo que debemos preguntarnos es cuántos estamos conformes con la educación gratuita, con la reforma agraria, con una serie de nacionalizaciones y otros aspectos fundamentales sin apellidarlos con ismos de ninguna clase; quizá entonces nos demos cuenta de que en estas líneas fundamentales coincidimos el 80 por ciento de los españoles.

—¿Le ha molestado que no le preguntara más por sus novelas?

—En absoluto; cuanto menos se hable de mí, mucho mejor. Mientras se le lea...

J. SERRATS OLLE



FUNDACION MIGUEL DELIBES



**Miguel Delibes
lía los cigarros gordos,
como los viejos de pueblo**



nés Santerbas que «antes que un escritor que caza, es un cazador que escribe», y Delibes ni quita ni pone nada a la afirmación. La acepta.

—Mientras se caza se olvida uno de toda preocupación.

Miguel Delibes habla como escribe. O escribe como habla. Los términos de sus novelas están en su conversación, en cualquiera de sus conversaciones.

—Salimos a cazar con las primeras luces de cada domingo.

Salen Juntos Miguel Delibes, Germán, el segundo hijo varón del escritor, y su hermano Manolo.

—Cuando cito a mi hermano escribiendo, le llamo «Manolo Grande».

La familia de Delibes ha sido aficionada a la caza desde generaciones.

—Mi hermano Manolo, cada domingo, no sabe qué hacer con su formidable cuerpo de cien kilos, a partir de las cuatro de la mañana.

Y hablando de su padre, siempre le recuerda como cazador.

—Mi padre murió, prácticamente, con las «botas puestas», a los ochenta y un años, de una hemiplejía que le dio al regresar del río Besaya, de pescar truchas.

Quizá por ese recuerdo la vida de Lorenzo, el personaje central de «Diario de un cazador» y «Diario de un emigrante», vuelva a reanimarse. Angeles, la mujer de Delibes dice:

—Miguel dice que Lorenzo todavía vivirá más.

Y Delibes añade:

—Quiero llevarle a pescar.

LA NOVELA HOY

Tomamos el aperitivo con Delibes y su mujer. El escritor fuma mucho. Lía su «caldo» como un viejo de pueblo. Con parsimonia. Como si cumpliera un rito. Hace unos cigarros gordos y apretados que, luego, enciende despacio. Le ofrecí tabaco canario, en cigarrillos, y me dijo que él no fumaba nunca más que el que liaba. Después hablamos de su último libro «Cinco horas con Mario», y de la crítica que se le ha hecho. Hablamos de la novela española y de la novela mundial hoy.

—Quizás la novela tenga definición,

MIGUEL DELIBES, un cazador que escribe

«Las perdices de lo de jado están muy bravías. Claro que también es cierto que las ovejas han entrado ya en los majuelos y no tienen donde aguardar. Estuvimos tres horas dando patadas sin disparar la escopeta. La Doly andaba trabajadora, pero como si nada. A las dos, nos llegamos a un maizal sin panochas, pero con las cañas altas. Allí se armó la guerra. Las tías salían a huevo y no dábamos abasto. Cobramos cinco en una hora y una se me largó

de ala. Al concluir la mano, se me arrancó de los pies una media liebre. Las cañas me mareaban y dejé los dos tiros cortos. Le vocee a Melecio y le ocurrió otro tanto. En la vida se llevó una pieza más maldiciones...»

El párrafo, sacado de «Diario de un cazador», es uno entre los miles que sobre la caza ha escrito Miguel Delibes, aficionado a la caza, apasionado por la caza. De él ha dicho el crítico barcelo-



pero yo no me he preocupado de buscarla.

Desde que ganó el Premio Nadal con «La sombra del ciprés es alargada», a «Cinco horas con Mario», la novela de Delibes ha evolucionado, ha cuajado en una indiscutible realidad en su andar dentro de la historia de la literatura.

—Creo que toda novela debe tener un hombre, un paisaje y una pasión. No todos lo entienden así y yo les respeto su opinión.

Luego desviamos la conversación hacia esa novela actual hacia el «nouveau roman», y Delibes se muestra rotundo.

—Lo que ya no comparto es que se llame nueva novela a algo que es evidente que nada tiene que ver con la novela. La novela nueva, o el «nouveau roman» tiene menos que ver con la novela que con la poesía.

Novelista, periodista, profesor de la Escuela de Comercio, Miguel Delibes saltó al plano de la actualidad literaria en 1947 gracias al Premio Nadal, y en ese plano se mantiene a pulso, sin comedillas ni tertulias de cafés pseudo literarios, a fuerza de escribir bien, de decir cosas con un lenguaje llano, directo, del pueblo.

EL ESCRITOR Y SU MUNDO

Casado desde hace veinte años, Miguel Delibes tiene siete hijos. También en su casa fueron siete hermanos. Y uno de sus hermanos también tiene siete hijos. El siete es número casi de la familia. Cuando llega a casa, cansado, después de una mañana llena de clases en la Escuela de Comercio y de un buen puñado de horas en el periódico, el escritor se cuele en su despacho, y,



«Las perdices de lo de jado están muy bravías. Claro que también es cierto que las ovejas han entrado ya en los majuelos y no tienen donde aguardar. Estuvimos tres horas dando patadas sin disparar la escopeta...»

detrás de él, su hija menor. Y el padre —los padres, porque Angeles es como Delibes— inicia ese diálogo familiar.

—El chico mayor vive en Madrid. Está estudiando.

Angeles, la mujer, parece una niña grande. Una niña que juega con sus hijos, que se divierte con ellos, que es

amiga de sus hijos y que vive pendiente de Miguel, de su trabajo, de sus libros. El matrimonio sabe sacarle partido a su vida en una capital de provincias donde la tranquilidad, por culpa del progreso, se va perdiendo gradualmente.

Le hablo al escritor de su posibilidad como Académico de la Lengua. De las veces que ha sonado su nombre para ocupar un puesto vacío.

—Es un asunto que no me quita el sueño. Yo, personalmente, que me conozco mejor que los académicos me considero muy poco académico en la manera de ser y en la manera de escribir. Si alguna vez me llaman porque le parece interesante mi manera de escribir, y creen que puedo aportar algo del lenguaje popular, no le haré ascos.

«A mis amigos cazadores que, por descontado, no son genticilla de poco más o menos, de esa de leguis charolados y Sarasqueta repetidora, sino cazadores que con arma, perro y bota componen una pieza y se asoman cada domingo a las cárcavas inhóspitas de Renedo o a los mundos tesos de Aguilarejo, a lomos de una chirriante burra o en tercerola, en un mixto de mala muerte, con la Doly en el soporte o camuflada bajo el asiento, sin importarle demasiado que el revisor huelga al perro ni que el matababras azote despiadadamente la paramera...» Es el principio del prólogo-dedicatoria a «Diario de un cazador», el libro que valió el Premio Nacional de Literatura a un escritor poco académico, lleno de humanidad y negado amigo del correveidile literario.

MIENTRAS SE CAZA, SE OLVIDA UNO DE TODA PREOCUPACION

Creo que una novela debe tener un hombre, un paisaje y una pasión

Ser académico de la lengua es algo que no le quita el sueño

Tabacoscopio

POR
JUAN
MOLINA

Con Miguel Delibes, en Valladolid

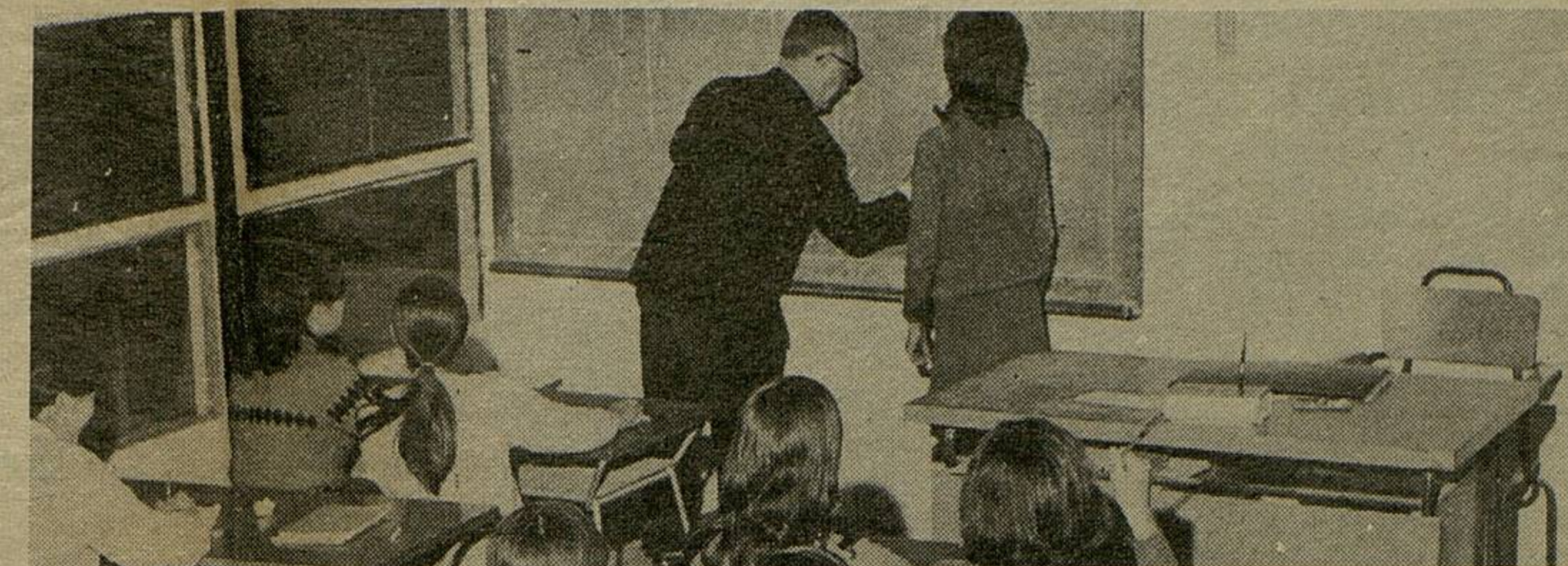
MD

MD

SI LA ACADEMIA ME INVITASE, PARA MI SERIA UN HONOR

De norte a sur

CULTURA MAL REPARTIDA



El desarrollo económico de cada país se adecúa a niveles correspondientes de educación, de modo que, en su crecimiento, ambos términos se empujan mutuamente. Para algunos países como la Unión Soviética, se admite que un primer gigantesco esfuerzo por elevar el nivel cultural del pueblo, ha ocasionado el posterior desarrollo económico. Sin embargo, no se ha demostrado con evidencia que, a una inversión directa en educación, siga, automáticamente, un aumento del nivel de vida general en la misma proporción; pero sí existe perfecta correspondencia invirtiendo los factores: en los niveles más altos de desarrollo se crean mayores necesidades de educación.

Se da una correspondencia como entre los polinomios de una ecuación, en la que el término "educación" aumenta más que proporcionalmente al crecer la riqueza de la nación. Este paralelismo es más fuerte aún cuando existen perspectivas próximas de industrialización, donde los factores de integración social actúan con más eficacia. En estos lugares los gastos destinados a la educación y la formación profesional de las nuevas generaciones aumentan con una aceleración constante.

Es un fenómeno que hemos podido comprobar en España en pocos años, donde el analfabetismo era en 1940 y 1950 de 23,1 y 17,3 por ciento respectivamente, y prácticamente ha desaparecido en nuestros días.

Para las mismas fechas que hemos elegido como referencia, existían 43.000 y 75.000 unidades escolares en la nación, cuya cifra ha llegado a ser 109.265 en el curso pasado; y, mientras la población total española ha crecido apenas en tres millones, el número de niños matriculados en Enseñanza Primaria ha aumentado en 1.168.259, en tanto que desde 1940 a 1950 el incremento no llegó al medio millón de alumnos. En Enseñanza Media, de 61 alumnos por cada diez mil habitantes en 1940, y 77 dos lustros después, hemos pasado a 256 en el curso 1965-66, que en cifras absolutas suman casi novecientos mil muchachos matriculados.

En lo que se refiere a la Enseñanza Universitaria, existen 38 alumnos, hoy día, por cada diez mil habitantes, cifra que nos acerca a las medias europeas. En los años 1940-50 había en España de 14 a 19 universitarios. La matrícula de alumnos en la Universidad, siendo todavía baja, como de país no desarrollado, ha subido al 26 por ciento en la actualidad, desde el 14 por ciento que se registraba en 1950.

A pesar de este mayor nivel de educación que apreciamos, la distribución del mismo no ha sido ni mucho menos homogénea. Las mismas diferencias que se pueden apreciar en el desarrollo de las distintas regiones españolas, se reflejan en la oportunidad de recibir educación escolar que existe a lo largo de nuestra geografía. A primera vista, se

Distinguiendo entre los hijos e hijas con estudios medios y superiores, el País Vasco ocupa el puesto de honor en ambos casos; Galicia y el Sureste son las regiones con menos hijos cursando estudios medios o superiores, y el Sureste y Extremadura, las regiones con menos hijos para los mismos estudios.

En confirmación de este punto, observamos que el mayor número de cabezas de familia con estudios superiores a los medios se encuentra en las tres provincias vascas, con 16 por ciento, y, en segundo lugar, la región Catalano-Balear y el litoral Norte Cantábrico, con 15 por ciento.

Para observar la concienciación que existe por alcanzar niveles más altos de educación entre las familias, sería oportuno examinar los gastos medios que estas dedican a cubrir esta necesidad. Es lástima que no existan cifras oficiales que permitan comprobarlo y debemos conformarnos con aproximaciones. Una encuesta anterior a la devaluación nos ofrece un gasto para la educación de los hijos de alrededor de las 20.000 pesetas para familias que tienen hijos estudiando, en la zona Norte-Cantábrico. Por el lado opuesto, volvemos a Andalucía, Extremadura y el Sureste, con cifras cercanas a las 5.000 pesetas.

Estos datos revelan una realidad de desigualdad de oportunidades en varias regiones españolas. Pero, a la vez, son fuente de otras tendencias sumamente reveladoras. En primer lugar, destaca el interés existente en las provincias vascas por estar en un alto nivel cultural. Es ya una tradición reconocida. En muchos aspectos, el nivel cultural va por encima de las cifras de desarrollo económico. Al mismo tiempo se muestra que en Barcelona, y en general, en Cataluña, no hay la inversión oficial en educación que cabría suponer, dado su empuje industrial. Por último, es de destacar el efecto centralizador de la enseñanza que ejercen factores institucionales, como la facilidad de medios; el efecto más fuerte, de ámbito nacional, lo contemplamos en Madrid, que centraliza tantos medios de enseñanza que sustrae alumnado a toda la nación, y muy principalmente a las provincias vecinas, cuyo alumnado reside en Madrid casi en un cincuenta por ciento. Esto mismo puede apreciarse, en menor grado, en Valladolid, Valencia, que origina una disminución en las cifras del Sureste, y Barcelona con respecto a Cataluña, aunque se aprecia menos por la considerable dispersión de todos los medios educativos que allí existe.

Arturo RIVERO

— ¿Le ha obligado la vida o la necesidad a prostituirse en algo?

— ES UNA PEQUEÑA VANIDAD, PERO CREO QUE NO

— ¿Se expresa usted con absoluta libertad o ejercita la cautela?

— EJERCITO LA CAUTELA, NATURALMENTE

— ¿Qué opina de la Universidad?

— OPINO QUE SI A UNO QUE TIENE UN MOTIVO PARA PROTESTAR LE DAN UN PALO, YA TIENE DOS MOTIVOS

neta y ponerse tan gordo como se ha puesto Lera? ¿Ha visto las últimas fotos de Lera en ABC?

—Lera ha sufrido mucho y me alegro de que engorde; es una compensación. Por mi parte puedo decirle que hace muchos años que no acudo a un premio. Los premios son necesarios para despegar. Luego, cuando uno puede defenderse, prefiero no hacer sombra a los jóvenes.

—¿Qué está escribiendo ahora? Cuéntenme detalles.

—Mis impresiones sobre Checoslovaquia de donde acabo de regresar. Los checos se están moviendo en el filo de una navaja y si tienen suerte pueden alumbrar una fórmula de convivencia para el mundo futuro.

—¿Cree Vd. —pregunto, como queriendo detectar la típica postura del intelectual— Creo en el talento de muchos españoles actuales.

Miguel Delibes se retrepa en el ancho sofá del periódico vallisoletano —"El Norte de Castilla"— donde sucede la conversación y estira las piernas, que las tiene largas. Entre pregunta y pregunta, hablamos de lo interesante que puede resultar el tema de la Publicidad y las ampliaciones sociológicas — para una novela. Nos reímos de ciertos "slogans" y comentamos el enorme cuento que tienen muchos de los llamados técnicos publicitarios, partiendo de una honradez: se nos consientes de que multitud de escritores españoles jóvenes, verdaderos talentos literarios, están hoy comiendo, calzando y vistiendo gracias a un empleo en agencias de Publicidad. Sabemos que un "slogan" de seis palabras puede producir más beneficios económicos que una novela de cien mil buenas palabras honradas. Cree la carcajada en este hombre castellano y aficionado a la muerte, que es la base de su estupendo humor. Y yo le pregunto:

—¿Tiene clima nuestro para producir, hoy, algo que tenga repercusión universal? Me refiero a Literatura. ¿Se podría hacer desde aquí o habría que irse al extranjero?

—La repercusión universal en lo literario no depende tanto del talento como de los altavoces de que uno disponga. Es más fácil para un norteamericano alcanzar la notoriedad que, pongamos por caso, para un griego.

Voy a por la respuesta ingeniosa y Delibes se me escapa por el ingenio de la evasión. Pregunto:

—¿Qué dicen de Vd. su mujer y sus siete hijos, sus parientes y sus amigos cotidianos?

—No me ausulto.

—¿Qué opina de los Premios Literarios? ¿Son justos o llevan trampa?

—Les hay justos y les hay injustos. En principio los premios literarios ayudaron a la novela española a renacer. Después han proliferado demasiado y han originado cierta confusión.

—¿Quiere ganar el próximo "millón cien mil" de Pla-

alienta a picotear a horadar su intimidad. Pero Delibes es austero, duro y cordial. Vence el respeto inicial. Creo que sale ganando el lector y cambio de tema.

—¿Cuánto dinero gana al año por derechos de autor?

—¿A qué año? —contesta riéndose— Porque la literatura es muy caprichosa a la hora de rentar.

Y cae la pregunta, la que más le querido hacerle.

—¿Le ha obligado la vida o la necesidad a prostituirse en algo?

Delibes, mirando de frente, como si fuera a disparar sobre una pieza. Delibes, el cazador de los montes, amigo del frío y del sol, de las lluvias fuertes, me dice:

—Es una verdadera vanidad, pero creo que no.

Contra su verdad neta, disparo, disparo yo, sin mala uva:

—¿Se expresa Vd. con absoluta libertad o ejercita la cautela?

—Ejercito la cautela, naturalmente.

Me refería a sus obras. El lo ha entendido.

—¿Es Vd. poeta, dramaturgo, músico o pintor? ¿Es Vd. fenicio o comerciante en alguna de sus venas secretas?

—Dibujo. Hago "monos" cuando estoy sentado a una mesa sin una tarea que me absorba. En Norteamérica hay una edición de "El camino" ilustrada por mí. Me pagaron 300 dólares por media docena de monigotes. Jamás pensé ganar ese dinero con un lápiz.

La pregunta acerca de la Universidad flotaba también en el aire

—¿Le interesa el problema de la Universidad en España? ¿Qué opina?

—Me interesa mucho, claro. Y opino que si a uno que tiene un motivo para protestar le dan un palo, ya tiene dos motivos.

—Escribe Vd. a "tumba abierta" o escribe con balanza de precisión?

—Ni una cosa ni otra, aunque a veces, como en "El camino", haya escrito a tumba abierta (tres semanas) y otras, como en "La caza de la perdiz roja" con balanza de precisión.

—¿Ejerce Vd. algún tipo de magisterio, asesoramiento o protección sobre escritores noveles? ¿Recibe muchas cartas?

Sería estúpido que yo me considerase maestro en algo, lo que no quita para que a todo el que me escribe le conteste de propia mano.

—¿Dónde se nutre actualmente su cultura?

—Leo desordenadamente —literatura, ensayo, biografía— y despacio. Para mi oficio resulta más provechoso hablar con las gentes y mirar.

—Finalmente, ¿quién es usted en Valladolid, en España, en el mundo?

—Miguel Delibes, para servirle.

Juan PLA



Posterior a la entrevista que mantuve con el escritor Miguel Delibes en Valladolid recibo una tarjeta suya en la que me dice con sencillez castellana: "Pasé un gran rato charlando contigo. Te agradezco la visita". A mi me consta que es verdad y nadie vaya a entender que estoy presumiendo de formidable interlocutor. Digo, llanamente, que Delibes lo pasó muy bien porque nos pusimos a hablar de cincuenta cosas y tanto él como yo teníamos la certeza de que no nos acosaban por ningún flanco los fantasmas de la Censura ni aquellos otros, más funestos, de la vanidad del querer decir las cosas trascendentales. Estábamos santadísimos en dos butacas y voló una locura de Julio Viera, aquella que dice: "Era tan inquieta la silla que quiso ponerse de pie". Tuvimos conversación.

—¿Qué hechos, qué personas han sido factores decisivos en su profesión de novelista?

—No creo que mi dedicación vaya llegada a personas o factores determinados. Y si lo va no soy consciente de ello.

—"Un hombre, un paisaje, una pasión"... ¿Sigue siendo esta su definición de novela? ¿Acusa alguna influencia nueva en sus métodos y conceptos?

—Mi concepto de la novela no ha variado en lo substancial. Sin embargo es evidente que hoy se hacen novelas, o anti-novelas, sin hombre, sin paisaje y sin pasión.

—Por su amor al idioma y a la precisión, ¿le gustaría pertenecer a la Real Academia?

—Todo yo soy poco académico, pero si la Academia

me invitase, para mí sería un honor.

—¿Le ve Vd. algún matiz político a su obra?

—Mejor matiz social, aunque lo social y lo político me resultan inseparables.

—¿Qué tal es Vd. como persona?

—Yo diría que un tipo sencillo.

—¿Qué sensación tiene Vd. de Vd. mismo: Declina o sube?

—No me ausulto.

—¿Qué opina de los Premios Literarios? ¿Son justos o llevan trampa?

—Les hay justos y les hay injustos. En principio los premios literarios ayudaron a la novela española a renacer. Después han proliferado demasiado y han originado cierta confusión.

—¿Quiere ganar el próximo "millón cien mil" de Pla-

GENTE QUE ESCRIBE: POETAS, DRAMATURGOS...

HORA Y MEDIA CON MIGUEL DELIBES

La novela no ha alcanzado el auge que yo creí hace quince años

Undía cualquiera me iré a un pueblo a leer y escribir



NO me he atrevido a llamar al timbre pues sueña en el interior del piso una corneta de juguete...

la no ha alcanzado el auge que yo creí que iba a alcanzar hace quince años...

critor político. No está "comprometido" en este sentido, y opina que un escritor no debe permitirse estar comprometido con ningún partido político...

bre..., pero intentando también respetar la iniciativa privada. Conjugando la justicia y la libertad. Que la justicia vele por esa libertad, y que la libertad guarde la viña de la justicia.

Los personajes de Delibes aspiran a una felicidad raquítica y asustadiza (gozan menos para evitar desilusionarse más). Unamuno hacía sufrir a sus entes de ficción —novelosos—, al hacerles saber que no eran más que eso...

vida es dura, da poco, quita mucho, conformémonos con poco, resignémonos estoicamente a nuestra suerte, mejor es tener poco, porque así no corremos el riesgo de perder la felicidad...

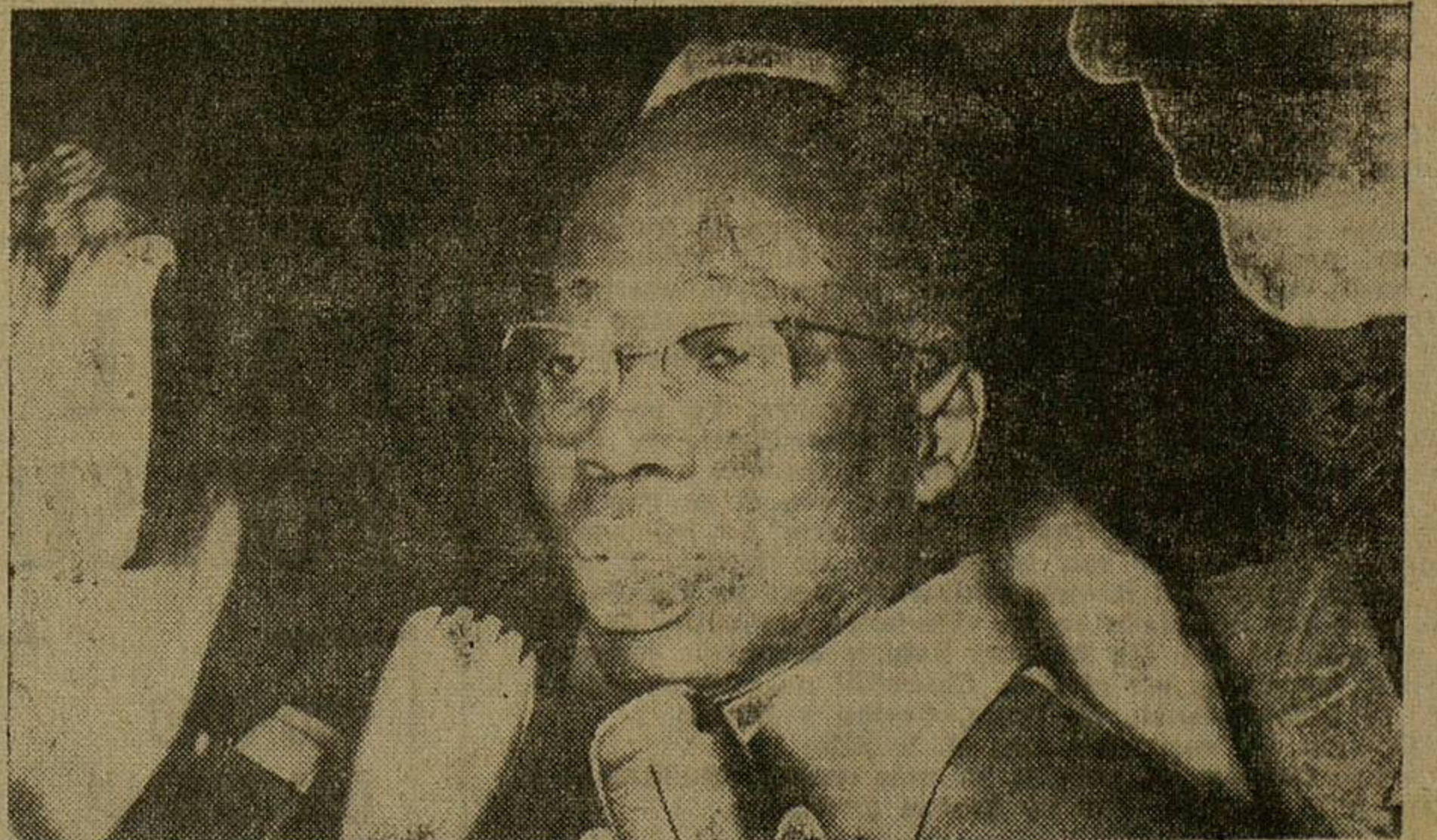
los que me dicen que soy un retrógrado y un reaccionario, que hay niños que nacen para vivir en el pueblo y que, en fin, que yo no habría sido infeliz viviendo en un pueblo...

El retro para siempre, me no rroriza, en cambio, para temporadas me encanta —interviene su mujer. Ojos capaces de abarcar la infinita tristeza que ven y lloran hacia adentro...

LEOPOLD SEDAR SENGHOR, POETA Y ESTADISTA

EL PRESIDENTE SENEGALES ACABA DE SER GALARDONADO CON EL DISPUTADO "PREMIO DE LA PAZ", OTORGADO POR LOS LIBREROS ALEMANES

LA CIVILIZACION DE LO UNIVERSAL HABRA DE IMPONERSE EN NUESTRO SIGLO, AFIRMA SENGHOR



Leopold S. Senghor, que ha recibido recientemente el Premio de la Paz de los Libreros alemanes. (Foto Cifra Gráfica.)

LEOPOLD Sedar Senghor, escritor y hombre de Estado africano, acaba de ser galardonado con el Premio Nobel de la Paz...

sus estudios. No obstante pasaría brillantemente el examen de ingreso en la Facultad de Filosofía de la Escuela Normal Superior...

Además de poeta Senghor es hoy una de las mentes más maduras del África negra, ocupada desde hace bastantes años en cuatro temas concretos: la "Negritud", el Humanismo negro...

Leopold Sedar Senghor es conocido universalmente por sus poesías y por su filosofía de la vida sintetizada en la llamada "Negritud", es decir, la comprensión de "la personalidad colectiva negro-africana".

El 7 de noviembre de 1945 Senghor sería elegido para formar parte de la Asamblea Constituyente en París, como representante de las entonces dependencias francesas Senegal-Mauritania...

En Senghor constituye una verdadera obsesión la educación de los pueblos del Tercer Mundo, y concretamente del suyo, del Senegal. Lector entusiasta del finado jesuita P. Teilhard de Chardin...

Leopold Sedar Senghor nació a 9 de octubre de 1906 en Joal (Senegal), de una familia de linaje mandingo. Tiene pues actualmente sesenta y dos años...

Reunido el Congreso de los federalistas en Dakar, y que tenía por objeto "la realización de la unidad africana", sobre la base nacional y dentro del marco de una República Federal...

Cuando Leopold Sedar Senghor recibió el galardón que le otorga el gremio de libreros de Alemania, muchos de los asistentes a la Feria del Libro de Frankfurt...

Exclusiva mundial.

GASTON TIXIER





Amid, 102,90

26

MD

Opina sobre la novela y los novelistas; sobre España, Unamuno, Bilbao...

Miguel Delibes ha estado en Bilbao a pronunciar dos conferencias. Ha hablado en el salón de actos del Colegio Mayor Gregorio de la Revilla, del Hospital Civil, sobre «El novelista y sus personajes». Y en la Universidad de Deusto sobre «Novela española viva». Miguel Delibes es uno de los pocos grandes escritores vivos de España. Novelista, periodista, profesor, autor de libros de caza, ensayista... Bilbao se ha honrado con su presencia. Yo he ido a agradecerle su visita, en representación de mí mismo, y de paso le he hecho algunas preguntas para los lectores de HIERRO.

—A un novelista es obligado hacerle, en lugar preferente, una pregunta que nos preocupa: ¿cómo ves la novelística española actual?

—Si me haces esta pregunta hace unos doce años te hubiera respondido con un optimismo saludable, diciendo que tenemos una pista de despegue admirable para cruzar las más doradas cimas con media docena de novelistas. Pero en la actualidad tengo mis reservas. Es que resulta que los años van pasando, y este tono medio sigue siendo discreto y esa media docena de figuras todavía no aciertó a perfilarse. Hay una serie de escritores de una gran valía, para mí, como son Ferlosio, Fernández Santos, Martín Santos —que murió, preñaturamente—, y que no escriben desde hace un periodo de tiempo verdaderamente alarmante. De manera que el futuro es para mí una incógnita, y mi optimismo de hace doce años ha descendido bastantes enteros.

—Estás hablando de las genera-

ciones de la posguerra. Pero a los lectores de HIERRO les gustaría seguramente conocer tu opinión de la novelística española total: de la novela escrita por españoles vivientes.

—Por supuesto, Max Aub, Ramón Sender, Ayala, etc., han hecho ya una obra. Esta obra está por juzgarse debidamente, pero no hay duda de que la han hecho ya. Lo mismo ha ocurrido con nuestro Zunzunegui: ahí está su obra para ser juzgada. Seguramente seguirá escribiendo, pero aunque no escribiese más, su obra ya está realizada...

—Con sinceridad, ¿a tí que te parece Zunzunegui?

—Me parece un novelista muy entroncado a la manera tradicional...

—¿Le debes algo a nuestro Unamuno?

—Unamuno me ha servido para estremecerme con la lectura más terrible que recuerdo: la novela corta «San Manuel Bueno, mártir». Aparte de esto, la preocupación y la inquietud de Unamuno, sobre todo la inquietud religiosa, me merecen todos los respetos, lo mismo que su preocupación por España. Creo que era un hombre que se planteaba problemas, pero a medida que leía y que meditaba sus problemas se hacían más complejos, y las posibles soluciones más intrincadas o más difíciles, pero era una gran cabeza que buscaba la verdad...

—Hay una literatura en castellano que no es española. ¿Qué opinión te merece la novela iberoamericana actual?

—Hay una muy por encima de

la novela española. Tiene una serie de figuras, como son Vargas Llosa, Cortázar, Rulfo, Carpentier, Asturias, y otra media docena de novelistas con una obra hecha de una calidad indiscutible. Esta es la hora de Hispanoamérica. Las razones, ¡quién sabe! Puede ser lo mismo una cuestión biológica, una cuestión social, una cuestión política, o quizá influyan todas estas circunstancias. Lo cierto es que la novela hispanoamericana, que apenas había salido del arrabal de cada uno de sus novelistas, ha alcanzado hoy una altura internacional.

—Tú que eres un periodista de excepción, ¿quieres opinar del periodismo español de esta hora?

—Del periodismo he dicho siempre que es el mejor gimnasio para el novelista. Es una profesión avasallante. Pero el grado de interés que despierta esta profesión está en razón directa con el grado de libertad que al periodista se le da. En una palabra, el periodismo español se ha ido haciendo más interesante en los dos últimos años, desde que se dictó la Ley de Prensa. Pero el periodismo español está amenazado de nuevo con una serie de leyes que tú conoces, ya dictadas, como es la reforma del Código Penal, o que se espera que se apruebe por las Cortes como es la Ley de Secretos Oficiales... Si aún estas dos leyes, y a más además el cuadro de sanciones que nos amenazan constantemente, bien de tipo administrativo, bien de tipo penal, no cabe duda que hoy en día nuestra profesión es en España muy delicada.

—Pero hay periodistas...

—Evidentemente, leyendo los periódicos de España, me doy cuenta de que existen unas posibilidades de periodistas excepcionales, con mayor intención, con mayor agilidad que en otras partes del mundo... Lo que pasa es que, hasta donde se pueden desplegar estas cualidades de los periodistas españoles? Esta es la pregunta.

—¿Qué piensas de Bilbao?

—A mí Bilbao siempre me ha abrumado. En Bilbao, podría decirte que observo una homogeneidad que no suele darse en otras partes. Es decir, lo que es Bilbao se advierte en su Prensa, en su equipo de fútbol, en su ciudad, en sus habitantes... Todas las manifestaciones vitales del vasco se hacen expresivas en cualquier aspecto de su vida. Hoy, después de dos años que no venía por aquí, me ha abrumado de nuevo la fuerza de Bilbao.

—¿Trabajas actualmente en alguna novela?

—No, pero en perspectiva tengo muchas. Lo que ocurrirá es que cada vez la vida se me complica más... Las tesis, atender a la gente que me pide informes y datos, atender a «El Norte de Castilla», atender mi cátedra de la Escuela de Comercio, atender a siete hijos, todo eso me lleva mucho tiempo... He dicho siempre que la novela da trabajo de secretaria, pero no da para mantener una secretaria. Así mis proyectos caminan muy despacio. De momento no tengo nada iniciado.

—He visto una entrevista tuya a Gironella, preocupada por determinadas opiniones de don Juan de

Borbón que no habías visto en sus «Conversaciones», sobre el futuro de España. ¿Es que te interesa mucho la opinión de don Juan?

—El futuro de España nos interesa mucho a todos los españoles. Incluso, ¿por qué no?, lo que piensa don Juan. Pero tú sabes que yo no soy monárquico...

—¿Cuál sería tu ideal presentado para nuestra España en evolución?

—De una tendencia socializadora clara. Que la sociedad esté mejor servida, en todos los órdenes. El problema de la enseñanza, resuelto, con absoluta igualdad de oportunidades para todos los españoles. Que cada ciudadano ocupe el lugar que le corresponde y que merece. Que lleguemos a una total nivelación clasista...

—¿Quieres decir algo más a los lectores bilbaínos?

—Diles que deseo de todo corazón que el problema económico bilbaíno se resuelva rápidamente, y paralelamente que se resuelva el problema agrario castellano, que tiene un ritmo paralelo. Aunque nuestro problema, el del campo, creo que se debe exclusivamente a la política agraria, que espero se corrija en lo sucesivo.

Miguel Delibes, autor de «Cinco horas con Mario», autor de «Diario de un cazador», autor de «El camino», autor de «Mi idolatrado hijo Sisi», autor de «Diario de un emigrante», autor de «La sombra del ciprés es alargada» —con la que obtuvo el premio Nadal— autor de tantos otros libros entrañables, ha estado en Bilbao...

ORTIZ ALFAU
(Fotos: GRAS)

FUNDACION MIGUEL DELIBES

9-3-69

MD

NOVIAS MUCHA ATENCION
 JUEGOS DE CAMA - BORDADOS - ENCAJES
 LOS MEJORES PRECIOS
BUSTILLO
 HERMANOS ITURRINO, 46

EL DIARIO VASCO
 Editado por Sociedad Vascongada de Publicaciones, S. A. Depósito legal SS-18/1958. Director de la publicación: Juan María Peña Ibáñez. Domicilio Social, Santa Catalina, 1. - Talleres, Miracruz, número 9. Tirada controlada por

¿Quiere ver y oír bien?
ULLOA OPTICO
 USE MICROLENTILLAS

CAFE Y COPA CON MIGUEL DELIBES

"La novela es: un hombre, un paisaje y una pasión"

"Mientras la curiosidad de los españoles se agote con el partido de Lieja, los libros están de más"
 "Los premios literarios, que fueron la cuna de la actual novela española, pueden ser su sepultura"

HACE un frío que pela en Valladolid. Recojo a Miguel Delibes y a su mujer en la redacción de "El Norte de Castilla" y nos vamos a cenar a "Suazo", que es uno de los hitos más importantes de la gastronomía española. Hemos decidido tener esta conversación frente a la menestra y los huevos fritos con morcilla, pero la realidad se impone y tenemos que aplazarla. El rico clarete tiene un poco la culpa de ello.

Tengo que decir en seguida que Delibes es muy distinto de como lo había imaginado. Tampoco se corresponde con su apariencia física una vida en cierto modo retirada, para lo que es habitual en muchos de nosotros. Está lejos (por fortuna para él) de esa llamada «jungla del asfalto». Pero esto, favorece al escritor? ¿No necesitará alguna vez transitar por el bullicio de la gran urbe?

—Yo creo —contesta— que se pueden hacer grandes novelas en la holgura y en la escasez, como pueden hacerse en el retiro o en la «jungla del asfalto», como tú dices. En todo caso, el anacoretismo no es aconsejable para el novelista. Aunque el problema sea como aquel de qué resulta preferible para el creador, si la necesidad o la abundancia...

—Entre la novelística española del XIX y la de hoy, ¿hay diferencias fundamentales?

—Bueno, desde el momento en

que hay que contar con el mayor nivel intelectual del lector, son obvias una serie de modificaciones: abandono de la grandilocuencia, de las digresiones: sobriedad narrativa, valoración de la sugerencia, renuncia (por parte del novelista) a la ubicuidad, rigor técnico, etc.

—Veamos, Miguel: ha habido novelistas digamos intuitivos, de corta cultura literaria, y otros, en cambio, empachados de literatura ajena. ¿Con cuáles te quedas?

—En el mundo literario caben el genio intuitivo y el genio erudito. Y desde el momento que son genios, me quedo con los dos, si no te parece mal.

Pues, no. ¿Cómo va a parecerme mal? Me doy cuenta de que Delibes es una de esas personas que, cuando se tratan, acaban imponiéndole a uno casi todas sus opiniones. Su aparente sequedad es, probablemente, cobertura de una forma de ser muy auténtica. En Castilla se da este tipo humano con bastante frecuencia, gracias a Dios.

—¿Qué opinas sobre libertad de expresión del escritor?

—Es para el escritor lo que el agua para el pez. Ciertamente, en un país civilizado cabe algún recorte; por ejemplo, en lo atañedor a la pornografía o a la violencia gratuita o en conceptos blasfemos u ofensivos para los sentimientos religiosos ajenos, sean éstos católicos o mahometanos. Lo que no admite es la orientación del arte desde el poder o su encasillamiento por conveniencia política.

Miguel Delibes nació a la fama literaria, como es notorio, gracias a un premio literario, el «Nadal».

de enfoque, la persona del narrador; que se disloque la cronología; acepto el mero conceptismo, la ruptura del estilo (de su uniformidad); en una palabra, acepto todo, a condición de que se nos comunique algo, de que, de una u otra manera, se nos cuente alguna cosa.

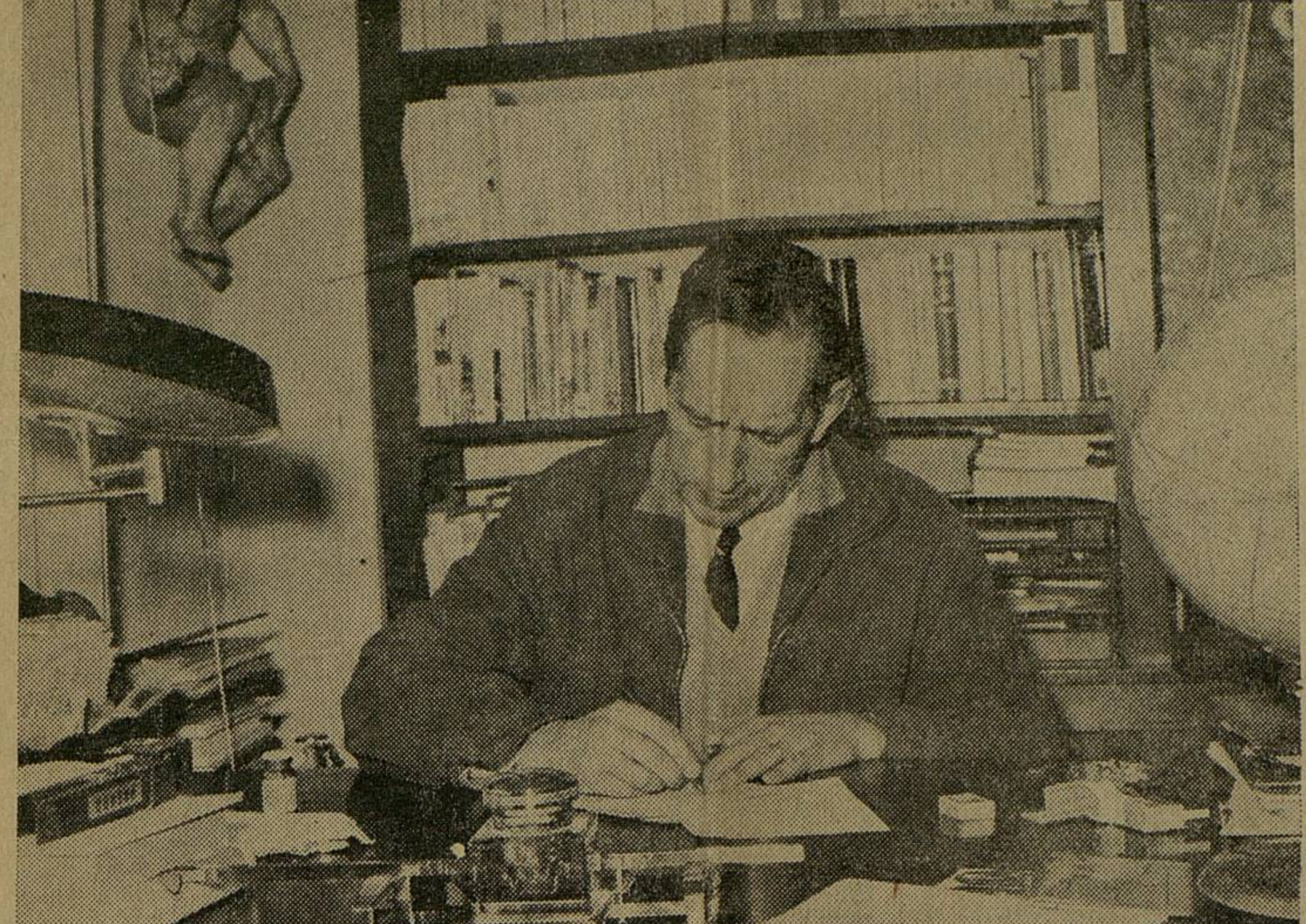
—Miguel, ¿qué tres novelas ajenas hubieses querido escribir tú?

—Yo no codicio los bienes ajenos.

—Dime, entonces, cuáles son las tres peores novelas que has leído.

—La calidad de una novela se barrunta desde las primeras páginas y no ofrece ninguna duda al cabo de algunos capítulos. Esto quiere decir que nunca leo novelas «peores».

—¿Vaya con Miguel Delibes! Sabe escabullirse con inteligencia de las preguntas en cierto modo comprometidas. Lo malo es que me siento incapaz de enfadarme con él por esta resistencia a lo que pudiera ser «tremendismo» en el reportaje. Entonces, le hablaré de sus experiencias viajeras. Delibes acaba de estar por esos mundos, de conocer gentes y países. ¿Hay noticia por allí de la actual novela española?



Miguel Delibes, escritor y periodista, trabajando ante su mesa

—Debemos reconocer —responde— que la novela española de postguerra se ha traducido bastante, pero, salvo excepciones contadas, no ha cuajado. En cambio, entre los hispanistas y estudiantes de castellano la difusión es muy amplia. Anoto como contrapartida las decenas de títulos que no se mueven, de los que no se vende un ejemplar a lo largo de los años. Claro está que un editor inteligente muy rara vez se pillará los dedos, pero esto suele ocurrirles a todos los hombres inteligentes, aun-

bro, en general) no es el autor, sino el editor?

—Mira, yo creo que el editor es el que gana o el que pierde. En suma, el que juega y arriesga, porque si es cierto que con un libro de éxito el editor se pone las botas, anota como contrapartida las decenas de títulos que no se mueven, de los que no se vende un ejemplar a lo largo de los años. Claro está que un editor inteligente muy rara vez se pillará los dedos, pero esto suele ocurrirles a todos los hombres inteligentes, aun-

que a veces no puedan evitar que se los pillen los demás (a los dedos me refiero).

Plaza Mayor. Las campanas de la Antigua dan las tantas de la mañana. La ciudad se ha quedado sola, ocupada por el frío. Me despido de Delibes y de su mujer. Pero hemos de volver a encontrarnos en este Valladolid siempre entrañable, donde él ha montado su vida. Espero que sea pronto.

F. VIZCAINO CASAS.



Miguel Delibes, cazador por gusto y temperamento, posa ante una fotografía suya que habla de sus aficiones cinegéticas

sica, un tanto adusta, un algo triste. Sin embargo, se trata de una persona cordialísima, con un tremendo sentido del humor, propicio a la broma y abierto a los temas más inesperados.

—Miguel, ¿qué es la novela?

—Más que definirla, yo te facilitaré un repertorio de los elementos que considero inexcusables para que la novela exista: un hombre, un paisaje y una pasión. Estos ingredientes, engarzados en un tiempo, nos dan una historia. Esta historia es para mí la novela.

—Aparte cuestiones formales, ¿en qué se diferencia del cuento, del teatro, de la poesía, del ensayo?

—El cuento es un boceto de novela; el drama está sujeto a una serie de limitaciones de tiempo y espacio. Y en la poesía y en el ensayo no tienen por qué darse ninguno de los elementos que antes te enumeraba; luego no tienen nada que ver con la novela.

—¿Cuál es tu técnica para escribir una novela?

(Le aclaro: quiero decir, a qué horas escribe, si a mano o a máquina, con un guión previo o a lo que salga, corrigiendo sobre la marcha o al final. Y me explica Delibes.)

—Cada novela me exige una técnica diferente. La técnica la impone el tema y aquello que uno quiere decir dentro del tema. Por mi parte, puedo decirte que escribo por las mañanas, a mano, tras un proceso de maduración detenido, sobre un guión no demasiado metódico. Y sabiendo cada día (antes de sentarme a escribir) lo que quiero escribir.

Delibes vive en Valladolid. Lle-

—¿Cuál es el actual momento de la novela española? ¿Es testimonio de nuestro tiempo?

—Hace tiempo que mi optimismo sobre la novela de postguerra se ha amustiado. Tenemos, por supuesto, valores ya hechos (Sender, Ayala, Aub) que enlazan al 98 con nosotros. Pero de «nosotros» sean, nombres consagrados o prometidos guardan silencio. ¿Qué hacen Ferlosio, Cela, Hortalano, Bonald, Fernández Santos, Mario Lacruz, Luis Goytisolo y tantos otros? En fin, esperemos. Tal vez estamos demasiado encima del hecho para valorarlo con objetividad y, por otra parte, hay ya obras considerables y autores de los que, por su edad, cabe esperar mucho todavía. Tengamos un poco de paciencia.

—Al escribir una novela, ¿qué te cuesta más trabajo?

—Coger el toro; esto es, escribir los primeros párrafos.

—Miguel Angel Asturias me dijo, en esta misma sección, que hoy el novelista destruye a sus personajes. ¿Estás de acuerdo?

—Pues no, aunque eso de «destruir» y de «destruozar» se ha puesto de moda. Y no deja de tener gracia, porque no pocos de los que hablan de «destruir el lenguaje» lo están destruyendo, sin darse cuenta, desde que empezaron a escribir. Naturalmente, para éstos es más cómodo «destruirlo» que «aprenderlo». Todas estas teorías originan una gran confusión en la que, te lo confieso, estoy inmerso. Es difícil tener ideas claras a este respecto pero, a grandes rasgos, te diré que comparto las ideas renovadoras de la novela en lo que afectan a sus ingredientes; es decir, acepto que se altere el ángulo

Leído para Ud. en los periódicos del mundo

Para capturar asteroides

Los astrónomos hacen planes para poder capturar algún día a los asteroides, esas rocas gigantes que viajan en el espacio. De ese modo se piensa «capturar» el famoso Icaro que rozó la Tierra en varios millares de kilómetros el verano pasado y estará de retorno en el año 1978. Actualmente, el profesor Stein, de la Universidad de Latvia, y su equipo, estudian los movimientos de 120 asteroides que evolucionan entre Marte y Júpiter, en órbita solar.

Si los asteroides suscitan tanto interés, es que se piensa en ellos como posibles portadores de metales preciosos. Ciertos sabios llegan incluso a formular la hipótesis de que de aquí a unos años, los medios técnicos permitirán abordar estos navíos espaciales naturales y controlarlos para hacerlos salir de la órbita solar y traerlos a la órbita terrestre. Una vez cumplida esta pri-

«Ovni»

mera etapa se podría pasar a la explotación de los metales de la Tierra por medio de cohetes.

En los Estados Unidos se realizan proyectos muy serios respecto del asteroide Ivar, un mini-planeta de cuatro kilómetros de diámetro casi y que sería una verdadera mina de platino. Según Mr. Cole, ingeniero-consejero de la General Electric Company, sería rentable una inversión de diez mil millones de dólares en la captura del Ivar.

(De "Sunday Express").

Los hijos necesitan creer en sí mismos

Modernas investigaciones han revelado que el amor propio es uno de los factores fundamentales en el normal desarrollo físico de los niños. El doctor Stanley Coopersmith, profesor adjunto de Psicología en la Universidad de California, ha llegado a la conclusión de que el factor común en la mayoría de los hombres y mujeres que tienen éxito en la vida consiste en una actitud mental llamada «alta estimación de sí mismo».

Después de estudiar el comportamiento de 1748 muchachos normales de la clase media, durante periodos de seis años comprendidos desde la preadolescencia hasta el comienzo de la edad adulta, Coopersmith ha deducido que los niños que no han logrado desarrollar su amor propio presentan ciertos síntomas característicos. Estos síntomas, que deben conocer los padres y que publica la revista "Selecciones del Reader's Digest" en un artículo del mes de marzo, son los siguientes:

1. Temor y timidez: Aunque es normal que los niños sean tímidos en la edad preescolar, a partir de los nueve o diez años deben dejar de serlo. Los padres no deben forzarlos excesivamente para que establezcan relaciones con otras personas, sino que deben estimularlos y confiar en que éstos alternen con los demás a su debido tiempo.

2. Jactancia y fanfarronería: Suele ser una defensa contra una incertidumbre interior motivada por la falta de atención que los niños necesitan que les presten sus padres.

3. Incapacidad para tomar decisiones: Los padres deben fomentar en sus hijos que tomen pequeñas decisiones, y no deben corregirlos severamente si éstos se equivocan, ya que con ello provocarían su inhibición ante los problemas con que se enfrenten.

4. Falta de fe en el éxito: Muchas veces está motivada por un esfuerzo excesivo por parte de los padres en que sus hijos se fijen metas más allá de su capacidad.

Boda

Susie tuvo que casarse el martes sin traje nupcial porque, con muy poco respeto hacia la ceremonia, ella misma —una ardid— se comió el vestido blanco de papel que los escolares del centro Bamcroft, de Washington, le habían confeccionado a la medida.

Bill, el novio —también ardid—, por supuesto, no demostró más interés que Susie por su boda, pues en mitad de la ceremonia echó a correr y se perdió por el jardín de la escuela.

Los escolares, con permiso de los directores del centro, celebraron la boda como un gran acontecimiento... Niños y niñas actuaron de padrinos, testigos y damas de honor.

Terminada la ceremonia, una vez que fue rescatado Bill, los recién esposos, guardados en cajas transparentes adornadas con flores blancas, marcharon hacia su luna de miel en brazos de su duéña Dolores Francis, de seis años.

"Hobby"

«Mi hijo colecciona ametralladoras como otra gente reúne sellos. ¿Qué tiene de malo?» dijo la señora McDonald, de Kennewick (Washington), cuando la Policía descubrió un arsenal enterrado en el jardín de su casa.

David McDonald, de veintisiete años de edad, fue detenido y permanecerá en prisión hasta que explique por qué guarda cinco ametralladoras y varios rifles en el jardín.

Con su arsenal, según la Policía, el joven McDonald podría haber llevado a cabo «una pequeña guerra». Sin embargo, el extraño coleccionista —un ser pacífico— jamás utilizó nunca sus armas.



—No está mal, no está mal... sólo dos fuera de la lona. (De «Europeo».)

FUNDACION MIGUEL DELIBES

RADIOGRAFIA ESPIRITUAL

CONCHITA VELASCO

una muchachita de Valladolid,
su verdad y su poesía

«Siempre me equivoco en juzgar a los demás»

«Lo que más deploro de los españoles es la falta de unidad»

En todos los escenarios donde ha actuado Conchita su recuerdo perdura.

Hoy queremos que confiese a los lectores su forma de pensar, de ver la vida, de tantas cosas como revolotean en su mente despierta.

Humana, cordial, genio y figura de un arte siempre español, siempre universal.

Sencilla, simpatiquísima, muy natural.

- ¿Qué opina de la Humanidad?
- Que está loca.
- ¿Dónde nació, Conchita?
- En Valladolid.

—¿Se cree usted víctima de la injusticia?

—No.
—¿Qué juegos prefería cuando era niña?

—Los que me han conducido a mi profesión actual: interpretar, disfrazarme, bailar...

—¿Fue usted feliz en su infancia?

—A medida que pasan los años pienso que sí.
—¿Qué le haría llorar hoy?

—La ruptura con cualquiera de mis seres queridos.
—¿Qué prefiere: mandar u obedecer?

—Obedecer.



—¿Qué proyectos tiene?

—Siempre estoy llena de proyectos.
—¿Cuál fue el primer libro que leyó en su vida?

—El cuento de «Caperucita Roja», con unos dibujos que no he conseguido olvidar.

—¿En qué consiste para usted perder el tiempo?

—En hacer mi trabajo a disgusto.
—¿Qué ha creado usted?

—Tengo la sensación de que hasta ahora nada.
—¿Tiene miedo de morir?

—Sí, mucho. Seguramente porque mi fe no está tan fuerte como yo creo.
—¿Se conoce a sí misma?

—Creo que sí.

Luminosa y acogedora. Su nota dominante está constituida por su belleza, hecha de sencillez y de matices suaves. Ofrece la perspectiva encantadora de su amable conversación, siempre dichosa.

—¿Qué es lo que más le duele de los demás?

—El egoísmo. Sobre todo en mis seres queridos. La falta de ecuanimidad para juzgar a los demás. La envidia.

—¿Qué opina de los españoles?

—Los españoles somos un pueblo fuerte, con grandes virtudes y tremendos defectos. Lo que más deploro es la falta de unidad, el individualismo. Por otra parte, adoro a mi país, a pesar de sus defectos.

—¿De qué se siente responsable?

—De mi conducta.
—¿Deplora algún fallo en su personalidad?

—Sí. Mi falta de decisión para algunas cosas. Creo que soy «pobre de espíritu».

—¿Está usted sola?

—Gracias a Dios, no.

Nos ha complacido siempre la alegre y cordial acogida de Conchita Velasco en la exteriorización de sus sentimientos acogedores.

Colorido y simpatía de un personaje de nuestra escena que reúne tanta gracia y sal española.

—¿Sabe juzgar a los demás?

—No. Siempre me equivoco.
—¿Tiene miedo?

—Según mi estado de ánimo.
—¿Qué le gusta más de la vida?

—Vivirla.

Nunca es demasiado tarde para volver a ver a Conchita Velasco, para descubrir sus cualidades de actriz, la gracia de su personalidad, la verdad y la poesía de esta muchachita de Valladolid.

La brisa de esta tarde viene del mar...

MIGUEL DELIBES
ese escritor de garra

«Los españoles: Buen fondo y malas formas»

«Muchos ricos no merecen serlo»

«Tengo miedo de morirme. Un túnel siempre impone, aunque uno presienta que en el otro extremo hallará más luz»



Miguel Delibes nació en Valladolid en 1920. Es catedrático de Derecho mercantil, periodista y un extraordinario escritor.

Se dio a conocer con la novela «La sombra del ciprés es alargada», que obtuvo el Premio «Eugenio Nadal» 1947. A esta obra siguieron: «Aún es de día», «Mi idolatrado hijo Sisi», «El camino», «Diario de un cazador», que obtuvo el Premio Nacional de Literatura 1955. «Siesta con viento Sur» (Premio «Fastenrath») y otras muchas e importantes novelas y libros de viaje de calidad excepcional.

Pero hoy no vamos a hablar de libros, vamos a dialogar de todo un poco, en ese perfil humano que todo hombre lleva de cinturón.

- ¿Qué le gusta más de la vida?
- La familia.
- ¿Tiene miedo?
- Sí.

—¿De qué se siente responsable?

—De demasiadas cosas.
—¿Qué opina de los españoles?

—Buen fondo y malas formas.
—¿Qué opina de la Humanidad?

—Que en ella hay de todo, como en botica.
—¿Fue usted profeta en su tierra?

—Ni he sido ni aspiro a serlo en ninguna parte.
—Novelista excepcional, abierto, sincero, rebelde, fiel a sí mismo.

—¿Se cree útil para la Humanidad?

—Quizá.
—¿Sabe contar chistes?

—Mal.
—¿Qué es para usted la libertad?

—Eso.
—¿Se siente usted libre?

—Sólo interiormente.
Miguel Delibes es un hombre que piensa, que sabe escuchar, que sabe dialogar.



—¿Qué es lo que más le duele de los demás?

—La intolerancia.
—¿Qué ritmo prefiere bailar?

—No bailo.
—¿Se conoce a sí mismo?

—Algo.
—¿Tiene miedo de morir?

—Sí.
—¿Por qué?

—Un túnel siempre impone, aunque uno presienta que en el otro extremo hallará más luz.
—¿Cómo reaccionaría si alguien le hiriese sin motivo?

—Violentamente.
Castellano puro, como la raíz del trigo en junio.

—¿Qué opina de los ricos?

—Muchos no merecen serlo.

—¿Qué ha creado usted?

—Una modesta obra literaria.
—¿Suelta «tacos» cuando se irrita?

—Sí.
—¿Qué prefiere: mandar u obedecer?

—Obedecer, cuando las órdenes no son arbitrarias.

—¿Qué sabe cocinar?

—Paella.
—¿Cuál ha sido la palabra más importante de su vida?

—Hay muchas.
—¿Qué le haría llorar hoy?

—La pérdida de los que quiero.
—¿Ha sido pobre alguna vez?

—De hambre, no; de no tener dinero para ir al cine, bastante tiempo.
—¿Cuántos años querría vivir?

—Con salud, los que caigan.
—¿Qué profesión impediría a sus hijos?

—Ninguna, de no ser deshonorosas.
—¿Ha sido rebelde alguna vez?

—Sí, porque me irritan la injusticia y la hipocresía.

La vida, la muerte, los hombres. Miguel Delibes, este escritor con garra castellana, tan universal como su propia tierra, tan sincero fuera y dentro de su pluma, con esa libertad interior que se desborda en esos personajes de sus novelas tan llenos de verdad, de humanidad, de autenticidad.

Miguel Delibes, vallisoletano puro, como la sal dorada de los trigos limpios de la gran Castilla.

Francisco Ruiz de la Cuesta





Máquinas de escribir OLYMPIA
 Contabilidad simplificada C. S. M.
 Material de Oficina, sumadoras, calculadoras.
 SAN MARCIAL, 23 J. Y. M. TELEFONO: 16.600

EL DIARIO VASCO

Editado por Sociedad Vascongada de Publicaciones, S. A. Depósito legal SS-18/1958. Director de la publicación: Juan María Peña Ibáñez. Domicilio Social, Santa Catalina, 1. - Talleres, Miracruz, número 9. Tirada controlada por

NECESITAMOS

JOVEN REPARTO A DOMICILIO.
 Razón: Supermercado de Paseo de Colón, n.º 24.
 Señor Munilla. - SAN SEBASTIAN.

Verano

Próxima novela: "Parábola del naufrago"

MIGUEL DELIBES: «El escritor español está obligado a que la gente tome conciencia de nuestros problemas»

"La falta de entendimiento y de deseo de entendernos, clave de todo"

MIGUEL Delibes ha estado en San Sebastián. Se trata de uno de los novelistas importantes del panorama narrativo de la España actual. Su obra es objeto de estudio continuo. Recientemente han aparecido un par de libros en que críticos extranjeros han analizado su vida y su obra. En uno de ellos, el irlandés Leo Hickey, decía: "...Si Miguel Delibes constituye uno de los valores de la actual novela española, no es fundamentalmente a causa de su técnica. Es por la impresión de realidad auténtica que da a sus obras, por la actualidad de las cuestiones que plantea y el interés humano de sus personajes. En estos aspectos alcanza el nivel de cualquiera de sus coetáneos, y también en estos aspectos supera —y con mucho— a la mayoría de ellos".

Miguel Delibes, nueve novelas publicadas —además de sus libros de viaje, de caza, de artículos...— traducido y editado en Estados Unidos, Alemania, Francia, Inglaterra, Italia y Portugal, está, quizá, en momento de plena madurez. Su última novela, "Cinco horas con Mario", así lo denota, por la profundidad de su crítica de la sociedad actual, y por un intento de superación técnica que, de continuar, hará desaparecer la objeción que Leo Hickey le hace en el párrafo reproducido.

—¿Qué perseguía en "Cinco horas con Mario"?
 —Cooperar a una ventilación del país; luchar contra el inmovilismo que nos cree superiores a los demás, como si fuésemos lo mejor del mundo, cuando distamos mucho de serlo. Creo que he sido comprendido en parte. Hubo quienes tranquilizaron su conciencia al ver que un pequeño detalle de la protagonista difería de ellos. Así se creían distintos, escondían la cabeza bajo el ala. Otras personas, en cambio, me han escrito para decirme que la novela les ha servido para percibir hechos en los que no habían reparado.

—¿Sigue trabajando en la misma línea?
 —Creo que sí. El escritor está moralmente obligado a que la gente tome conciencia de nuestros problemas. En España, del máximo problema: la falta de entendimiento, la falta del deseo de entenderse, de ponerse alguna vez en el lugar del otro, un ejercicio

saludable y necesario que yo procuro hacer. Hay que tratar de comprender las razones de los demás. Creo que es el problema clave que afecta a los españoles, y que los demás, importantes, derivan de él.

—¿Cuál es su próxima novela?
 —"Parábola del naufrago". Saldrá a los escaparates el mes próximo. Es una obra onírica en la que pretendo ofrecer la recreación de una pesadilla. Hay cierta novedad técnica en el logro de algunos tramos formales que nunca había usado, como, por ejemplo, la puntuación literaria, expresada en palabras y no en signos. En cuanto a su contenido, muestro al hombre aplastado por la autocritica, por la sociedad de consumo, por la crueldad gratuita. Ciertamente el tema es valeroso en muchos lugares del mundo, y, por tanto, y fundamentalmente, en España.

—Estudioso de la literatura, preocupado por la narrativa española contemporánea, en varias ocasiones se ha expresado en un intento de sintetizarla. ¿Cómo la presenta, brevemente, desde el final de la guerra civil?
 —Hasta ahora apenas hubo novela fuera del realismo. Distingo tres estadios, sujetos, desde luego, a la evolución de la censura. Un primer grupo incluye, inmediatamente después de la guerra, a unos cuantos novelistas autodidactas, dispersos, faltos de contacto con el exterior, ante la imposibilidad de que ciertos libros se

vendieran en España. Un segundo grupo estuvo compuesto por aquellos que se preocupaban sobre todo por la forma. Eran los objetivistas que incorporaron a la novela española parte de las innovaciones logradas en el exterior. El tercer grupo incluye a los novelistas del realismo-crítico o realismo-social-crítico, que vienen a dar mayor alcance al fondo que a la forma, intentando denunciar problemas que la prensa no pudo divulgar. Ahora hay un cuarto grupo que intenta la novela de vanguardia, cuyo destino es difícil de predecir. Emplean distintos recursos formales y técnicos, e incluso propios problemas de fondo. Están en época de iniciación.

—Se ha referido a la censura, como determinante del desarrollo de la novela española, y ha dicho que los novelistas han podido reflejar problemas que la prensa no decía. ¿El desarrollo de la novela afecta por igual al novelista y al periodista?
 —De ninguna manera. En la novela la evolución de la censura es apreciable. En el periodismo es inapreciable. Hubo seis u ocho meses en que si se dijeron cosas. Después, no. El periodista sigue en el mismo estado. No hay que confundir, repito. Hubo una pequeña libertad, pero no debemos engañarnos. El novelista se mueve mejor que el periodista, puede decir ciertas cosas que para el periodista están vedadas.

—Supondrá una buena tirada... posible. Si se tiene en cuenta que de "La ta Teve" son 750.000 los ejemplares vendidos, cabe pensar que, salvadas las insuperables distancias, de mi libro se vendan bastantes ejemplares.

—¿A qué se debe el éxito de esa Biblioteca Básica?
 No al precio, aunque es bajo. Se debe, sobre todo, a la orientación de la difusión. Es una prueba palpable del poder de la TV. Y en esto, por contraste, yo veo un tremendo peligro, que señalo: es alarmante el poder sugestivo de la TV en la conducción de masas, siendo, como es, un poder controlado. La TV es instrumento de canalización de opiniones que puede conseguir lo insospechado, y que, por tanto, puede conducir a la gente aun contra sus propios intereses. Repito, para mí es alarmante, y la venta de los 750.000 ejemplares de la novela de Unamuno es un signo que obliga a estudiar detenidamente ese poder que tantas veces se ha señalado a la TV.

Miguel Delibes, novelista importante, es, sobre todo, periodista. A través de su actividad en "El Norte de Castilla" siempre ha dado muestras de una importante faceta de su personalidad, muestra evidente en sus múltiples artículos. Por eso una entrevista con él está sintetizada de antemano, concretada y llena de interés.



MIGUEL DELIBES Y SU ESPOSA (Foto Aygüés.)

Quince minutos de diálogo con la esposa de un embajador

Mrs. CECELIA HILL: «Me parece muy difícil que una mujer llegue nunca a la presidencia de los Estados Unidos»

ERA obligado el comentario. Mr. Arthur Diggle, director adjunto del servicio de información de los Estados Unidos, nos ha pasado al salón diciendo: "Qué manera de llover, ¿verdad?". Y, en verdad, llueve con fruición. Desde los ventanales de Miracocha, la lluvia es una oblicua cortina de agua, el cielo es gris y el mar ensaya tonos ásperos y olas nerviosas.

—¿Es al embajador a quien...?
 —No, no. Hemos convenido esta entrevista con su esposa. Mr. Diggle asiente. Mr. Diggle habla bien el castellano, camina con soltura por nuestra gramática. "Vendrá en seguida Mrs. Hill..."

Aquí está. Mediana estatura, agradable, piel con mucho sol a cuestas. Ríe con facilidad. "Entiendo bien el castellano, pero hablar me cuesta aún un poco..." Mr. Diggle, precavido, no se separará de nosotros.

El diálogo a tres va a iniciarse. Un perrito negro se acerca al diván en el que estamos sentados, nos olisquea confiadamente y luego se aleja. El embajador, entrevistado, dicta cartas en la terraza, desafiando vientos y lluvias. Atravesados personajes van y vienen por la casa. La Embajada, reducida a su núcleo en San Sebastián, trabaja intensamente. El diálogo a tres se ha iniciado ya.

A la primera pregunta:
 —¿Que lleva muy poco tiempo en España —llegó hace solamente unos meses, el día 12 de junio— como para establecer las diferencias específicas existentes entre la mujer española y la norteamericana. Que desde que ha llegado ha procurado viajar por nuestro país todo lo posible, pues siente cumplidos deseos de conocer el mismo a fondo. Aun cuando el próximo lunes volará a Washington con su esposo, confía en reanudar sus itinerarios a su regreso".

—Le gusta mucho nuestra región, y cada uno de sus pueblecitos. Hay uno, especialmente, que...
 —No recuerda su nombre y pide ayuda a Mr. Diggle. Pero tampoco Mr. Diggle se lo sabe, así, de repente, y demanda a un tercero que acierta a pasar por el lugar. El tercero sí que se lo sabe. El tercero vocaliza:
 "Ondárroa".
 Ah, sí, Ondárroa.
 A la segunda pregunta:
 —"Ninguna cosa mala. Todas buenas..."
 —"Todas buenas, todas buenas. No había oído ninguna cosa mala".

Y Mrs. Cecelia Hill sonríe. Y como la diplomacia, al igual que to-



MRS. CECELIA HILL, CON SU PERRITO

das las técnicas, se perfecciona más a cada día que pasa, llegamos a encontrar perfectamente natural la respuesta.

A la tercera pregunta:
 —"Que ella desciende de una familia diplomática. Que entre los años 1804 y 1814, un antepasado suyo —Mr. James Bowdoin—, fue ministro plenipotenciario de los Estados Unidos en Madrid. En sus Estados Unidos existieron, también, un secretario de Estado, un embajador en Francia y un gobernador del Estado de Massachusetts".

A la cuarta y última pregunta:
 —"Que no le encuentra fácil que una mujer llegue nunca a ser presidente de los Estados Unidos. Que no lo encuentra nada fácil pese al hecho de que, teóricamente, no existe ninguna cortapisa al respecto. Que, no obstante, son muchas las mujeres norteamericanas que ocupan altos cargos en la administración del país y en su industria privada. Cargos directivos, sí. Que ello, aun cuando no sea absolutamente común, dista mucho de considerarse "especial".

Y Mrs. Cecelia Hill —de estatura mediana, agradable, de piel tostada—, sonríe con simpatía, sonríe siempre. Y sonríe Mr. Diggle. Y sonríe el periodista. Y de tal guisa fruncidos todos los rostros, la entrevista ha terminado.

Insausti.

Ayer, en el Náutico

La francesa Beatriz López, elegida «Miss Turismo 1969»

Ultima elección de misel del verano. Esta vez correspondió a la "Miss Turismo 1969" y concurren once bellas —muy bellas— jóvenes de la más variada procedencia. Si ya es tópico decir que el jurado tuvo grandes dificultades para elegir a la más guapa entre tantas guapas, en esta ocasión faltáramos a la justicia y a la objetividad informativa si omitiéramos esta apreciación, que se dio con caracteres máximos.

Marie Rose Picon representó a Marruecos, Della Roberts, al País de Gales, Beatriz López, a Francia, Yessika Callixon a Israel, Agnes Bourin, a Suiza, Lucía de León, a España, Cristina Prehl, a Alemania, Kaziko Miya, a Japón, y Diana Taylor, a Irlanda.

El jurado, entre el que se encontraban los populares Florencia Faltoyano, Vicente Parra y Angel Picazo, vio y admiró a las concursantes. Charló con cada una de ellas, en muchas ocasiones con

la imprescindible colaboración de un intérprete. Y al final, tras larga deliberación y en medio del consiguiente suspense, anunció por voz del magnífico locutor Ismael González Pellicer el nombre de la ganadora: la francesa Beatriz López, Parisina, estudiante de secretariado en la capital gala y recién traspasada la barrera de los quince años. Aplausos indiscutibles y ruidos ante tan bella y joven, francesita.

Seguidamente le fue impuesta la banda por parte del señor Pidal y, tras las felicitaciones y las fotos de rigor, miembros del jurado y concursantes se reunieron en una comida en el mismo lugar de la elección, el Real Club Náutico. Por la noche, para finalizar con toda brillantez tan memorable jornada, las once aspirantes al título de "Miss Turista 1969" fueron obsecuadas con una visita a San Sebastián de noche.

MAÑANA, FINAL DE LA FASE GUIPUZCOANA DEL CONCURSO DE CASTILLOS EN LA ARENA

Mañana, a las doce, en la Concha, tendrá lugar la fase final del Concurso de Castillos en la Arena en lo que respecta a Guipuzcoa. Catorce muchachos decidieron los grandes premios de este concurso y sobre todo la supremacía que da el primer puesto, como representación de Guipuzcoa en la fase nacional del concurso, con opción a ganar la representación española en la gran final internacional que tendrá lugar en Francia.

Los catorce muchachos representarán a San Sebastián (cuatro porque hubo concurso en Ondárroa y en la Concha), Zarauz, Fuenterrabía, Ondárroa, Lequeitio y Deva. Aunque se incluyan las villas vecinas de Ondárroa y Lequeitio, la fase es guipuzcoana y el vencedor representará a Guipuzcoa.

Los catorce muchachos representarán a San Sebastián (cuatro porque hubo concurso en Ondárroa y en la Concha), Zarauz, Fuenterrabía, Ondárroa, Lequeitio y Deva. Aunque se incluyan las villas vecinas de Ondárroa y Lequeitio, la fase es guipuzcoana y el vencedor representará a Guipuzcoa.

Los muchachos que estarán sobre la arena de la Concha serán Luis Quiles, Yone Errea, José Miguel Sáinz Casado, Carlos Caballero, Daniel Fernández, Jesús María Ortiz, Ignacio Aréizaga, José Buruetagoyena, José María Arrizabalaga, Juana María Basacuna, Ignacio Arzubialde y Lolita Feltrer.

HOY

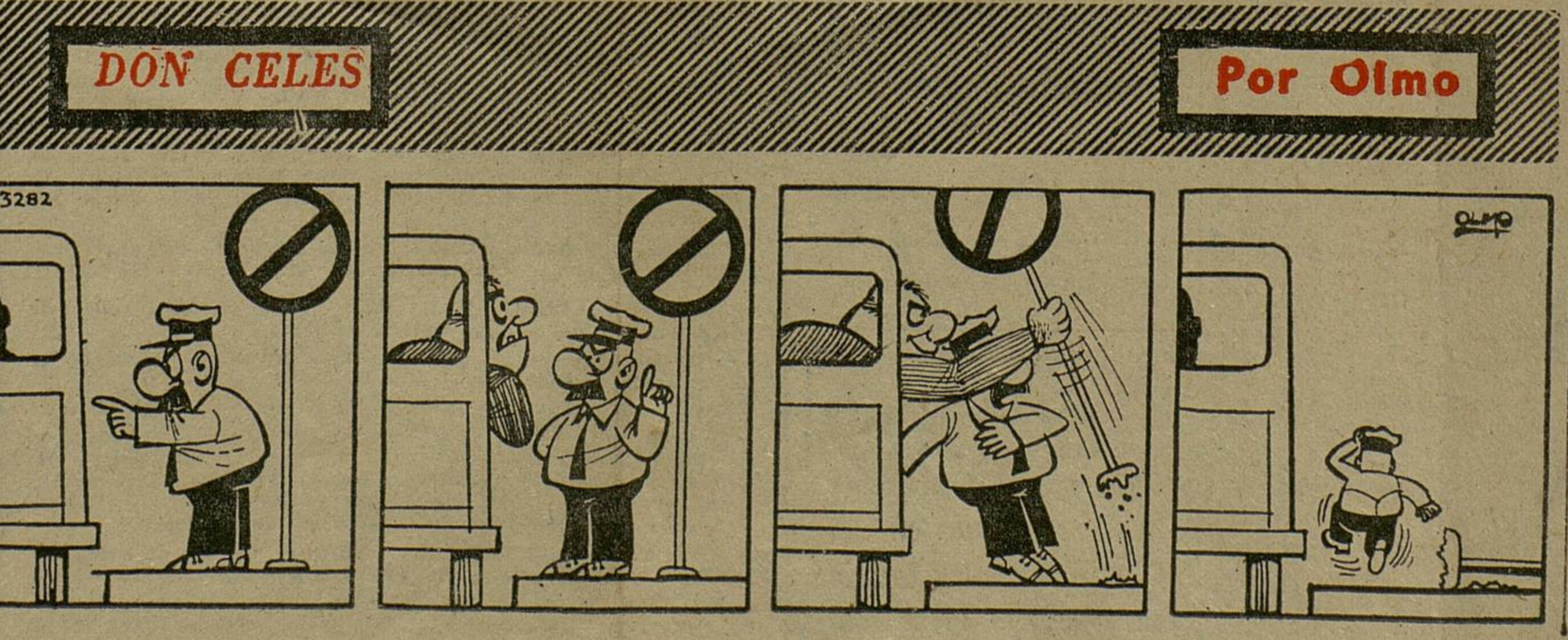
A las 4, en el Tenis: Copa Mata.

A las 9: Luz y Sonido en Loyola.

A las 9,30, en San Telmo: Luz y Sonido.

A las 10,45: Presentación del Circo Americano.

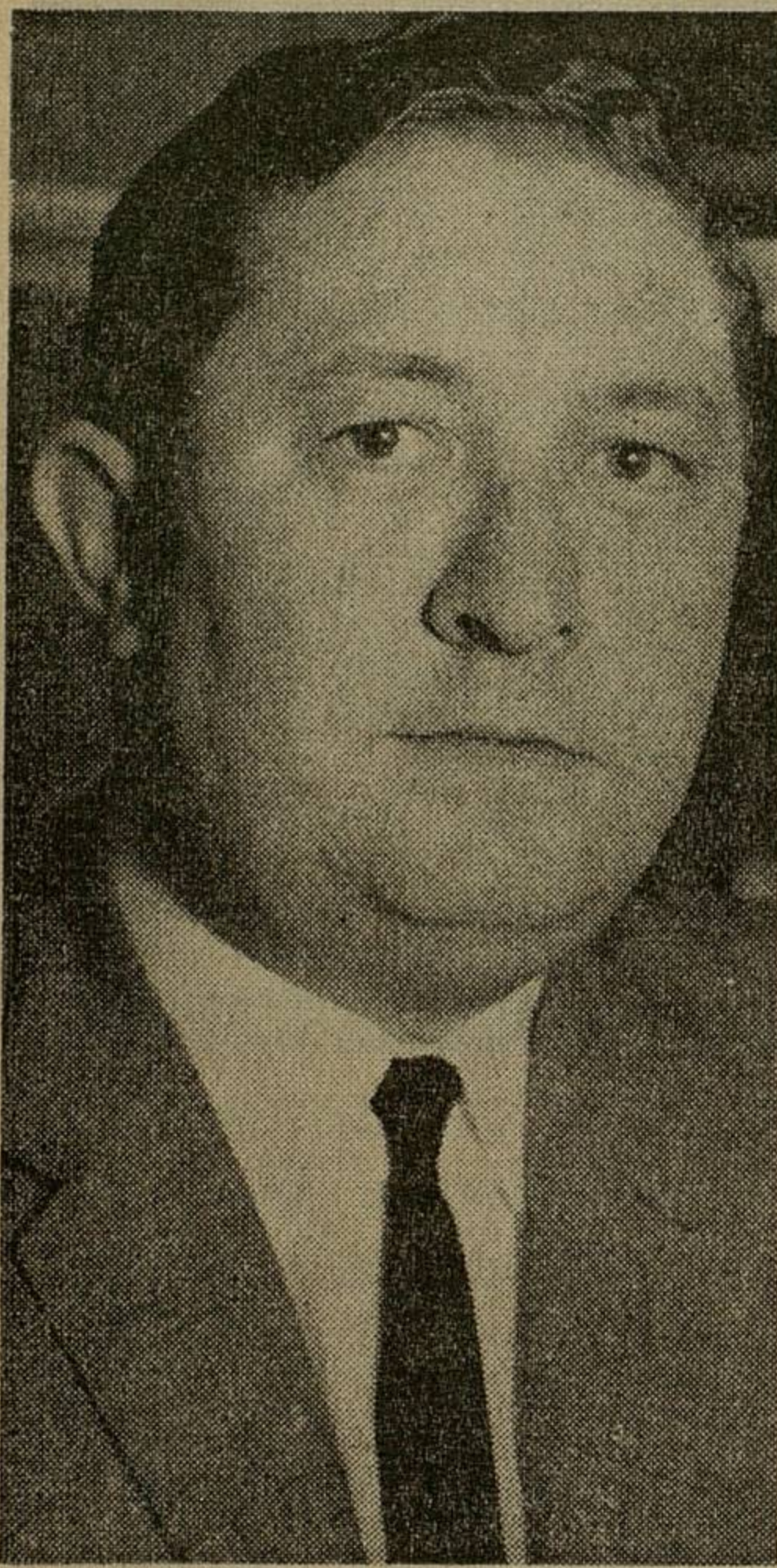
ZARAUZ. — A las 10,45, verbena en la Plaza de España.



CHEQUEO A LA CRITICA

OPINIONES DE

RAFAEL CONTE



El término «chequeo», instalado ya en la medicina como revisión periódica o crítica del funcionamiento del organismo humano, fué sacado a colación para otras prospecciones por nuestro director, Emilio Romero, en memorables artículos; tomamos hoy su estrenada latitud para iniciar una encuesta en la crítica literaria española que se ejerce en periódicos y revistas. Conviene que conozcamos el «estado de la cuestión» en este momento en que la crítica en esto, como en otras cosas, afirma sus derechos después de un largo período en que anduvo constreñida y hubo de realizarse por los más inteligentes y hábiles—a la par que sinceros—a través de los indirectos caminos que fuese y, en los más acomodaticios o indotados, por una mecánica que apenas si podía responder a su verdadero nombre de la crítica. Queremos—inicialmente—una crítica autocriticada y es muy posible que se deduzca el diagnóstico—al fin lo veremos—con los análisis, radiografías, electros, etc., aplicados con nuestras preguntas. Por lo pronto resultará una confrontación de opiniones que puede dar lugar a ulteriores pesquisas y dictámenes.

Empezamos con Rafael Conte, de «Informaciones», que representa muy cabecerasamente—esto es, con cabeza—a la crítica joven en la que es, por su muy temprana dedicación, ya antigua, por tanto, un veterano, un responsable, en fin, cualificado.

Hemos querido que estos trabajos no sean respuestas apresuradas, sino verdaderos estudios meditados con idéntico rango a una colaboración especialmente solicitada que, en ningún caso queremos que se entienda como una distracción competitiva de los compromisos de cada crítico con su periódico o revista, sino como una fórmula de llevar a cabo, por interrelación un propósito honesto que nos es igualmente útil a todos los que nos dirigimos al público.

1. —Defina usted la finalidad de la crítica—con sus límites y oportunidades de comunicación—en los periódicos y revistas españolas.

La misión de la crítica es servir de catalizador entre la obra de arte y el público al que va dirigida. Por tanto, la crítica debe ser informativa y valorativa. Pero nos movemos en terrenos muy resbaladizos y sería preciso prescindir de estos planteamientos abstractos para tratar de la realidad de la crítica literaria en nuestro país. Los españoles resistimos muy mal la crítica, tanto en la política como en la filosofía o en la literatura. La crítica aparece siempre a los ojos del criticado como una posible ofensa personal. De ahí que el crítico literario haya vivido todos estos años en una especie de libertad vigilada. Ha tomado carta de naturaleza una crítica superficial,

(Psa a la pág. 3.ª de este Suplemento.)

PUEBLO literario



● Otro camino para «Parábola del naufrago»

Sigue siendo el mismo: un cazador que escribe. Discute las opiniones sobre el «nouveau roman», sobre las técnicas narrativas, sobre los premios literarios. Y cuenta también, en sus «Conversaciones» con Miguel Fernández-Braso, el camino nuevo de una novela, «Parábola del naufrago», que verá la luz dentro muy pocos días

Notas de Alfonso Sastre sobre "La Revolución y la crítica de la cultura"

ANTE MI PROXIMO LIBRO

Habla en él de la «crítica secreta y casi ejecutiva de ciertos comisarios (no oficiales) de la cultura en la España de hoy»



DENTRO DE UNOS DIAS, UN NUEVO DELIBES

HE acabado ahora el tercero de mis libros teóricos. Se titula «La Revolución y la crítica de la cultura». Tiene 343 folios, escritos a máquina, a dos espacios. Consta de catorce capítulos y un breve «Cajón de Sastre», a modo de apéndice: algunos artículos polémicos publicados en distintas ocasiones... También tiene su prólogo y su epílogo, como está mandado. Se publicará en España (Censura volente). Si tuviera que decir, en términos generales, de qué trata, yo diría: es un intento de crítica de la cultura de la cultura aquí y ahora: en esta España de nuestros pecados; y entiendo «cultura», a los efectos de esta obra, del modo que digo en el mencionado prólogo: «Se trata aquí del campo de la cultura en términos muy específicos y restringidos: la literatura y el arte». Desde luego, hablo muchísimo, concretamente, de teatro.

Para empezar, insisto en un tema que ya he tratado en otras ocasiones: el de los «comisarios secretos» de la cultura. Pero quizá sea lo mejor reproducir, aunque sea abreviadamente, el enunciado de los capítulos.

Capítulo I.—Sobre la crítica secreta y cuasi ejecutiva de ciertos comisarios (no oficiales) de la cultura en la España de hoy y las formas viciosas de nuestro desarrollo cultural.

Capítulo II.—De crítica y barbarie; a propósito del diletantismo de ciertos comisarios culturales que emplean la imprenta como arma o modo de difusión de su pensamiento.

Capítulo III.—De Brecht y Weiss como altas expresiones teatrales de nuestro tiempo.

Capítulo IV.—El teatro: ¿Qué? ¿Para qué? ¿Cómo? (Poética, función, estructura).

Capítulo V.—Nivel político, pureza estética, teatro.

Capítulo VI.—Teatro y sociedad.

Capítulo VII.—Algo más sobre el momento actual de la crítica literaria y artística en España.

Capítulo VIII.—El corpusculo y la onda como imagen para desvelar la miseria de nuestra crítica literaria y artística. Acerca de lo «nuevo». La noción de «entropía» en el campo de la cultura.

Capítulo IX.—Reaparición del teatro como tema: estado de la cuestión teórica en 1969.

Capítulo X.—Del pensamiento crítico español «pregesista».

Capítulo XI.—Estructura ambigua de la instancia «Sic et nunc» como frecuente expresión del posibilismo literario. El arte como arma. Planteamiento nuevo desde un arte no

convencional (o natural) y sus reales perspectivas.

Capítulo XII.—Sobre los modos de promoción de escritores en España durante los últimos años: algunas muestras. Se sigue atacando el tema de la crítica.

Capítulo XIII.—Literatura y Revolución. Sobre la crítica «política» del arte y la literatura. Problemas y perspectivas.

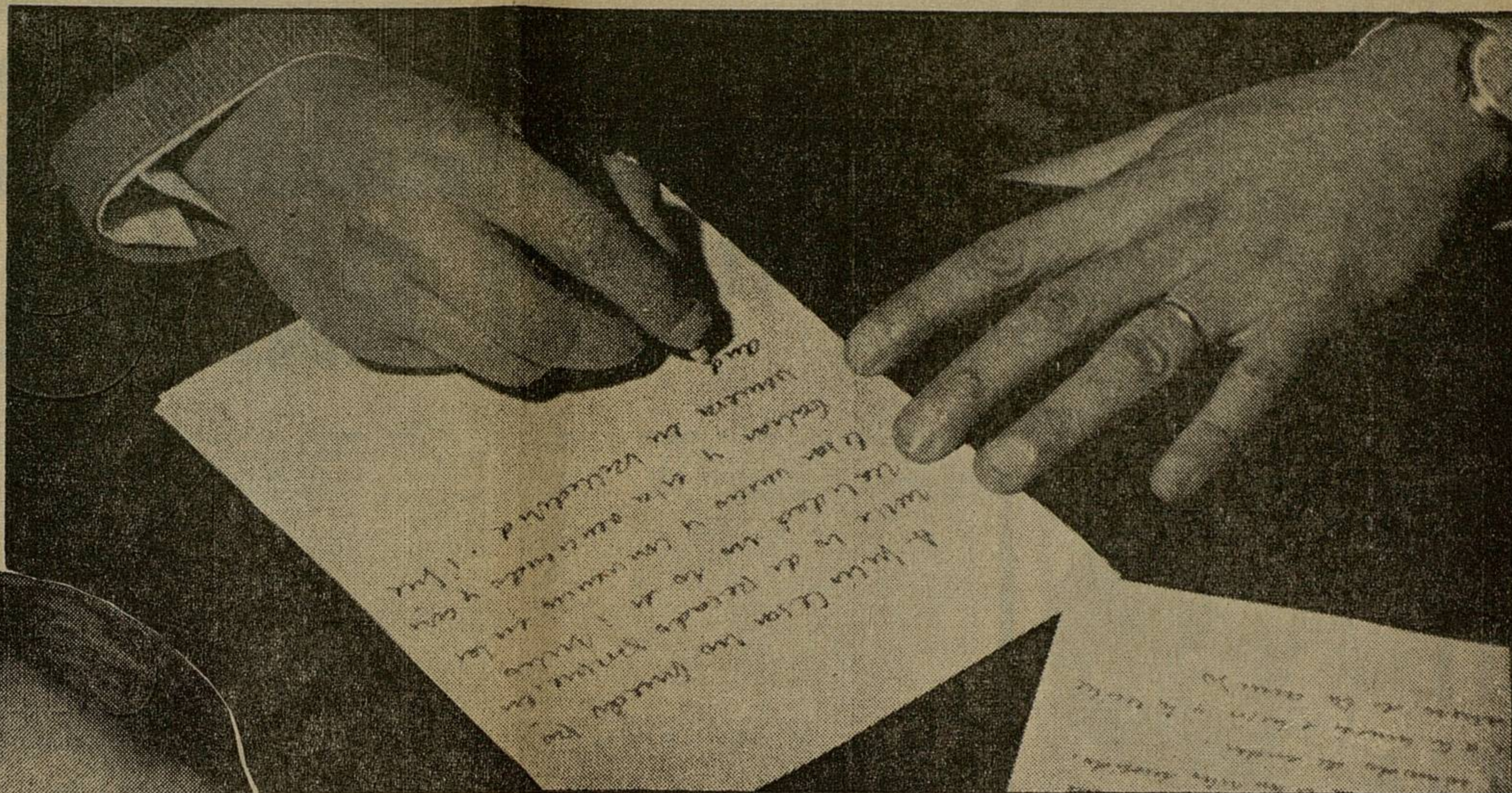
Capítulo XIV.—Lenguaje, teatro, estructura, historia.

TAL es el temario de mi libro. Trato en él de expresarme con entera sinceridad en torno a temas difíciles y, en ocasiones, hasta un poco vidriosos. Hay que discutir con —¡contra!—el enemigo, pero también con los amigos... Así lo pienso. «Amigo de Platón, pero...» etc. Actitudes como ésta parecen tener, entre nosotros, como se decía en el dramón de Benavente, «pena de la vida». En fin, digo yo, ¡ojalá esta vez llegara la sangre al río... de la verdad. Así lo digo, efectivamente, en el epílogo del libro. Es un deseo ferviente y antiguo natural en mí. Desde que empecé a escribir no intento otra cosa; y a estas alturas creo haber alcanzado ya la patente de «corredor de fondo...». «No me podéis quitar el dolorido sentir...»

Alfonso SASTRE



PENSO que los hombres que cazan tienen una psicología especial, una distinta manera ante la vida, una mayor entereza y un nervio más vigoroso para aguantar los vaivenes de la existencia. ¿Hasta qué punto ha influido la caza en la vida y en la obra de nuestro novelista de primera línea, de nuestro periodista con agallas, de nuestro profesor puntual y responsable? Echo mano de unas palabras del propio Miguel Delibes, que son muy significativas: «Yo, ya lo dijo Santerbas, no soy un escritor que caza, sino un cazador que escribe. Toda semejanza entre mi persona y un intelectual será, pues, pura coincidencia. Quiero decir no que desdeñe los problemas que nos conciernen a todos, sino que al abordarlos eludo el punto de vista intelectual y los planteo desde donde me corresponde, es decir, a bajo nivel, como podría hacerlo un campesino de mi tierra. Otra cosa sería traicionarme a mi



MIGUEL DELIBES

un cazador que escribe

que toda novela debe tener un hombre, un paisaje y una pasión. No todos lo entienden así y yo les respeto. Lo que ya no admito es que se llame «nouveau roman» a algo que evidentemente nada tiene que ver con «le roman». En esta escuela francesa hay escritores muy meritorios que hacen una cosa extraña; una cosa, en efecto, nueva y caótica, pero que a mi juicio tiene que ver con la novela bastante menos que con la poesía. Se trata de una serie de sugerencias muy bellas en sí mismas, pero que no conducen a ninguna parte. Y no sólo los cultivadores de este género son inteligentes, sino que lo son también en grado sumo los ensayistas, que les explican, les justifican y les aplauden. Para éstos el «nouveau roman» es la novela que cuadra al hombre-masa de nuestra época. Otro de sus argumentos es que a un mundo confuso corresponde una novela confusa. A mí todo esto me parece bien. Lo que no me parece bien es que se bautice con el nombre de no-

mano y el perro cerca y alerta, de Miguel con el fondo de los tesos de Castilla. A un lado y a otro de la espléndida fotografía hay libros, muchos libros, alineados en pie de servicio, en las estanterías. La mesa del escritor—con un mappamundi, con los últimos libros recibidos y consultados, con las más recientes cuartillas escritas—es de madera oscura, simplísima, sin un quiebro de barroquismo.

—Si hay que armonizar la técnica y el contenido. Si tenemos suficiente talento, en una novela no debe prevalecer lo constructivo sobre lo decorativo, ni tampoco a la inversa. La novela, si aceptamos considerarla una obra de arte, debe ser un equilibrio. Cuanto más se acerque el novelista a ese equilibrio más habrá acertado con su novela.

Tiene las cuencas de los ojos un tanto hundidas. Su mirada es ágil, observadora, caladora. Su rostro es afilado, refleja una gran serenidad. El pelo, escaso y lacio. La nariz, larga, y las manos, expresivas. Lía un cigarrillo.

no sé qué habrá salido. Los críticos lo diréis...

Miguel Delibes aplica su mayor esfuerzo en que los personajes de sus novelas puedan ser reales, parezcan reales. Para él, la novela, antes que la peripécia, son los personajes que circulan por sus páginas. Y tan logrados están, tan de cuerpo y alma son, que se salen de las novelas, que se hacen amigos nuestros y abren diálogo con nosotros. Todo lo que rodea a sus tipos —lo mismo pájaros que frígales, lo mismo ríos que pueblos— está igualmente encendido de vida.

—Es una tontería decir que la novela española no trata temas universales. Me parece, sí, una tontería. El tema puede ser universal por abarcar inquietudes universales—el terror atómico—o porque el pequeño problema local que afrontamos, mediante un bien calculado juego de reflejos y resonancias, pueda hallar eco en cualquier parte del mundo. Todo lo que tenga o encierre un hábito de humanidad es, a mi entender, universal. La novela española de esta hora puede ser buena o mala, pero por otros motivos. Nada hay tan triste como un escritor español que creyendo que con esto hace más trascendente su novela, ambienta su obra en París y llama Pierre a su protagonista.

En el mundo árido y a la vez cordial del novelista Delibes no falta el chiquillo del trigo, un hombre pequeño, pero que nunca deja de ser niño. Un zagal que, con Nini de «Las ratas», sabe de la hierba y de las nubes, de la clueca y de la acequia de fango donde viven las ratas. Los niños ocupan un lugar importante en su literatura porque, como los hombres del campo, conservan toda su espontaneidad, son como son, sin artificios ni posturas que los enmascaen.

—El niño encierra toda la gracia y todas las posibilidades del mundo. El hombre es un niño que ha perdido su gracia y ha limitado a una sus posibilidades. Ha dejado, en fin, de ser una esperanza. ¿Si me considero un novelista católico? No. Yo soy un católico que escribe novelas. No hay por qué mezclarlo: el que es católico imprime su sello en todo lo que hace. En mi novela hay voluntad de fomentar el espíritu de comprensión y la solidaridad entre los hombres. En definitiva, esto me parece la esencia del cristianismo.

mismo y defraudar a mis lectores.» Miguel Delibes dice que la caza es una pasión que se manaa. Su padre murió, prácticamente, con las botas puestas. Le dió una hemiplejía —a los ochenta y un años— cuando regresaba del río Besaya de pescar truchas.

Los sábados ayudaba Miguel a su padre a preparar la escopeta, la canana y el maucuto. Y el domingo, antes de que amaneciera Dios, ya estaban camino del monte. En sus pocos años no acertaba a comprender que hubiera otras distracciones para consumir los ocios de un hombre. Y la tradición continúa. La noche que los acompañó era su hijo Germán —el segundo de los varones— quien le ayudaba en los preparativos. Uno fue testigo del brillo feliz que tenían en sus ojos el hombre y el muchacho. El momento de los preparativos es un rito importante para el cazador. Germán colocaba los cartuchos. Miguel le pasaba una bayeta a la escopeta. Los preparativos se realizaron en el cuarto de trabajo del escritor. Las escopetas, las cartucheras y todo lo demás estaban guardadas en la librería, en los departamentos de abajo. Es curioso que los trastos de caza estén en la misma habitación, en el mismo mueble que los utensilios de trabajo creativo. «Para mí —ha escrito Delibes— la caza no es una actividad accesorio, sino sustantiva, esto es, que si la caza difícilmente podría desenvolverme.»

Delibes es hombre delgado, de largas piernas, agilísimo. Camina con brio, con seguridad, por el ancho campo. Está acostumbrado al monte, como las cabras. Cuando le acompañé a cazar —entre lluvia y viento— me costaba seguirle en aquella atenta caminata.

—Ahora me voy a Sedano, a pescar.

Miguel necesita, le urgen, estos escapes. A Miguel, como al indio araucano, le aprieta demasiado el corsé de la civilización. El asfalto y las máquinas terminan agobiando, asfixiando, provocando el delirio. El araucano trasplantado a la civilización «cecha de menos los horizontes abiertos, la espontaneidad, la improvisación de sus decisiones». Lo mismo le pasaría a este cazador de necesidad si no fuera porque cada semana sale a mezclarse con la botánica población de árboles y matas. A Delibes la caza le vale como tema literario, porque en ella encuentra, suficientemente perfilados, esos tres ingredientes que considera inexcusables para la novela: un hombre, un paisaje y una pasión.

● «Sin el Nadal es posible que no hubiera escrito más»

DELIBES dice que el periodismo es un gimnasio excelente para el novelista. Es cierto que nos aproxima al hombre y nos da—cultivando todas sus facetas—una soltura narrativa. Y viceversa: la novela ayuda a sopesar el fondo humano de los hechos, que es, en definitiva, lo que le confiere valor periodístico.

—El periodismo permite tomar contacto con los acontecimientos humanos de cada día y, en consecuencia, ahondar en el hombre. Como para mí la novela es esencialmente una interpretación del hombre, el ejercicio del periodismo me parece muy conveniente. Hemingway tiene una frase acertada sobre esto que yo suscribo, aunque todavía no he puesto en prác-

● Dentro de unos días aparece su última novela: «Parábola del naufragio»

● «Toda semejanza entre mi persona y un intelectual será pura coincidencia»

tica, quizá porque mi afecto a «El Norte de Castilla» rebasa lo profesional. Hemingway dijo que el periodismo es muy conveniente para el narrador, siempre que sepa dejarlo a tiempo. Yo lo dejaría si no hubiese esta razón de tipo sentimental que me ata a este periódico. En él me he formado. Con mis compañeros actuales he llegado a constituir un equipo de ideas y preocupaciones afines, y quizá por ese martilleo diario me parece un instrumento de mayor eficacia social que la novela.

En el año 1947, Miguel Delibes, un hombre entonces desconocido en el mundo de las letras, afincado en Valladolid, consiguió el premio Nadal con su obra «La sombra del ciprés es alargada». Desde aquel día, con paso seguro y pulso sereno, sin trampa ni cartón, sin buscar leyendas y trabajando con aplicación, Miguel Delibes ha ido subiendo cada año y cada día un peldaño más en la novelística española. Delibes siente una natural y sincera gratitud hacia los premios literarios.

—Sin el Nadal es posible que no hubiera escrito más. Los premios ayudan a despertar al público lector. Ahora menudean tanto, que mucho me temo que lo vuelvan a dormir. ¿Si la novela tiene definición? Quizá la tenga, pero yo nunca me he preocupado de buscarla. Creo

que toda novela debe tener un hombre, un paisaje y una pasión. Esto es, pueden decirnos «la era de la novela ya ha pasado y ha llegado la de este género híbrido y extraño que ponemos en circulación, pero nada tiene que ver con la novela». Sospecho, sin embargo, que pese a la sociedad gregaria, al hombre-masa y a la confusión del mundo actual, los lectores continúan comprando novelas que, sin desdeñar la modernidad y las conquistas de la nueva narrativa, les digan algo.

● «No me considero un novelista católico»

CHARLAMOS en el despacho de su casa. Un cuarto de trabajo confortable y moderno, presidido por una gran fotografía de Miguel en traje de caza, de Miguel escopeta en

Siempre fuma negro: «caldo de gallina». Lo lia parsimoniosamente. Este es uno de los muchos ritos populares de su personalidad.

—Pero la verdad es que no se puede hablar de una técnica para hacer novelas como una técnica para levantar un puente. En arte, cada hombre es una técnica.

Se encoge de hombros, sonríe y comenta:

—Yo hago lo que sé hacer, a mi aire... Si, dentro de unos días, en este mes, aparece mi próxima novela: «Parábola del naufragio», historia en clave onírica de un pintoresco individuo que practica la destrucción de nuestro lenguaje y puntuación tradicionales. Se plantea una dura requisitoria contra la autocracia, la sociedad de consumo, el culto a la personalidad y la crueldad gratuita. No sé,

CONVERSACIONES

de Miguel
FERNANDEZ-BRASO
Fotos **JULIO CESAR**



UN ESCRITOR QUE SE CONFIESA

MIGUEL DELIBES

artes letras



«Soy un hombre sencillo que escribe sencillamente»

Sería necio que yo pretendiese presentar a Miguel Delibes, uno de los talentos más importantes de nuestra narrativa y, por ello mismo, uno de los más discutibles. Cuando unos meses antes del último Festival de Cine de Valladolid me decidí a escribirle para consultarle una serie de cosas, en mi fuero interno no esperaba, ni por asomo, que se dignase contestarme. Yo era para él un total desconocido que arremetía contra su intimidad de una forma brusca y sin presentadores o intermediarios, como se suele hacer en estos casos. Sin embargo, con una puntualidad casi a vuelta de correo, Delibes me contestó y se me ofrecía para lo que pudiese necesitar con una amabilidad rayana en lo impensable. Más tarde, cuando llegué a la vieja ciudad castellana, entre sesión y sesión de Cine, me di una vuelta por "El Norte de Castilla", que tanto sabe de Delibes desde 1941. Allí estaba Miguel, y, como si nos hubiésemos conocido de toda la vida, me explicaba el poco tiempo que tenía y como tenía que repartírselo entre sus mil cosas. Este que ahora contesta a mis preguntas es el novelista que en 1947, a los seis años de entrar en este diario castellano, irrumpía en la novelística ganando el Premio Nadal que un año más tarde se publicaría y que llevaba ese título, ya de sobra conocido: "La sombra del ciprés es alargada". Seguiría publicando casi a novela por año.

—Miguel: yo quisiera que quemases todos tus libros y que dejases uno, el más entrañable. Pero, por supuesto, quiero que me des también tus razones.

—Dejaría "Viejas Historias de Castilla la Vieja" y "Las Ratas", porque son breves y resumen mis preocupaciones ideológicas y literarias.

—Háblame un poco del libro "La primavera de Praga" y de la realidad de esta primavera. ¿Piensas que se ha agostado por completo o te parece que aún queda alguna esperanza?

—Por supuesto, no se ha agostado. Es más: la irrupción de los tanques rusos en Checoslovaquia ha puesto de manifiesto en todas partes la necesidad de humanizar el socialismo; esto es, de hacerlo compatible con la democracia. Por otra parte, no olvidas la frase de Ghandi, cuyo centenario conmemoramos ahora: "La fuerza de la verdad es superior a la fuerza de la espada".

—Un amigo común me ha dicho que eres el dios (así con minúscula) de Valladolid. Uno de los cinco dioses (también con minúscula) de España y, sin lugar a dudas, el hombre más cordial (yo lo pude comprobar) de la pléyade de los famosos. Dame tu opinión sobre estas frases que intentan definirte, y defínete tú como hombre y escritor.

—De dios, nada. Y si no somos cordiales ¿qué nos queda? Yo soy un hombre sencillo que escribe sencillamente. Esta es mi definición.

Delibes es un hombre que conjuga dialécticamente su vida y su Castilla española de color tierra vieja, pero con esa llaneza de castellana deja entrar por su puerta a todo el que llega.

—¿Cuántas cartas te llegan al día pidiéndote favores y a cuántos echas una mano?

—Sí. A veces me siento desbordado, pero no niego una mano si sé (o sospecho) que puede ser eficaz.

—Miguel: ¿qué escribes ahora y qué proyectas para lo que resta de año? (Y esta pregunta es necesaria para quien tiene una producción —¡cómo odio la palabra!— que a veces puede ser considerada excepcional.)

—Acabo de entregar a Destino una nueva novela: "Parábola del naufrago", que se publicará en unos meses. Para Alianza Editorial preparo otro pequeño volumen de narraciones cortas. Asimismo he entregado hace unas semanas a Calvé un ensayo sobre Castilla, que servirá de explicación y justificación a un álbum fotográfico de Ontañón. De otra parte, la Editorial Miñón, de Valladolid, publicará este año una selección de mis novelas (historias de niños y animales, preferentemente) con ilustraciones de Pedro González Collado (se trata de un libro de lecturas infantiles). Por último, estoy corrigiendo los libros de viajes que compondrán el cuarto volumen de mi Obra Completa. Admitirá que no he perdido el tiempo.

—Naturalmente que Delibes no es de esos que juegan a máquina de escribir para sólo un par de recedades!

En este lugar yo le preguntaba a Miguel Delibes, viajero, escritor y novelista, que desde 1941 ocupó en "El Norte de Castilla" funciones de caricaturista, redactor, director y delegado de Consejo, cuál era la anécdota más simpática que a él le había ocurrido, y Delibes deja mi pregunta en blanco. Me resultó extraño y lo creo, a la vez, de interés y curiosidad.

—¿Cuál fue tu mayor disgusto?

—La ineluctable muerte de los que amamos que, como una ringlera de cipreses, va jalonando nuestra vida. Las guerras de expansión o de afirmación de privilegios. Los fanatismos que hacen imposible la convivencia. Las injusticias enmascaradas que se nos quieren presentar como fórmulas justas.

(Podría interpretarse esta contestación, más que en sí personal, como algo



«No estoy uncido a ningún carro ideológico»

que Delibes conjuga en una escala social y mundial) y la ausencia de la anterior como que el novelista no encuentra en nuestro mundo, de una forma general, algo simpático. Quizá la única persona que pudiese contestar a esto sería el hombre Miguel; y no creo que saliese tal suposición del análisis de ninguna de sus obras.

—Unos dicen que eres de izquierda (con toda la ambigüedad que esto entraña); otros que de derechas (así te califican los radicales de izquierda); y otros que independiente (o, como graciosamente se dice ahora, trabajador por libre). ¿Dónde te colocarías tú, Miguel, como hombre pensante en las categorías ideológicas y de praxis?

—Estos son términos desprestigiados. Puedo anticiparte que no estoy uncido a ningún carro ideológico. Un escritor debe ser muy celoso de su independencia. Eso sí, si luchar por una vida más justa para todos, por la promoción de los desheredados, por la libertad y la dignidad humana, significa ser de izquierdas, yo lo soy porque entiendo que un cristiano no puede ser otra cosa.

(Las palabras parecen claras; su vida —que yo no conozco profundamente—

dicen que responde a ellas y su obra está en esa línea. Podría afirmarse, pues, que Delibes es un escritor honrado y este es el mejor y máspreciado calificativo para un autor).

—¿Crees necesaria una socialización total o parcial en nuestra patria? ¿La crees posible?

—¡Claro que la creo necesaria; más que necesaria: urgente e imprescindible! —Dime un plan esquemático de una promoción de lectura de nuestro pueblo, para intentar elevar el nivel mínimo o, mejor, el ausente nivel cultural que se respira, por tantas causas, en España.

—Yo no elaboro planes; no es mi misión. Pero, evidentemente, la primera piedra es la escuela. El "Libro Blanco" famoso, ha venido a decirnos algo increíble que aún faltan escuelas para un millón de niños.

Estas fueron las palabras de un hombre afable que me recibió como si fuésemos ya viejos amigos y que era saludado en Valladolid por todo el mundo como el simple autor que describe su paisaje, sus hombres y, además, algo más. Un algo más que no es fácil de explicar desde una breve entrevista.

BLAS F. GALLEGOS

UN LIBRO PARA LA HISTORIA

FRANCO BIOGRAFIA DE BRIAN CROZIER

Brian Crozier ha escrito una de las mejores biografías del general Franco. El Jefe del Estado español, protagonista de uno de los hechos históricos europeos más importantes de este tiempo, parece ser objeto de la atención preferente de un grupo de escritores políticos europeos. Su figura como soldado y como estadista es uno de los fenómenos humanos más excepcionales de nuestra época; por ello, no es extraño que sobre él se fijen las ideas literarias y los deseos investigadores de numerosos historiadores contemporáneos. En este aspecto, Brian Crozier —australiano de nacimiento, y londinense de adopción— ha acertado plenamente en el empeño de trazar una historia objetiva del drama español de la guerra civil y una biografía desapasionada de Francisco Franco, protagonista principal.

"Novelas y Cuentos" acaba de publicar, en dos tomos, "Franco, historia y biografía" (1). Este libro, en dos partes, lleva el camino de convertirse en el "best seller" de este otoño. Coinciden una serie de circunstancias políticas en

el país que favorecerán la lectura de esta biografía. En ella, Brian Crozier ha intentado separar el hombre del mito, "así como —dice— el hombre de estado del hombre a secas, y sus logros de las antipatías emocionales nacidas de su asociación con el fascismo y con los enemigos de los aliados occidentales durante la segunda guerra mundial". Y añade: "En cualquier caso y a cualquier nivel, Franco ha recorrido una extraordinaria carrera, y la clave está más en su carácter que en su inteligencia". (Pág. 29, tomo I). Más adelante dice que es "un hombre ordenado, cauto, astuto y paciente que durante más de veinticinco años ha tenido el destino de España en sus manos. Sin que ninguna duda personal le turbara y profundamente escéptico sobre la capacidad de sus conciudadanos para gobernarse a sí mismos..." (Pág. 38, tomo I).

Brian Crozier ha conseguido una biografía histórica de un personaje que aún está haciendo historia. Puede ser discutible la obra del escritor, pero es interesante conocerla.

(1) "Franco, historia y biografía". Brian Crozier. 2 tomos. Editorial "Novelas y Cuentos". Madrid, 1969.

LOS «HIPPIYS»

Los vi pasar como una procesión laica y exótica que ya desfila en paz por nuestra Patria. Ellas, con sus rotundas formas mal cubiertas; ellos, con sus melenas y sus barbas lacias --muñecos disfrazados con harapos chillones--... Parecían apóstoles de un futuro sin lágrimas. Había un falso brillo en su gesto inocente: collares, medallones y sortijas. Llevaban un paso alegre. Reían con extraña tristeza. Miraban con dulzura. Y sus claras palabras eran una canción amiga, una oración sin Dios, pidiendo paz, amor y libertad... Lloraban. Iba con ellos una primavera --las flores a porfía-- y un incienso dañino: el humo de la marihuana...

Los vi pasar como un desfile extraño y actual. Y pensé: ¡Qué mal huele la flor de la esperanza!

Santiago Covadonga



MIGUEL DELIBES ESTUVO EN ZARAGOZA

"SOY PESIMISTA: NO CREO EN LA SOCIEDAD"

- "Como novelista sólo he alcanzado un nivel medio"
- "Tras la pesadilla de "La parábola del naufrago", preparo un libro sobre la caza"
- "El periodista, como el delantero centro, debe saber regatear"
- "Los alumnos de Comercio quieren saber lo que su carrera es hoy; no lo que será mañana"



Cuando uno se encuentra ante Miguel Delibes no sabe por dónde empezar. Ayer vino a Zaragoza como conferenciante, si, pero el vallisoletano es además cazador, novelista, dibujante, catedrático y periodista. ¿Cómo saber de verdad que es Miguel Delibes?

—Muy sencillo. Te habla la persona más sencilla del mundo. Así pretendo ser y así intento explicarme siempre. Ojalá lo consiga.

LA SENCILLEZ

Miguel Delibes comió y cenó ayer con sus amigos zaragozanos y pronunció una conferencia sobre "El fenómeno de la creación literaria". Hoy, mientras muchos dormíamos, habrá salido camino de su Valladolid. Pero la pregunta sobre su verdadera personalidad había quedado sin responder. ¿Qué pesa más en Miguel Delibes?

—Nada tiene preferencia sobre nada. Y si me han gustado todas esas actividades ha sido —simplemente— porque convergen, al fin y a la postre, en eso que tanto me preocupa: la sencillez.

—Quisiera que Miguel Delibes hiciera un pequeño examen de conciencia sobre cada una de esas facetas suyas. Por ejemplo, con el dibujo.

—Fui y soy un aficionado a la caricatura personal. Esa afición nació conmigo y conmigo está. Pe-

ro cuando yo me dediqué al dibujo era una época en la que resultaba difícil convencer a los padres de que así se podía uno ganar el pan de cada día. Hoy, si hubiera tenido un poco más de apoyo, quizás fuera pintor. Hace cinco años lo intenté de nuevo. Pero las ocupaciones empezaron a ponerme la zancadilla y no tuve más remedio que rendirme.

Miguel Delibes apoya el codo en el respaldo del sillón y me mira con resignación. Sus cincuenta años no han podido con la vida enjuta, espigada y amable de Miguel. Le cuesta trabajo acostumbrarse a no vestir como los cazadores y por eso busca siempre la oportunidad de plantarse la cazadora, la gruesa camisa de cuadros y las zapatitos duros.

UN DISCRETO NIVEL MEDIO

—Sin embargo, a pesar de esa caza, del dibujo y de todo lo demás, Miguel Delibes novelista rompe siempre el equilibrio de su polifacética vida. ¿No es así?

—Creo que tan sólo he conseguido un discreto nivel medio dentro de la novela española.

—Hay muchos que piensan que Miguel Delibes se ha constituido como uno de los más preclaros valores de nuestro mundo literario.

—Hoy ocurre que los escritores ya no realizan una obra tan copiosa como en nuestro Siglo de Oro o en el Renacimiento. Antes los días eran más largos. No existía la prisa.

—Entre la obra literaria de Miguel Delibes puede observarse cierta contorsión a la hora de comparar, por ejemplo, "El camino" y "Diario de un emigrante" o "Aún es de día". ¿Por qué pasa Miguel Delibes con tantas brusquedad de la sencillez y naturalidad al lenguaje tosco y casi pretencioso?

—El artista siempre debe ser natural. En mi vida hay pasos que han sido simples baluceos. En "El camino", por ejemplo, ya logré expresarme como verdaderamente soy, como hablo con mis amigos.

NO SOY UN NIHILISTA

—Después del gran revuelo que ha seguido a la publicación de "La parábola del naufrago", ¿qué siente Miguel Delibes?

—No soy un nihilista. Muchos me han tachado de eso, pero no es así. Para los nihilistas el absurdo surge por el mero hecho de nacer. En "La parábola del naufrago" el absurdo aparece en el seno de la sociedad humana, de su organización. En una palabra, que si todo se estructurase de otra manera, la vida dejaría de convertirse en un absurdo.

—¿Qué prepara ahora?

—Tras esta pesadilla de "La parábola del naufrago" quiero respirar un poco de aire puro y me he decidido a escribir un libro sobre la caza. Tratará de mis experiencias sobre este bello deporte que ya está amenazado también por la corrupción.

—¿La caza?

—Sí, a la gente de la era super-sónica le gusta cada vez menos ganarse el morral con el sudor de su frente. Está de moda colgar perdicines —cuantas más mejos— con el sudor de los demás.

—¿Desde cuándo es cazador?

—Casi desde que nací. Cuando era un pequeñajo ya veía a mi padre con la escopeta al hombro camino de los campos y me flusioné desde entonces.

CATEDRÁTICO DE HISTORIA DEL COMERCIO

Y hemos dado, casi sin querer, con el gran "hobby" de Miguel Delibes. Cada domingo, cuando aún no ha salido el sol, Miguel despierta a "Dina", su perra sabia, y se lanza al campo. Un día veinticinco y otro treinta, pero siempre pasa de los veinte kilómetros. Cuando un domingo falla la caza la razón hay que buscarla en la pesca. Porque Delibes sabe también perseguir a la trucha. Sin embargo, cuando llega la jornada de trabajo, Miguel Delibes se olvida del mundo y se sumerge en las aulas de Valladolid. Allí trabaja también como catedrático de Historia del Comercio.

—Por cierto, ¿cuál es la situación actual del conflicto surgido en las Escuelas de Comercio?

—El ministro y las personas que le rodean se han empeñado en exponer el problema con perspectivas de futuro. Y esto, sinceramente, no es lo que precisan ahora los alumnos. Ellos quieren saber lo que su carrera es hoy; no lo que será mañana. Es decir, si sus estudios van a confluir en una Facultad de Ciencias Comerciales, ¿en qué posición estarán ellos con respecto al título de licenciatura? El alumno que está en tercero de profesorado mercantil y que en julio iba a terminar se encuentra con que ahora su carrera no finaliza ahí. Y tampoco le dicen cuándo ni dónde. Lo mismo sucede con el que ya es titular mercantil. ¿Para qué va a servirle ese título en lo sucesivo? Estas interrogantes exigen unas respuestas inmediatas. Y aún más. Estoy convencido de que si el conflicto se resuelve con un criterio de generosidad, tal y como se ha hecho siempre en estos casos, todo volverá a la normalidad.

LOS PERIODISTAS

—Usted ha sido también periodista. Dirigió "El Norte de Castilla" y fue precisamente el periodismo su trampolín para poder al-



Miguel Delibes —así lo confesó— es pesimista. "No creo en la sociedad, tal y como está organizada", nos dijo en su breve estancia en Zaragoza

canzar la novelística. ¿Qué le debe al periodismo?

—Mi paso por "El Norte de Castilla" me enseñó algo muy grande. El periodista es semejante a un delantero de fútbol. En nuestra profesión lo más interesante es saber regatear. Sin embargo, me he sentido frustrado. Me he visto disminuido al no poder decir lo que verdaderamente debía.

—¿Miguel Delibes es entonces un hombre frustrado?

—Nunca he visto la vida de color de rosa. Soy pesimista y la razón hay que buscarla en la propia sociedad humana. No creo en las sociedades organizadas y he podido comprobar que en ningún lugar se ha logrado la perfección. Esto no quiere decir que me falte el optimismo, no. Pero me falla todo al examinar la condición humana.

EL ULTIMO REFUGIO

—Por un momento he pensado que no era creyente.

—Sí, aún lo soy. Es el último refugio que me queda.

—¿Qué es para Delibes la sociedad perfecta?

—Aquella en la que las decisiones estuvieran movidas por el amor.

—Miguel Delibes —y no me conteste si no quiere—, ¿ve claro el futuro español?

—Teniendo en cuenta el pasado, no puede por menos que inquietarme. Las bases de convivencia que se han pretendido instalar son muy frágiles.

—¿Qué habría hecho usted?

—Instaurar una apertura democrática, al menos como vía de ensayo. Y no hablo de fraccionamiento de partidos, pero sí de la autorización para crear tres partidos —derecha, centro e izquierda— con un orden público garantizado. Esto, al menos, nos habría supuesto averiguar por dónde van los tiros o las preferencias.

SU ESPOSA, EL "EQUILIBRIO"

—Usted escribió una vez que su esposa, doña Angeles de Castro, era "el equilibrio; su equilibrio". ¿Qué ha representado para usted?

—Precisamente eso. Con su estilo y amor consigo que logre aislarme en esa torre de marfil tan necesaria para la creación.

—Usted conoce bien Zaragoza. ¿Ha pensado si podría sacar de estas tierras un tema para sus novelas?

—Sería una audacia por mi parte hacer una novela con ambiente aragonés, ya que cada escritor viene al mundo para alumbrar un poco ese pedazo de tierra que le vio nacer. Si yo no conozco Castilla, ¿cómo voy a intentar conocer Aragón?

SOY UN HOMBRE INSATISFECHO

—En definitiva, ¿se siente satisfecho Miguel Delibes?

—Soy un hombre profundamente insatisfecho. Y así moriré.

—He creído ver en algunas de sus novelas muchos rasgos de humor. Un humor sano. ¿También le cosquillea en el alma?

—Yo, francamente, procuro reírme hasta de mi sombra. Así debe empezar el humor: por uno mismo. De lo contrario se llega con facilidad al sarcasmo. Se lo repito, reírme de mi sombra me parece una actividad sana. Después, la procección ya por dentro.

Y Miguel Delibes, el hombre que tiene siete hijos, que ganó el premio Nadal en 1943, el Nacional de Literatura Miguel de Cervantes en 1954 y el de la Crítica en 1963, se vuelve a su habitación del hotel para repasar la conferencia. En su mente —estoy seguro— herviría ya un nuevo viaje, un libro o una gran cacería. En la mía quedaron sus palabras, símbolo de toda una personalidad: "El artista que lo es de verdad, dispone de un mundo personal e insobornable; su único problema —y no baladí— reside en la elección de voz." Y Miguel Delibes sí podemos afirmar que consiguió acertar en esa difícil elección.

J. J. BENITEZ

Fabricante de maquinaria

en Madrid ofrécese

Taller gran experiencia

para montaje y conservación. Interesados dirigirse a

Talleres La Fuente. Calle Muller, 27 Madrid 20. 2-79-58-93. (2.399)

DELEGADO - PROMOTOR PARA CAPITAL Y PROVINCIA DE SORIA

Necesita importante Empresa especializada en promoción de ventas por medio de "Cupones-Regalo"

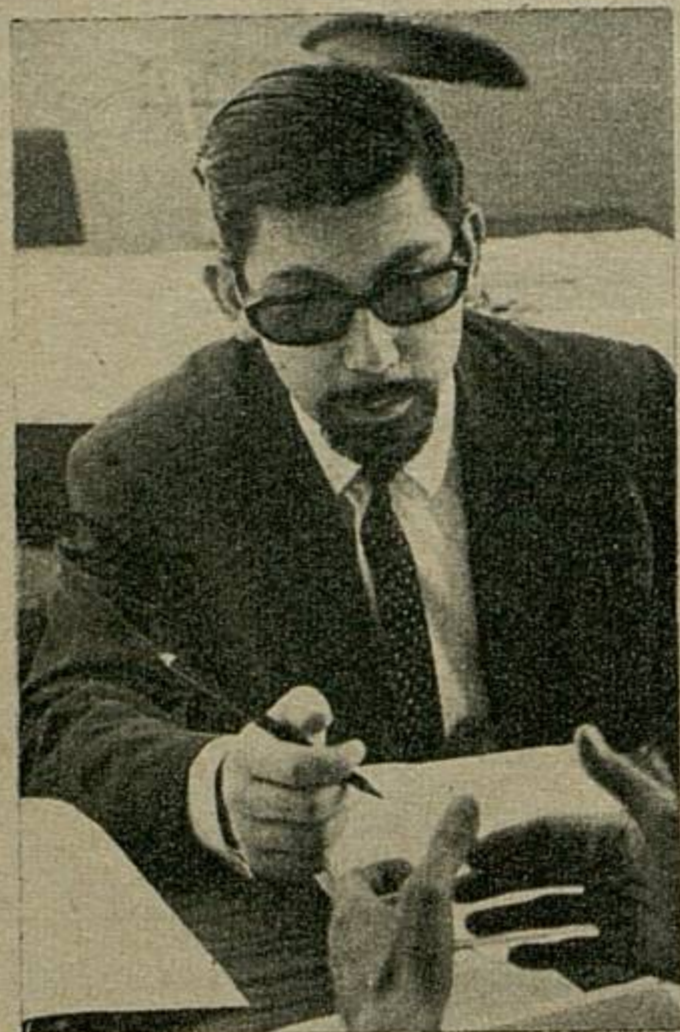
SE PRECISA:

Experiencia en ventas, preferentemente en sistemas similares, así como conocimientos del comercio en general

CONDICIONES económicas a convenir, según dedicación, que puede ser exclusiva o compatible con otras actividades.

INFORMES: Escribir facilitando máximos datos a:

Referencia DELEGADO-PROMOTOR Apartado núm. 150 - PAMPLONA



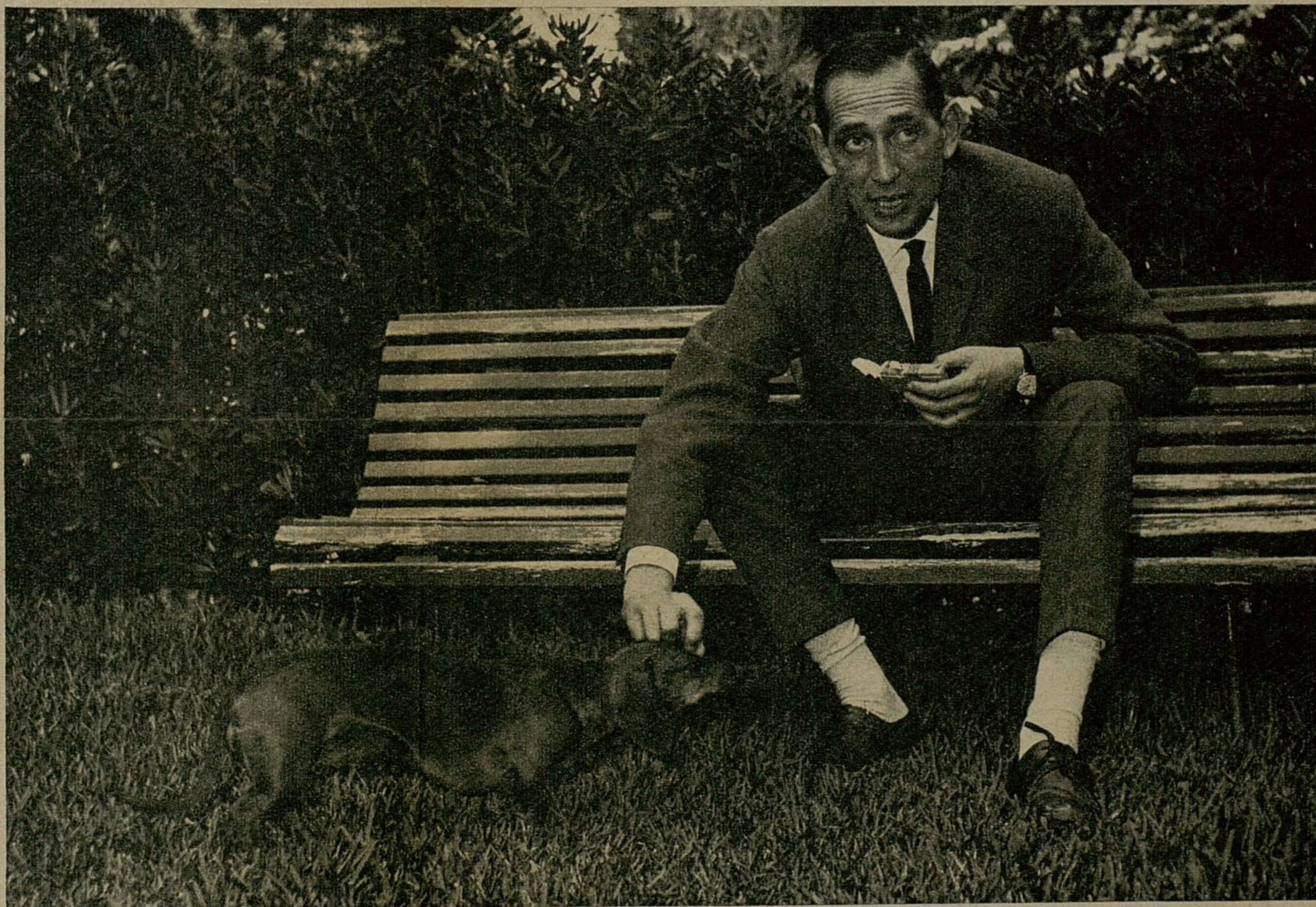
Los encuentros de Baltasar Porcel

MIGUEL DELIBES, CASTELLANO Y EN CASTILLA

Las perras son tres, en el vasto jardín. Ladra, desconfiada y curiosa, la diminuta salchicha, «Nitus», de pelaje liso y marrón, el hocico largo y fino como una alimaña o un pájaro. A veces se esconde tras los recios juncos, cerca del estanque oscuro donde flotan nenúfares. Corretea atolondrada y ágil la «schnauzer» «Juli», de pelaje plumizo y brillante. De un salto golpea las bardas de un abeto, de hoja verdifosca esbelta, prieta. Nos sigue, amedrentada y silenciosa, «Yuca», la pastora gris y grande, tuerta, con su ojo angustiosamente blanco. Nos sigue a distancia, entre el césped y los rosales.

Miguel Delibes, antes de rascarle la cabeza a «Juli», pregunta si muere. «¡Ca!», contesta el editor Josep Vergés, propietario de la perrería y del jardín —y de la presente revista—. Miguel Delibes mira los bichos, ensismado, y explica con un cierto sarcasmo que se compró hace poco una perra para la temporada de la perdiz y que, a las dos semanas, tenía el vientre como un bombo y no podía correr. Se la habían endosado preñada. Lía un cigarrillo, Miguel Delibes, y mueve la cabeza. Y vamos hablando.

—El sentido de mi obra... En rigor, yo dudo mucho de que mi obra tenga algún sentido. En todo caso, estoy seguro de que si lo tiene no soy yo el más indicado para buscárselo. Otra cosa son los propósitos. En el aspecto literario te diría que he pasado de la grandilocuencia pretenciosa e hinchada de «La sombra del ciprés es alargada» a la simplicidad de «Las ratas» o al lenguaje coloquial de «Cinco horas con Mario». Resulta que cuando yo escribía como escribí en «La sombra del ciprés es alargada» me estaba disfrutando para aparentar. Yo no era así, pero me fingía así porque entendía que aquello era literatura; esto es, que no cabía literatura sin retórica. Ahora pienso de manera muy distinta; ahora pienso que decir lo que quieres decir, sencillamente y con las menos palabras posibles es lo único que cuenta... En cambio, creo que ideológicamente no he variado en lo substancial. A través de mis novelas manejo reiteradamente una serie de elementos: muerte, infancia, naturaleza y prójimo. Pero esto no quiere decir nada si no buscara por medio de ellos un anhelo de comprensión y de solidaridad entre los hombres. Quizá me mueva, por tanto, una preocupación ética, un impulso humanista. Naturalmente esto no tendría sentido si renegara de la facultad crítica cuya utilización considero inexcusable en todo escritor. Y aquí sí existe una evolución desde mi primera novela a la última: creo que cada día digo más cosas. Pero no busques las razones dentro de mí, sino en el proceso de apertura de la censura de libros.



Miguel Delibes. (Foto: Ernest Vilà)

Es hombre alto, Miguel Delibes, y eminentemente delgado. Tiene las cuencas de los ojos hundidas, la nariz larga y las cejas caídas, frente espaciosa. Las orejas, grandes y abiertas. Cuando ríe, y ríe con frecuencia, se le afila el rostro y se le adelgazan aún más los labios. Entonces hay en Miguel Delibes una simpatía de atabalado adolescente. Y cuando habla lo hace con parsimonia, grave la voz, escogiendo un vocabulario sencillo. Sus ojos son azules, de inmensa claridad. Sorprende, en Delibes, su naturalidad —que nada tiene que ver con las campechanías del golpeteo en la espalda—, una naturalidad en la que hay tanto de instinto como de un modo de ser firme, conformado por la experiencia, lentamente afianzado. No creo que Miguel Delibes sea un hombre reservado, pero también pienso que siempre dice y hace exactamente lo que pretende.

—Ahora voy a publicar una recopilación de trabajos periodísticos que título «Vivir al día». Creo que este título no necesita explicación a quienes

vivimos de nuestro trabajo. Yo no pensaba hacer esto porque me parece que mis artículos no encierran nada de particular, pero me he plegado a los consejos de algunos amigos. Casi al mismo tiempo que este libro se publicará otro sobre caza, que mi hijo y yo hemos traducido del francés y al que he agregado un capítulo sobre la caza en España. Por último, acabo de entregar a Ediciones Destino el original del tercer volumen de mi obra completa. En él recojo las novelas «Aún es de día», «La hoja roja» y «Las ratas». Como ves, llega un momento en que uno no hace más que leerse a sí mismo, cosa, por cierto, mortalmente aburrida... Luego, claro, está «El Norte de Castilla». Un periódico siempre absorbe. Un periódico que en las presentes circunstancias no se aviene a renunciar al sentido crítico de que antes te hablaba, absorbe aún más. Un periódico que no quiere renunciar a esto y ha de hacerlo procurando no desencadenar el cuadro de sanciones administrativas y penales que pesan sobre él, llega a hipnotizarte. El mérito del periodista espa-

ñol actual, antes que en escribir o en orientar, estriba en su habilidad para regatear, en sentido deportivo.

Miguel Delibes ha venido a Barcelona para dar conferencias, para ver gente. Le encontré ayer en un seminario de teología, regentado por los jesuitas, donde explicaba, sirviéndose de sus libros como pauta, algo así como que al prójimo se le tiene que amar y que él, Delibes, cree en el Catolicismo y en el Concilio Vaticano II. El auditorio, que pagaba cinco duros por cabeza, y que se componía de jóvenes monjas, jóvenes curas, señoritas y algún caballero con gafas, estaba completamente de acuerdo. Y hoy, antes de venir a este espléndido jardín otoñal, ha conferenciado en la Universidad ante más de mil quinientos universitarios. Les ha hablado de sus novelas, de la dignidad del hombre, del derecho a la libertad. Los mil quinientos universitarios han aplaudido porque creían en Delibes y, como él, también creían en la dignidad y la libertad del hombre.

—Sí, sí, además de escritor y de periodista, todavía tengo que hacer más cosas. En la Escuela de Comercio doy clases de Historia de la Cultura y de Historia del Comercio. Y te advierto que esto de la enseñanza se está complicando. Al catedrático en este país no se le mide ya por la cabeza, sino por el trasero: tantas horas, tantas pesetas. Por supuesto, nunca son muchas —las pesetas—; es decir, a mí la Escuela de Comercio me da para tener dos hijos estudiando en Madrid. Para dar de comer y atender a los otros cinco tengo que trabajar en el periódico y escribir libros sin desmayo... ¿Que qué significa la caza para mí? ¿Y todavía me lo preguntas? La caza es para mí el desfogamiento semanal de tanta tensión y tanto esfuerzo. En el campo me olvido de todo: «estreno el mundo», como diría Lorenzo, el cazador. Claro que yo cazo y pesco de verdad. Quiero decir, que cada vez proliferan más los artificios y la «división del trabajo» en esto de la caza. Y yo no soy de esos; acostumbro a hacérmelo todo y de ahí mi goce de hombre primitivo. «paleolítico», diría Ortega... ¿Si la caza me parece cruel? ¿Cruel? ¿Y por qué cruel? Que yo sepa nadie se plantea estos casos de conciencia ante una lubina o un solomillo de ternera. El fin de una perdiz no suele ser más cruel que el de la lubina o el de la ternera. Se está imponiendo una falsa sensibilidad que me aterra. Tengo entendido que un carcelero de Dachau lloraba porque se le murió un canario. Ojo. Yo procuro fomentar la sensibilidad ante el sufrimiento gratuito de los animales, pero sin caer en lo enfermizo.

De acuerdo. Aunque yo estoy con el Nini, aquel niño de «Las ratas», para quien los animales tienen tanta vida como las personas. Un libro, «Las ratas», para mí el mejor de Miguel Delibes, hecho de gentes, cosas, paisajes, animales y días en la honda Castilla rural, cotidiana, con casas de adobe y un riachuelo escuálido con tres chopos a la vera, donde una noche de helada o una ráfaga de pedrisco significan un año de miseria. «Las ratas», donde los alcornoques y el campo de trigo, la liebre, el zorro y las ratas, donde las bestias y la tierra son tan importantes en la novela como los hombres: «Durante las lunas de primavera, el niño gustaba de salir al campo y, agazapado en las junqueras de la ribera, veía al raposo descender al grado a purgarse aprovechando el plenilunio que inundaba la cuenca de una irreal, fosforescente claridad lechosa. El zorro se comportaba espontáneamente, sin recelar su presencia. Pastaba cansinamente la rala hierba de la ribera y, de vez en cuando, erguía la hermosa cabeza y escuchaba atentamente durante rato. Con frecuencia, el destello de la luna hacía relampaguear con un brillo verde claro sus rasgados ojos y, en esos casos, el animal parecía una sobrenatural aparición. Una vez, el Nini abandonó gritando su escondrijo cuando el zorro, aculado en el prado, se rascaba confiadamente, y el animal, al verse sorprendido, dio un brinco gigantesco y huyó, espolvoreando con el rabo su orina pestilente. El niño reía a carcajadas mientras le perseguía a través de las junqueras y los sembrados». Una Castilla, ésta, que desde los Países Catalanes apenas si conocemos.

—Castilla, Castilla... la base rural de Castilla, hasta el momento no sustituida por otra, se está viniendo abajo. Es un problema muy grande nuestro campo, créeme, y muy sucinto también: el trigo obedece a un precio político mientras todo lo necesario para producirlo, incluido el pan que come el campesino, encarece cada año. Esto basta para ver que el campo —prácticamente monocultivo en Castilla— como negocio es una ruina. Y el caso es que se crean organismos y se dictan leyes profusamente (ahora están en estudio una sobre la comercialización de los frutos y otra sobre ordenación rural), pero lo cierto es

que las lentejas las compra el consumidor a tres o cuatro veces el precio a que las vendió el labrador. Y así, todo. Algo jalla, sin duda, en el mecanicismo. Yo creo que sin una planificación a fondo, esto no se resuelve. Y lo peor es que cuando quieran resolverlo, los viejos que hoy pueblan nuestros pueblos se habrán muerto y los niños —que hoy les acompañan— se habrán hecho mozos y se habrán largado también como un día hicieron sus padres. Este es un problema muy arduo en el que deben tener voz no sólo los interesados sino sociólogos, biólogos, economistas y cuantos sabios puedan agarrarse por ahí y que todavía no hayan emigrado. En fin, Castilla es sólo un punto, pero importante, de esa reforma agraria que urgía Jovellanos hace ya doscientos años y todavía sigue esperando... Entre esta miseria puedes imaginar qué cultura habrá: la del sexo y el vino prevalece. La denuncia de este problema me costó hace pocos años la dirección de «El Norte de Castilla». Pero yo no podía callarme. No era lícito ni moral. Y empezamos con una campaña muy dura. Total, que terminaron por llamarme los ministros. A uno de ellos, Vigón, le impresionó mucho la descripción que le hice de las condiciones de vida de nuestros pueblos y me prometió llevar al siguiente Consejo la necesidad de un Plan Social urgente para Castilla. Ignoro en qué quedarían tantos buenos propósitos. Yo tuve que marcharme pero, desde luego, nuestros pueblos siguen sin salir del barro y de su agonía estremecedora. La televisión es su único elemento espiritual.

La idea de España, la realidad de Castilla, llegan a Cataluña a través de la criba y a la vez trompetería madrileña. Quiero decir del polo centralizador, administrativo. Si no todos, muchos gatos son pardos en las dilatadas noches de invierno. Con una frecuencia llena de complejidad, desde este lado del Ebro vemos lo castellano y lo madrileño casi como un todo e imaginamos ser contemplados, también, por un ojo único y gigantesco. El viejo símbolo europeo de los Caballeros de la Tabla Redonda —todos alrededor de una mesa, en la cual comer y conversar, de una mesa redonda, absolutamente redonda y sin tranca alzada— me parece de una posible eficacia tan realista como útil. Si de noche todos los gatos son pardos, si lo son en los campos agostados de Castilla y en la payesía y en la industria de Cataluña, quizá sea conveniente practicar el ejercicio de la tabla redonda y ver de qué cromatismo son, efectivamente, los gatos. A mí me gusta sentarme frente a Miguel Delibes, comer, pelándolos con las manos, los langostinos que la señora Vergés nos ha presentado, beber de ese vino rosado y fresco, y charlar de Castilla, de Cataluña, de los colores.

—Decís mal, en Cataluña, cuando decís «castellano». El centralismo madrileño también nos molesta y perturba en Castilla. La descentralización creo que es una aspiración notablemente generalizada en el país... ¿La «cuestión catalana»? Otro problema, desde luego, aunque éste me parece artificialmente creado o, si lo prefieres, no tiene por qué ser problema. Es obvio que para cualquier español que piense, la conservación de la cultura catalana —tradición, lengua, costumbres...— es una cuestión propia, personal. Un país es tanto más rico cuanto más vario. La variedad no quiebra la unidad. Puede romperla, en cambio, la obstinación por uniformar lo que de por sí es diverso. Estas ideas tan elementales empiezan a ser, afortunadamente, asimiladas por algunos. Otros siguen empecinados en considerar «separatista» a todo aquel que defiende su lengua y una cierta autonomía administrativa. Pero esto es pueril. No se sostiene de pie. Es lo mismo que llamar «rojo» por sistema al castellano que disiente. Debemos acabar con esos automatismos y enseñar al pueblo no catalán que la lengua catalana es tan española como la cas-

tellana y educarle en la idea de que el patrimonio cultural catalán es algo muy importante que nos enriquece a todos. Me parece urgente y honrado decirle que ni mantener y utilizar un idioma ni descentralizar la administración equivale a la secesión. Y no sólo no equivale sino que aquellas constituyen aspiraciones muy plausibles y garantía de unidad. En una palabra, hay que aclarar una serie de extremos que a algunos interesa mantener confundidos...

Escucho a Miguel Delibes, su voz pausada, en ocasiones entorpecida por el cigarrillo que, acabado de liar, se ha colocado en la boca y tarda, tarda en encenderlo, hasta que la cerilla le calienta las yemas de los dedos. Viste americana de un calabaza muy discreto, Delibes, y pantalón gris oscuro. Los calcetines blancos, claro, no encajan. Josep Vergés, en cambio, viste cada día más impecablemente, más británicamente.

Y le digo a Miguel Delibes que su Castilla —la de «Las ratas», la de «Cinco horas con Mario», esa feroz caricatura de las cluecas honorables, de un mundo en posesión de la verdad y de los anatemas— me parece más verídica que la mitología castellana que Azorín, Unamuno, Ramiro de Maeztu, casi toda la generación del Noventa y Ocho, pusieron en victoriosa circulación.

—Bueno, esto es complicado. En general, puedo decirte que aborrezco los mitos, los tatchines y las patrioterías, pero mi sentimiento castellano y español es muy profundo. La influencia en Castilla de los escritores periféricos del Noventa y Ocho —Azorín, Unamuno, Machado— no la creo casual. A la miseria externa de Castilla corresponden altos valores morales: sinceridad, hospitalidad, tenacidad, nobleza... En definitiva, para mí Castilla recata una grandeza inefable en su misma desolación. Otra cosa es que la gente del Noventa y

Ocho llegara o no a la entraña de Castilla. Entonces la literatura andaba más preocupada de la estética que ahora. En todo caso, los testimonios de aquellos maestros son valederos en buena parte. ¿Que tú crees más en mi visión de Castilla? Bueno; es un juicio que te agradezco; pero yo no pinto nada aquí. Te decía que la opinión de aquellos hombres me parece valedera y yo me resisto a incluirla en el vocablo mitología... Pero de tus preguntas parece deducirse que existe un antagonismo entre Cataluña y Castilla que no tiene razón de ser. Es decir, si ha existido y existe debemos tratar de borrarlo en el futuro. Por de pronto, la crítica situación actual de mi región demuestra claramente, como Marañón decía, «que Castilla nunca ha pasado la cuenta». Castilla no es Madrid. Además, me gustaría ver a los catalanes por encima de ciertas pequeñeces. Problemas fundamentales al margen, me hace el efecto de que veinticinco años de presión, de justos anhelos sofocados, os han sensibilizado en extremo hasta el punto de haceros ver fantasmas donde no los hay e incurrir en puerilidades que no casan con vuestro elevado nivel cultural. Te hablo con el corazón en la mano —aunque a lo mejor me equivoco— porque mi amor por Cataluña y mi comprensión de sus problemas me incita a hacerlo así. Unos y otros debemos dejarnos de exaltaciones y suspicacias e ir a lo esencial: esforzarnos porque las diferentes culturas que se asientan en el país alcancen una libertad y un despliegue total, sin cortapisas, en un mañana inmediato.

Si, creo radicalmente útil esa mesa redonda. Bueno, de hecho Miguel Delibes y un servidor, y otros aquí y allá, ya estamos sentados en ella.



Colonia
Nenuco
el primer placer
del recién nacido.

Jabón líquido
Nenuco
no escuece a los
ojos por ser su
reacción ácida
igual a la lágrima
del niño.

Un baño con PRODUCTOS *Nenuco*
es un baño sin rabieta.

Nenuco

4

MIGUEL DELIBES

TRIBUNA ABIERTA

«Nuestros pueblos siguen sin encontrar otro medio de distracción que el sexo y el alcohol»

«El centralismo afecta lo mismo a Valladolid que a Tarragona, por ejemplo»

«No creo en el cura con metralleta y tampoco en el preconciliar»

ESTABAMOS, señores, en provincias, que son casi toda España, en Valladolid, para hablar con Miguel Delibes, ese hidalgo, en su rincón, con cierto aire rural, escritor, periodista, profesor, académico de la Lengua, cazador de escopeta al hombro a campo abierto, católico y sobre todo hombre de bien, una conciencia libre que avizora serenamente los tumultos de la sociedad española.

Delibes, alto, delgado, en su casa junto a sus libros y la sombra protectora del angelote; un hombre que lleva en su mano el anillo de matrimonio y el de Angeles, su mujer, recientemente fallecida, cuya ausencia se percibe en Miguel y en la casa; una voz de recias inflexiones castellanas, un hombre que usa bolna y lla, como un rito artesanal, sus propios cigarrillos de picadura cubana.

—Podemos entrar en situación y comenzar con Pacífico, el personaje de una de sus últimas novelas, «Las guerras de nuestros antepasados». ¿Este personaje, que se ve envuelto en un clima de violencia general, es de nuestros antepasados o tiene vigencia hoy?

—Yo pienso que tiene una virtualidad evidente en cuanto que es la demostración de que en este país, hasta la persona más hipersensible puede acabar siendo un asesino, puede acabar por apelar a la violencia. Es decir, que la presión del entorno es tan fuerte que es muy difícil mantenerse al margen.

—¿Es factible en estos momentos una evolución democrática sin traumas o los últi-

mos hechos de violencia son irreversibles?

—Lo veo muy problemático y difícil. Entre otras cosas, porque se han exacerbado los ánimos y el apasionamiento ha tomado las riendas que debía tener la serenidad. En todo caso yo me atrevería a pedir eso, serenidad al pueblo español para encontrar una salida donde todos tengan una posibilidad de expresión y la sangre no alcance niveles más altos. Por otra parte, espero que la situación no sea parecida a la de 1936. Entonces era media naranja contra la otra media y no había otra salida, el enfrentamiento era inevitable. En suma, se aleja del horizonte la transición pacífica. Creo que esta transición hubiera sido mucho más sencilla, mucho más factible en los años cincuenta, pongamos por caso. Pero ya que no se hizo entonces parecía que la buena voluntad de Arias podía abocar a una salida democrática, no sin traumas, pero digamos con el menor trauma posible.

—En alguna ocasión se ha definido como socialista en materia económica y liberal en política. ¿Esto le aproxima a los postulados ideológicos de la socialdemocracia tal como la entiende, por ejemplo, la USDE de Dionisio Ridruejo?

—Al país, unos años de socialismo democrático en los que se desmontasen una serie de cosas no le vendrían mal, casi me atrevo a decir que es lo que le convendría. Incluso serviría la experiencia centroizquierda, que durante tantos años ha gobernado en Italia.

—¿Participaría Delibes en una agrupación política como ciudadano y como escritor?

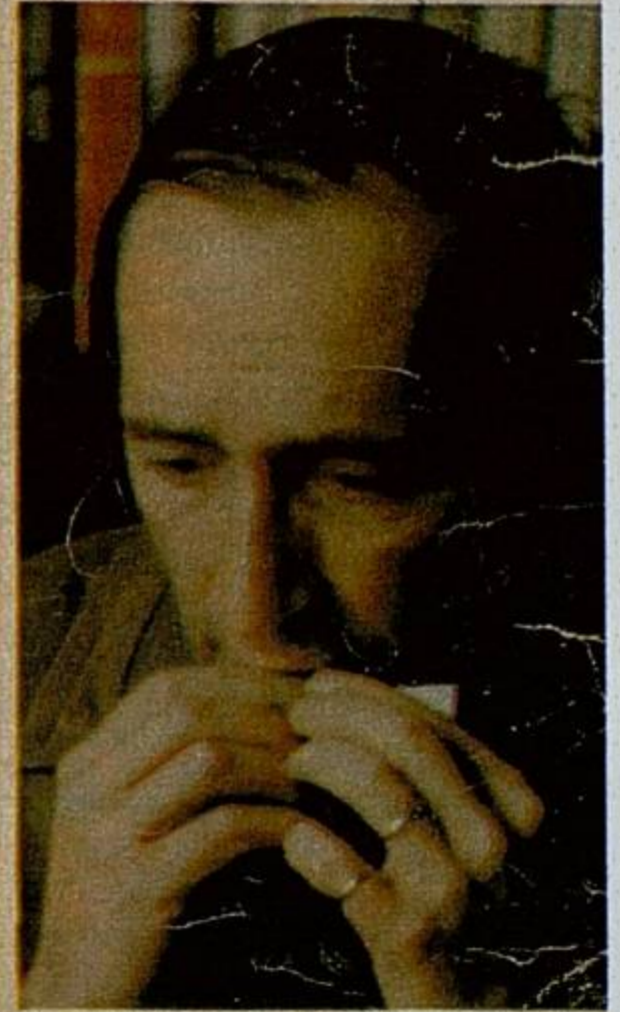
—Como ciudadano tengo mis ideas políticas y en su caso remitiría mi voto al Partido que me pareciera más aconsejable en ese momento. Como escritor me parece muy peligroso adscribirse a una bandera, por la sencilla razón de que el escritor debe conservar en todo momento la libertad crítica. Si yo me asiento bajo una bandera y esta bandera llega un día al Poder, mi posición crítica quedaría casi esterilizada, por lo menos quedaría mediatizada por un programa que yo puedo aceptar en sus líneas generales, pero que podrían tener muchos defectos en la práctica.

—¿Quiere decir que se limitaría a manifestarse como ciudadano, ejerciendo el derecho de votar, pero no militaría activamente en ningún Partido?

—Exactamente. Incluso a distintas invitaciones que he recibido en este sentido he contestado con la negativa en aras de la libertad crítica.

—¿De dónde provenían esas invitaciones concretamente?

—Han sido bastantes. Últimamente, con insistencia, de la Junta Democrática. Esto no es propiamente un Partido, pero sí es una posición. Yo puedo simpatizar no con la Junta Democrática, sino con la plataforma de convergencia, donde están las actitudes políticas del país buscando una salida. Pero incluso en asociaciones de otro tipo, de carácter no político, me resisto a participar. He sido siempre una persona que me ha gustado hacer la guerra por mi cuenta y en esta línea pienso seguir.



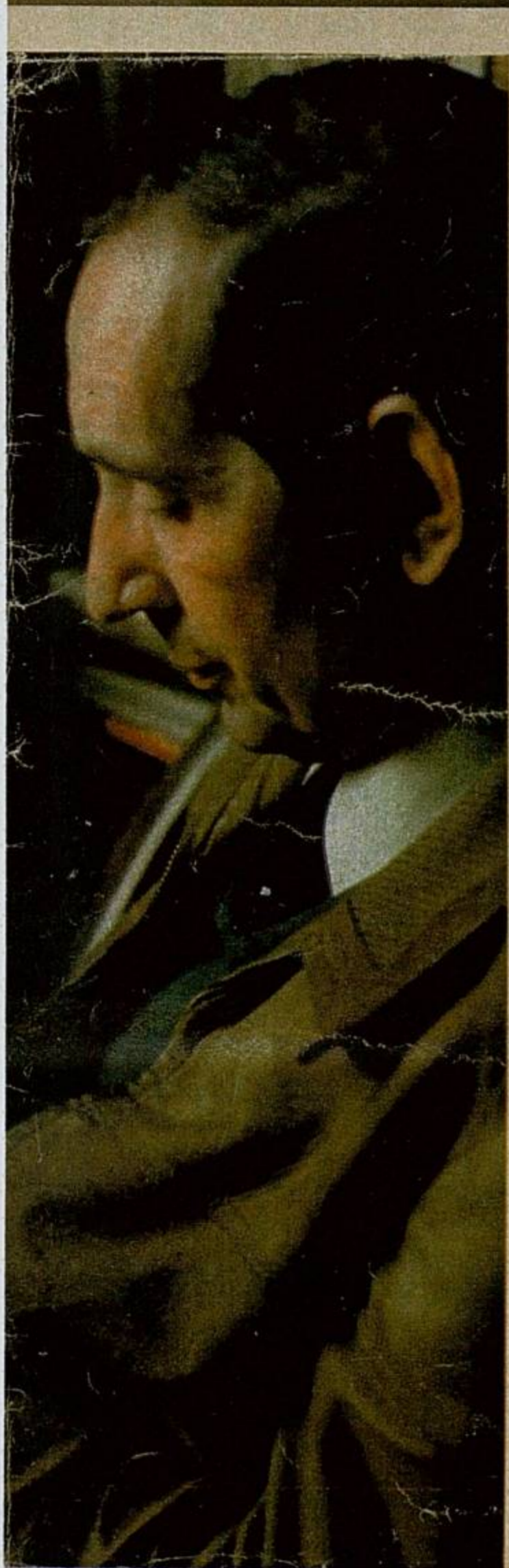
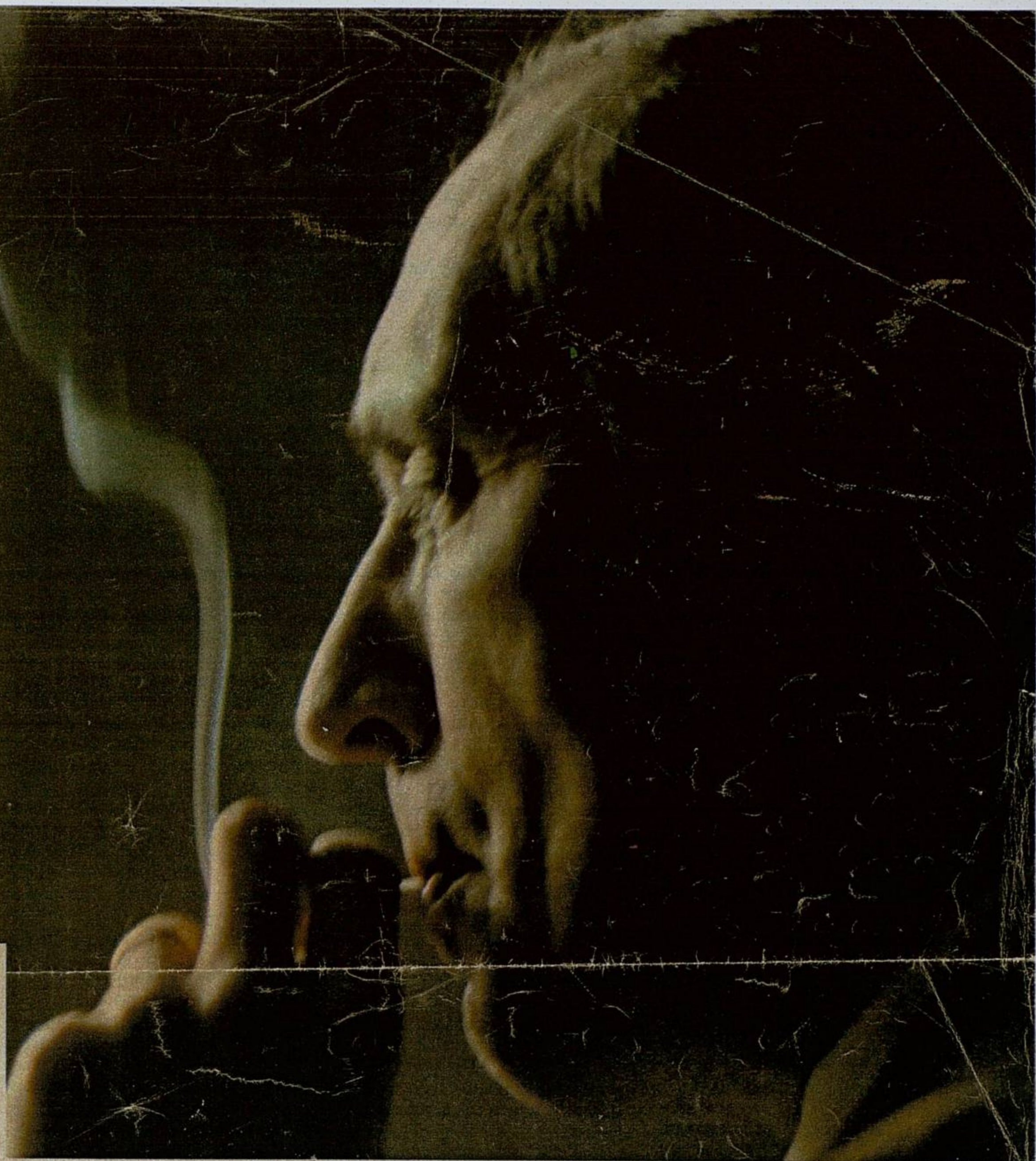
1 - bherons #
2 - gran tas
3 - Tomas
[Moby]
[Moby]
A) Am. Ka



FOTOS: JAIME PATO

(*) Ideas y presunción muy machadiana: "transmitida" via a prof., Salas, Ferrer

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES



“No le vendrían mal al país unos años de socialismo democrático”

*La actual invasión de la política como tema dominante, ¿afecta a los creadores: escritores, directores de cine, etcétera?

—El arte no tiene nada que ver con la política. Vargas Llosa y García Márquez hablaban recientemente de esto. El artista quedará por sus obras de arte, no por su posición política. Hacían una separación clara entre sus novelas y sus actitudes como ciudadanos. Para mí, el compromiso de un artista, que tiene en sus escritos un fondo ético, como me ha dicho que soy yo, pues es lícito, por lo menos yo no sé desprenderme de él. Ante una obra de arte yo me planteo las soluciones estéticas para hacer aquello que me he propuesto de la mejor manera posible y un compromiso ético que tiende a buscar un perfeccionamiento social.

—Usted ha mantenido en diversas ocasiones que no era

un novelista católico, sino un católico que hace novelas. ¿Aplicaría esta matización para el caso de la dimensión ética del cristiano en su vida política y social?

—Pienso que sí. Lo que ocurre es que yo no sé desprenderme de mi fe religiosa. Ahora bien, procuro que esta fe religiosa no se manifieste en mis actitudes civiles. No dudo, por otra parte, que el mero hecho de ser cristiano se trasluce en mis reflexiones, en mis novelas, en mi actitud como escritor.

—Ahora mismo hay una floración de corrientes distintas aun teniendo una común base católica. ¿A qué tendencia de la Iglesia se siente más próximo?

—A la corriente que es más escasa, es decir, yo no creo en el cura con metralleta y tampoco en el preconiliar. Hay, sin embargo, una serie de curas que están en su pun-

to: saben dónde debe llegar la predicación del Evangelio, aunque disguste a las esferas políticas. En mi sentimiento religioso estoy junto a estos señores, que no se muerden la lengua, pero que no son curas revolucionarios.

*Una de las facetas de Delibes es su actividad periodística, vinculada al «Norte de Castilla», defensor de la Prensa independiente y de la libertad de Prensa en tiempos en que estas actitudes eran problemática y llenas de riesgo. ¿Cómo ve el momento actual de la Prensa en España?

—Ha sufrido un nuevo golpe y, como consecuencia, una marcha atrás con la Ley Antiterrorismo. Al fatídico artículo segundo de la Ley de Prensa hay que unir ahora las responsabilidades, un tanto ambiguas, de que se nos pueda achacar el hacer una apología solapada del terrorismo cuando menos lo pensemos. El pro-

blema es la ambigüedad de las responsabilidades en las que el periodista puede incurrir sin ser ésta su intención. No cabe duda, por otra parte, que la Prensa se había abierto en los dos últimos años enormemente.

—Continuando con el mundo periodístico. ¿No le tentó dirigir «El País» y trasladarse a vivir a Madrid?

—Lo pensé, verdad. Era una aventura bonita, era trabajar con gente bastante afín a mis sentimientos, era empezar un periódico de nueva planta, que no había estado sometido a los vaivenes de los últimos cuarenta años, pero todo esto exigía trasladarse a Madrid y llevar allí a mis hijos menores o separarse de ellos. Recientemente he perdido a mi mujer y yo no podía separarme de mis hijos y forzarles a aceptar una ciudad y una situación que a ellos les desagradaba. Estas fueron las razones que me indujeron a rechazar la oferta, por lo demás muy generosa, porque yo no creo que tenga el suficiente talento periodístico como para dirigir un periódico de la talla del que se proponen estos señores.

—¿Saldrá, finalmente, «El País»?

—Lo veo con muchas dificultades. Ha habido un momento en que la salida ha estado a punto, pero los últimos acontecimientos contradicen esta buena vía en la que parecía embarcada la empresa.

—Castilla es una realidad sobre la que la retórica ha levantado velos ocultadores en muchas ocasiones. Al margen de la retórica, ¿cuáles son los problemas de la Castilla de ahora?

—Retórica, sobre todo, la hubo: el 98 es pura retórica sobre Castilla. Yo creo que el problema más inmediato es la despoblación rural. Está llegando a tales extremos que ya existen muchos pueblos enteros, sobre todo en Burgos, en Soria, en la Castilla alta, que están totalmente abandonados. La cuestión no radica ya tanto en lo penoso del trabajo del campo, que las máquinas han venido a aliviar, sino en que no hemos sabido colocar en los medios rurales alicientes para que retengan a la juventud. Esto se lo advertí hace ya muchos años al general Vigón, que era a la sazón ministro, hablándole de las comunicaciones de los pueblos, de su situación, con motivo de una serie de reportajes publicados en el periódico sobre la Castilla rural, que alarmaron bastante en las esferas oficiales. Le conté entonces anécdotas escalofriantes, como la

“El artista quedará por sus obras de arte, no por su posición política”

“Pienso en la clase media como incapacitada para reconocer sus propios errores”

“El fútbol es un profesionalismo desafortado, repugnante, un negocio de lo más ajeno al deporte”

“Yo no sé desprenderme de mi fe religiosa”

de las niñas que había encontrado la maestra de cierto pueblo haciendo porquerías entre sí junto a la fuente un domingo, en pleno centro. Y realmente nuestros pueblos siguen sin encontrar otro medio de distracción que el sexo y el alcohol. Entonces el general Vigón me prometió que llevaría al siguiente Consejo de Ministros, sin más demora, un plan social para redimir la Tierra de Campos. Realmente no sé qué ha sido de sus buenos propósitos: si llegó a proponerlo y se lo rechazaron o después aquéllo quedó en proyecto, pero la realidad, diez años más tarde, es que la razón estaba por entero de mi parte. Hoy apenas quedan brazos aprovechables en el campo de Castilla.

*El tema de las regiones está otra vez sobre el tapete del debate nacional. Castilla parece haber perdido su sustancia, disuelta en un Madrid macrocefálico. ¿Es justa la tan repetida acusación de «imperialismo castellano, de centralismo»?

—Esto es terrible; yo expliqué en la revista catalana «Destino» la situación de Castilla que también nosotros necesitábamos en Valladolid trasladarnos a Madrid para resolver nuestros asuntos, que el centralismo afectaba lo mismo a Valladolid que a Tarragona, por ejemplo. Para muchos sectores el centralismo no radicaba en Madrid, sino en Castilla, es decir, que esta región era una especie de opresora de los distintos países españoles. Yo trataba de

sacarlos de este error de perspectiva, porque, al contrario de lo que se pueda creer, la Castilla rural y provinciana revela una de las situaciones más dramáticas y pesimistas de toda la geografía peninsular.

—¿Qué medidas propondría para remediar esta situación?

—Yo no soy político y me es difícil elaborar un plan que terminara con esta situación; pero, sin duda, entre tantas buenas cabezas pensantes como tenemos en el país, aunque no estén en ejercicio, saldría alguna idea aprovechable para evitar esta postración. Por de pronto, ya ha sido un mal el que incurriésemos, después de ver lo que pasa en Nueva York o lo que pasa en Londres, en los mismos errores. Tras de la guerra civil hubo la posibilidad de hacer un Madrid que fuese, digamos la capital política, pero nada más. El haber luchado por el Madrid de los tres millones de habitantes, incluso que el alcalde apadrine a la criatura que hace ese número, como si eso fuera un bien, ya es un yerro. Yo pienso, por el contrario, que el bien sería tener una capital con unos 800.000 habitantes, y unas capitales de provincia y unos pueblos, sobre todo las cabezas de partido, que tuvieran un nivel más desahogado, una pequeña industrialización que retuviera a la gente. Todo esto, un poco a «grosso modo», pues no he pensado suficientemente en ello ni tengo cabeza para resolver estas cuestiones.

“Como escritor, me parece muy peligroso adscribirse a una bandera”



La condición esencial de Delibes, en la que se resumen y asientan todas sus preocupaciones, es la de escritor, la de ser uno de los narradores de primera fila de la literatura española.

*¿Ha tenido problemas con la censura?

—Debo reconocer que mis problemas con la censura fueron muy fuertes por los años cuarenta, débiles a partir de los cincuenta y luego no había vuelto a tenerlos a partir de esta fecha hasta la publicación de mi novela «El príncipe destronado». Ricardo de la Cierva, director entonces de Cultura Popular, parece ser que dijo al editor que, empezando por el título y terminando por muchas cosas más, era una novela muy delicada. El editor había efectuado ya la tirada y hubo una página que no pasó. Fue necesario que esta página fuera cortada en los diez mil ejemplares de la primera edición y sustituida por otra que hubo de ser pegada a mano, en una labor de chinos.

—¿Le ha supuesto algo especial el ser elegido académico?

—Lo he considerado un honor. Cuando me hicieron el ofrecimiento de presentarme a la Academia lo pensé durante unos días y al fin acepté la propuesta porque me pareció que ésta es una Casa independiente, y la distinción tiene un gran peso en las letras o en la lingüística, y siempre supone un honor para un escritor. Ahora bien, esto no supone un cambio de actitud en mis actividades, puesto que si lo que he hecho hasta aquí es lo que ha motivado que me eligieran académico, el cambiar ahora de actitud no tiene ningún sentido.

—Aunque para un escritor sea difícil entablar relación personal con sus lectores, a lo largo de una trayectoria dilatada como la suya se tienen indicios de las características de los mismos. ¿Cuál es el público de Delibes?

—A mí me dio una idea de quién es ese público mi ingreso en la Academia. Allí había muchos chicos jóvenes, gentes de la clase media, vallisoletanos de la ciudad y del campo que se habían desplazado allí para acompañarme en la recepción; y esos pienso que son mis lectores, porque si no, no se explica su fervor en estropear un domingo para oír un discurso mediocre.

—¿No es Delibes, en su orbe narrativo y en sus manifestaciones, una representación de los ideales y las limitaciones de la clase media?

española, aunque con un agudo sentido crítico?

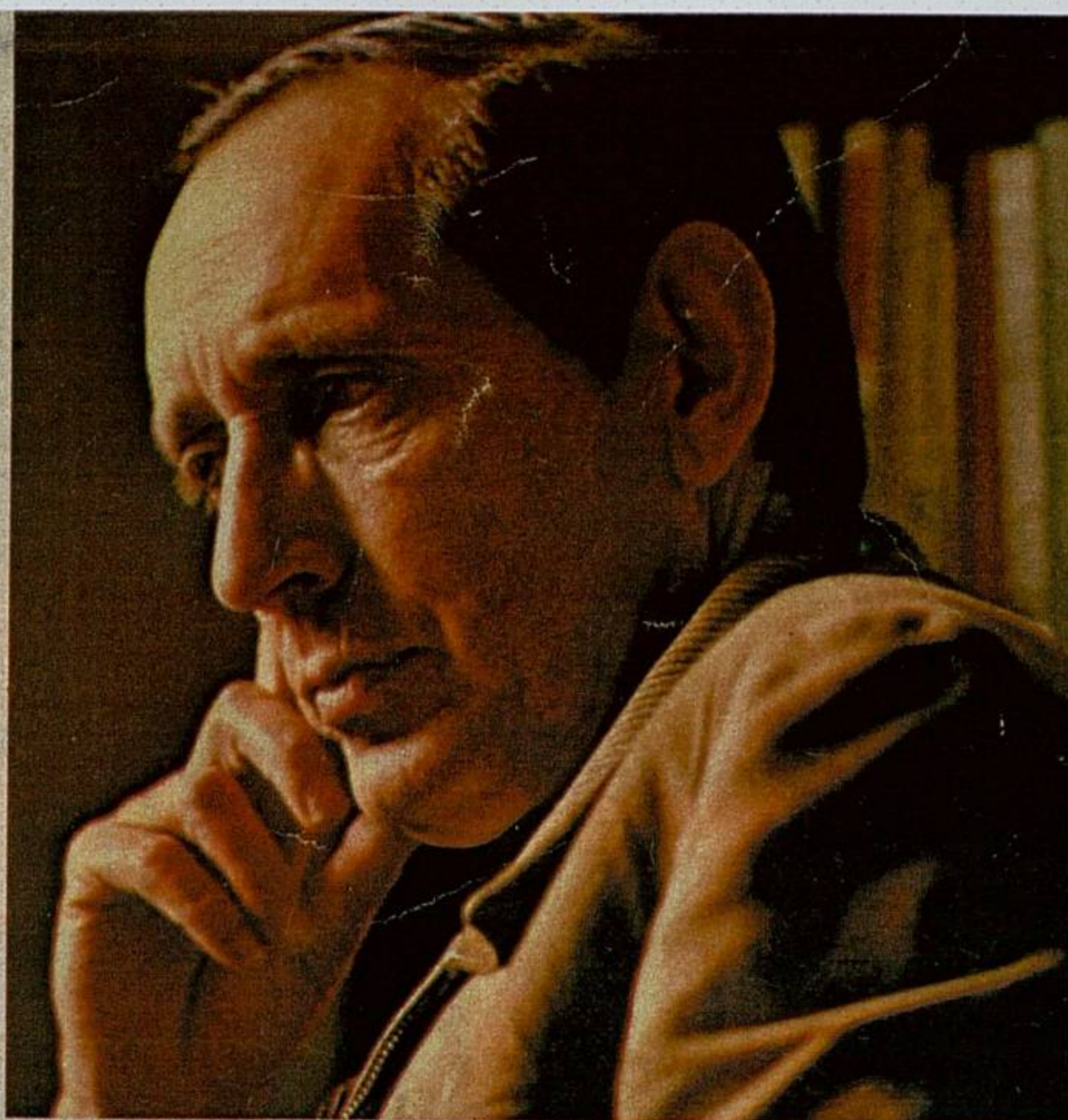
—No sé hasta qué punto. No estoy seguro de que la clase media me comprenda y comparta la mayor parte de mis ideas. Pienso en la clase media como incapacitada para reconocer sus propios errores. Con ocasión de la publicación de «Cinco horas con Mario», que era precisamente un ataque a la clase media, he recibido consultas y cartas muy numerosas. Sólo una mujer se había reconocido en el retrato, y me dio las gracias porque la había ayudado a cambiar de actitud. Pero de ordinario, esta pequeña burguesía me pregunta muchas veces de dónde he sacado tipos como el de Menchu, cuando es evidente que lo he sacado de la misma que me pregunta o de otra muy parecida a ella. De manera que no. La gran mayoría de mis antihéroes, pues no se les puede llamar héroes, son más pobres que la clase media. Así, en «Las ratas», «Viejas historias de Castilla la Vieja», «Las guerras de nuestros antepasados», los personajes son tan pobres que están en trance de extinción sociológica. En este sentido, he actuado un poco como notario de una época que se va, de gente de la que ya no queda, como la criada cerril de «La hoja roja» o el cazador de ratas que mata a la competencia en «Las ratas».

—¿Participó en la guerra civil? ¿Qué recuerda de ella?

—La guerra me cogió a los quince años aquí, en Valladolid, y a los diecisiete fui a la Marina, en 1938, de manera que la guerra me alcanzó por un año o cosa así. Yo creo que todos los que, de una manera u otra, hemos estado en la guerra hemos salido marcados. Dije en una ocasión que conocemos los mutilados físicos que hay, pero no los psíquicos, y yo creo que esta hipersensibilidad y esta especie de depresión en la que vivimos los que conocimos aquello puede tener sus raíces en aquel conflicto tremendo.

—Esta visión pesimista, ¿no se compadece mal con su cristianismo, que siempre tiende a la esperanza?

—Sí, francamente. Yo lo de la alegría del cristiano no suelo experimentarlo. Pienso a veces que es una consecuencia de la guerra, como antes decía, porque si reparas un poco, todas las novelas españolas de posguerra son de un pesimismo exacerbado. Cuando no son crueles, como «La familia de Pascual Duarte», son amargas, como es «Mariona Rebull», o son de psico-



“Todas las novelas españolas de posguerra son de un pesimismo exacerbado”

logías atormentadas, como «Nada», de Carmen Laforet. La constante del primer grupo de escritores que aflora a la novela después de la guerra civil es el pesimismo. No hay otro punto de contacto en esa generación, porque cada uno escribe como Dios le da a entender.

—¿Qué opina de la narrativa que están haciendo los escritores jóvenes?

—Ultimamente ha nacido una nueva promoción que ha cambiado por completo el concepto de novela que tenemos los viejos. Me refiero a estos hombres para los que la novela es más estructura y palabras que personajes y anécdota. Yo pienso que este género que ha brotado no es propiamente una novela, puesto que para mí lo esencial de una novela es contar una historia, pero puede ser un género literario híbrido, que ha nacido al calor de las circunstancias y exigencias del momento y que tiene un mérito evidente.

—¿Qué hay de los proyectos para llevar al cine y al teatro algunas de sus novelas?

—Pues ahora están en ello. Parece que van a hacer una obra de teatro de «Cinco horas con Mario», según una adaptación de Santiago Paredes y que haría la actriz Charo Soriano. Luego está en vías de hacerse en cine «Mi idolatrado hijo Sisí», que va a dirigir Giménez Rico, y la versión en cine de «Cinco horas con Mario», dirigida por García Sánchez, en la que parece que haría el papel de Menchu Conchita Velasco. Tengo concertado un compromiso para filmar «Las guerras de nues-

tros antepasados», pero sin director a la vista.

—¿Y televisión, no le ha interesado o no le han llamado?

—La verdad es que no me han reclamado para ello. Sinceramente, creo que yo no serviría para hacer guiones, es decir, eso es una técnica de síntesis tan especial, que necesita una persona preparada. Pero en televisión hicieron una versión de «La sombra del ciprés es alargada»; han hecho otra versión de «La mortaja» y otra de «La hoja roja», pero yo no he intervenido sino para dar mi autorización.

—¿Y como mero espectador?

—Yo me he defendido de la televisión hasta hace dos años, que me rompí una pierna, y ante la inmovilidad forzosa metí el invento en casa. Pero creo que hasta mis hijos tienen perfectamente controlado el tiempo de verla. No hay un gran fervor; yo suelo ver los partidos de fútbol, porque yo el fútbol siempre lo cultivé, jugando o viéndolo, y me gustó mucho. Pero ahora, claro, es un profesionalismo desafortunado, repugnante, un negocio más de lo más ajeno al deporte. Los señores que tienen quinientos millones de pesetas para gastarse en los mejores jugadores son los que siempre tienen que ganar. Eso le quita al fútbol todo sentido de competencia honrada y bonita que todavía conservan algunos deportes.

—¿Delibes ha dicho ya como escritor cuanto tenía que decir?

—Mira, ahora estoy tan derrotado, que no sólo pienso que mi obra está trazada en

parte, sino que está trazada, que eso es lo que hay, esa es la cera que ha ardidado y que tal vez no arda más. Es posible que sean unos momentos de depresión que me hacen ver las cosas así. Es decir, que un día quizá llegue a encontrar la tranquilidad de espíritu necesaria para contar otras historias. Pero de momento me veo reducido a hacer unos carnés de caza y de pesca.

Y tras este augurio pesimista, que ojalá no se cumpla, llegamos a la caza. Hablando con Delibes, la caza, la naturaleza son temas obligados.

—¿No es también cruel la caza, además de un ejercicio masificado y depredador de la Naturaleza? ¿No se hunde también ese paraíso del campo abierto?

—Yo creo que es una hipersensibilidad mal orientada. Generalmente, tiene unos instantes para morir, en los que no le da tiempo a experimentar el menor sufrimiento; es más cruel degollar una ternera en el matadero. Los toros, por ejemplo, nunca me han gustado, son mucho más crueles, es un acoso progresivo del animal, las banderillas, el picador, que, además, y para mí esto último es lo peor, se convierte en un espectáculo. Recuerdo haber llevado a los toros a uno de mis hijos pequeños, y éste exclamó: «¿Pero es que ese toro no tiene mamá?». Esta es un poco mi visión: me parece un acoso antideportivo, con todas las ventajas para los lidiadores. Por lo que respecta a la transformación de la caza, han llegado a ella una serie de advenedizos que no les gusta en absoluto, lo que les gusta es el tiro al blanco. Todas esas cacerías en que se matan dos mil perdices, sin ánimo de señalar, eso ya no tiene la emoción de la caza, que está en la busca de la pieza, el levantamiento, la persecución y, si hay suerte, el derribo de la misma. Recuerdo con infinita nostalgia la época de mi padre, cuando yo tenía diez años y le acompañaba con una pequeña escopeta. Entonces era el ideal de la caza: un hombre libre sobre una tierra libre contra una pieza también libre. Hoy el hombre libre no existe, porque está atado por una serie de papeles; la tierra libre, tampoco, porque está acotada toda España, y el animal libre, tampoco, porque en buena parte estos animales no han nacido en libertad, han sido puestos allí para que nosotros nos divirtamos. El encanto ha desaparecido.

Miguel Ángel Molinero

Año 1. N.º 2.
Del 8 al 15 de febrero.
50 pesetas.

noticias

extra

**Los reyes del estraperlo · Tragedia en Tal Zaatar ·
Los Carrillo: exilio cara al sol · Caprichoso rallye
de Montecarlo · La melancolía de Miguel Delibes**



**El
GRAPO
amenaza
a los
Franco**



—Sí, creo que sí... el novelista que soy ya ha muerto. Al menos, eso parece de momento. Porque plantear un tema largo, darle una estructura

y resolver las incidencias propias de la elaboración de una novela requiere una mente en blanco y una tranquilidad de espíritu que me falta desde que murió Angeles.

MIGUEL DELIBES

la muerte de un novelista

por Julián Lago

«Al faltarme mi mujer me encuentro tan triste y desamparado como en mi infancia.»

ANGELES. Angeles de Castro —esposa de Miguel Delibes, compañera de excepción en las salidas de éste al extranjero, cita puntual y diaria al final de la jornada de su marido en el periódico —falleció hace más de dos años. Desde entonces, Miguel Delibes se ha sumido en un prolongado silencio literario. Desde entonces, Miguel Delibes ha ido volcando dentro de sí toda su natural introversión. Desde entonces, el recuerdo de Angeles se ha proyectado en la vida del escritor vallisoletano y, al igual que la sombra del ciprés, se ha ido alargando más y más hasta llegar a envolver en una atmósfera de permanente presencia todos y cada uno de los rincones de la existencia de Delibes.

Académico, catedrático de Comercio y delegado de consejo en la redacción de «El Norte de Castilla». Miguel Delibes se ha incorporado al paisaje urbano de Valladolid como una pieza más. Austero en el vestir, su figura resulta a lo lejos fácilmente identificable: andar cansino, boina negra y cazadora.

Los ojos son opalinos y aparecen entreabiertos. Tiene un verbo grave y arrastrado. Me cita en su piso del Paseo de Zorrilla, arteria principal de aquella ciudad castellana, y se apresta al diálogo no sin antes iniciar algo de lo que ha hecho un rito: liar un cigarrillo de tabaco de picadura.

—¿Tiene, aparte de fumar, algún otro vicio confesable?

—Mis únicos y verdaderos vicios son confesables. Me refiero a la pesca de la trucha y a la caza.

—¿Qué busca en sus reencuentros habituales con la naturaleza?

—La pureza de nuestro origen, cosa que hemos perdido con tanta tecnificación.

—¿Está en contra del progreso de la Humanidad?

—Estoy en contra del progreso descuidado. Es decir, creo que hay que aprovechar las conquistas de la técnica pero también hemos de sopesar si realmente es más lo que nos da que lo que nos quita. Cuando se produce el caso a la inversa, que es con harta frecuencia, no puedo hacer más que lamentarme porque soy una persona que siente un profundísimo amor hacia la naturaleza.

—¿Se refugia en ella para olvidar?

—Me refugio en ella porque en la naturaleza consigo sustraerme de otras preocupaciones. El maestro Ortega dijo que el cazador es un hombre alerta y tenía mucha razón. Porque la caza es una práctica que exige mucha atención y que disipa los problemas con los que a diario nos enfrentamos.

—¿Cuál es en este momento el que más le quita el sueño?

—Quitarme el sueño, pienso que nada. Ahora bien, hay temas, que van desde los propiamente familiares a los nacionales, que me inquietan. Sin olvidar los problemas sociales en general.

—¿Se siente usted solidario con sus semejantes?

—Esa es una de mis debilidades. Como el profesor Tierno Galván, pienso que el mundo no tendrá solución mientras nos nos percatemos de que «yo soy los demás y los demás soy yo».

—¿Coincide en muchas otras cosas con el profesor Tierno?

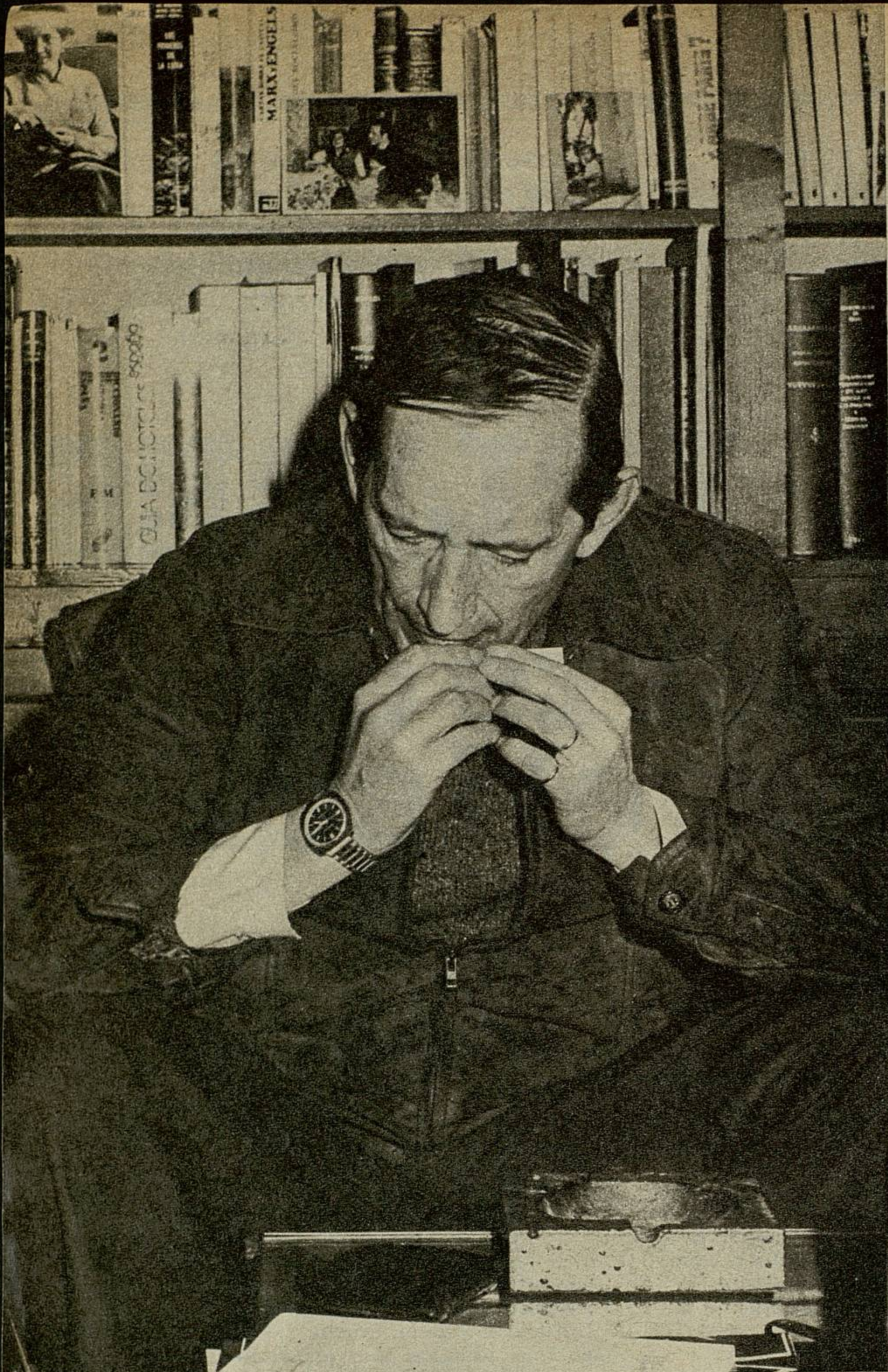
—En algunas, sí.

—¿Verbigracia?

—Verbigracia: en su profundo humanismo, en la ponderación con que trata los problemas, en su ausencia de resentimiento y de rencor... En fin, en todo aquello que define una personalidad ilustre y que revela el balance de una vida en la que no existe la violencia y sí el amor al prójimo.

—¿Usted es también socialista?

—Habría que analizar con rigor si mi tras-



«Hay que marcar una distancia prudencial entre el socialismo democrático y el comunismo.»

fondo liberal es socialista. Creo que, el socialismo nos solucionará muchos de los grandes problemas actuales.

—¿Está pensando en el marxismo como instrumento válido para acceder a una sociedad más libre y más justa que la capitalista?

—Pienso que la salida está a mitad de camino. El socialismo, tal como hoy está implantado en algunos países, no me gusta. Yo he viajado al Este de Europa y también he estado en los Estados Unidos. En ambos lados hay experiencias aprovechables y otras deplorables. Por una parte, el socialismo está engendrando un mundo sordomudo. Por otra, el neocapitalismo está engendrando monstruos de egoísmos. Considero que hay que marcar la distancia prudencial que debe separar el socialismo democrático del comunismo.

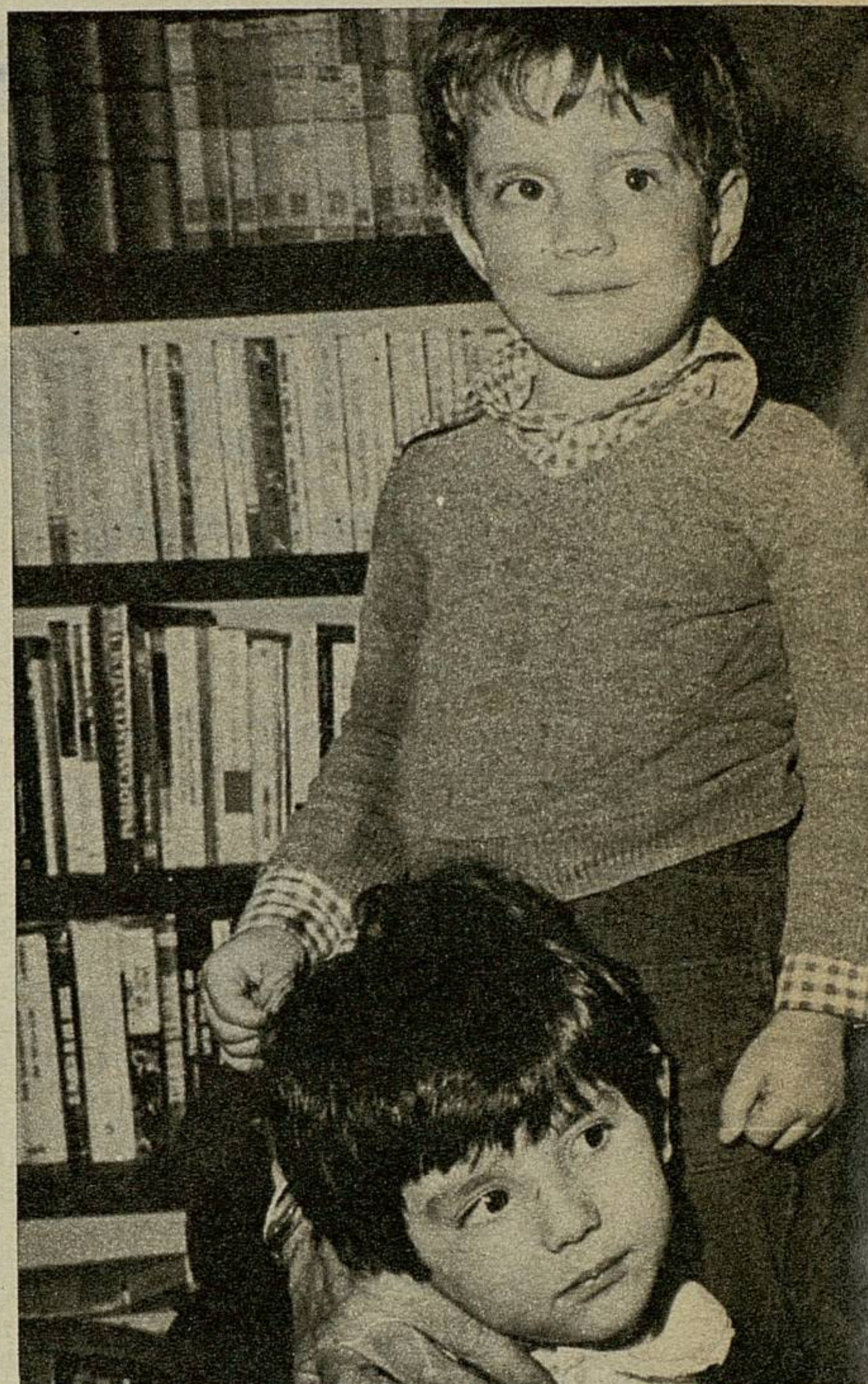
—¿Es un anticomunista visceral?

—Visceral, no. Racionalmente sí soy anticomunista. Cuando estuve en Checoslovaquia, durante la famosa primavera de Praga, me hablaban de la liberación de los salarios. Entonces pregunté si las mujeres que limpiaban las vías de los tranvías ganaban igual que los médicos. Me dijeron que no, que eso nunca podría ser.

Y tal cosa ocurría allí donde tanto hablan de igualdad y equiparación, allí donde no se cumple la letra de la justicia social. Hemos de ser objetivos y abordar la realidad tal cual es. Nos guste o no nos disguste. Coincida o no con nuestras ideas.

—¿A usted no le condiciona ninguna disciplina?

—Ninguna. Cuando se entrega un carné se facilita con él un programa concreto y ese programa se abastece con ideas ajenas que, en cierta manera, se traduce por una falta de libertad crítica.



—¿Le parece mal que haya intelectuales con una militancia determinada?

—No. Se puede ser fiel a uno mismo dentro de una militancia determinada. Pero yo creo que en la vida una de las cosas que más valor tiene es la independencia. Y yo como escritor no deseo pertenecer a ningún partido.

—¿Pero a cuál de todos se siente usted más próximo?

—De lo que estoy más próximo es de los planteamientos del socialismo histórico. Es decir, de los planteamientos de los viejos socialistas que se tuvieron que exiliar y que ahora han vuelto. Para mí, son los que se han enfrentado a los problemas nacionales, que siguen todos ellos en pie, con más realismo.

—¿Le ha tentado alguna vez el ejercicio de la política?

—En absoluto. La política como profesión no me ha atraído nunca.

—¿No ha tenido entre los suyos ningún antecedente?

—Mi padre militó en el Partido Radical y pasó una larga temporada pensando en que podría presentarse a diputado. Mi madre era de

Miguel Delibes con sus tres nietos y, Camino, su hija menor.

«Acción Popular». Pero yo tampoco milité entonces en ningún partido.

—¿Cómo, viviendo tan de cerca el ambiente, no se hizo falangista?

—Quizá porque de mi madre, que era una mujer muy religiosa, aprendí que el fascismo no tiene nada de cristiano.

—¿Nunca ha cantado por voluntad propia el «Cara al sol»?

—Por voluntad propia, nunca. Pero, obligado, un montón de veces. Concretamente, cuando se arriaba la bandera de la Academia de Caballería y yo pasaba cerca de allí. Ya se sabían las



consecuencias: quien no levantaba el brazo podía ser detenido sin más explicaciones.

—¿Continúa siendo Valladolid el templo sacro de la ultraderecha?

—Yo en esta leyenda no he creído. El falangismo y los falangistas que abundaban en Valladolid durante la guerra estaban más influenciados por la situación que por sus sentimientos. El carácter azul de Valladolid no se lo dio más que el episódico hecho de que en el Teatro Calderón se produjo el acto de fusión entre las JONS y la F.E. Pero todo aquello, a Dios gracias, ya pasó.

—¿Usted es de los que no debe nada al Régimen?

—Nada. Es más, he tenido dificultades porque, en la medida que me ha sido posible, me he cuidado de defender al desvalido, he hecho todo lo que estaba a mi alcance para hacer llegar a las altas esferas mi protesta en favor de quienes eran víctimas del franquismo y he procurado mantener una actitud crítica e independiente desde el periódico con las consecuencias que ello me ha originado.

—¿Cuál ha sido el precio que tuvo que pagar por defender su postura?

—No me gusta hacer de perseguido, que ahora está de moda. Pero, a título de referencia, podría recordar los problemas que tuve siendo Fraga ministro de Información y Turismo, viéndome al final obligado a dejar la dirección de «El Norte de Castilla».

—¿Pone en tela de juicio la conversión a la democracia de quienes ayer se distinguieron por su autoritarismo?

—Yo siempre creo en la buena fe de la gente y admito que se produzcan cambios de ideologías.

—¿No está usted con ellos resentido?



—No. A mi la vida me ha vapuleado bastante; pero, sin embargo, en el aspecto profesional de escritor me ha dado más de lo que esperaba, a pesar de todo.

—¿Con qué bagaje literario llegó al oficio de la pluma?

—Con un bagaje literario muy corto. Si exceptuamos mi primera etapa de Julio Verne, Salgari y Zane Grey, apenas había leído novela. Puede parecer extraño, pero fue el estudio del Derecho Mercantil, de Garrigues, el que, durante la preparación de las oposiciones a cátedra, despertó en mí la curiosidad por la literatura y me sugirió la idea de poderme comunicar a través de la palabra escrita. Me fue muy útil el ejercicio del periodismo. Con él solté la pluma. Me había casado en 1946, al obtener la cátedra. Entre las novecientas pesetas de la Escuela de Comercio y las quinientas del periódico obtenía un sueldo para ir tirando. Cuando preparaba oposiciones, trabajaba cuatro horas en «El Norte» y diez estudiando. Acostumbrado a este ritmo de trabajo, después no sabía cómo llenar el tiempo. Pensé en las posibilidades del premio en metálico y del éxito que podía proporcionarme el «Nadal». Comencé a escribir mi primera nove-

la, «La sombra del ciprés es alargada», y le fui pasando las cuartillas a mi mujer.

—¿Fue ella quien determinó la decisión de ser novelista?

—Angeles era una lectora muy inteligente, que veía en seguida lo que faltaba y lo que sobraba en cada uno de los relatos. Era mi primera lectora y quien me hacía las primeras observaciones.

—¿Su desaparición, en qué sentido ha influido en usted?

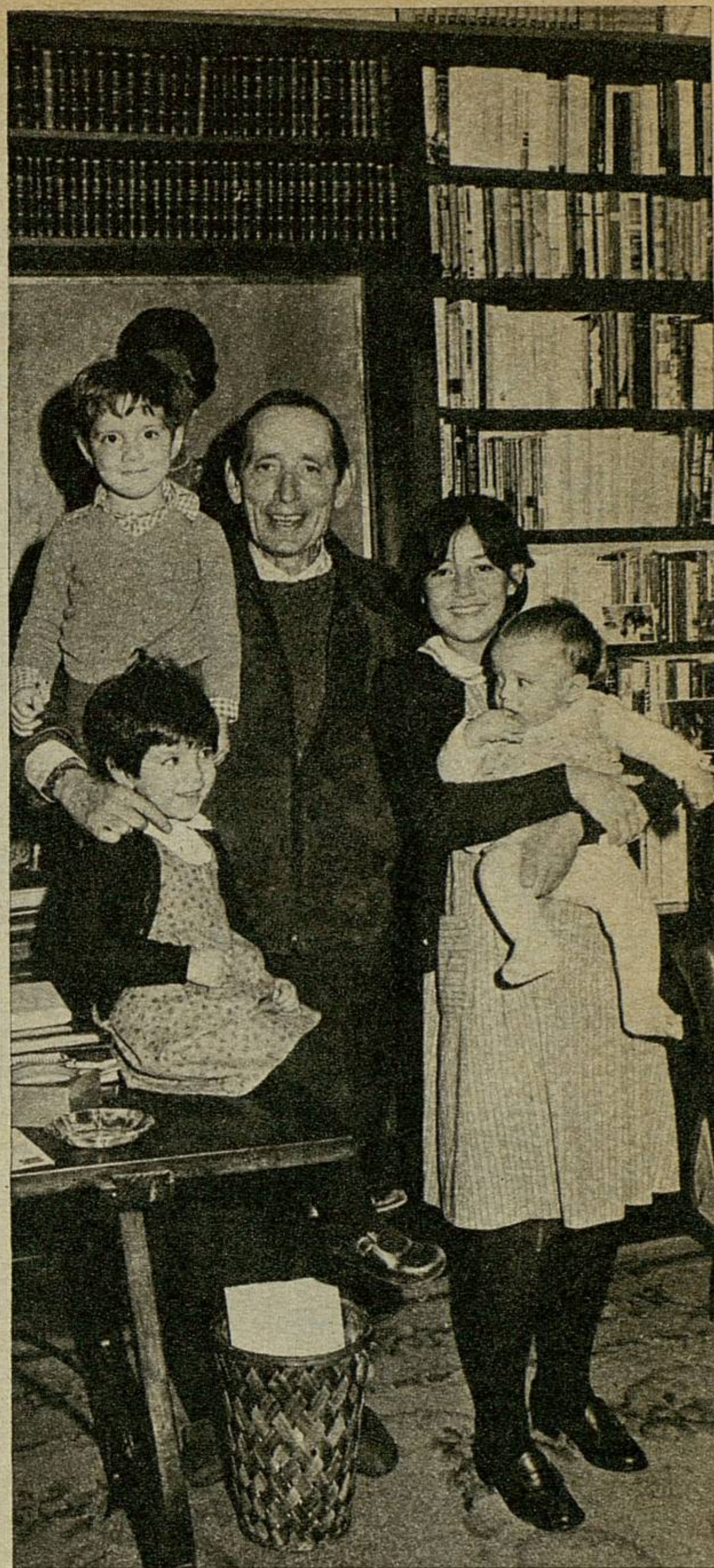


«De mi madre aprendí que el fascismo no tiene nada de cristiano.»

—En un sentido trágico. Es algo que me falta a mi forma de ser. Angeles era mi complemento ideal. Al faltarme este complemento, me encuentro tan triste y desamparado como en mi infancia.

—¿Triste y desamparado como en su infancia? ¿Acaso no fue usted un niño de la buena sociedad de provincias?

—Esto es una cuestión de manera de ser. Más claro: te paren de una manera y esa manera apenas puedes modificarla. Además, mi situación de niño no fue nada privilegiada. Era el tercero de ocho hermanos. Ocurre que mi casa era una de esas casas que quieren mantener cierto rango pero no hay dinero para mantenerlo. Hasta tal punto que yo tuve que pedir un préstamo sobre el honor en una caja de ahorros para poder seguir estudiando. No obstante, cuando conocí a Angeles fui poco a poco cambiando de forma de ser. Ella tenía quince años y yo dieciocho. Curiosamente, ahora, tras un paréntesis de treinta años, vuelvo a ser el hombre hurón e introvertido que era antes de conocerla. Terminamos teniendo una comunidad de intereses, una comunidad de ideas, una comunidad de aspiraciones y una comunidad de aficiones. En consecuencia, los dos acabamos teniendo el mismo gusto por los viajes, por las mismas películas y por los mismos libros.



—¿Ha habido alguna ocasión en que no ha encontrado justificación para seguir viviendo?

—Justificación para seguir viviendo nunca me ha faltado. Tengo todavía dos hijos pequeños que sacar adelante. Pero, si por lo general he sido una persona muy triste, ahora lo soy más. Un matrimonio no puede partirse en dos mitades y yo creo que Angeles, lo creo firmemente, era la mitad de mí mismo.

—¿Piensa que será esta una herida que irá cicatrizando al paso del tiempo?

—No lo creo. Cuando estas desgracias suceden en casos como el mío no hay nada que permita del todo rehacerse. Procuro hacer una vida normal. Tengo buenos amigos. Encuentro distracciones de todo orden, pero siempre hay en el trasfondo de todos mis actos un poso de amargura. Yo no puedo volver a vivir como he vivido todos estos años pasados junto a mi mujer. Desde su muerte no he escrito un papel que indique que voy a seguir haciendo novela. Esta es una desgracia que tendré que llevar a costas los pocos o los muchos años de vida que me queden.

—¿Cuál le gustaría que fuera el epitafio que sobre su tumba pusieran los demás?

—Ninguno. Simplemente una cruz.

Fotografías: GABRIEL VILLALOBOS



encuentros

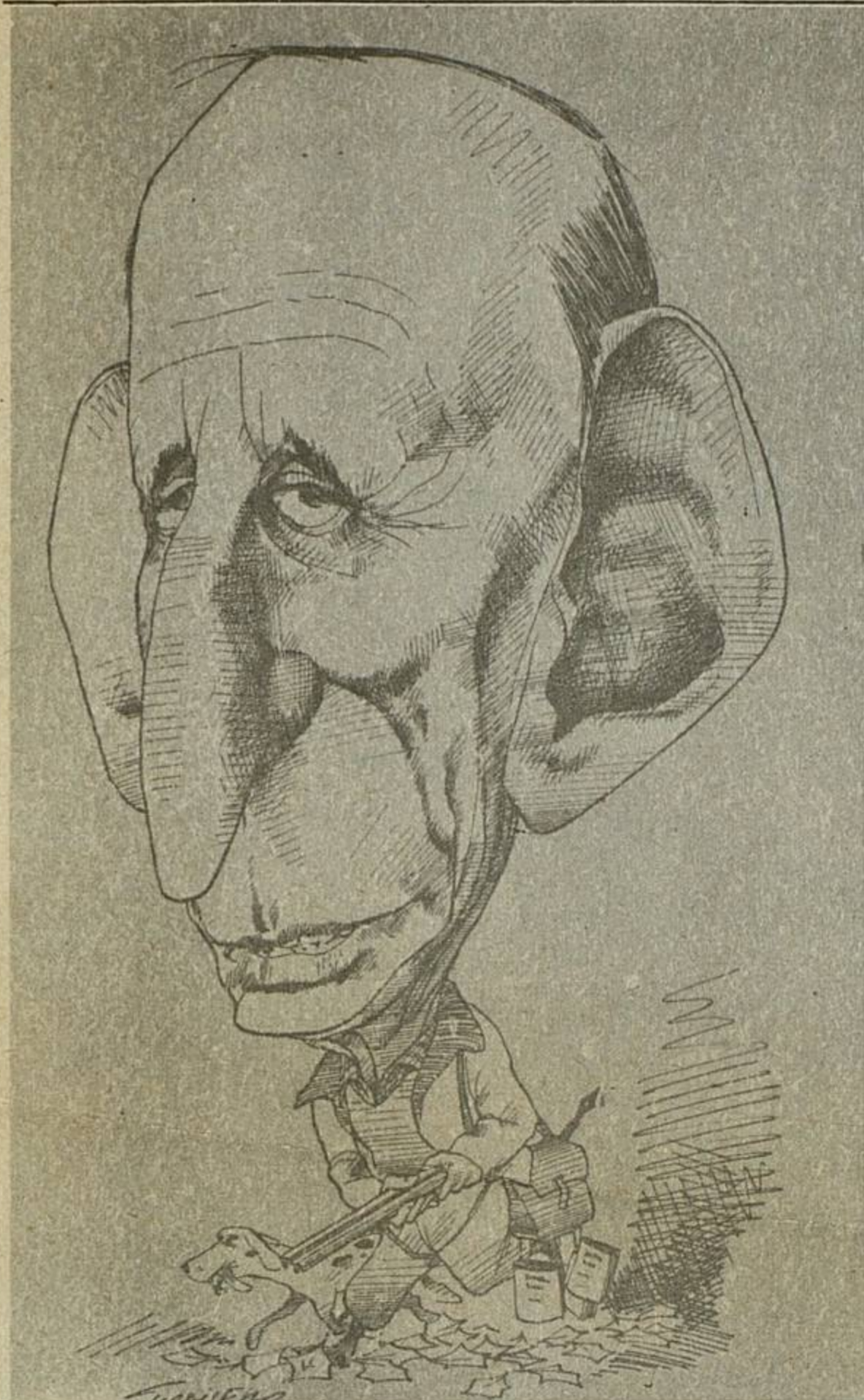
Con Miguel Delibes sobre literatura, sobre la vida

EL HOMBRE, COMO PREOCUPACION MAXIMA



Es una tarde invernal. Una melancólica y mortecina tarde invernal de su Valladolid, que es el mío. Nostalgia y remembranza de mil cosas que flotan como fantasmas Paseo de Zorrilla adelante. *Esto ha cambiado mucho desde que no vives aquí.* Hablar con Miguel Delibes supone recuperar el placer de la conversación, recobrar el sabor casi

perdido de la tertulia. Platicar con él de literatura significa hacer un repaso general a cuanto nos rodea. Referirnos a su obra implica recorrer el espacio infinito de la vida. El escritor, así, enraizado en su tierra y fundido con su pueblo, emerge como testigo y portavoz de afanes y desvelos, como denunciador de situaciones e injusticias. Más auténti-



co, más humano, más útil. Miguel Delibes es testimonio vivo e impreso de una tierra, de unos hombres, de un paisaje, de una lengua, de una cultura. De anhelos insatisfechos y padeceres sin fin. De felicidades y desgracias. Su ámbito de exploración es Castilla, pero los valores intrínsecos de sus libros son universales porque, a fin de cuentas, su máxima, su prioritaria preocupación es el hombre. Así lo atestigua su obra, cuyos dos últimos títulos, *Un mundo que agoniza* y *Castilla, lo castellano y los castellanos* serán comentados próximamente en estas páginas.

— Diríase que, para la mayoría, Delibes es algo así como el poso ancestral de lo castellano. Sin embargo, Delibes es un apellido francés.

— Rigurosamente frances, porque mi abuelo lo era. Nacido en Toulouse, vino aquí, a Castilla, a tender el ferrocarril de Alar del Rey a Santander. En el trayecto, en Molledo Portolín, en el valle santanderino de Iguña, conoció a mi abuela y se casó con ella. Y de ahí venimos los Delibes españoles. Tengo, además, otro abuelo por parte de madre que era vasco, Echanove Arcocha. Así que lo de castellano viejo no se da en mi caso.

— ¿De dónde se es: de donde se ha nacido, de donde uno se siente, de donde uno quiere ser?

— En mi caso concreto, yo me he limitado a explorar un poco el territorio donde he nacido, y más que el territorio los personajes que hay en él. En este sentido sí me siento castellano. Pero no por un sentimiento nacionalista, sino sencillamente porque donde he nacido y he vivido mi infancia, mi adolescencia y luego mi madurez es la pequeña zona del mundo que mejor conozco. En consecuencia, la exploración para mis novelas, en temas y personajes, la hago aquí. No hay otra razón. Únicamente me he salido de Castilla, para hacer una novela, en *Diario de un emigrante*. Aunque, en realidad, también tiene una motivación castellana: el protagonista es un castellano que va a América del Sur y experimenta el choque de su sensibilidad y de sus costumbres con la sensibilidad y las costumbres que observa allí. De manera que Castilla, como fondo, está en todas mis novelas.

— ¿Hasta dónde marca la tierra en que a uno le nacen? ¿Hasta qué punto predetermina el ámbito, el entorno que, a fin de cuentas, uno no ha elegido?

— Hay un sentimiento de patria chica que me parece evidente. Pero no hay que exacerbarlo, puesto que corremos el riesgo de caer en el aldeanismo. Yo me siento castellano, pero me siento perteneciente a una entidad, a una unidad geográfica superior, política incluso, que se llama España. Y, como español, me considero incorporado a otra realidad más amplia que es Europa. Yo creo que el castellano no siente, por lo menos yo no siento, ese nacionalismo derivado de su nacimiento.

— Un hombre, ¿a qué se debe más, a la cultura de que proviene, al medio donde nace, a lo tradicional, o más bien a lo en cierta manera nuevo, producto de su propia reflexión de cuanto ha vivido, de cuanto le ha ido empapando aquí y allá?

— Yo no creo que sea una cuestión cuantitativa. Inevitablemente, uno tiene unas raíces y, en este sentido, propende a conservar aquello que cree merece ser conservado. Y posee un ideal, no sólo político, que tiene poco que ver con la tradición y que busca la aplicación de esas ideas que, a su manera de entender, modificarían el entorno y las cosas para bien de todos. Creo perfectamente compatibles ambos sentimientos: el conservadurismo y una aspiración más revolucionaria a cambiar las cosas.

— A veces he pensado que cuando se habla, exhaustivamente, de Delibes como defensor de Castilla y de lo castellano, del hombre profundamente conocedor de su tierra y que "escribe tan bien", se trata, en definitiva, de una argucia, de una maniobra. En otras palabras: de perpetuar el tópico para eludir toda referencia a la larga social que hay en tu obra.

— Posiblemente es así. Sobre todo en ciertos sectores, me parece que es evidente. Porque no hay que olvidar que dentro del ambiente de mis novelas, en efecto, existe una carga social y una crítica de como está organizada la sociedad en Castilla. Esto, para mí, aparte de rechazar una realidad busca trascender el mero hecho geográfico de Castilla a otras latitudes, a otros medios. De manera que mi preocupación social no se limita sólo a Castilla.

— *¿Hasta qué punto te sientes seguidor de una cierta manera de ver las cosas a lo Julio Senador, de examinar los problemas sociales por encima de ideologías y de pertenencias políticas concretas?*

— Julio Senador es un hombre al que leí hace años y cuyos escritos, tan polémicos, tan virulentos, me impresionaron. Julio Senador, al margen de ciertos excesos que pudo cometer en el fondo o en la forma, tenía razón. La realidad de Castilla la vio con muchos años de anticipación. Y Julio Senador sigue teniendo razón hoy. Castilla, a mi entender, se debate en una disyuntiva muy peliaguda: o se arbitra una política agraria resuelta y decidida para salvarla, para salvar la economía castellana (porque yo creo que sigue siendo agraria Castilla) o bien se deja que se convierta en un pajonal, agrícolamente estéril y apto sólo para que pasten algunos rebaños. En los últimos cuarenta años nos hablaron de planes de regadío, pero los planes de regadío que hoy se puedan poner en funcionamiento a gran escala en León, en Valladolid o en Palencia exigen traer la mano de obra que se ha ido. ¿Puede estar la gente tan desengañada en las grandes ciudades que quiera volver a Castilla para atender y sacar el rendimiento pertinente a esos planes de regadío? Yo creo que no. Y si el secano se desenvuelve hoy difícilmente, porque apenas quedan agricultores jóvenes, no quiero pensar lo que sería esto transformando la economía agraria de Castilla en un territorio de riego, que exige una mano de obra mucho más vasta que el secano.

— *Hay quien dice que tus obras no sólo son pesimistas sino también cerradas a la esperanza de una solución del problema castellano a plazo medio o corto. Yo creo que semejante conclusión se debe a una lectura superficial de tus libros. ¿Qué opinas?*

— Yo no estoy cerrado por completo a la esperanza. Ni mucho menos. Aquí, en Castilla, se han hecho pequeñas cosas que me han obligado a repensar esta cuestión y a darme cuenta de que hay todavía parciales remedios que quizás sean la solución. Por ejemplo, en estos últimos años, las irrigaciones por tubos y por aspersion, sacando el agua de pozos. Se han ensayado cultivos que son verdaderamente esperanzadores, como el lúpulo en León, los pepinillos en varias localidades de Zamora... Yo

no soy agricultor y no entiendo una palabra de agricultura, pero creo que la obligación del Ministerio de Agricultura es replantearse toda la estructura agraria del país, mirando lo que se puede hacer, lo que es posible todavía con poca gente, etcétera. Así que yo no me cierro a la esperanza, porque de vez en cuando salta un chispazo demostrativo de que es posible buscar la redención por caminos en los que no se había pensado hasta ahora.

— *El resurgir de un pueblo, en definitiva, ha de provenir de sus mismas gentes. ¿No crees que el problema, en cierto modo, estriba en recuperar la identidad, esa memoria colectiva que yo dudo que exista en este momento?*

— En Castilla es difícil. Tú conoces Castilla y sabes que el individualismo es muy fuerte en ella. El sentimiento comunitario brilla por su ausencia y a veces, cuando se pone en pie, es por la exigencia o por la perentoriedad de lograr una pequeña conquista que beneficie a todos. Entonces es cuando surge ese movimiento de prestación personal, que es la única manera de hacer pequeñas cosas. Pero tal sentimiento es muy difícil de despertarle en un temperamento como el castellano.

— *¿Y qué papel tiene ahí el escritor?*

— Yo me he limitado a exponer las cosas como las veo, como creo que son. Uno siempre piensa que con esta denuncia, con la exposición de estos hechos, consigue algo. Pero, por otro lado, no me hago muchas ilusiones de que el escritor tenga mucho que ver en esto. Aunque soy consciente de que las grandes revoluciones que se han producido en el mundo han tenido antes una preparación literaria, como las grandes batallas tienen una preparación artillera: la Revolución Francesa con los enciclopedistas; los grandes novelistas rusos en la Revolución del 17, que es evidente que colaboraron muy directamente en la puesta en práctica de unas nuevas formas de vida...

— *Pero eres más bien escéptico, ¿no?*

— Pues sí, porque son voces aisladas. No envuelven un movimiento de opinión generalizada. Cada uno va por su lado, a su cuenta, y hay una falta de sentimiento de comunidad como tal región.

— *¿Y qué puede suponer esta falta de sentimiento colectivo en Castilla cuando España se está conformando en un mosaico de nacionalidades y comunidades autónomas? ¿Tal vez un aislamiento mayor?*

— No. Yo creo que si las cosas se plantean así, en un régimen de autonomías, Castilla se apuntará. Pero, hoy por hoy, este sentimiento regional o nacionalista no existe en Castilla. Se da una fecha, históricamente simbólica, como es la de la batalla de Villalar. Pero yo he ido a Villalar y puedo decir que no es la explosión de un sentimiento regional o



PLAZA & JANES, S. A.
EDITORES

COLECCION:
"SELECCIONES DE POESIA ESPAÑOLA"

Recientemente aparecido:

POESIA (1944-1977), de Rafael Montesinos 450 pts.

En la misma colección:

POESIA (1951 - 1976), de J. M. Caballero Bonald. 450 pts.

POEMAS DEL ALQUIMISTA, de Josep Palau i Fabre. 375 pts.

ESTE CUARTO DE ESTAR PARA VIVIR y LIBRO DE IRLANDA, de Jorge Ferrer Vidal. 350 pts.

MAPA DE GRECIA, de Enrique Badosa. 325 pts.

POESIA (1950-1975), de Lorenzo Gomis. 425 pts.

ENERGEIA, de Carlos Edmundo de Ory. 325 pts.

ATLAS LIRICO, de Guillermo Díaz-Plaja. 325 pts.

ANTOLOGIA DE JOSEP CARNER (texto bilingüe), de Jaime Ferrán. 275 pts.

POEMAS DEL DESTIERRO, Antología siglos XVI-XX, por José M. Balcells. 375 pts.

ANTOLOGIA 1954-1975, de Celso Emilio Ferreiro. (Segunda edición). 325 pts.

SORIA SUCEDIDA, de Gerardo Diego. 225 pts.

PROSAS PROPICIAS, de L.F. Vivanco. 200 pts.

ANTOLOGIA POETICA (1945-1973), de Carlos Bousoño. 325 pts.

POESIA 1961-1975, de Joaquín Marco. 225 pts.

ANTOLOGIA PARCIAL, por Jaime Ferrán (Poemas de Jorge Folch, Alfonso Costafreda, Lorenzo Gomis, Enrique Badosa, Carlos Barral, Jaime Ferrán, JA. Goytisolo, Jaime Gil de Biedma). 225 pts.

LOS CIRCULOS DEL INFIERNO, de Justo Jorge Padrón (Segunda edición). 175 pts.

HOMENAJE A MIGUEL HERNANDEZ, varios autores. (Segunda edición). 200 pts.

ANTOLOGIA DE Jorge Guillén, por Manuel Mantero (Segunda edición). 250 pts.

DIALOGOS DEL CONOCIMIENTO, de Vicente Aleixandre (Quinta edición). 200 pts.

POESIA GALLEGA CONTEMPORANEA, (Texto bilingüe), por Miguel González Garcés. (Segunda edición). 250 pts.

POESIA (1956-1971), de Enrique Badosa, (Segunda edición). 325 pts.

ANTOLOGIA, de Leopoldo Panero, (Segunda edición). 200 pts.

CONTAR Y SEGUIR, de Antonio Pereira, (Segunda edición). 200 pts.

POESIA (1958-1971), de Manuel Mantero. 150 pts.

CEMENTERIO CIVIL, de Gerardo Diego, (Segunda edición). 250 pts.

CIEN POEMAS DE UN AMOR, de Gabriel Celaya (Segunda edición). 175 pts.

PAIS, de Blas de Otero (Segunda edición). 225 pts.

ANTOLOGIA POETICA (1950-1969), de Gloria Fuertes (Tercera edición). 300 pts.

ANTOLOGIA POETICA, de Luis Cernuda, (Cuarta edición). 225 pts.

PLAZA & JANES, S.A., EDITORES
Virgen de Guadalupe, 21-33
ESPLUGAS DE LLOBREGAT (Barcelona)

nacionalista, sino simplemente un intento de crear tal sentimiento. La gente, aquí, se siente de derechas o de izquierdas, pero no específicamente castellana, porque le parece que no es sentirse nada, pues es una cosa que ha admitido siempre de una manera vaga, circunstancial, no de una manera virulenta y por unos afanes reivindicativos.

— *Se habla de escritores de una sola obra. Yo, en cierto modo, pienso que tú también lo eres. Lo que pasa es que, quizás, esa obra se ha ido desgarrando en diferentes aspectos. Pero, a fin de cuentas, todo sale de un mismo tronco. ¿Qué opinas?*

— *Estoy contigo. Y no sólo en mi caso. Pienso que el narrador suele ser hombre de pocas ideas. Si me apuras, incluso, hombre de una idea fija, de una idea obsesiva de la que derivan todas sus obras. Creo, contigo, que hay un tronco fundamental y que el escritor no hace más que explayarse en diferentes novelas que pueden ser las ramas de ese tronco. Pero todo tiene una raíz común.*

— *Y ese tronco no es sino la preocupación de contar las cosas que ves y vives.*

— *Sí. Y una posición ética ante ellas, que en mi caso es castellana porque he nacido en Castilla y porque Castilla es la región que mejor conozco. Me parecería una frivolidad por mi parte, una audacia, el ambientar una novela mía en Barcelona, por no decir un sitio más lejos, porque no conozco Barcelona ni Cataluña lo suficientemente. No hablemos ya de París, o de Moscú, o de Buenos Aires.*

— *Pero, en definitiva, la preocupación es el hombre. Sea aquí o allá.*

— *La preocupación es el hombre. De manera que hay una traslación posible entre el hombre castellano y el hombre de todas partes. Y generalmente es el hombre marginado, o el niño —que es un hombrecito marginado también—, al que trato de defender. Esto que yo expongo en Castilla vale para cualquier parte del mundo, me parece a mí. Es decir, que si hay un valor universal, o puede haber algún día un valor universal en algunas de mis novelas, será a través de un localismo sutilmente visto y más o menos estéticamente interpretado.*

— *Hay quien afirma que el novelista ha de ser un señor que cree personajes, que viva de su imaginación. A mi me parece que tú no respondes a ese esquema. Tú no inventas personajes, sino que los recreas. Reflejas y proyectas personajes que existen en la realidad. Tú no vives de tu imaginación, sino que explicas aquello que estás viendo, que estás viviendo.*

— *Sí, es cierto. Es exacto. El narrador tiene tres fuentes: lo que inventa, lo que observa en su entorno y sus propias vivencias. En mi caso concreto, lo imaginado es menor que lo observado o que lo vivido. De manea que, para mí, la imaginación es una falla. Creo que soy poco imaginativo, poco fan-*

MIGUEL DELibes
Luis Cernuda

taseador, no puedo inventarme una historia. Mis historias, generalmente, las tomo de la realidad, de una realidad en la que a veces he participado y a veces no, que la he vivido o la he observado, pero que rara vez es totalmente inventada, aunque naturalmente hay pasajes o episodios en mis novelas que son inventados. Las fuentes que predominan en mí son la observación directa y la propia vivencia.

— *Y te sigues considerando tan novelista como el que más...*

— Pues sí. Creo que esto de las fuentes es un elemento secundario. La interpretación que des a los hechos —inventados, vividos u observados— es lo que cuenta.

— *Parece evidente que la sociedad urbana, la sociedad industrializada, está limitando y destruyendo el lenguaje. De tus novelas se desprende que el último reducto en el que el lenguaje va a defender su pureza es el campo. El empobrecimiento de la lengua lleva a un empobrecimiento de las ideas, a un empobrecimiento mental del hombre...*

— Para mí es un hecho evidente. Y, desgraciadamente, lo considero irreversible. Viviendo en un pequeño pueblo, como yo vivo parte del año, me doy cuenta de este fenómeno: de entre las varias generaciones que en él hay, la que tiene un idioma más rico, más preciso, más flexible, es la generación vieja, que sabe cómo se llama cada árbol, cada planta, cada utensilio, cada cosa. La generación media ya ha perdido parte de ese vocabulario. Y la generación joven no quiere saber nada de ello, entre otras cosas porque tal utensilio ha dejado de serlo, ya no se usa. Todo el lenguaje relativo, por ejemplo, a la trilla y a la era ha desaparecido con las cosechadoras. Pero lo terrible es que no sólo desaparece este lenguaje rural porque han cesado las labores que lo originaron, sino que desaparece también el vivo lenguaje de los pueblos como entidades pequeñas enclavadas en nuestra geografía, por la sencilla razón de que los jóvenes de los pueblos ven la televisión, pasan los sábados y los domingos en la capital, en las discotecas, etcétera. Así que acaban hablando de una manera muy semejante a la de los muchachos de nuestras ciudades, tienen los mismos tics, las mismas frases hechas... Esto supone un empobrecimiento tal del idioma que yo creo que sería ya muy conveniente que los novelistas pusiéramos al final de cada novela una tabla aclaratoria de muchas de nuestras expresiones.

— *Sombrío panorama, por sus consecuencias...*

— ... es que la misma estrechez de las palabras y de las ideas trae consigo un estrechamiento, un agostamiento de la mente. Porque esa realidad que es el campo la interpretan hoy estos hombres como un señorito de ciudad: con cuatro palabras se dice

Miguel Delibes



todo y antes había una distancia enorme entre un individuo urbano y otro del campo, aunque les separaran nada más que quince kilómetros. Pero ni existían la radio ni la televisión, y apenas leían los periódicos. Y el idioma era completamente distinto.

— *¿Y qué porvenir ves al castellano en el mundo frente a lenguas tan poderosas como, por ejemplo, el inglés?*

— Yo no lo veo mal, excepto en ciertos sectores. Se sostendrá difícilmente en Puerto Rico, se va sosteniendo cada vez peor en Filipinas... En aquellos sitios que quedan dentro de la influencia norteamericana el porvenir es incierto (en realidad, los chicanos, los portorriqueños y los filipinos hablan un lenguaje intermedio, híbrido entre el inglés y el castellano). Pero en lo que se refiere a España y a la América hispana yo no lo veo mal, entre otras razones porque se está siguiendo en las Academias una política bastante inteligente: incorporar las palabras hispanoamericanas al Diccionario español y las palabras españolas a los Diccionarios hispanoamericanos. Si sabemos llevarlo, habrá un enriquecimiento de la lengua, al incorporar términos que nos sirvan para expresar ideas para las que antes no teníamos la palabra justa para hacerlo. Naturalmente, nos iremos llenando de extranjeris-



PLAZA & JANES, S. A.
EDITORES

COLECCION:
"SELECCIONES DE POESIA UNIVERSAL"

Recientemente aparecido:

DIGNUM EST, de Odysseas Elytis. Premio Nobel de Literatura 1979. Versión de Cristián Carandell. 400 pts.

En la misma colección:

- POEMAS, de Wallace Stevens. Versión de Andrés Sánchez Robayna. 550 pts.
- ANTOLOGIA 1936-1971, de Yannis Ritsos. Versión de Dimitri Papageorgio. 500 pts.
- POEMAS, de Aimé Césaire. 425 pts.
- ANTOLOGIA de LUCEBERT, por Francisco Carrasquer. 450 pts.
- LA POESIA RUSO-SOVIETICA. Antología de Rimma Kazakova. Versión de José Raúl Arango. 500 pts.
- EN LIMPIO, de Rimma Kazakova. Versión de Josep M. Güell. 325 pts.
- LA POESIA IRLANDESA. Versión de Marià Manent. 275 pts.
- POEMAS, de François Villon. Versión de Mercedes Lloret. 275 pts.
- ANTOLOGIA, de María Wine. Versión de Justo Jorge Padrón. 250 pts.
- POEMAS, de J. W. Goethe. Versión de Carmen Bravo Villasante. 150 pts.
- SONETOS, de William Shakespeare. Versión de José Méndez Herrera. 200 pts.
- POEMAS, de Jules Laforgue. Versión de Manuel Alvarez Ortega. 250 pts.
- ANTOLOGIA, de Brian Patten. Versión de Joaquina González Marina. 200 pts.
- ANTOLOGIA POETICA, de Harry Martinson. Versión de Francisco J. Uriz. 250 pts.
- POEMAS, de Friedrich Hölderlin. Versión de José Miguel Minguez. 250 pts.
- ANTOLOGIA DE LA POESIA NORTEAMERICANA. Versión de Agustí Bartrá. 350 pts.
- HUELLAS EN LA TIERRA, de Artur Lundkvist. Versión de Francisco J. Uriz. 225 pts.
- ANTOLOGIA, de Sylvia Plath. Versión de Jesús Pardo. 250 pts.
- DE "VIDA DE UN HOMBRE", de Giuseppe Ungareti. Versión de Giovanni Cantieri. 225 pts.
- ANTOLOGIA, de Jules Supervielle. Versión de Jacinto Luis Guerreña. 200 pts.
- ANTOLOGIA, de Víctor Segalén. Versión de Leopoldo Azancot. 175 pts.
- EL PUENTE Y OTROS POEMAS, de Hart Crane. Versión de Agustí Bartrá. 175 pts.
- ANTOLOGIA POETICA, de Antonia Pozzi. Versión de Mariano Roldán. 175 pts.
- ANTOLOGIA, de W. B. Yeats. Versión de Jaime Ferrán. 125 pts.
- ANTOLOGIA, de Carl Sandburg. Versión de Agustí Bartrá. 150 pts.

PLAZA & JANES, S.A., EDITORES
Virgen de Guadalupe, 21-33
ESPLUGAS DE LLOBREGAT (Barcelona)

mos, porque es inevitable —el progreso de la técnica nos obliga a ello—, pero en general no soy pesimista.

— *Hay una agresión de la terminología extranjera a través de la televisión, del cine, de la prensa... ¿Crees que hay defensa contra eso o piensas que es algo irremediable?*

— Me parece que mientras los que inventan sean ellos habrá que incorporar esas palabras de alguna manera, castellanizarlas del modo más discreto y más expresivo posible.

— *¿Y cuál es tu papel en la Real Academia de la Lengua?*

— Me avergüenza que me preguntes esto porque, desgraciadamente, voy poco. Tendría que ir una vez por semana. Y yo iría encantado, porque me siento allí muy a gusto entre gente sabia que me puede enseñar muchas cosas. Pero la realidad es que pasan tan deprisa las semanas que cuesta cortar lo que uno está haciendo para reanudarlo dos o tres días después. A la Real Academia de la Lengua suelo ir una vez al mes. Celebramos dos sesiones. Mi papel allí es muy limitado, porque no formo parte de ninguna de las Comisiones, que trabajan entre semana, bien y duro. Hasta ahora, les he llevado un poco de aire fresco, con mis pájaros sobre todo. Noté, nada más ingresar en la Academia, que faltaban muchos nombres de pájaros comunes aquí en España. Así que he incorporado una treintena de nombres, o alguno más, y ya tengo otros preparados. También puedo aportar muchos vocablos referentes a la cinegética, a la pesca de la trucha al lance ligero, que es un invento reciente puesto que antes se pescaba de otra manera. Mediante esta labor me siento un poco redimido de mi escasa asistencia a las sesiones académicas.

— *¿Piensas que hoy, cuando todo es tan rápido, responde la Academia a las exigencias lingüísticas de los tiempos que corren?*

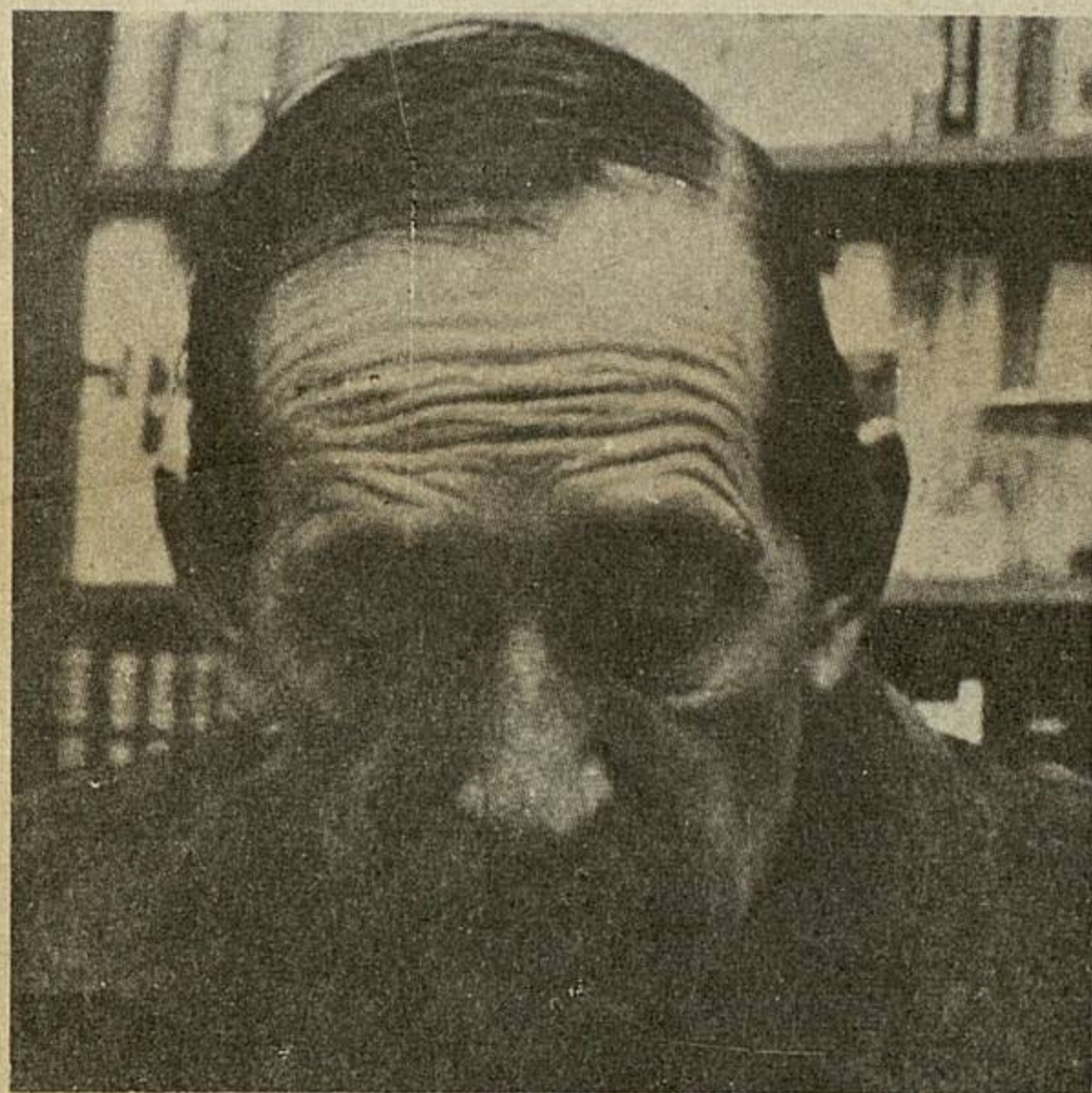
— Va tan deprisa todo que es virtualmente imposible seguir el paso. A veces me asusta el pensar que nos vamos rezagando, que cada día son más las cosas por resolver que las que hemos resuelto. Es lo mismo que nos ocurre con las lecturas, que uno va separando los libros para leerlos cuando haya tiempo y resulta que empezaron siendo diez y llega un momento en que son mil. Y entonces te das cuenta de que, realmente, nunca te dará tiempo a leer tantos libros. Sin embargo, creo que la aplicación de los académicos es tal que ninguna voz o enmienda que sea de exigencia inmediata va quedando rezagada. En otros aspectos, puede ser que sí. Yo creo que la Academia procura seguir la actualidad con una gran fidelidad y con un gran entusiasmo. A mi me maravilla, francamente, el entusiasmo con que estos hombres —gente de edad la mayor parte— se aplican a la tarea.

— *¿Crees que la Real Academia de la Lengua ha de ser una entidad que dicte o que dirija con una cierta inflexibilidad, o más bien que encauce u oriente en general?*

— Yo pienso que la Academia debería estar presente en más instituciones de lo que lo está. Por ejemplo, sería muy conveniente que una comisión de académicos velase por la pureza del idioma en la televisión y en la radio. Pero esto es imposible. Somos muy pocos académicos, y lingüistas menos. Afortunadamente, los lingüistas van entrando cada vez en mayor cantidad en la Academia, lo cual me hace concebir una esperanza.

— *¿Cuál es la misión, el papel, del intelectual en la sociedad, cuál su responsabilidad? Aunque tal vez haya que empezar por definir, por saber qué entiendes tú por intelectual?*

— Para mí, intelectual viene a ser sinónimo de pensador. Hasta el punto de que yo, por el mero



hecho de crear novelas, de hacer narraciones, no me considero en rigor un intelectual. Es verdad que la creación de historias y la estructura de una novela son una labor puramente intelectual, pero si el intelectual es un hombre de ideas, un pensador, yo no me considero tal, porque yo manejo personas y cosas, rara vez ideas, aunque detrás de aquéllas estén naturalmente éstas.

— *Pero el narrador, visto así, no deja de tener concomitancias con el filósofo. De alguna manera, al menos.*

— Sí. Pero para mí el filósofo es siempre, por definición, un intelectual. Y el escritor no lo es en todos los casos.

— *¿Y hasta qué punto no tiene más sentido, en el mundo de hoy, el escritor que el filósofo? Me refiero en cuanto a la ascendencia popular.*

— ¡Ah! Puede ser que sí. Incluso para crear lenguaje, para describir personas, cosas, situaciones... Pero como puro pensador y divulgador de ideas está el filósofo, el ensayista, no el escritor de cuentos o el escritor de dramas.

— *¿Por qué, para qué y para quién se escribe?*

— Yo creo que se escribe como se dibuja o como se toca el piano: por una exigencia interna. Esto, como primera motivación. Luego surge inmediatamente la necesidad de un interlocutor, de establecer un diálogo con alguien. Así que llegamos a la conclusión de que el escritor escribe por un anhelo de comunicación.

— *¿Tú de qué vives básicamente?*

— Hoy, de la literatura. Pero, desgraciadamente, en los años en que más falta me hacía, puesto que he tenido siete hijos a los que ir dando salida, la literatura me daba muy poco para ello. Pero, en fin, en la vida ya se sabe que las cosas suelen llegar tarde. Es decir, que creo que está mal planteada esta cuestión. Los hombres deberían ganar más a los treinta que a los sesenta.

— *Así que para vivir de la literatura en España hay que ser muy famoso, publicar mucho...*

— ... pues sí, tener ya treinta libros en el mercado, de los cuales hay seis que se venden mucho, otra media docena que se vende bien, otros que se venden menos... Y, claro, las liquidaciones de treinta libros generalmente dan para vivir. Además hay la posibilidad de que te lleven una novela al cine, de que te hagan una adaptación teatral, de que te traduzcan, etcétera. Surgen, entre los cincuenta y los sesenta años, una serie de ingresos que no has tenido antes, cuando más lo necesitabas.

— *La adaptación teatral de Cinco horas con Mario ha funcionado muy bien en Madrid. ¿Puede decirte ello a escribir teatro directamente?*

— Hacer teatro directamente me es muy difícil, porque soy poco dado a someterme a reglas. Las famosas tres unidades, que en definitiva son tres limitaciones, de espacio, lugar y tiempo, me constriñen de tal manera que no veo cómo meter una historia dentro de ese marco. Ahora, hacer lo mismo que con *Cinco horas con Mario* con alguna otra de mis novelas sí lo veo factible. Por ejemplo, con *La hoja roja*, una historia dramática que se puede explotar en un escenario, que tiene una cierta unidad de lugar, una cierta limitación de tiempo. Y quizá, pensando e hilando más fino, podría hacerse con otras. Pero el lanzarme a la aventura directa de convertirme en un dramaturgo o en un comediógrafo no lo veo posible, dada mi forma de ser.

— *Las adaptaciones son algo muy controvertido e incluso bastante combatido por algunos. Sin embargo, la adaptación teatral de tu novela Cinco horas con Mario ha sido acogida positivamente, incluso con entusiasmo.*

MIGUEL DELIBES

Restaurante



Con el mejor estilo argentino



Buenos amigos...
Buenas carnes...
y el Libro como invitado de honor.



De "Aprenda Lunfa Básico" de Tino Rodríguez (Torres Agüero Editor) décimas del más puro argot argentino.

Es afición, *berretín*,
es la cama, la *catrera*,
es la fea, la *fulera*
y la piecita, *bulín*.
En esta jerga sin fin,
es *funda* la camiseta,
es lo malo, una *berreta*,
y la cárcel, la *juiciosa*,
es *diquera*, la coqueta
y la pistola, *bufosa*.

Un asuntito, es un *fato*,
un borracho es un *curdela*,
una mujer, una *grela*
y uno viejo es un *jovato*.
Uno sin oro es un *pato*,
es ganar plata, *chapar*,
y guardarla, *acamalar*
y *gayola* o *taquería*
es decir comisaría
y es dormir, *apoliyar*.

Diagonal 531

☎ 250 31 77
239 79 41

Barcelona

— Ha sido acogida sorprendentemente bien. Las críticas de Madrid han sido todas favorables, alguna efectivamente entusiasta. Lola Herrera hace una gran labor. En un principio tratamos de resucitar a Mario, al muerto, y no resultaba porque Mario es uno de esos tipos que no admiten la resurrección. Mientras los demás se meten con él nos cae simpático, pero cuando este hombre se pone de pie estropea esa pureza porque es un puritano insoportable, un tipo infumable, antipático y aburrido. Así que ví claramente que lo que había que hacer era sostener el lenguaje, que en esta obra es esencial, ese lenguaje trivial de la clase media española que es lo que tiene gracia en la novela. Y entonces dije que la reconstrucción para la escena tenía que partir de esa realidad. Y así se ha hecho. La obra de teatro se reduce a un monólogo de hora y media a cargo de la actriz, de Lola Herrera. Y ante mi sorpresa, lo que yo había pensado en principio como una adaptación selectiva, minoritaria, ha funcionado para grandes mayorías, hasta el punto de poner todos los días el cartelito de "No hay localidades".

— ¿Y en cuanto al cine? Llevar una novela al cine es una empresa muy difícil...

— ... muy difícil.

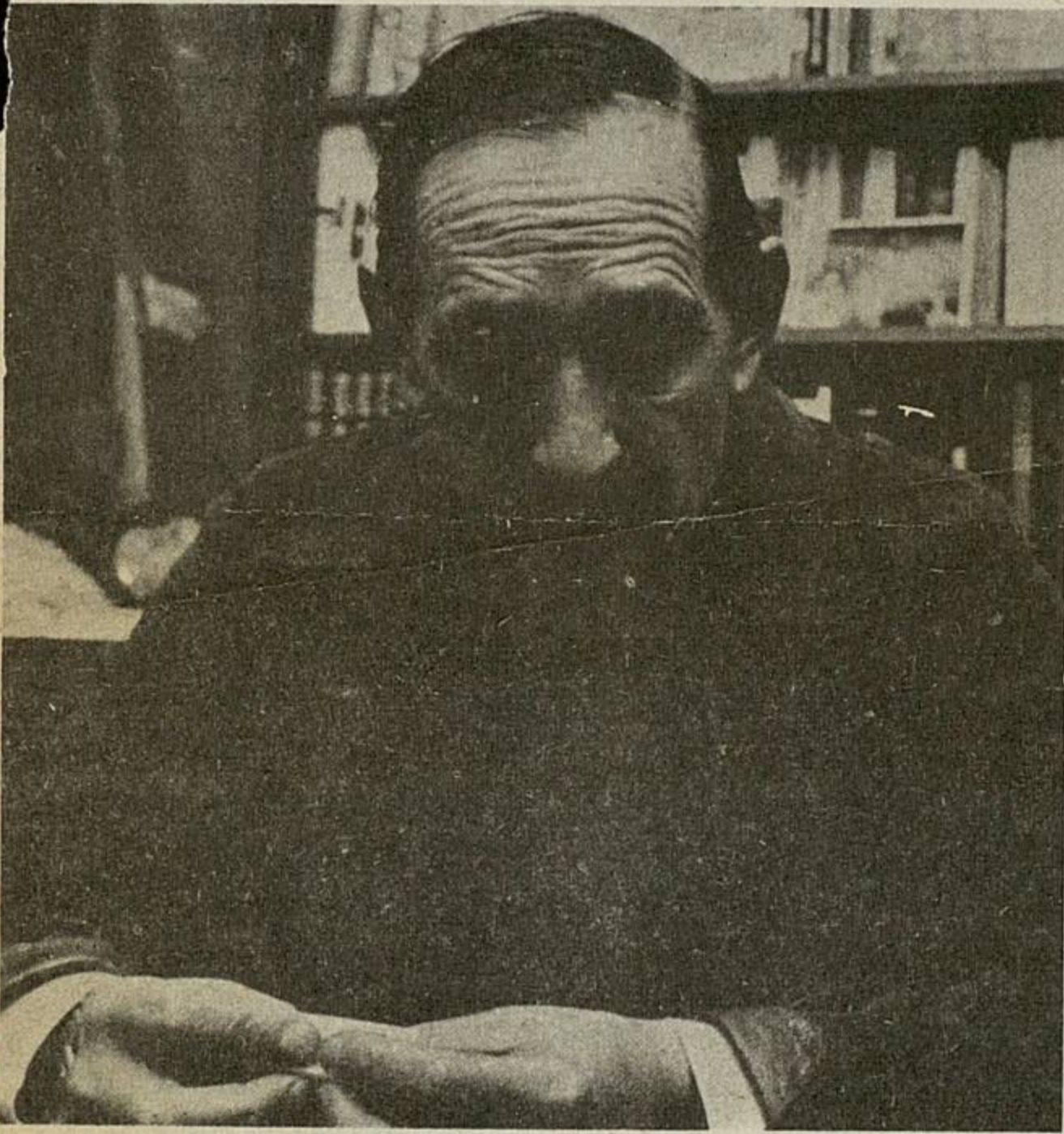
— E incluso con los grandes maestros de la cinematografía no siempre ha resultado bien...

— ... de todas maneras, me parece más fácil convertir una novela en cine que convertirla en teatro, porque el cine tiene infinitos recursos y las tres limitaciones del teatro no se dan en él. Lo que pasa es que hay que ejercer una labor de poda y de selección que es lo que dificulta la cosa. ¿De qué prescindir y qué aceptar de la novela base? Pero con todo, repito, me parece más sencillo hacer de una novela una película que una obra de teatro.

— Volviendo al tema de Castilla, tú has dicho que ésta sólo ha recibido golpes bajos pero no lo suficientemente contundentes como para provocar un movimiento reivindicativo generalizado. Ha sido, más bien, una labor de desgaste continuo...

— Lo que yo quiero decir, expresándolo en términos pugilísticos, es que Castilla ha ido recibiendo un castigo constante, de pequeños golpes, no espectaculares, pero que acaban por aniquilar. Y este ha sido el caso nuestro. Si el golpe hubiera sido un solo pero contundente, quizás los castellanos habrían saltado, pero la capacidad de reacción del castellano es pequeña, precisamente por el individualismo de que antes hablábamos. Hasta tal punto es así que yo sólo he visto en Castilla, en mi ya larga vida, una explosión de cólera: la del verano del 76, con la salida de los tractores a las carreteras. Lo demás se ha ido aceptando, a lo largo de los años, a conciencia de que era una serie de medidas

que arruinaban la economía castellana. Porque de lo que no se han dado cuenta en la periferia es de que si se ha estado comiendo barato, por ejemplo, el pan y todos los derivados del trigo, el azúcar, el vino, etcétera, ha sido en virtud de unas disposiciones que determinaron los precios políticos. El precio político regía la vida en Castilla. La subida de cinco céntimos en el kilo de trigo era para los agricultores una cuestión de vida o muerte, pero esa subida se demoraba. Quiero decir, en definitiva, que el orden y la conformidad de los españoles a lo largo de todos estos años se ha ejercido a costa de que el castellano se apretase el cinturón, y también el andaluz, y todos los que producían esos artículos de primerísima necesidad.



— Esto contrasta, sin embargo, con la idea sostenida por ciertos sectores de la periferia de que Castilla ha sido centralista, imperialista, opresora... ¿Qué piensas cuando oyes eso?

— Al principio me movía a risa. Luego empezó a irritarme. Y a quien así hablaba le decía que mejor que discutir estos asuntos era darse una vuelta por los pueblos de Castilla. La cosa procedía de un viejo prejuicio que consiste en identificar a Madrid con la Administración, a la Administración con Castilla. De manera que, en definitiva, Castilla era la culpable del centralismo y la que sacaba tajada de él. Cuando la realidad es completamente distinta.

— La imagen de Castilla dada por la Generación del 98 está siendo sometida a una rigurosa revisión. ¿Cuál es tu opinión al respecto?

— A mi me parece que la Generación del 98 escribió muy bien sobre Castilla, pero que la preocupación de aquellos hombres, pese a todo el pesimismo existente en la época, y en lo que se refiere a Castilla, se redujo a una interpretación meramente estética, mientras que la interpretación que damos hoy los novelistas es más de tipo psicológico. El 98 pasó por encima de la miseria y de las injusticias de tipo social, mientras que nosotros hemos resaltado precisamente estas circunstancias y hemos reducido los elementos descriptivos al mínimo.

— *Cómo ves el papel del hombre en la naturaleza, en este mundo que nos viene dado pero que luego contribuimos a modificarlo?*

— En virtud de los adelantos técnicos y científicos, veo al hombre como nocivo frente a la naturaleza. Creo que se ha planteado la ecuación técnica-naturaleza en un régimen de competencia, en la que la naturaleza lleva las de perder.

— *Y por tanto, el hombre.*

— Y por tanto el hombre, efectivamente.

— *Supongo que tu discurso de ingreso en la Real Academia de la Lengua debió de ser un aldabonazo, por la novedad del tema respecto a discursos anteriores y por lo que su contenido suponía de una alerta real...*

— ...fue una sorpresa.

— *En ese discurso dices que si se rompe el equilibrio hombre-naturaleza vamos a un desastre. Pero es que ese equilibrio se está rompiendo ya...*

— ...se está rompiendo, sí.

— *El factor nuclear parece decisivo, además de muy controvertido. ¿Cómo lo ves tú?*

— Mal. No han dejado de crecer los arsenales, tanto los de Occidente como los de Oriente. Sería terrible que esos arsenales se emplearan, pero es que aunque no se empleen también hay problemas: como dije en el discurso, los desechos radiactivos hay que envasarlos en arquetas de cemento y metal para que las fugas no procuren una catástrofe, pero basta un pequeño terremoto en el lugar del depósito para que esas arquetas se agrieten y produzcan el desastre. Entonces, ¿qué procedimientos hay para liberarnos de las fuerzas letales que hemos desencadenado, que estamos poniendo en marcha continuamente y que van en aumento de día en día? Ya no cabe más posibilidad, si el hombre quiere liberarse del riesgo que ha originado, que mandar esos residuos a la Luna. Es la única solución que yo veo hoy con garantía de eficacia. Me horrorizan, por otra parte, esos misiles que se están instalando ahora en Occidente para compensar los que nos están apuntando desde oriente. Es aterrador. Lo que no me cabe en la cabeza es que los hombres no lleguen al convencimiento de que este equilibrio de terror no se puede sostener. Sería

magnífico que renunciaran, desde ahora y para siempre, a todo armamento de tipo nuclear y a poner en peligro la vida del mundo (¡que sigan disputándose la hegemonía con espadas y fusiles!). Pero las SALT se limitan a casi nada y el potencial atómico crece de día en día.

— *¿Y en cuanto a las centrales nucleares?*



Miguel Delibes.

Una conciencia siempre lúcida y atenta.

— También soy contrario mientras no se tengan una serie de garantías. Considero que la técnica puede llegar a brindárnoslas, pero Harrisburg nos ha puesto los pelos de punta a todos. Se trata de algo tan delicado que me parece que estamos obligados a buscar otros medios de energía sin agarrarnos a la nuclear. Los suecos, que en esto como en

todo son gente competente, inteligente y discreta, en una manifestación que sorprendí hace poco en la ciudad de Lund, pedían no la desaparición de las centrales nucleares de hoy a mañana —que es lo que hubiéramos pedido nosotros, que somos más radicales— sino la temporalidad de esas centrales. Es decir, que les garanticen que en 1990 estarán desmontadas. Porque en diez años se comprometen a encontrar otras fuentes de energía. Esta me parece una postura sensata en estos momentos. Quizás hoy por hoy no podamos prescindir de tal energía, aunque yo aceptaría de mil amores volver a la bicicleta y a mover las tabas, porque soy un andarín consumado. Pero tal vez la postura sensata en este asunto, repito, sea la de los suecos: utilizar la energía nuclear como energía puente, convencidos de que es puente, de que vamos a estar diez o quince años valiéndonos de ella y de que después vendrá la energía solar, la de las mareas, la del viento... Todo ello se complica con el conflicto del petróleo, a propósito del cual ya anunciaba yo en el discurso de la Academia que las tensiones llegarían a hacerse insoportables. Y ya están aquí. Más por una cuestión de escasez que por una cuestión de precio. Este maná no es infinito. Creo que los científicos están obligados a investigar con toda su alma, como si estuviéramos viviendo en tiempos de guerra (que es cuando se han inventado grandes cosas), para buscar nuevas fuentes de energía que nos liberen tanto de la escasez de petróleo como del riesgo de las centrales nucleares.

— *Tú has dicho que un ensayista es un hombre que trabaja con ideas y que tú no eres ni quieres ser ensayista. Ello, me parece, no significa que rechaces las ideas, sino más bien un intento de ir de lo sencillo a lo complejo, y no al revés.*

— Exactamente. Ami el trabajar con ideas no me es fácil, porque yo no tengo un orden cartesiano y no sería capaz de ir deshilvanando la madeja de las ideas con la claridad, la belleza y las fulgurantes metáforas con que lo hace, por ejemplo, Ortega, de quien sigo siendo un admirador, a pesar de todos los pesares, pues era un hombre de una cabeza privilegiada y un inmenso escritor.

— *Supongo que vamos a tener que seguir leyendo a Delibes a través de la novela...*

— Sí, evidentemente. Puede haber alguna excepción, como ese discurso en la Academia o el libro sobre *Castilla, lo castellano y los castellanos*. Pero ni la labor de pequeños artículos periodísticos me es fácil. Creo que la literatura, como la medicina, exige cada día más especialización. Tú, que eres del oficio, sabes perfectamente que vas por la vida viendo la cosa como reportero, como articulista, como novelista... Y lo que observas y vives lo aprovechas para hacer tu ensayo, tu reportaje o tu novela. Lo difícil es, cuando estás con una novela,

pararte y ponerte a hacer esta o aquella colaboración. ¡Eso es terrible! Empiezas por tener que buscar el tema. ¿De qué escribo? Mientras que si has visto los problemas de cada día como articulista o como reportero, lo difícil será escribir un capítulo de una novela. Yo creo que ya no puede darse un hombre como Unamuno, o que es muy difícil, al menos, que exista. Habrá novelistas, habrá cuentistas, habrá dramaturgos, habrá ensayistas, habrá poetas, pero rara vez podrá haber ya un hombre que haga todas estas cosas y que las haga bien.

— *Y el Delibes periodista, ¿se puede dar por terminado?*

— Prácticamente sí. Yo he cumplido el precepto de Hemingway de que en el periodismo hay que retirarse a tiempo porque si no te retira él. Yo sigo con una vinculación sentimental a "El Norte de Castilla", en cierto modo como asesor del periódico, lo cual me satisface íntimamente, pues cortar toda relación con el periodismo me dolía porque un periódico llega a ser una cosa entrañable para uno. Pero por lo que se refiere a escribir, sí puede darse por terminado. Llega un momento en que no se tiene tiempo y a los 50 años hay que aprender a decir que no, porque te comen las obligaciones y las tensiones.

— *La etapa de periodista, ¿de alguna manera fue plataforma para la de novelista?*

— No. Yo las llevo ambas de una forma completamente enlazada. Yo empecé a escribir a raíz del estudio del libro de Derecho Mercantil de Joaquín Garigues, que me fecundó y que fue el primer libro que observé con ojos críticos en cuanto a la forma literaria. Eso coincidió con mis primeros trabajos de redacción en "El Norte de Castilla": necrologías, sucesos, pequeñas críticas de cine o de libros... La actividad de periodista me enseñó dos cosas que me parecen fundamentales para el novelista: primero, el valorar la circunstancia humana de todo hecho; segundo, una labor de síntesis, importante para mí, que proclamo que la novela de hoy debe ser breve, para hacerla compatible con otras formas de esparcimiento. La experiencia periodística me ha valido mucho para mi labor de narrador.

— *¿Cómo resumirías tu etapa de director de "El Norte de Castilla"?*

— Fue una etapa fecunda, no frustrante, porque conté con tipos de la categoría de Francisco Umbral, César Alonso de los Ríos, José Luis Martín Descalzo, Manuel Leguineche, José Jiménez Lozano, Miguel Ángel Pastor, Bernardo de Arrizabalaga... Todo este grupo, chicos de pensamiento muy variado, coincidió en el tiempo con mi nombramiento de director del periódico. Este, entonces, conoció una etapa de verdadero esplendor. Pero no

fue por mí, sino por estas personas que supe atraer al periódico. Yo pensé que algo semejante se daba cada cinco años en todas las capitales de provincias, pero una floración de gente de este talento no se ha vuelto a dar aquí. De manera que yo tuve mucha suerte en mi período de director.

— *José Ramón Sánchez, el autor de los preciosos dibujos de tu libro "Un mundo que agoniza", afirma en una entrevista: "En el fondo, Delibes y yo somos dos ingenuos, dos tiernos, dos añorantes..."*

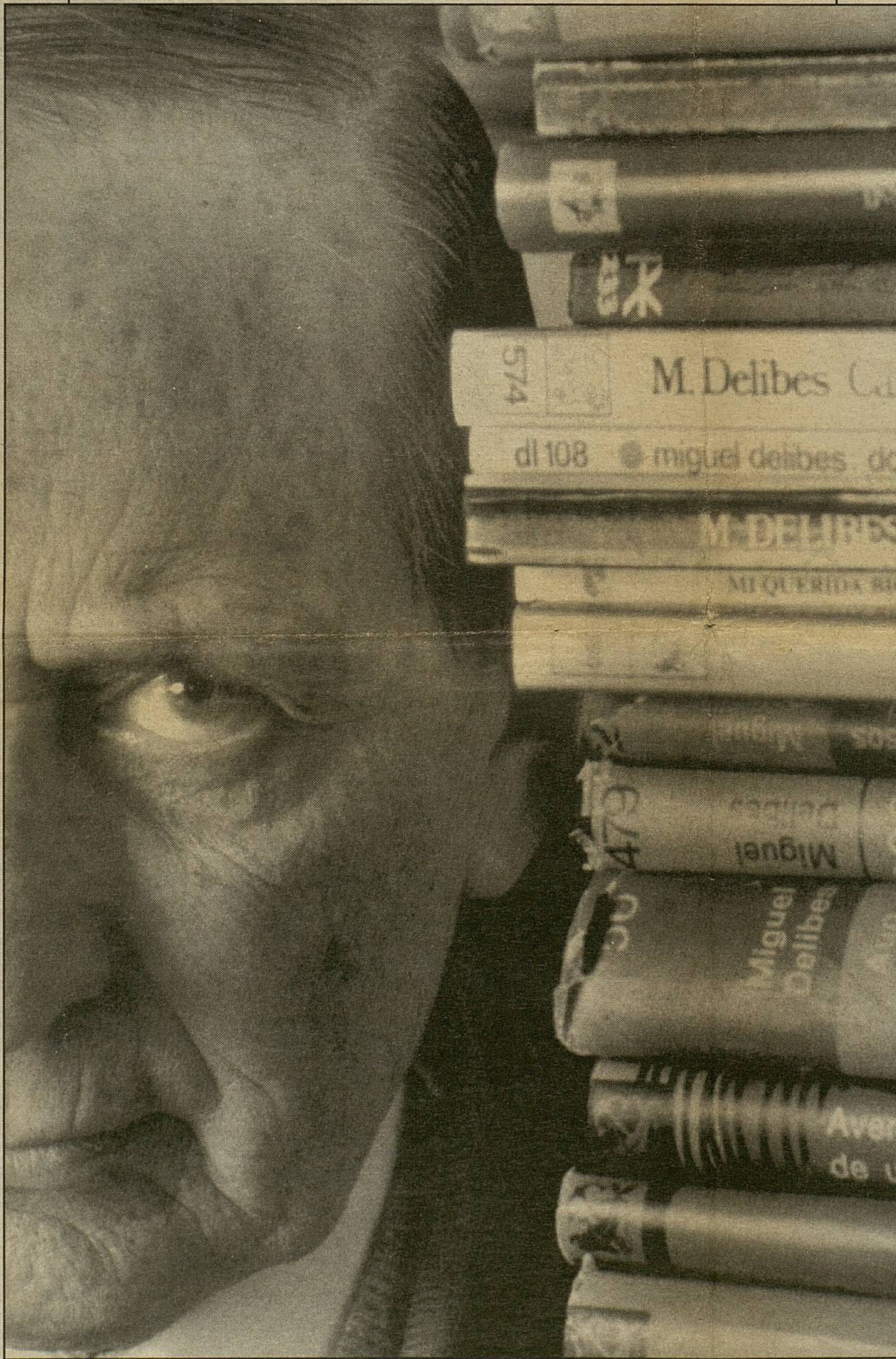
— ¡Ja, ja, ja! Puede que tenga razón en lo que se refiere a la naturaleza. Yo soy un nostálgico de la vieja naturaleza, hasta el punto de que no veo con simpatía ni la concentración parcelaria (se ríe de nuevo). Echo de menos las linderas (se vuelve a reír) entre tierra y tierra.

— *El año pasado te fuiste andando de Valladolid a Palencia, en una marcha organizada a beneficio de los niños subnormales de la provincia...*

— Sí. Quería demostrarme que a los 58 años era capaz de andar 50 kilómetros. Me parecía, además, que como al Estado no puede cargársele de repente con obligaciones carísimas como es la atención a los subnormales (Dios quiera que con el tiempo el Estado pueda atender este problema), la ocasión era estupenda para incitar a la gente a participar en una marcha cuyos fines eran tan loables y generosos. Te confieso que los primeros 35 kilómetros les haces deportivamente, charlando y tan fresco, pero los que pesan son los últimos 15. De las dos mil personas que participamos, llegamos a Palencia mil y pico. Yo iba con cuatro de mis hijos. Acabamos bien todos. Lo que yo hice fue no comer: me tomé dos cafés a lo largo de la marcha y un solo emparedado, y llegué perfectamente. A cada participante le patrocinaba una empresa, a tanto dinero por kilómetro andado. Y entre todos reunimos diez millones de pesetas, balón de oxígeno para que la institución beneficiaria pueda tirar otro año. Fue una cosa hermosa. Por primera vez no ví banderas, ni partidos, ni nada parecido. Sólo un desinterés grande. Y así me he convencido de que lo que falta en este Gobierno es capacidad para ilusionar a la gente. Aquello de la marcha Valladolid-Palencia me emocionó. Nos hablan mucho de los pasotas, que pasan de todo, y más —digo yo— de andarse 50-kilómetros, que no es un grano de anís, y sin embargo allí se presentaron 1.500 muchachos y muchachas, y estoy convencido de que este año se presentarán cuatro mil. Demostración de que con un incentivo que logre encandilar a los jóvenes se puede contar con ellos, como en cualquier otro tiempo pasado.

ENTREVISTA

A sus 73 años, sigue escribiendo, aunque poco, y conserva su grandes pasiones, la caza y la naturaleza, pero confiesa que le empiezan a faltar las fuerzas. Estas son sus reflexiones sobre su vida y lo que le rodea, desde su Valladolid del alma.



MIGUEL DELIBES

«La prepotencia del PSOE le hace invadir otras esferas»

Texto: ISMAEL FUENTE

Fotos: CARLOS MIRALLES

Sorprende que Miguel Delibes y Cela no tengan el premio Cervantes. ¿Hay juego político?

RESPUESTA.— Yo creo que «no tener» un premio no puede sorprender a nadie. Sobre un jurado operan una serie de factores que llevan a pensar que entre el galardonado y el que se queda a la puerta no hay gran diferencia. Incluso para muchos el que se queda a la puerta tiene más méritos que el galardonado. Sobre gustos no hay nada escrito, dice un dicho popular, y si las cosas son así, el hecho de que alguien no tenga determinado premio no debe constituir una sorpresa para nadie. Por lo que afecta a Cela, es obvio que el que tiene lo más tiene lo menos. Si Cela ha sido distinguido con el Nobel, que es un premio que no entiende de lenguas, está por encima de aquel que ha conseguido un premio entre un conjunto de escritores de una lengua determinada. Lo mismo podríamos decir de García Márquez. Esto ya da pie para pensar que no creo en el juego político en lo que atañe al Cervantes. Creo más en la influencia de las capillitas, de los grupos, del «que salga cualquiera antes de que salga éste». Es lamentable pero desgraciadamente sucede.

P.— ¿Cómo es su vida un día cualquiera; qué escribe, qué lee, sigue con su caza y su naturaleza?

R.— Ya no hay en mi vida días cualquiera. Casi todos tienen algo que le diferencia de los demás. En líneas generales puedo decirle que únicamente escribo —cuando escribo— por las mañanas, digamos de diez a una. Antes desayuno y leo los periódicos. Después de comer suelo contestar al correo y recibir a periodistas. A última hora de la tarde busco una película

que me atraiga o voy a una conferencia o a un concierto. Después de cenar veo un rato la televisión y leo. No me acuesto nunca antes de la una. En cuanto a mis lecturas predilectas suelen ser de todo tipo: autobiografías, memorias, libros sobre naturaleza o novelas. Leo poca poesía. Tengo mal oído para la poesía como lo tengo para la música, es una desgracia. Y, por supuesto, los ocios los dedico al campo: caza, pesca, tenis, bicicleta. Sigo cazando, pero menos. Es decir en mi juventud yo cazaba de sol a sol. Veía salir el sol y asistía a su puesta. Hoy me conformo con la media ración. Cazo tres o cuatro horas como máximo; esto es, la mañana. A la hora de comer me retiro y almuerzo en algún pueblo de las proximidades, de ordinario en Tordesillas que está cerca de mi coto. Estos altos suelo aprovecharlos para cambiar impresiones con los campesinos: el tiempo, el agua, los cultivos, la cosecha...

P.— A sus 73 años, si pudiera vivir otra vez su vida, qué cosas cambiaría, por ejemplo, ¿por qué no quiso ir «a triunfar» a Madrid?

R.— Supongo que volvería a hacer lo mismo que hice en el bien entendido que el periodismo y la literatura no entraban en mis proyectos juveniles. Fui periodista por carambola, para ocupar en *El Norte de Castilla* una de las plazas que quedaron vacantes por expul-

sión de tres redactores en 1942. Ahí empecé a ejercitar la pluma e insensiblemente pasé a la literatura. Yo creo que el periodismo y la literatura no están reñidos. Aquel es el borrador de ésta; es una literatura apremiada. Otro factor que me empujó a valorar la palabra fue el *Curso de Derecho Mercantil* de don Joaquín Garrigues, un texto jurídico muy bien escrito. Para estos escarceos yo no necesitaba de Madrid. Ni necesité de la capital para escribir mi primera novela y ganar el Premio Nadal. Luego tuve oportunidades de ir, pero ¿qué se me había perdido en Madrid a mí? En rigor, yo de lo que he tenido vocación ha sido de pueblerino. Y si no he vivido en un pueblo ha sido porque con siete hijos detrás no puede uno permitirse esos lujos. Así es que me quedé en una pequeña capital de provincia que hoy me resulta ya demasiado grande. El primer semáforo la mató. Hoy no hay más que semáforos y automóviles en sus calles. Con una gran ventaja todavía sobre Madrid, a saber, que en cuarto de hora, sin andar muy deprisa, puede uno estar en el campo. Mi estilo de vida no cambiaría mucho si se me diera oportunidad de volver a empezar.

P.— ¿Qué ilusiones le siguen quedando al escritor, al hombre y al ciudadano Delibes?

R.— Bueno, mi gran ilusión, en el terreno profesional, ha sido siempre escribir un libro importante, un libro que perdure. Naturalmente esto no lo sabemos mientras permanecemos aquí, es

decir, sigue siendo una ilusión. En el terreno familiar, la realización de mis hijos, mi ilusión se ha cumplido. Todos ellos son universitarios y han encontrado en la vida el trabajo que apetecían sin

dejarse deslumbrar por el dinero. Esto me parece muy importante porque siempre he aborrecido las «vocaciones por razones económicas». En el aspecto político sigo esperando cosas de las democracias capitalistas como la protección a la naturaleza, el respeto al prójimo, la solidaridad, una norma ética... Todo esto, se entiende, en un marco de libertad. Ahora bien, mi mayor ilusión, hoy, es un mundo limpio, un planeta sin contaminar. La amenaza que pesa sobre la Tierra me parece muy grave y poco acorde con esta gravedad la actitud de los gobiernos, que hablan frívolamente del peligro pero no adoptan serias medidas para conjurarlo. La cumbre de Río ha sido una oportunidad desaprovechada. Como de costumbre, triunfaron las buenas palabras pero en la práctica continuamos lo mismo.

P.— Periodista y director durante años de *El Norte de Castilla*, ya jubilado, ¿qué opina del torbellino que parecen vivir hoy los medios de comunicación, o del protagonismo de algunos de ellos?

R.— En realidad, la prensa ha mejorado. Hay más gente que escribe y que escribe bien, aunque no siempre. Pero los llamados «columnistas» suelen ser gente de pluma. A cambio tenemos hoy en las entrevistas escritas una tendencia al escándalo, una cierta propensión al amarillismo. Hoy por

MD

ENTREVISTA

un titular llamativo algunos venderían a su madre. Y lo malo es que cuando el entrevistado no da ocasión sus palabras se retuercen hasta conseguir que «diga» lo que nos gustaría que hubiese dicho y no ha dicho. Es un defecto grave de la prensa actual. En la formación de opinión, el intelectual se ha dado de baja. En nuestros días faltan el Unamuno y el Ortega de otros tiempos, gente de libro que bajaba al diario cuando las circunstancias lo requerían. Tal vez para compensar esta falta, han nacido las tertulias en los medios audiovisuales. Hoy no hay emisora de radio o de televisión que se estime que

no tenga su tertulia. ¿Valen para formar opinión? No lo sé. En general se trata de contertulios ingeniosos que nos permiten pasar un rato divertido, lo que no impide que en la confrontación verbal brote a veces la chispa orientadora. Es un fenómeno de nuestro tiempo y que al menos sirve para que gente desorientada se entere de qué van las cosas.

P.— Desde su indiscutible autoridad moral, dígame ¿son mejores o peores que en su generación los novelistas actuales?

R.— Lo primero que llama hoy la atención es la cantidad de narradores que han aparecido en los últimos años. Aparte el clima de libertad —la desaparición de la censura— esto se explica por el hecho de que la base cultural es cada día más amplia. Quiero decir con esto que hoy hay más novelistas que ayer pero también más escritores de todas las especialidades, incluidas, naturalmente, las no literarias. Antaño «el hombre que sabía escribir» era una excepción, objeto de la admiración general. Hogaño, todo hombre culto escribe, incluso me atrevería a decir que escribe bien. Esto es aplicable, claro, a los novelistas. En la novela española, han ocurrido en los últimos años, dos hechos notables: se ha vuelto a contar historias y se ha acrecentado el valor de la palabra, hasta el punto de que la palabra y la estructura constituyen para algunos la esencia de la novela. Esto quizá vaya enlazado con el gran número de poetas que últimamente han derivado hacia la narrativa. ¿Qué ocurre con estos poetas? Yo quiero pensar que siguen cultivando simultáneamente la poesía y cualquier día nos sorprenderán con libros de este género. Por otra parte el fenómeno no es nuevo puesto que Caballero Bonald, por ejemplo, hace muchos años que alterna poesía y novela con éxito evidente.

P.— ¿La televisión terminará con el hábito de leer libros?

R.— Los medios audiovisuales, especialmente la televisión, son, en teoría, enemigos del libro. Digo en teoría porque si consideramos que hoy se editan en España 40.000 libros al año y que la tirada de salida de una novela puede

alcanzar los 100.000 ejemplares, la cosa no está tan clara. Don Pío Baroja, al menos, se sentiría muy sorprendido. En realidad yo creo que nada acaba con nada. Cuando surgió la radio se anunció el final de los periódicos. Ahora, con la televisión, se anuncia el final del libro. Yo creo, sin embargo, en la coexistencia pacífica. Es más, si las televisiones se preocupasen de fomentar la cultura

—que debería ser uno de sus principales fines— el libro incluso podría salir ganando. Pero no pretendo hacer una exaltación de la televisión que hoy por hoy y en su mayor parte es sexo y violencia. La nociva influencia

de la televisión en este sentido ya se advierte desgraciadamente en diversos tipos específicos de delincuencia, que proliferan hoy en día.

P.— ¿Qué hace falta para escribir un buen libro?

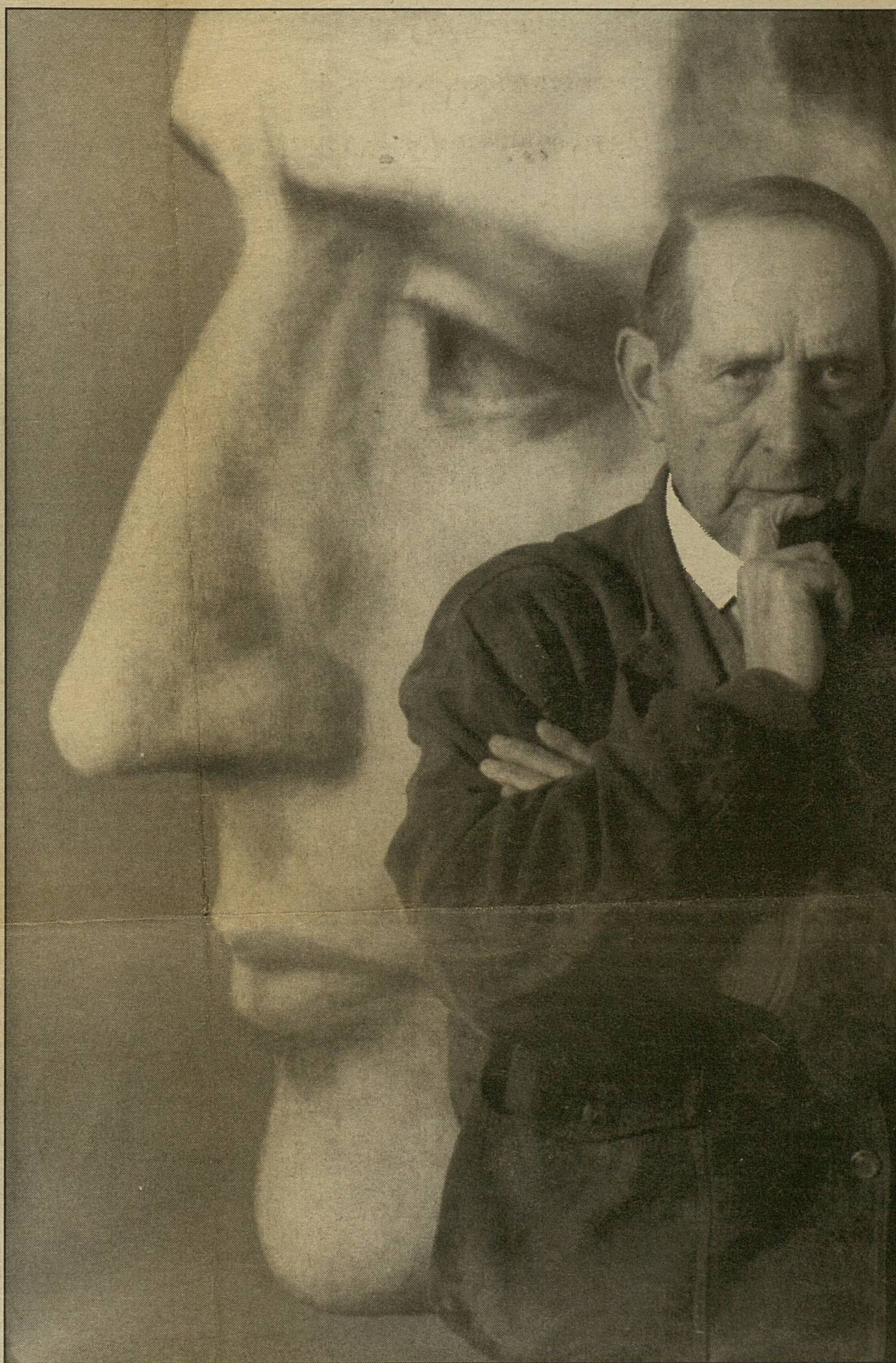
R.— Yo entiendo que para escribir es preciso la necesidad de hacerlo; una exigencia de comunicación. Y en el caso del narrador esta exigencia se concreta en el gozo de contar historias. El narrador oral era ya una figura en las civilizaciones primitivas y subsiste aún en culturas poco desarrolladas. En las civilizaciones más avanzadas esa figura es el novelista. Para mí, la historia que se cuenta constituye la esencia de la novela.

P.— ¿De qué títulos está más satisfecho y cuáles quitaría de su curriculum si pudiese?

R.— Este es un arduo problema. La novela que uno escribe siempre queda por debajo de lo que se había propuesto. Es decir, uno la veía «mejor» dentro de su cabeza. Partiendo de este hecho incuestionable, uno ve unas novelas mejor que otras. Incluso hay algunas que preferiría no haber escrito, como en mi caso *Aún es de día*, puesto que a su baja calidad hay que unir los veinte o treinta cortes de la censura, defecto que no he podido subsanar luego porque tanto el editor como yo perdimos las copias primitivas. Otra novela que me gustaría haber escrito de otra manera es *La sombra del ciprés es alargada*. Enténdame, no reniego de su tema sino de su desarrollo, de su técnica balbuciente y su estilo pretencioso y anticuado. Es una novela que escribí demasiado «joven» no por edad, puesto que Carmen Laforet escribió, más joven aún, una novela excelente, sino por lecturas, en un estado de semi- virginidad literaria. Pero, en fin, en el otro extremo, entre las novelas que considero más logradas, pondría *Cinco horas con Mario*, *Los santos Inocentes* y por su ambición, su construcción, y el amplio repertorio de personajes que maneja en ella, *Madera de héroe*.

P.— ¿Cuál es su diagnóstico de lo que ocurre hoy en España, políticamente hablando?

R.— Evidentemente hay una



ETERNO PROVINCIANO



Delibes tuvo oportunidad en su juventud para «Ir a triunfar» a Madrid, pero prefirió quedarse en

su pequeña y provinciana Valladolid, «porque no se me había perdido nada en la capital»

crispación debida, a mi entender, a los malos modos de los políticos y a la deficiente capacidad de encaje de los que tienen el poder. En definitiva, hemos trasladado a la política nuestro defecto más notorio: la mala educación. El hombre en el poder maltrata a la oposición y la oposición no considera al Gobierno. La tensión es tal, que, en ocasiones, uno temería por la estabilidad del sistema si no fuese porque estamos integrados en Europa. Luego está la prepotencia del partido gobernante, su afán de control; de tener todo en la mano, a su disposición. Esto le lleva a invadir esferas ajenas como son las correspondientes a otros poderes. La independencia de un juez, su aspiración de hacer justicia, se interpreta, por ejemplo, como *intromisión*, como una falta de respeto. Todo el episodio relativo a Filesa, además de grave, es verdaderamente lamentable.

P.— González y Aznar ¿por qué uno u otro pueden ganar, o

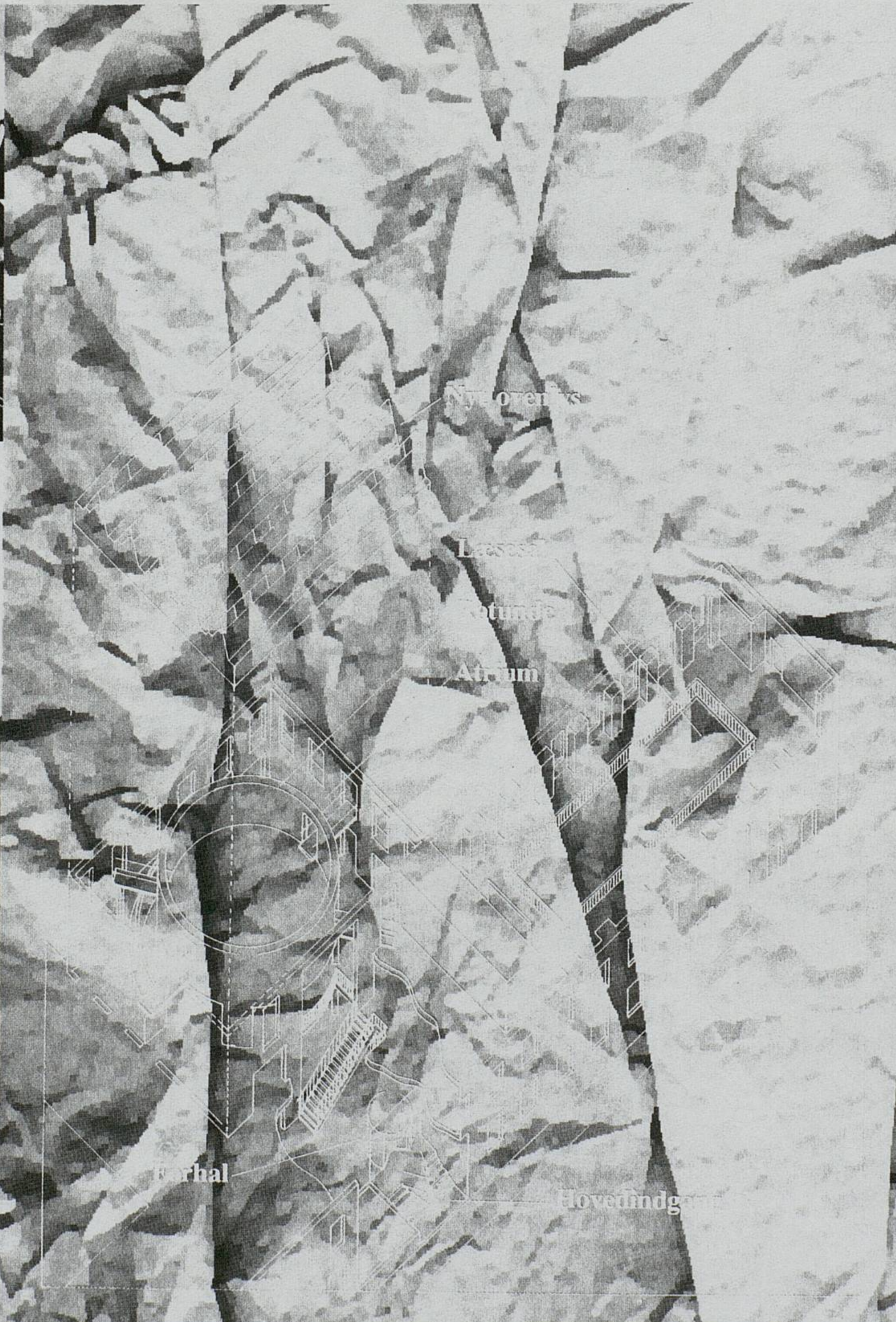
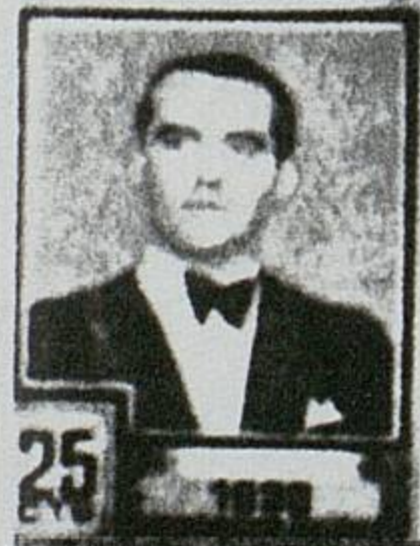
perder, las elecciones próximas?

R.— Yo no creo que el PSOE vaya a perder las elecciones por diferentes razones, a saber, las cosas conseguidas, la inercia, la disponibilidad de eficaces medios de propaganda, etc. No olvidemos el referéndum de la OTAN. Bastó un discurso por televisión a última hora para cambiar la intención de voto del país. Pero si es normal que el PSOE aspire a ganar las elecciones, resulta más difícil admitir este objetivo como un «empeño personal» de su secretario general. Yo creo que estas cosas, tan decisivas para todos, están por encima de un «personal

empeño». En todo caso es poco edificante la actitud de los partidos frente al adversario. El sistemático ataque del PP contra Felipe González corrigiendo su paso antes de que adelante el pie, es ridículo. E inadmisible este afán del PSOE por identificar a Aznar con la derecha franquista o prefranquista. Las cosas que dice el señor Aznar no tienen nada que ver con los discursos de aquellos señores. La descalificación porque sí no me parece saludable para la democracia. Y para el ciudadano de a pie resulta fatigoso y descorazonador cuando no resueltamente insoportable.



CONGRESO NACIONAL
DE LA SOLIDARIDAD



bogens verden

Nr. 5 december 1993



INTERVIEW

En samtale med den spanske forfatter Miguel Delibes

*I sommeren 1993 udkom på forlaget Klim for første gang på dansk en af Miguel Delibes' romaner. Det drejer sig om *El camino* (Vejen) fra 1950.*

I denne roman betragtes verden gennem den elleveårige Daniels øjne. I natten før afrejsen ligger han søvnløs på sin seng og ser tilbage på sin barndom i den lille landsby, som han nu må forlade, idet hans far har bestemt, at han skal drage ind til den store by for at studere og »komme frem i verden«. Daniel selv ville helst af alt blive i sin elskede landsby og fortsætte det lykkelige liv sammen med sine kammerater og landsbyens mange sjove og særegne personligheder. Men han må til sidst af sted, selv om det forekommer ham uretfærdigt, og selv om han mener, at det er at gå ad en anden vej end den, Gud har udstukket for ham, for de voksne bestemmer alt.

I romanen hører vi om de mange både komiske og tragiske episoder, der finder sted i den lille landsby på den kastilianske højslette, og det lykkes forfatteren at fortælle om disse forhold med både humor og ironi.

Ved Kirsten Nielsen

Den spanske forfatter Miguel Delibes er født i Valladolid; han er uddannet jurist og har gennem mange år virket som dagbladsjournalist og i en årrække været chefredaktør på avisen *El Norte de Castilla*. Delibes regnes for en af Spaniens største nulevende forfattere og har i årenes løb modtaget adskillige litterære priser. Han tilhører - sammen med bl.a. nobelpristageren Cela - den generation af forfattere, der begyndte at skrive nogle år efter borgerkrigens afslutning. Umiddelbart efter borgerkrigen var der opstået en slags litterært tomrum, da mange forfattere var draget i eksil, og censuren var streng, så først omkring slutningen af fyrrerne kom der igen gang i den spanske litteratur. Karakteristisk for denne periodes forfattere er, at de så realistisk som muligt forsøger at beskrive deres land og deres tid i denne kaotiske periode efter striden, der splittede spanierne og endte med fascisternes overtagelse af magten. Delibes har dog aldrig været en blot socialrealistisk forfatter. Hans første roman, *La sombra del Ciprés es alargada* (Cypressens skygge er forlænget) udkom i 1948 og indbragte ham den fornemme Nadalpris.

Tonen i Delibes' romaner er ofte pessimistisk, men bøgerne er dog netop samtidig præget af lyriske stemninger og sådanne humoristiske og til

tider næsten groteske indslag, der også kendes fra andre forfattere af kulturpessimistisk observans (f.eks. Pontoppidan og Wied herhjemme). I mange af hans romaner finder man en nostalgisk længsel efter en lykkelig verden, som er blevet ødelagt af civilisationen, en længsel tilbage mod barndommens verden - en verden af i går.

Romanen *Los santos inocentes* (De hellige enfoldige) blev filmatiseret i 1984, og filmen opnåede De Gyldne Palmer i Cannes. Også romanen *El Camino* (Vejen) er der blevet lavet en film over.

I Delibes' bøger møder vi ofte marginaliserede eller svage personer, det kan f.eks. være fattige og retarderede som i *Los santos inocentes* og børn som i *El camino*. Som forklaring på, hvorfor det forholder sig således, siger han:

- Jeg mener at kapitalismen, den demokratiske kapitalisme, stiller sig tilfreds med at give en høj levestandard til tre fjerdedele af vort samfund, mens den sidste fjerdedel forbliver marginaliseret, også i dag. Og jeg har taget parti for denne fjerdedel, de fattige, for de har ingen til at forsvare sig. Jeg følte, at jeg havde dette ansvar.

*Filmen over Deres bog *Los santos inocentes* har gjort stort indtryk på mange mennesker i Danmark. Man forundredes over, at disse feudale for-*

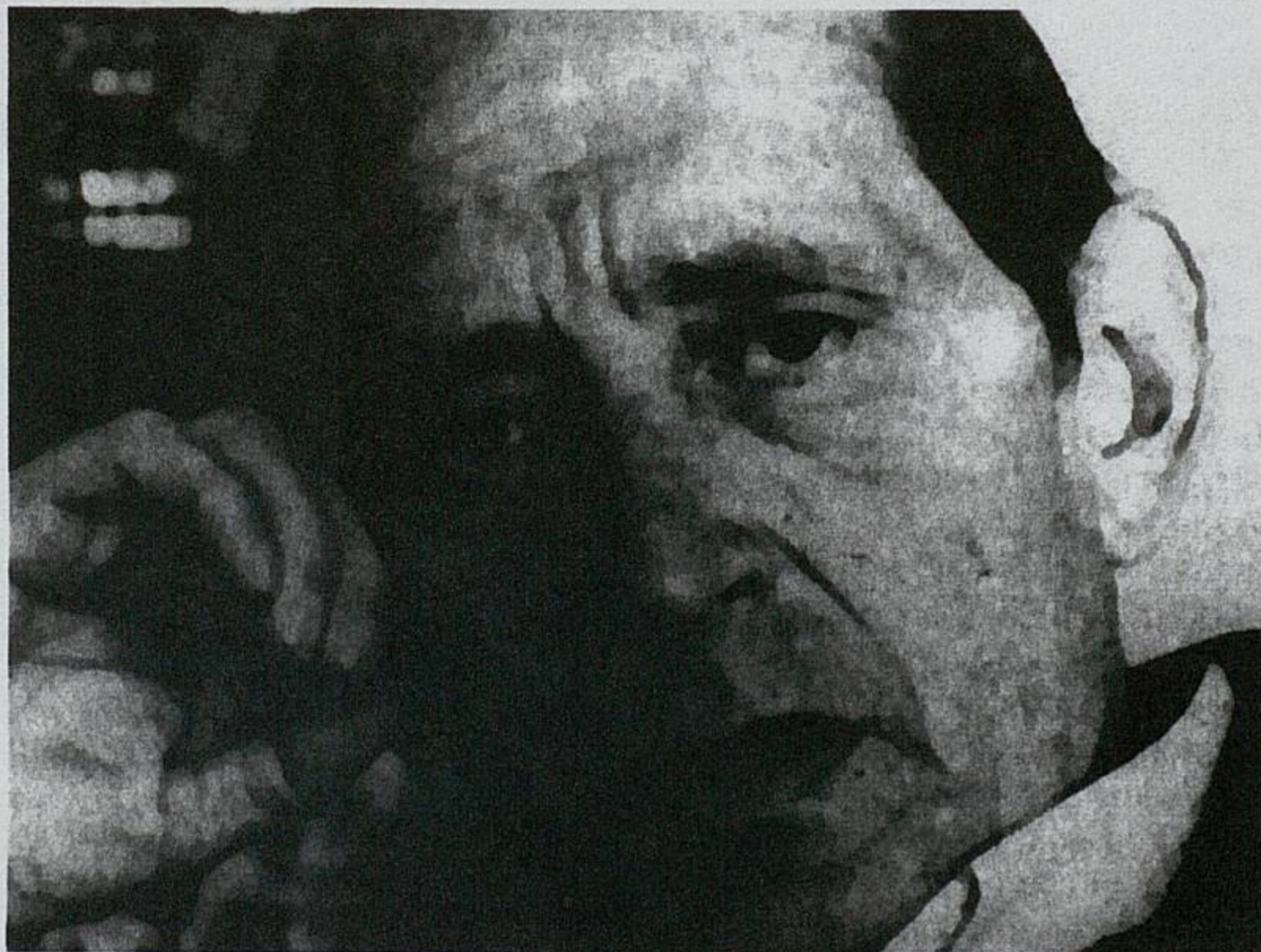
hold skulle have eksisteret i 1960ernes Spanien?

Det svarer godt nok til virkeligheden, selv om man kan sige, at landarbejderne i *Los santos inocentes*, typer som Paco el Bajo og Azarías, er ved at forsvinde i dag, ligesom feudaleren, der behandler sine underordnede, sine landarbejdere, ganske forfærdeligt. Men heldigvis er det ved at være slut i vore moderne tider.

*I *El camino* forlader Daniel, hovedpersonen, der er en dreng på elleve år, landsbyen for at studere. Man kan vel læse ud af den bog, at livet på landet er meget bedre end i byen. Er det da Deres opfattelse, at civilisationen ødelægger mennesket?*

Livet på landet er meget lykkeligere for børnene end livet i byen, men for de voksne er livet på landet ikke lettere end i byen, i hvert fald har det ikke været lettere før i dag, hvor maskinerne er kommet til. Jeg tror ikke, at civilisationen ødelægger mennesket på den måde, som Rousseau antog, men jeg tror, at den retning, som civilisationen og fremskridtet har udviklet sig i, er forfejlet. Vi har baseret fremskridtet på industrien og penge. Vi har forherliget penge, vi gør alt for penge, og det er for mig at se ikke det sande fremskridt. Det sande fremskridt ligger derimod i solidaritet mellem menneskene og i livskvaliteten, ikke i livskvantiteten eller i det behagelige liv. Jeg mener, at denne livskva-

INTERVIEW



Miguel Delibes

litet er det sande fremskridt. Jeg har skrevet en bog, der hedder *Un mundo que agoniza* (En verden der kæmper sin døds kamp), og den handler om det konstante angreb, som industrien retter mod naturen. Jeg mener, at industrien altid bør underordnes naturen.

Sker der ikke også netop det her i Valladolid, at industrien ødelægger byen?

Den har ødelagt byen, floden, miljøet osv. Der er her sket en irrationel udvikling, uden at man forinden har undersøgt, hvilke følger den vil få for naturen; det er menneskehedens selvmordsforsøg.

Fortsætter det på denne måde i Spanien, eller er man begyndt at tænke sig lidt mere om?

Man tænker og man taler, især under valgkampene, men derefter undlader man i virkeligheden at udføre ret meget af det, der er behov for. Forleden opdagede man, at hullet i ozonlaget har gjort mere end fem hundrede får blinde i Patagonien i det sydlige Argentina. Deres øjne var hvide og hævede, de var fuldstændigt blinde, og folk gik med mørke solbriller af frygt for solstrålerne, som ikke blev filtreret. Og alt, hvad man i USA har sagt, at man vil gøre, er, at i stedet for nu med det samme at tage forholdsregler mod de gasser, der frembringer huller i ozonlaget, vil man først tage forholdsregler i år 1999. Det er for mig en tåbelighed. Det bør ske i morgen. Så snart som muligt. Det er den rene galskab. Vi burde være forpligtet til allerede den dag i morgen at gøre noget mod det udslip af gasser.

I 1992 foregik der mange ting i Spanien: Expo 92, De Olympiske Lege, Madrid som europæisk kulturby, 500-året for Amerikas »opdagelse«. Er det

ikke for meget for et land, der stadig har mange økonomiske problemer at slås med?

Jo. Jo, det mener jeg. Men jeg tror, at man netop har villet gøre dette for at skabe tillid til os i forbindelse med vores tilstedeværelse i Europa. Jeg bryder mig ikke særlig meget om den slags festligheder. Jeg holder meget af De Olympiske Lege og af sport i det hele taget, men det er for meget for et fattigt land som vort. Alligevel måtte man jo gøre noget for at mindes mødet mellem Spanien og Amerika for fem hundrede år siden, men jeg mener ikke lige, det var den måde, man skulle have gjort det på. Man kunne have lavet noget mere enkelt, som på en mere ægte måde kunne have vist forholdet mellem Spanien og Latinamerika.

Her i Valladolid, hvor Columbus døde, fejre man da ikke 500-året for »opdagelsen« af Amerika?

Nej. Og her blev jo ikke bare Columbus født, men her blev også det katolske kongepar viet, her underskrev man Tordesillas-traktaten, hvor verden blev opdelt mellem Spanien og Portugal. Altså, som historisk centrum er Valladolid meget betydningsfuld, men det er de store byer, de mest

udviklede - som Madrid, Barcelona og Sevilla - der festligholder begivenhederne. Vi her i de mindre byer har åbenbart ingen ret til at fejre noget. Salamanca bad om at måtte blive europæisk kulturby, og man fik at vide - måske med nogen ret - at byen ikke havde udviklet sin infrastruktur, det vil sige, at den ikke havde tilstrækkeligt mange hoteller, udstillingslokaler, koncertsale m.v. Måske var det rigtigt, men alt i alt kunne festligholdelserne godt være blevet fordelt lidt bedre.

Hvor kommer selvstyret ind i billedet her?

Vi har her haft autonomistyre i omkring fjorten år, men styret råder ikke over ret mange penge at gøre godt med. Baskerlandet og Katalonien fik selvstyre straks efter Francos død.

Det var forudset, for disse områder har altid haft en speciel administrativ situation i forhold til resten af Spanien. Men sådan var det ikke i Kastilien; sammen med resten af Spanien dannede Kastilien en enhed. Man havde ikke nogen form for selvstyre her. Men da man startede med selvstyret i Baskerlandet og Katalonien, så fik resten af landet også selvstyre efterhånden.

CULTURA

■ La crítica es caja de resonancia de la literatura: Adolfo Castañón, 30
 ■ Vuelven los Beatles en un concierto y un disco, según la prensa británica, 30

■ Entrevista con Miguel Delibes, Premio Cervantes 1993

“De ser mexicano, me habría ido a novelar a Chiapas”

Narrador de la miseria de Castilla

El escritor Miguel Delibes, ganador del Premio Cervantes 1993, es un hombre sencillo, amante de los niños (la mayor parte de los protagonistas de sus historias son niños), preocupado por los temas que agobian a tanta gente, como la muerte, la guerra, la degradación del medio en el que vive, y la desaparición de un mundo que fue el suyo, que se plasma en el olvido de vocablos y el abandono de pueblos.

“Si hubiera nacido en México me hubiera ido a novelar a Chiapas”, dice sin afectación, con el aplomo de quien se asoma por la ventana y constata “está soleado”. Como nació en el corazón de la meseta castellana, en Valladolid, se dedicó a novelar esos pueblos dejados de la mano de dios, en donde hasta hace no muchos años los habitantes vivían en cuevas y cazaban ratas para comérselas.

Los marginados, los miserables, los humillados, son los santos inocentes que pueblan su mundo novelesco, haciéndose justicia con una mano ciega de ira, pero incontaminada por la malicia. Un mundo de gente pacífica por naturaleza, pero orillada a la violencia por la sociedad despiadada en la que viven y en la que matar puede ser un delito o un acto de heroísmo, según se haga o no en el momento adecuado, “cuando se suprime la veda”, en la guerra.

Delibes vive ahora en el octavo piso de un edificio de su ciudad natal, cercano a la estación del ferrocarril. A dos horas y media en tren está Madrid (que le agobia) y la Real Academia de la Lengua, de la que es miembro desde 1973, y a quince minutos andando su amada campiña castellana.

Es un hombre alto para su edad (73 años), hecho como de una sola pieza de madera de nogal (un árbol que aprecia el escritor y que figura en no pocas de sus obras) con los pliegues de la edad marcados en la dura corteza de su cara.

El éxito no ha borrado al hombre sencillo, modesto, casi podría decirse tímido. Con una mejilla hinchada (le habían extraído una muela esa misma mañana) y en una actitud mezcla de austeridad castellana y flema británica, responde durante dos horas a las preguntas de *La Jornada*.

De su sencillez dan muestra los anaqueles de las paredes, repletos de libros, no en lujosas ediciones, sino en colecciones completas de bolsillo. Frente al sofá está la colección Ancora y Delfín, de Destino, en la que publicó su primera novela y casi toda su obra.

A la derecha está la colección de bolsillo de Alianza Editorial, en la que tiene publicados tres o cuatro libros, entre ellos uno de sus favoritos: *Viejas historias de Castilla la Vieja*. Y así en el resto de las estanterías de la sala y de la biblioteca.

Lo que hace de este hombre sencillo una persona excepcional es su capacidad para convertir lo modesto en importante, lo rústico en arte, lo provinciano en universal.

■ Jona Dantes ■

Jona Dantes, especial La Jornada, Valladolid, España/ I □ —Señor Delibes, ¿ha seguido lo que ha pasado en Chiapas?

—Sí, esto es tremendo, tremendo... Yo estas cosas ya sabe usted que son mi debilidad. Yo si fuera mexicano seguramente me hubiera ido a novelar a Chiapas. Unas condiciones de miseria, de abandono y de marginación... Me ha parecido lamentable. Pero como yo, por otra parte, soy un admirador tremendo de Zapata (me parece un héroe magnífico, limpio, limpio) me ha afectado más al ver que esta gente se proclamaba zapatista. Yo también soy zapatista y me ha impresionado mucho.

—**¿Y la reacción del gobierno mexicano?**

me levantaba hasta que me iba a la cama, recibiendo llamadas o recibiendo gente o recibiendo cosas. Con el Nobel multiplique eso por cien. De momento no deseo más premios.

—**¿Se vuelve uno esclavo de los premios?**

—Creo que en España se dan demasiados premios. El Nadal nació en un año muy oportuno, porque en los años 40 no había posibilidad de editar una novela. La única posibilidad era ganar el Nadal, así que era como unas oposiciones a notarios: el que lo ganaba tenía el campo abierto, y los que no seguían con el campo cerrado.

—**No todos los premios son iguales.**

—Hay algunos premios que están bien,

¿HAY ALGUIEN AHI?



■ Foto: José Antonio López

—Creo que su presidente ha reaccionado bastante humanamente, aunque se han cometido, por lo que he visto, abusos. Vi unas fotografías contra un paredón de varios chiapanecos fusilados, parecían fusilados, que daba verdadera pena.

—**¿Leyó el artículo de Octavio Paz, “El nudo de Chiapas”, que en España publicó El País?**

—No lo he leído entero. He leído referencias. Para mí, México sigue siendo exactamente igual a como era antes de Chiapas. También en España tenemos un buen número de gente sí no marginada, también abandonada. Creo que no afecta al buen nombre de los países el que existan estos hechos. Lo que hay que hacer es corregirlo. Para mí México no ha perdido nada por lo de Chiapas. Me ha dado conocimiento de un hecho que no conocía, la existencia de estos indígenas completamente marginados. Y, además, por lo visto es un territorio por sí mismo rico. Eso es una pena mayor.

—**Usted ha recibido muchos premios, el Nadal (por su primera novela, La sombra del ciprés es alargada), el Nacional de Literatura, el Príncipe de Asturias y, ahora, el Cervantes. Sólo le falta el Nobel.**

—A la edad en que dan el Nobel es una edad muy mala para pechar con todas las consecuencias. Este Cervantes ha sido muy movido. La primera semana, desde que

para reconocer una obra... Pero el tratar de distinguir en cada premio una obra importante me parece que es peregrino. Es sencillamente imposible, puesto que si hay en España 30 ó 40 premios para narrativa, pues usted comprenderá que no se pueden sacar 30 ó 40 libros importantes cada año.

—**¿Y el Cervantes?**

—Me ha ilusionado por la bella manera de cerrar una carrera literaria, digamos. Aunque escriba luego algo más, pero de momento que no tengo nada, me parece una manera digna de cerrar una carrera. Y el Nadal fue para mí muy satisfactorio porque fue el que me abrió la puerta para poder seguir escribiendo.

—**Los personajes de sus libros casi nunca abandonan su tierra. Yo recuerdo solamente a dos: Lorenzo, el cazador, en Diario de un emigrante (1958) y Gervasio García de la Lastra, en 377/A, Madera de héroe (1987). Y los dos terminaron por volver a su lugar de origen.**

—Yo he viajado, cuando era joven he viajado bastante, pero considero que no es fácil ambientar una novela fuera de la zona o la región o la provincia o la capital que uno ha conocido. Todas mis novelas las he ambientado en Castilla. Hasta el punto que consideré (porque nunca ha habido un novelista estrictamente castellano) que con acertar a pintar Castilla ya había cumplido mi misión. Y en efecto, cuando

no son los pueblos de Castilla, son pequeñas capitales que pueden ser Valladolid, Burgos o León, nunca cito la capital que es. He dicho muchas veces que soy como los árboles, que crezco donde me plantan.

—**¿Qué habría sido de usted como escritor si hubiera tenido que vivir en el exilio?**

—No me puedo hacer una idea. Cuando estalló la guerra civil yo tenía 15 años, era edad de pantalón corto, y vivía con mis padres. Creí que no iba a durar, pero llegué a los 18. Para mí, el exilio hubiera sido un desarraigo muy duro, como ha sido para muchos de los exiliados, y no sé si hubiera podido soportarlo.

—**No temió que al centrar a tal punto su vida y su obra en Castilla lo pudieran tildar de provinciano?**

—Nunca. Quiero confesarle con esto que quizá mi ambición de escritor no fuera muy grande. No he sido nunca un escritor muy ambicioso, de manera que he llegado posiblemente más lejos de lo que yo me había propuesto. Nunca soñé con estas grandes tesis doctorales y estos libros de crítica. Pero, en fin, eso ha llegado. Me di cuenta de que estaba tocando un terreno que no había pensado alcanzar. Lo que hice entonces fue preocuparme más de mi literatura.

—**Esto, ¿afectó a su modo de escribir?**

—Lo que había ganado en experiencia lo perdí en espontaneidad, porque hasta entonces había escrito con absoluta libertad, sin pensar en que esto iba a ser analizado un día. Pero llega un momento, como ahora, en que han sacado hasta mis primeras notas de orientación cinematográfica, publicadas en el *Norte de Castilla*. Imagínese, esto lo hacía yo a los 20 años sin pensar que algún día alguien iba a buscar allí.

—**¿Si tuviera que ponerle fecha, cuándo se produjo este cambio?**

—No tarda, se produce en los años 60.

—**Mucho después de que publicó su novela El camino (1950).**

—El interés de los universitarios o los críticos es más a partir de *Las Ratas* (1962). Entre esta novela y *Cinco horas con Mario* (1966).

—**¿Cómo ve el intento de apoyar la difusión de la lectura con colecciones de libros baratos, a 100 pesetas (2.25 nuevos pesos), como la que acaba de sacar Alianza Editorial?**

—Tratar de conquistar al lector lo veo bien. Pero debemos tener en cuenta que, a pesar de que se dice que en España se lee poco, comparando lo que se lee hoy con lo que se leía con la generación del 98, a principios de siglo, media un abismo.

—**Hay alguna anécdota al respecto de usted y Pío Baroja.**

—Yo alcancé a conocer a don Pío Baroja. Cuando me dieron el Premio Nadal le dije: ‘don Pío, han vendido 20 mil ejemplares de mi novela en tres meses’. Y me contestó: ‘no se lo crea usted, eso no es posible’. Claro, Baroja vendía mil ó 2 mil ejemplares por año, en los años 20. ‘Es que me los han pagado, don Pío’, alegué. ‘Aunque así sea —replicó—, será porque tiene interés publicitario la editorial’. Entonces intervino don José Vergés, el editor de Destino: ‘es que en España han empezado a leer las mujeres’. Y don Pío, que era un poco misógino, exclamó: ‘si han empezado a leer esas, entonces no digo nada’. Esto fue en 1948.

CULTURA

- La gastronomía, un asunto de hombres y mujeres por igual, 24
- Con un Taller de sexualidad retorna Verónica Ortiz a la televisión, 25
- Coproducirán México y Bolivia *Jonás y la ballena rosada*, 26

■ “Cuando leo lo ya publicado, siempre quedo insatisfecho”

A todos mis libros les corregiría algo: Delibes

Jona Dantes, especial *La Jornada/II*

□ —Don Miguel, ¿cuál ha sido su novela más vendida?

—Una que vendió más de cien mil ejemplares en tres meses fue *Señora de rojo sobre fondo gris* (1991). Otra que vendió 70 mil ejemplares, y no era un libro de narrativa, fue *El último coto*.

—En México nos movemos en cifras muy inferiores. Una venta inicial de 20 mil ejemplares ya se considera un éxito.

—Aquí esto no pasaba en los tiempos del franquismo. Con *El camino* pasó un fenómeno extraño y es que se vendieron en 15 años 20 mil ejemplares y en los cinco años siguientes se vendieron 25 mil. Lo normal es que vaya languideciendo y se vaya vendiendo menos. Pero entonces no se vendían cien mil ejemplares, por éxito que tuviera. Por ejemplo, con *Cinco horas con Mario* yo vendí en un año o año y medio 40 ó 50 mil ejemplares.

—La hoja roja (1959) es uno de los libros que más ejemplares ha vendido en toda la historia de España.

—Hay una razón. De este libro se hizo una edición especial en la que intervino la televisión, que lo anunciaba gratuitamente, intervino el Ministerio de Cultura, renunciamos al 10 por ciento los autores (creo que nos daban el 2 ó 3 por ciento). Me acuerdo que de la edición de *La hoja roja* se vendieron un millón 200 mil ejemplares.

—Yo pensaba que era porque los profesores lo mandaban como lectura a los alumnos en el bachillerato.

—No, libros que han leído más en el bachillerato y en la universidad son *El camino*, *El príncipe destronado*, y *Cinco horas con Mario*.

—Aparte del libro más vendido, ¿cuál es el que más satisfecho lo ha dejado?

—Nunca he sido un hombre engreído ni soberbio al juzgar a mis libros. Siempre creo que me he quedado más corto de donde esperaba llegar. De forma que cuando leo lo ya hecho, siempre me quedo insatisfecho. Digo: esto no es lo que yo quería hacer pero, en fin, es lo que ha salido. De manera que no estoy satisfecho de ninguno de mis libros, a todos les corregiría algo.

—Diga por lo menos los que le parecen mejores.

—Si me dice usted que escoja las dos novelas que más me satisfacen o que menos insatisfecho me dejan, le diría que como novela más redonda *Los santos inocentes* (1981), y como novela más ambiciosa, con unos protagonistas más evolucionados, con un fondo importante, sería *377/A, Madera de héroe*, que ha quedado sólo en *Madera de héroe*, porque lo otro es muy difícil de pronunciar.

—Una historia que me llamó la atención porque se sale un poco de lo que suele escribir usted es el relato “El loco”, recogido en *Siestas con viento sur* (1957). El argumento reúne dos constantes de su obra: la muerte y un trauma de infancia. Pero tiene un componente detectivesco inusual en sus libros.

—Si tuviera que coger sólo unas pocas páginas, cogería *Viejas historias de Castilla la Vieja* (1969). Es como una novela corta o unos relatos un poco largos.

—¿Y con cuál se lo pasó mejor escribiéndolo?

—Escribir me produce satisfacción y

sufrimiento. Satisfacción los días que aquello fluye conforme a mis deseos y sufrimiento cuando se estanca y no reacciono ni narro con la soltura y con la precisión que a mí me gustaría narrar. Pero hay dos libros que me han producido sólo satisfacción, que fue *Diario de un cazador* (1955) y *Mi vida al aire libre*, es un libro biográfico apoyado en mis deportes predilectos desde niño. Lo pasé bien, como usted me dice.

—¿Y al revés, en el que lo pasó peor?

—Hay muchos en los que lo he pasado mal. Mire usted, con *Los santos inocentes*

lo pasé tan mal que en la mitad del libro lo guardé y lo tuve varios años dormido. Hasta que lo volví a coger vi claro el desenlace y todo lo demás. Pero me hizo sufrir verdaderamente mucho.

—Para ambientar esta novela tuvo que situarse fuera de Castilla, en Extremadura o Andalucía.

—Bueno sí, pero diga usted que es el sur de Castilla, porque desde Salamanca hasta Gibraltar lo podía haber ambientado en cualquier sitio. Porque esto de la dehesa ya es propio de Salamanca hacia el sur. Aquí no hay grandes terratenientes, aquí la tierra es pobre y está muy dividida. En Castilla la tierra y el clima no son como los franceses, por ejemplo. De manera que para hacer *Los santos inocentes* yo necesitaba salir de Castilla la Vieja.

—¿Es usted un escritor dubitativo, guarda mucho tiempo una novela antes de decidirse a publicarla?

—El príncipe destronado (1973) estuvo diez años en un cajón. Pero ahí tuvo la culpa más que yo mismo (me parecía un libro que estaba a la altura de los otros que había escrito) el editor, que tenía ocho hijos. Me dijo: no sé si es porque he tenido muchos hijos, ya más novelas de niños no me divierten. Entonces lo cogí y lo guardé en un cajón y a los diez años lo releí como si fuera de otro y no me pareció mal y fue entonces cuando lo edité.

—Es un gran libro.

—Ha interesado mucho como problema médico. El otro día la Sociedad de Pediatras de Castilla y León, Santander y Asturias me hizo socio de honor, por *El príncipe destronado*. Por la manera de entender la psicología de niños de muy pocos años. Ahí el valor estuvo en hacer protagonista a un niño de tres años. Pero yo fui un hombre que me vi siempre rodeado de niños. Eramos ocho hermanos, yo era el tercero, de manera que tenía cinco detrás de mí. Después fui padre de 7 niños, ahora soy abuelo de 16 nietos, de manera que el modelo del niño lo he tenido siempre a la vista, no me ha costado mucho novelarlo.

DISOLVENCIAS

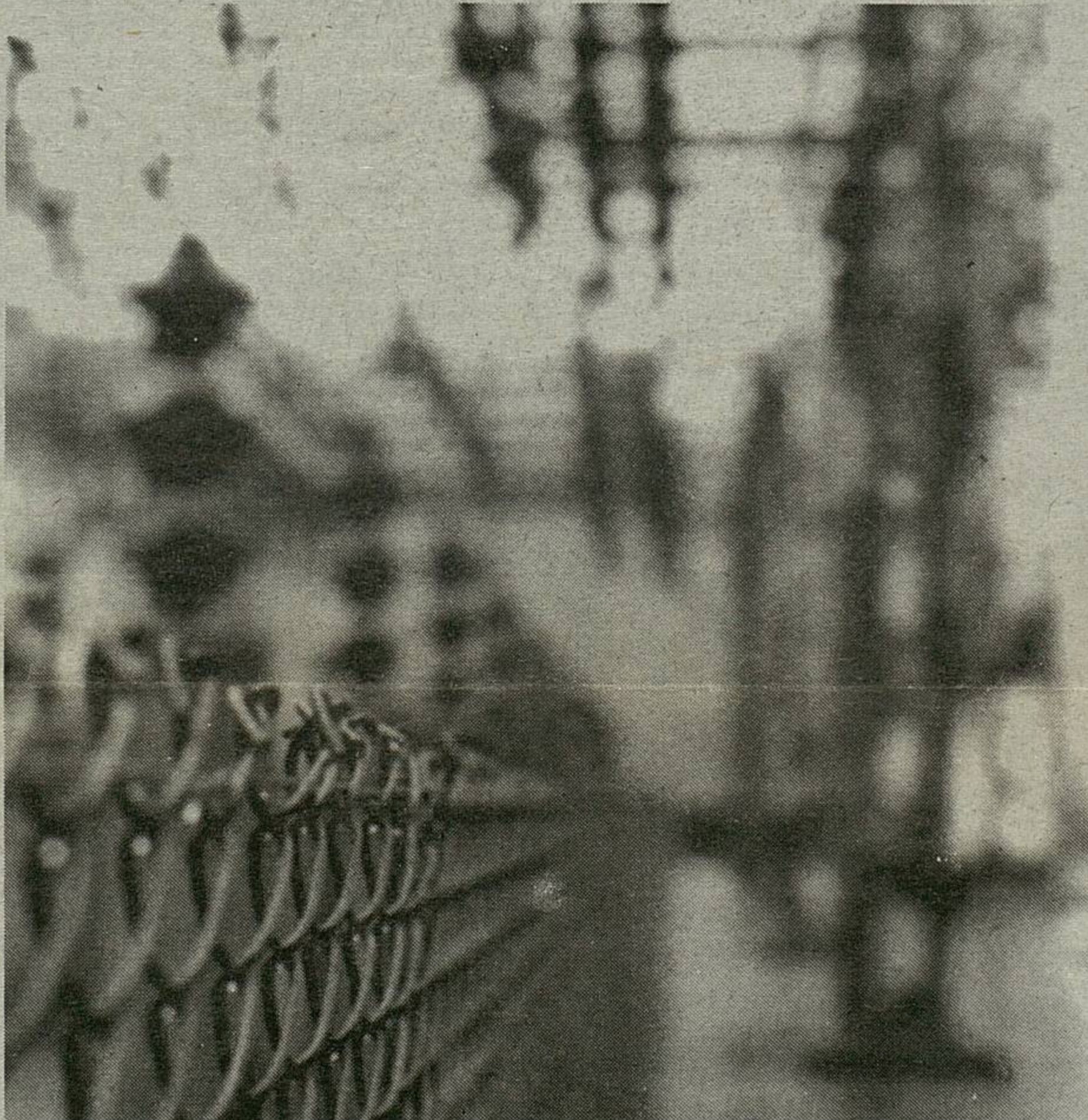


Foto: Fabrizio León

■ Miguel Delibes ■

En la gran planicie que forman las tierras de mi pueblo, de la parte de Molacegos del Trigo, hay una guerrilla de chopos y olmos enanos, donde al decir del Olímpio celebraban sus juicios los grajos en invierno. El Olímpio aseguraba haberlos visto por dos veces, según salía con la huebra al campo de madrugada. Al decir del Olímpio, los jueces se asentaban sobre las crestas desnudas de los chopos, mientras el reo, rodeado por una nube de grajos, lo hacía sobre las ramas del olmo que queda un poco rezagado según se mira a la izquierda. Al parecer, en tanto duraba el juicio, los cuervos se mantenían en silencio, a excepción de uno que graznaba patéticamente ante el jurado. La escena, según el Olímpio, era tan solemne e inusual que ponía la carne de gallina. Luego, así que el informador concluía, los jueces intercambiaban unos graznidos y, por último, salían de entre las filas de espectadores tres verdugos que ejecutaban al reo a picotazos sin que la víctima ofreciera resistencia. En tanto duraba la ejecución, la algarabía del bando se hacía tan estridente y siniestra que el Olímpio, la primera vez, no pudo resistirlo y regresó con la huebra al pueblo. Cuando el Olímpio contó esta historia, Hernando Hernando dijo que había visto visiones, pero entonces el Olímpio dijo que le acompañáramos y allá fuimos todo el pueblo en procesión

Grajos y avutardas*

hasta el lugar y, en verdad, los grajos andaban entre los terrones, pero así que nos vieron levantaron el vuelo y no quedó uno. Hernando Hernando se echó a reír y le preguntó al Olímpio dónde andaba el muerto y el Olímpio, con toda su sangre fría, dijo que lo habrían enterrado. Lo cierto es que dos años después regresó al pueblo con el mismo cuento y nadie le creyó. Yo era uno de los escépticos, pero, años más tarde, cuando andaba allá afanando, cayó en mis manos un libro de Hyatt Verrill y vi que contaba un caso semejante al del Olímpio y lo registraba con toda seriedad. Sea de ello lo que quiera, los cuervos constituyen una plaga en mi pueblo y de nada vale trancar los palomares durante la sementera una vez que los grajos andan sueltos, porque ya es sabido que allá donde caen estos pajaracos remueven los sembrados y acaban con la simiente.

De la misma llanada que se extiende ante los árboles eran querenciosas, en el otoño, las avutardas una vez los pollos llegaban a igualones. Eran pájaros tan majestuosos y prietos de carnes que tentaban a todos, incluso a los no cazadores, como Padre. Sin embargo, su desconfianza era tan grande que bastaba de uno abandonara el pueblo por el camino de Molacegos del Trigo para que ellas remontasen el vuelo sin aguardar a ver si era hombre o mujer, o si iba armado

o desarmado. En cambio, de las callejitas no se espantaban, de forma que en el pueblo empezaron a cazarlas desde una mula, el cazador a horcajadas cubierto con una manta. El sistema dio buenos resultados e incluso Padre, que no disparaba más que la bota durante las cangrejadas de San Vito, cobró una vez un pollo de seis kilos que estaba cebado y tierno como una pava. Pero el pollo ese no fue nada al lado del macho que bajó el Valentín, el secretario, que dio en la búsca trece kilos con cuatrocientos gramos. El Valentín andaba jactancioso de su proeza, hablando con unos y con otros, y decía: “El caso es que no sé si disecarle o hincarle el diente”. Don Justo del Espíritu Santo le aconsejaba que le disecara pero el Ponciano abogaba por una merienda en la bodega de la señora Blandina. Así pasaron los días y cuando el Valentín se decidió y, finalmente, reunió a los amigos en la bodega de la señora Blandina y tenían todo dispuesto para asarla, vino un mal olor y el Emiliano dijo: “Alguien se ha ido”. Pero nadie se había ido sino que la avutarda estaba podrida y empezaba a oler. Pero al animal no le quedaban más plumas que las del pescuezo y el obispillo y tampoco era cosa de disecarla así.

Tomado de *Viejas historias de Castilla la Vieja*, Alianza Editorial.



MIGUEL DELIBES: EL AIRE CASTELLANO SE SERENA EN LITERATURA

Isidoro Pisonero

Consejería de Educación, Londres

Fielmente enraizado en su tierra castellana, Miguel Delibes ha ido acumulando cualidades humanas y valores literarios, exquisitamente atento a la tersura y precisión de la lengua que lentamente muere con la cultura campesina que poco a poco ha ido viendo desaparecer y preocupado por la continua destrucción de la naturaleza, por el atraso del campo castellano, por el creciente consumismo y por tantas otras cosas. Los personajes de sus novelas, se llamen Daniel el Mochuelo, Menchu, el señor Cayo, el Azarías, el Nini o la Desi, con un gran caudal de humanidad y autenticidad, han resistido el paso del tiempo para deleite del lector.¹ Y su ingente producción² se ha visto reconocida con los más importantes premios literarios.³ Tras haberle sido otorgado en 1993 el Premio Cervantes de Literatura, el más prestigioso de los concedidos en España, hemos concertado una entrevista con él para dialogar sobre el escritor y su obra.⁴

P: Sencillo y austero, profundamente preocupado por los problemas humanos, Delibes ha vivido más intensamente sus personajes que al margen de ellos, alejado siempre de bambalinas culturales y políticas, recluido en su Valladolid provinciano y en su Sedano de adopción. ¿Ofrece mayor satisfacción humana y fuente de inspiración esta vida rural y provinciana a un escritor?

R: Para mí, sí. Yo tengo la impresión de que el hombre se realiza en toda su amplitud mejor en una comunidad rural que en una ciudad grande; incluso... yo hubiera vivido "de cutio", como dicen algunos, es decir, hubiera vivido continuamente, en un pueblo, de no ser que me presentaba problemas por la cuestión de los hijos: vinieron los hijos demasiado deprisa, vinieron muchos y... el vivir en un lugar alejado de toda posibilidad de educación no me facilitaba las cosas, me hubiera convertido en un chófer en vez de en un novelista. De manera que ésta es la razón por la que no residí nunca en un pueblo.

P: ¿Nunca le han tentado los cenáculos literarios o actitudes más comprometidas políticamente?

R: En los cenáculos literarios creo que no se gana mucho discutiendo sobre nuestros propósitos o los propósitos ajenos; en consecuencia, yo creo que, cuando uno se reúne en tertulia, debe reunirse con gente ajena a la literatura —médicos, abogados, etc.—, para poder intercambiar puntos de vista, y esto es lo que

suelo hacer en una tertulia sabatina en Valladolid desde hace unos años. En cuanto a la política, pues sí, me interesa, la política me parece un mal necesario, es decir, que el hombre viviría mejor sin un poder omnímodo gravitando sobre él, pero naturalmente eso exige una preparación intelectual y una preparación cordial también, para que no quedemos en manos del más fuerte o del más cruel; de manera que la vida política la sigo, lo que no hago es interferirme ni mezclarme en ella porque no me gusta como profesión.

P: Usted obtuvo el premio Nadal a los 27 años con *La sombra del ciprés es alargada* (1947) y posteriormente ha ido recibiendo los premios más importantes, que han culminado el año pasado con el Premio Cervantes. ¿En qué medida estos premios han estimulado al escritor?

R: No pueden meterse todos en un mismo saco. El premio Nadal fue para mí definitivo, hasta tal punto que he dicho que si no hubiera recibido el Nadal posiblemente no hubiera escrito. Para mí, el más estimulante, el verdaderamente estimulante, fue el premio Nadal, que me abrió las puertas de las editoriales. Los demás, bueno, se aceptan porque constituyen un honor y un adorno, en todo caso. Y, por último, me ha satisfecho especialmente el premio Cervantes, en cuanto que ocho hombres que son peritos en las construcciones del idioma coincidieron en que lo que había hecho no había sido una pérdida de tiempo, tenía ciertos valores y así lo reconocieron. Para mí, el hecho de que después de cincuenta años de darle a la pluma me digan estos hombres expertos que está bien lo que he hecho es una satisfacción, y un digno remate de carrera.

P: ¿Piensa usted que siguen siendo eficaces en la actualidad los abundantes premios literarios?

R: No todos, creo que hay un exceso de premios que hacen imposible —hablo sólo de los de narrativa— que en cada uno se distinga una novela importante, de manera que lo que hacen también los premios literarios es confundir a la gente. Yo creo que estarían bien media docena de premios, pero, claro, la media docena de premios en la realidad se transforma en cincuenta premios literarios anuales. Creo que es imposible distinguir una buena novela en cada uno de estos premios y, por tanto, esto induce a la confusión, pero los premios, en cierta medida, me parecen bien.

P: Centrándonos ya en su creación, son temas recurrentes en Miguel Delibes la soledad, la muerte, la crítica al conservadurismo social y al fariseísmo, y sus libros cuentan con frecuencia historias de personas frustradas, incomunicadas, solas. ¿Se considera Delibes pesimista?

R: Yo no me considero optimista ni la vida ha sido conmigo lo suficientemente lisonjera para que yo me considere optimista personalmente, ni creo que lo que ocurre alrededor justifique el optimismo: el mundo está desquiciado, se pierden los valores, perdemos la naturaleza, estamos a pique de perder nuestro planeta; en fin, el optimismo no estaría justificado en ninguna medida. A pesar de todo, creo en el hombre, creo en el hombre en el sentido de que siempre salen, y cada vez más, voces airadas contra este sistema de cosas. Le pongo por ejemplo ahora, en estos días concretos, la actitud de *Greenpeace*, la organización ecologista que con abnegación admirable se está enfrentando a estos procedimientos de pesca abusivos que tratan de imponerse en la Unión Europea. Este gesto de *Greenpeace*, que tiene otros muchos imitadores, me hace creer todavía en el hombre porque, si es verdad que cada vez cometemos mayores tropelías, también es cierto que las personas que piensan, razonan, temen,

y quieren defender nuestro mundo y nuestros valores van aumentando de día en día.

P: ¿Aún hay entonces un hueco para la esperanza?

R: Hay un hueco para la esperanza, claro. Yo no soy optimista, en general, pero hay un hueco para la esperanza.

P: Su primera obra, *La sombra del ciprés es alargada*, fue un ajuste de cuentas con su reconocida obsesión infantil por la muerte. ¿Cómo se fueron gestando otros temas? ¿Podría contar alguna experiencia que haya sido punto de partida de alguna de sus obras?

R: He dicho a veces que las novelas nacen de una situación de la que uno es testigo o quizá de un personaje que le lleva a ilustrar toda una teoría sobre una región —generalmente Castilla. Por ejemplo, el libro *Las ratas* surgió sencillamente de que en un pueblecito de Segovia me tropecé con un individuo, con un perrito y un pincho, que iba por las márgenes de un arroyo cazando ratas, y vi que lo hacía con una gran pericia: veía un cueva, clavaba la pincha, la rata salía, la perra esperaba... y se lanzaba sobre la rata



Miguel Delibes con el entrevistador [Foto Camino Delibes]

y la cogía. Y, claro, esto ya me sorprendió, pero mi sorpresa fue mayor cuando este hombre entró en los pinares y allí había una serie de obreros olivando los pinos y les ofreció la mercancía, y entonces se peleaban por el macho más hermoso y él marcaba el precio. Todo aquello me produjo una gran conmoción. Y pensé que era un buen punto de partida para hacer una novela sobre la precariedad, por no decir la miseria, en que se debatía la Castilla de nuestro tiempo. Esto es un ejemplo.

P: Dos rasgos confieren singularidad a las obras de Delibes: su dominio del lenguaje y su actitud ética ante la realidad. Usted considera fundamental el primero, en función de la fórmula narrativa “un hombre, un paisaje, una pasión”, e irrenunciable el segundo. ¿Cómo logra plasmar su posición ética sin que sus obras rezumen reflexión moralizante?

R: Tiene usted razón en lo que dice. En el primer punto, la verdad es que mi preocupación siempre ha sido el hacer una prosa tersa y clara, por una sencilla razón, que yo soy de Valladolid y en Castilla hablamos de una manera tersa y clara, decimos al pan, pan y al vino, vino, aunque eso se refiere más bien a la sinceridad. De manera que yo no podía ser infiel a mi pueblo, a mis raíces, a mi nacimiento. Y, en segundo lugar, en efecto, después de darle muchas vueltas, me he dado cuenta de que hay en mis novelas una preocupación de tipo ético, aun cuando soy un convencido de que la moral no tiene nada que ver con la literatura, que incluso la moral echa a perder muchas obras literarias que hubieran sido buenas sin ese lastre. Creo que es con los buenos sentimientos con los que se hace mala literatura, como decía Gide. A pesar de todo eso, a pesar de todos los pesares, yo reconozco que hay un fondo moral en mis novelas, ¿por qué?, pues sencillamente porque no he podido evitarlo y porque seguramente sin ese móvil moral yo no hubiera cogido la pluma; soy así y así me expreso.

P: Usted trata con un profundo cariño a muchos de sus personajes. ¿Qué personajes recuerda en la distancia con más nostalgia?

R: Yo amo, en efecto, a mis personajes. Yo no sabría decirle a quién amo más o cuál me es más simpático. Me son simpáticos, por ejemplo, el viejo Eloy y la Desi, de *La hoja roja*; generalmente los más marginados, los más hundidos en la sociedad actual, como es el Azarías, de *Los santos inocentes*, otro individuo absolutamente simpático; los niños, el Nini, de *Las ratas*, o el Quico, de *El príncipe destronado*. En realidad, casi todos los personajes que he creado me caen bien; sólo hay uno que me es profundamente antipático, y que creo, por tanto, que es en mi literatura el único antihéroe —porque para mí el

antihéroe no es el pobre ni es el tonto (en el momento en que despierta la simpatía del lector ya no es un antihéroe, es un héroe), el antihéroe es el que despierta antipatía tanto en el creador como en el lector—, que es el sexagenario voluptuoso de mis *Cartas*. Tenía como base un tipo que yo había conocido y había tratado, que había sido en realidad un trepador en la vida y le tomé como modelo para hacer esta novela. Todos los demás, o casi todos, en un grado o en otro, me caen simpáticos.

P: Es de sobra conocida su defensa de la cultura campesina tradicional, de la naturaleza, como fuente de autenticidad, frente a la vida ciudadana. ¿Qué valores de esa cultura se están extinguiendo en una sociedad cada vez más técnica y mecanizada y qué podemos hacer para salvar lo poco que queda?

R: Mire usted, yo creo que la cultura rural y la civilización rural en Castilla, tal como la veníamos concibiendo hasta hace veinte años, ha terminado. La cultura de Castilla se desarrollaba, como usted sabe, alrededor de la cosecha: los problemas de la sementera, del abonado, del quitar las malas hierbas, para terminar todo con la recolección y la trilla... Hoy todo esto ha desaparecido, porque sencillamente, con un buen tractor, en octubre hace usted las labores de siembra; o si no lo hace usted en octubre, lo hace en marzo, con cereales tremesinos; y finalmente, cuando llegan los calores, en junio o julio, depende del área —aquí en Castilla, en julio—, llega una cosechadora, pasa por nuestros campos y nos da ya los sacos precintados, con el trigo dentro. Claro, esto ha traído como consecuencia que toda aquella cultura rural que giraba en torno de la cosecha, que tenía como centro el viejo del lugar que contaba las historias de los años pasados al amor del fuego, haya desaparecido. Hoy el viejo del lugar está solo o con otros viejos, y los niños y los jóvenes hacen la misma vida que hacen los niños y los jóvenes de las ciudades: se van al fútbol a la ciudad, se van al cine o ven la televisión... Todo esto es una cosa que ha sido inevitable y que yo no hubiera detenido por afán de conservar las viejas tradiciones, porque todo esto es progreso para el mundo rural. Ahora bien, lo terrible es que con esta cultura rural han desaparecido las palabras, están desapareciendo centenares de palabras hermosas que definían todo este sistema, “biel dar” por ejemplo, o como “las quitameriendas”, que eran las flores que salían en las eras cuando se marchaban los agosteros —porque significaba que les quitaban los dos reales y la merienda—, todo ha desaparecido, ya no tiene sentido. Quiero decirle con esto que algunos de mis libros, con el tiempo, tendrán que leerse con un diccionario a mano para enterarnos de lo que significan esas cosas, que ya no se dan como tales cosas, porque esas palabras que le digo no sólo se han

perdido para la ciudad, para el mundo académico, se han perdido también para los pueblos.

P: Pero, como usted decía antes, quizá es un mal en cierta medida necesario, fruto del progreso.

R: Totalmente necesario, ya que no podía la agricultura quedar empantanada, en un mundo de un gran desarrollo industrial. Yo, lo único que pido es que el gran desarrollo de la agricultura no termine con ciertas plantas, que se haga un uso muy localizado y muy vigilado de los herbicidas, de los plaguicidas, es decir, que estos conocimientos que nos han dado los laboratorios no nos lleven a destruir del todo la naturaleza.

P: Quizá un hecho negativo sea el que hayan disminuido los contactos sociales, que se viva cada vez más aislados, incluso en los pueblos.

R: Sí, pero este aislamiento viene determinado por la forma de vida. Yo así lo veo: es un señor solo el que se sube a la cosechadora y se va al páramo y siega el trigo y la cebada él solo; antes esta operación exigía la presencia de una cuadrilla de agosteros, que se reían, que se gastaban bromas, que se contaban cuentos, que comían juntos... que intercambiaban puntos de vista. De manera que mucho de la soledad y de la separación de los demás que trae la vida moderna, viene de la mecanización, esto es obvio, sobre todo en la agricultura, en el campo.

P: Los lectores suelen experimentar una sensación de vacío al terminar de leer una gran obra cuando, con la lectura, concluye el microuniverso ficcional. ¿Qué sensaciones experimenta el creador al poner el punto final a una obra que ha estado recreando, a veces durante mucho tiempo?

R: Bueno, hay un sentimiento inmediato de satisfacción, es decir, de haber cerrado una cosa que le ha tenido meses o quizá años comprometido, pero también hay otra sensación de insatisfacción, en el sentido de que siempre queda uno más corto de lo que creía, es decir, que él aspiraba a un lanzamiento con fuerza literaria y con fuerza novelesca más amplio del que ha conseguido. Generalmente a mí me pasa eso: primero, un sentimiento de satisfacción, por tener concluida la tarea y poner la palabra fin y cerrar la carpeta; pero luego, la insatisfacción por no haber logrado todo aquello que quisiera haber logrado cuando la novela estaba en la mente y no en las cuartillas.

P: ¿Siente usted nostalgia o pena cuando termina esa convivencia profunda con los personajes de la obra que se está gestando?

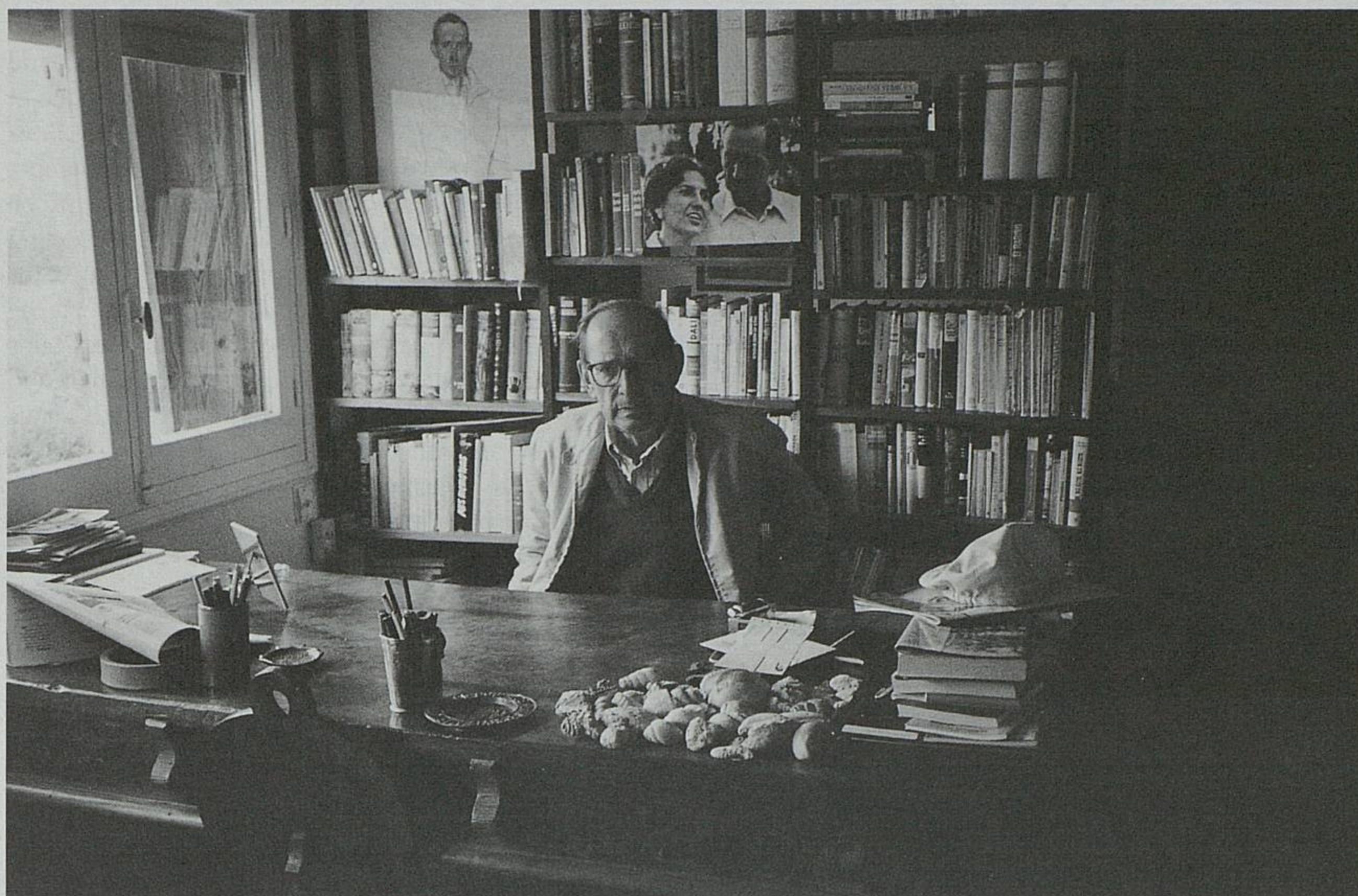
R: A veces, sí; a veces ocurre así, hay como una despedida íntima. Yo, en el discurso de Alcalá, cuando me dieron el premio Cervantes, aludí a esto, a que el personaje —por lo menos en mi caso— me lleva detrás en cuerpo y alma durante mucho tiempo, durante todo el tiempo que dura la creación. Y, en efecto, estos personajes se llevan gran parte de mi vida, hasta el punto de que, cuando yo llego a los setenta años y me paro y miro, digo “realmente he estado viviendo más tiempo enmascarado en unos entes de ficción que en la vida real”. A la vida real sólo me volvían los acontecimientos familiares importantes —muertes, enfermedades, niños nuevos...—, pero generalmente yo estaba desplazado en este mundo de ficción de la novela; y así vive en general el novelista, por lo menos el novelista que se preocupa de crear unos personajes convincentes.

P: ¿Y piensa que ha merecido realmente la pena esta aventura?

R: Yo pienso que ha merecido la pena. El hecho de que uno deje dentro de las tapas de un libro sus ideas, sus pensamientos, sus sentimientos sobre la sociedad y sobre el mundo creo que es importante y que es compensador de esta otra carencia, de esta privación de parte de la vida que uno ha aceptado con gusto.

P: ¿Han condicionado de alguna manera los lectores o las modas literarias —eso que Jauss, el estudioso de la “estética de la recepción” denomina “horizonte de expectativas”— el pulso narrativo de *Delibes*? ¿Escribe *Delibes* teniendo en cuenta la supuesta opinión de sus hipotéticos lectores?

R: Realmente yo he sido un hombre quizá demasiado reactivo a las modas literarias, digo quizá demasiado reactivo porque nunca me han influido lo más mínimo, es decir, he tenido siempre la impresión de que eran modas, por lo tanto de que eran pasajeras, que no implicaban una transformación literaria profunda. Únicamente un fenómeno me llamó la atención, el *Nouveau Roman* de Robbe-Grillet y de Butor y todos éstos. Era la antinovela, pero tenía una forma de contar tan específica, tan especial, que disponía de su propio código narrativo. Además eran unos excelentes profesores que defendían con brillantez sus puntos de vista. Y yo pensé que parte de este *Nouveau Roman* iba a quedar, iba a marcar a la novela, y creo que ha sido así, porque en España tanto Benet —aunque Benet tenía otras influencias más próximas, como era Faulkner— como los que han seguido la escuela de Benet, tienen una influencia del *Nouveau Roman*: esta revalorización del objeto y, por el contrario, una desvalorización del hombre. Hoy en la novela actual no ve usted un protagonista perfilado con minuciosidad. Esto es lo antiguo, es cierto,



Miguel Delibes en su estudio de Sedano [Foto I. Pisonero]

pero, por otro lado, es grave, porque yo pienso que una novela es buena cuando, pasados los años, la recordamos y somos capaces de reconstruirla y de reconstruir los personajes que le dieron vida; y me temo que la novela es mala cuando, pasado el tiempo, olvidamos el tema, olvidamos los personajes, los mezclamos con los de otras novelas, y finalmente los olvidamos del todo. Creo, por tanto, que dentro de estas modas que yo he desdeñado hay una que estaba llamada a dejar un poso, que es el *Nouveau Roman*. También veo el *Nouveau Roman* en la novela hispanoamericana; no es el *Nouveau Roman* afortunadamente, porque esa escuela como novela es insoporrible, pero como experimento es interesante.

P: ¿Qué opina del “boom” de la novela hispanoamericana?

R: El “boom”, en definitiva, fueron media docena de nombres que dieron una proyección universal a la novela hispanoamericana; eso fue el “boom”, ni más ni menos. Pero es que, además, el “boom” ha pasado pero siguen vivos muchos de esos autores, como García Márquez, Vargas Llosa o Carlos Fuentes, y otros más viejos, como son Sábato y todos los demás, que debieron figurar en el “boom” y no figuraron. Yo creo que el “boom” fue una cosa pasajera, incomprensiblemente pasajera porque hay parte de estos novelistas que siguen dándonos buenas novelas y ya

no se habla de “boom”. El “boom” se limita a ser la aparición de este grupo.

P: Usted ha comentado con frecuencia que se siente profundamente fiel. ¿Le fue fácil mantener una fidelidad constante “a su esposa, a su periódico, a su editor y a su ciudad”?

R: Yo, es que fuera de este barco no hubiera sabido navegar, es decir, que para mí la infidelidad no era una aventura, sino echar a perder las posibilidades de felicidad. Yo tenía el concepto de felicidad dentro de este criterio de fidelidad a las cosas y a las personas, a las ciudades. Siempre que me marchaba de Valladolid, aunque fuera por mucho tiempo, como cuando estuve en Norteamérica un semestre dando un curso de novela española contemporánea, no es que estuviera mal allí, pero siempre pensaba en el regreso a casa, y casa era naturalmente Valladolid y mi casa real. Cuando me ofrecieron la dirección de *El País*, antes de salir este periódico —Ortega Spottorno fue a verme repetidas veces, el hombre con una gran generosidad: incluso me cogió un coto de caza en Toledo para que me entretuviese los domingos—, después de mucho pensarlo, dije que no, porque creía que arrancarme de mis raíces era matarme y que, si yo entonces estaba deprimido en Valladolid —acababa de morir mi mujer—, el cambio a Madrid no me iba a mejorar sino que iba a acabar de destruirme. De

manera que terminé diciéndole que no. En definitiva, que esta fidelidad yo la he seguido por egoísmo, no por virtud.

P: ¿Y, en ese sentido, sintió necesario el homenaje a su mujer, con su novela *Señora de rojo sobre fondo gris*?

R: Sí, pero la acogida del libro me sorprendió. Tenía la esperanza de que ese homenaje quedara de mí para ella y no lo advirtiesen los lectores, pero cuando apareció la primera crítica, que hablaba de mi mujer sin ambages, me dejó un poco desconcertado y, claro, ya no pude negar la evidencia; hubiera sido tonto negarlo y mantener una discusión que no procedía, pero fue exactamente esto que le digo: yo lo hice de una manera callada, con nombres ficticios, con profesiones ficticias, pero dibujé ahí una mujer que había sido la mía, a la que debía este reconocimiento, aunque tardó, y esto no pasó desapercibido, incluso se ha hablado del libro como “el homenaje de Delibes a su mujer”.

P: ¿Podría hacer una breve valoración de su experiencia como colaborador y director del *Norte de Castilla*, ese gran periódico de tradición liberal?

R: Esto, claro, es tan largo... Pero sí se puede jalonar esta experiencia en varias etapas: mi etapa de caricaturista —estuve desde los veinte años—, mi nombramiento como redactor cuando fueron expulsados tres redactores del periódico, por aquella ley famosa contra la masonería y el comunismo —ni aquellos hombres eran masones ni comunistas, pero, en fin, tenían ganas de lanzarles porque les eran antipáticos, sencillamente porque eran liberales. Entonces yo hice un curso rápido en Madrid y entré como redactor, y desde ahí todo fue un progreso hacia la dirección, porque teníamos un director impuesto, que era un cura falangista —llevaba a veces debajo de la sotana la camisa azul, era una cosa un poco desagradable aquélla—, pero, en fin, al cabo de dieciséis años terminamos por desensillar al cura y me puse yo al frente del *Norte de Castilla*. La etapa de director es para mí magnífica en el recuerdo porque de ahí salieron una serie de grandes nombres de la literatura de hoy, como son Francisco Umbral, José Jiménez Lozano, Manu Leguineche, César Alonso de los Ríos, en fin, allí se formó una escuela espontánea de escritores, de periodistas y de literatos, lo que para mí fue muy satisfactorio. Y, por último, en mi etapa de hombre no activo pero sí como consejero me preocupaba de mejorar *El Norte* en la medida en que me cabía como directivo del mismo. Por otra parte creo que el paso por *El Norte*, el servicio en *El Norte* durante cincuenta años ha marcado mi vida de una manera profunda.

P: En especial en su etapa como director aprovechó usted para plantear los grandes problemas del campo castellano de una forma muy combativa.

R: Exactamente, fue muy duro aquello, sí. Fue muy duro porque yo veía una Castilla no sólo desasistida económicamente, sino sobre todo culturalmente. Veía unos pueblos embrutecidos, sin más evasión que el sexo y el alcohol, y nos embarcamos en varias campañas. La última fue muy dura, porque era con elementos gráficos y había unas fotografías tremendas que parecían aduarez. Y nos visitaron a menudo, y me llamaron varias veces a Madrid para discutir este asunto. Esto era en los tiempos en que Fraga había intentado hacernos creer que iba a devolver la libertad a la prensa —en aquella situación de dictadura, era imposible— y Jiménez Quílez era el director general. Eran constantes las llamadas, casi todos los sábados, de Jiménez Quílez: “Esto no puede seguir así” —yo a Fraga no le llegué a ver. “Pero, bueno, hombre, cómo no va a seguir así, estamos ensayando vuestro experimento de libertad, ¿no habéis dado la libertad a la prensa?” “Sí, pero esto no es libertad, es libertinaje. No, hombre, utilizáis un lenguaje...” “Pues dime qué palabras os molestan” —era un tira y afloja un poco convencional. “La ruina de Castilla, la miseria de Castilla, el hambre...” Yo volvía y les decía a los que estaban empeñados en la campaña: “Hay que decir lo mismo que venimos diciendo, con otras palabras”. Somos un pueblo con un idioma rico y... las posibilidades de suplir una palabra por otra son bastante generosas. Y siguió igual. Bueno, aquello terminó por que Fraga nos obligó a nombrar un subdirector y le llamó a Madrid y le dijo: “Usted es más director que el director. Y, si Delibes se desmanda, usted se va a paseo.” Era éste un chantaje que ningún bien nacido podía aceptar.

P: Y optó usted por presentar la dimisión.

R: Efectivamente, yo me marché y dejé al subdirector que, más o menos sometido a las directrices de Fraga, terminó y cerró aquella campaña. Pero esta posición en *El Norte* fue constante; recuerdo que *La Croix*, un conocido periódico católico de París, hizo un artículo hablando del sometimiento de la prensa en España, y hablaba de *El Norte de Castilla* como una excepción —la gente lo compraba en el quiosco, lo metía en el bolsillo de la gabardina y se iba a su casa a leerlo. Claro, esto es quizá demasiado, pero sí da idea al lector actual de que allí había un grupo disconforme, de que mantuvimos una actitud de dignidad ante la censura y de que, en cierto modo, creamos en torno un ambiente, porque al mismo tiempo de esa campaña yo creé un Aula de Cultura en el mismo periódico

y quincenalmente iba una personalidad a dar una conferencia: allí se juntaron rojos y azules, lo mismo iba Laín Entralgo que Martín Santos o Aranguren. Era una mezcla explosiva: un día daba una conferencia Alfonso Sastre —lo que les ponía enfermos—, pero al día siguiente a lo mejor iba Pemán, y no tenían una línea continua que les permitiera decir “las conferencias que ustedes están dando son todas...” No, no eran todas... no, iba Ruiz Giménez, que era un hombre disconforme y decía cosas..., pero aquel salón de cultura sí dio al periódico un gran prestigio. La sala, que tenía cuatrocientas butacas más o menos, se llenaba y teníamos amplificadores. Era muy bonito, porque iba desde los talleres hasta la sala de rotativas —como era por la tarde, aún no se estaba trabajando en ella. Y allí veía usted señores respetables escuchando la conferencia que estaba dando Julián Marías o José María Gironella, en la Sala de Cultura, sin verlos —entonces no había los actuales sistemas de televisión—, solamente les oían. Luego, en el rincón más oscuro del periódico, había un altavoz y ahí veía usted a otra docena de señores escuchando la conferencia. Eso sí marcó a la ciudad, influyó en la ciudad y le dio un cierto anhelo de libertad, le fue cambiando por dentro. Esa etapa fue importante, lo reconozco.

P: ¿Ha afectado la censura a Miguel Delibes como escritor?

R: Sí, influyó mucho en el periódico. Usted sabe que la censura iba de más a menos según la difusión del medio donde escribiera. El periódico y la radio era lo más vigilado. En los libros, la novela y, después, la poesía, que era muy poco vigilada porque pensaban que no la leía la gente.

A mí naturalmente me afectó mucho en el periódico, era constante la amenaza de sanción, de cortar el suministro de papel —nos tenían en la mano— y, por supuesto, el periódico, antes de difundirlo, teníamos que enviarlo a la censura allí en Valladolid (había una oficina de censura y, antes de empezar a lanzarlo, a distribuirlo, se llevaban cinco o seis periódicos allí y nos daban el visto bueno o nos daban el visto malo). En el periódico, sí había censura, como en todos los periódicos, pero dijimos más cosas que otros, tuvimos más talento para hacerlo o mayor habilidad.

Y en la novela, también, pero en la novela, aparte de tener una censura más abierta que en el periódico, ocurría que cuanto más nombre tenía el novelista menos se atrevía la censura a cortarle. En la segunda novela, *Aún es de día*, tuve lo menos veintitantos cortes, algunos de páginas enteras. Había un suicidio,



Miguel Delibes con sus hijas (Elisa y Camino) y sus nietos (Andrea y Manuel) [Foto I. Pisonero]

pues quedó eliminado donde intervenía ese personaje; luego había cortes por cuestiones económicas (el estraperlo, los que vendían el pan blanco); en fin, aquél fue un libro completamente desgraciado. Ya no era muy agraciado su físico cuando lo parí, pero después de todos esos cortes aquello quedó ilegible, yo debí haber impedido que saliera, pero la prisa de dar un segundo golpe y de no quedarme en novelista de una sola novela me llevó a eso.

El camino tenía un solo corte, de una página, y realmente ya no se atrevieron a cortar más.

P: ¿A qué afectaba el corte?

R: El corte de *El camino* era una cosa de tipo sexual, ingenuo como era todo en la novela: los muchachos del pueblo que se iban con las muchachas a los bosques y a los prados, y un personaje iba con la linterna enfocándoles...

P: La Guindilla Mayor, erigida en inquisidora moral, a la caza de pecadores...

R: Sí, sí, exacto. Pues terminaron cortando un pasaje.

P: Pero en las ediciones posteriores se volvió reponer el texto censurado, ¿no?

R: Ah, no, no. Bueno, ya no. Lo de *Aún es de día* fue una tragedia griega porque tanto el editor como yo perdimos el original. Son tantos años guardando papeles... Y, cuando llegó la democracia, quisimos hacer una edición completa, con lo que se había suprimido, y ninguno de los dos lo encontramos.

P: ¿Y en el caso de *El camino*?

R: En el caso de *El camino*, no valía la pena. El último corte, ya en la democracia, fue en *El príncipe destronado*. Lo retuvieron, no decían que sí ni que no, el editor le apremiaba para que nos diese una contestación —si lo editaban o no— y se fue a ver al director general... y todo por una frase. Era cuando el niño le dice al soldado, al novio de la criada, que si va a matar a muchos malos, y responde el novio: “¡Uy este chico, sólo piensa en matar, parece un general!” Y lo quitamos y pusimos: “¡sólo piensa en matar, parece qué sé yo!” Luego ya lo hemos metido. Pero en ese momento yo lo quité porque me pareció que tenían razón aquellos primeros hombres que deseaban llevarnos a la democracia y querían evitar dificultades; realmente en aquel momento el militar, el general, se podía haber ofendido alegando que no pensaban en matar, sino en evitar la guerra. Pero, en fin, yo comprendí que tenían razón y lo suprimí, y no pasó nada; luego lo hemos vuelto a poner. Este es el último corte que tuve, y es un corte curioso.

P: *El camino* fue una novela que no tuvo mucho éxito al principio y después ha sido una de las que más se han vendido. En el Reino Unido es una de las más leídas.

R: Sí, también en Norteamérica, donde la tienen como libro de lectura en las universidades, porque hicieron una edición en español, con dibujos míos —de Amor y Vázquez era la edición— que creo que sigue circulando en la universidad. Y, en efecto, fue un libro del que, en los primeros años, se vendieron quince o veinte mil ejemplares; luego en un año, ya al cabo de quince, se vendieron veinte mil ejemplares sólo en ese año; y luego ha ido aumentando, gradualmente. Ha sido también muy traducida y en todos los sitios ha sido acogida con pareja emoción. El lector adulto que la lee se ve en la obra, porque la infancia es única, la infancia es lo que une a los pueblos, todos los niños son iguales en todo el mundo, pintar un niño en España es pintarle en Alemania, en Estados Unidos, en cualquier parte. Las diferencias empiezan cuando es uno adulto y conoce el odio y la explotación. Pero es muy curioso porque las críticas, los comentarios llegan siempre en el mismo tono que en España.

P: De interés para el público anglosajón, amante de los animales, puede ser su justificación de la caza. ¿Constituye la actividad cinegética una opción natural o un deporte con dosis de sadismo?

R: No, mire usted, lo que ocurre es que se habla de “caza” y ya de entrada eso es incorrecto. Hay caza de ojeo, que no apruebo, donde unos asalariados empujan las perdices para que otros que están ocultos las disparen y las maten. Hay caza de ciertos animales evolucionados con mirada humana, como es el gamo, como es el rebeco, como es el corzo, que yo no apruebo, que no he ejercitado en ningún momento de mi vida. Y hay otra caza, la que consiste en echarse al monte con un perrillo y andar y andar y andar, y sacrificarse lo mismo que se sacrifican las piezas, y hacer un verdadero deporte y, si hay suerte, cobrar un par de perdices y, si no hay suerte, no cobrar nada; pero, en todo caso, supone haberse desfogado y haber estado en contacto con la naturaleza, y haber pasado un buen día, sin necesidad de disparar la escopeta. Esa es la caza que yo admito y la caza que yo practico. Por eso, lo que rechazo es que el ecologismo meta a todos en el mismo saco y critique indiscriminadamente la caza. Hay sistemas de caza y sistemas de caza, porque se los he resumido a usted en tres, pero son muchos y variados los sistemas de caza que explotan el celo del animal o que explotan el hambre o que explotan la sed; no se puede llamar caza a eso. El individuo que se mete en una fuente, se camufla y va matando a las palomas y tórtolas que bajan a beber... En el sistema

de caza que practico no encuentro crueldad ni sadismo, se trata de una muerte instantánea y sin sufrir la que experimenta esa ave. Pero hay otra razón: yo no veo en una perdiz colgada de una percha otra cosa que un bodegón, una pintura, mientras que estos animales de los que antes le hablaba de los ojos humanizados —el ciervo, el gamo, el corzo—, muertos, son cadáveres, tienen ya la rigidez que tanto nos horroriza porque representa la muerte. Para mí, ya le digo, cada uno se justifica como puede, pero en relación con este sacrificio de pequeñas avecillas, comestibles por otro lado, encuentro que es mucho más humano que acaben así que en los mataderos y los grandes gallineros, sin ver el sol, ni la luz. Ese sí es un gran sufrimiento.

P: Aunque ya en otras ocasiones Delibes se ha referido a su afán insaciable como lector hasta los años 70 —conocía todos los autores y obras del momento— y perezoso lector de novelas españolas contemporáneas, es obligado preguntarle su opinión sobre la narrativa española actual, en cuanto género y también sobre su importancia y perspectivas de futuro.

R: Bueno, en realidad yo no dejé de estar al día en novela española más que cuando la cantidad me apabulló, cuando vi que no era posible leer todo lo que se publicaba en España, pero hasta entonces, más o menos hasta el año 70, yo conocía todo lo que se había publicado en España y, por tanto, podía enjuiciar los grupos de novelistas de posguerra con conocimiento de causa. Ahora me parece absolutamente imposible, ya no sólo por la cantidad sino porque también mi edad me impide leer tanto como leía antes. Sin embargo, creo que el número de novelistas y la calidad de algunos demuestran que hay una continuidad y que la novela de la primera mitad del siglo XXI tiene el porvenir asegurado. Siempre quedarán de todos estos novelistas jóvenes que hay hoy, que pasan de los cincuenta, seis u ocho que ocupen unas posturas cimeras y que sean representantes de la novela de esta época.

P: Veo que está leyendo usted la biografía de Faulkner, de Joseph Blotner.

R: Es extraordinaria. A mí Faulkner me interesó mucho y me gustó. La biografía es extraordinaria. El autor no sólo nos habla de las novelas escritas, sino del cuento que escribía en cada momento. Es un estudioso de Faulkner en profundidad y nos da una biografía muy interesante. A mí me ha cambiado la idea que tenía de Faulkner. Yo creía que había sido un rico granjero sureño, y es un hombre al que le cuesta darse a conocer enormemente, cuando tiene treinta y dos años, y escribe *El ruido y la furia* y le tiran mil ochocientos

ejemplares y tardan año y medio en venderse. Me interesa, más que porque Faulkner sea una de mis grandes admiraciones, que lo es —aunque tengo otras mayores, Proust, Virginia Woolf o Steinbeck, por ejemplo—, por analizar la salida a flote de un novelista.

P: La sociedad actual ha cambiado mucho, si la comparamos con la sociedad de finales del siglo XIX. En el pasado, la novela constituía una importante diversión para llenar el ocio de la clase burguesa. En su opinión, ¿qué finalidad cumple o debería cumplir la novela en la sociedad actual?

R: Bueno, yo no encuentro a la novela más que dos funciones en la sociedad contemporánea: la de entretener —la lectura de una novela que aburre no la concibo— y la de inquietar, es decir, llevar a la cabeza de personas que leen esa novela unas preocupaciones que a lo mejor no han sentido nunca. Concretamente, de mis novelas, la que más creé con ese deseo de inquietar conciencias —y creo que ha cumplido esa misión— fue *Cinco horas con Mario*. Las cartas que he recibido de personas que decían “yo fui como Carmen, yo fui como...” han sido muchas, muy bellas algunas, de manera que esto me hace pensar que no voy descaminado cuando considero que si la novela divierte, inquieta, está cumpliendo una función social.

NOTAS

1. Una información detallada sobre la producción literaria de Miguel Delibes puede encontrarse en las obras colectivas *Miguel Delibes: el escritor, la obra y el lector* (Barcelona, Ed. Anthropos, 1992) y *Miguel Delibes, Premio de las Letras Españolas* (Madrid, Ministerio de Cultura, Centro de las Letras Españolas, 1993).

2. Sus obras más importantes son:

Narrativa

La sombra del ciprés es alargada (1948)
Aún es de día (1949)
El camino (1950)
Mi idolatrado hijo Sisi (1953)
El loco (relato, 1953)
Diario de un cazador (1955)
Siestas con viento sur (relatos, 1957)
Diario de un emigrante (1958)
La hoja roja (1959)
Por esos mundos (libro de viajes, 1961)
Las ratas (1962)
La caza de la perdiz roja (relato, 1963)
Europa: parada y fonda (libro de viajes, 1963)
Viejas historias de Castilla la Vieja (relatos, 1964)
Cinco horas con Mario (1966)
Parábola de un naufrago (1969)
La mortaja (relatos, 1970)
Con la escopeta al hombro (relato, 1970)
Un año de mi vida (diario, 1972)

El príncipe destronado (1973)
Las guerras de nuestros antepasados (1975)
Aventuras, venturas y desventuras de un cazador a rabo (1977)
Mis amigas las truchas (relato, 1977)
El disputado voto del señor Cayo (1978)
Los santos inocentes (1981)
Tres pájaros de cuenta (relato, 1982)
Dos viajes en automóvil: Suecia y Países Bajos (libro de viajes, 1982)
Cartas de un sexagenario voluptuoso (1983)
El tesoro (relato, 1985)
Madera de héroe (1987)
Mi querida bicicleta (relato, 1988)
Mi vida al aire libre (relato, 1989)
Pegar la hebra (1990)
Señora de rojo sobre fondo gris (1991)
El último coto (relato, 1992)

Ensayo

Un novelista descubre América (1959)
Castilla (1960)
La caza menor (1964)
USA y yo (1966)
La primavera de Praga (1968)
La caza de patos y otras acuáticas (1971)
La caza en España (1972)
El otro fútbol (1982)
La censura en los años cuarenta (1984)
S.O.S. (1986)
Castilla habla (1986)

Adaptaciones teatrales de obras suyas

Cinco horas con Mario (1979)
La hoja roja (1986)
Las guerras de nuestros antepasados (1990)

Versiones cinematográficas de obras suyas

Mi idolatrado hijo Sisí (Antonio Giménez Rico, *Retrato de familia*, 1976)



El príncipe destronado (Antonio Mercero, *La guerra de papá*, 1977)
El camino (Josefina Molina, 1977)
Los santos inocentes (Mario Camus, 1984).
La sombra del ciprés es alargada (1990)

3. Algunos de los importantes premios literarios obtenidos por Miguel Delibes han sido los siguientes:

1947, Premio Nadal con *La sombra del ciprés es alargada*.
 1955, Premio Nacional de Literatura con *Diario de un cazador*.
 1957, Premio Fastenrath de la Academia con los relatos *Siestas con viento sur*.
 1959, Premio Juan March con *La hoja roja*.
 1962, Premio de la Crítica con *Las ratas*.
 1982, Premio Príncipe de Asturias de las Letras.
 1985, Premio de las Letras de Castilla y León.
 1987, Premio Ciudad de Barcelona con *Madera de héroe*.
 1991, Premio Nacional de las Letras Españolas.
 1993, Premio Cervantes.

En 1973, Miguel Delibes fue elegido miembro de la Real Academia Española y de la Hispanic Society of America.

4. La entrevista tuvo lugar el 24 de agosto de 1994 en Sedano, su pueblo de adopción, situado en un valle a caballo entre el páramo y la montaña, al norte de Burgos. Así ha descrito el pueblo Miguel Delibes:

“Sedano todavía no es la montaña pero apunta ya. Son las primeras estribaciones de la cordillera Cantábrica. Adustas cuevas recubiertas de roble o pinadas de repoblación que, a medida que se acercan al pueblo, se desnudan, ofrecen sus lomos turgentes, como descomunales cetáceos, mostrando en las cumbres la osamenta de sus cornisas rocosas. Asimismo, el clima de Sedano es clima de transición, al menos en estío; ni la canícula despiadada de la planicie, ni las húmedas brumas del norte. Cielo alto, calor seco y una brisa fresca, tonificante, al morir el día. Y, en los bajos, la peregrina amenidad de su vega, surcada por el río Moradillo, flanqueado de chopos y, a la izquierda y derecha, minúsculas hazas de cereal, huertas, canteros, largas ringleras de manzanos chamosos y, festoneando las faldas, corpulentos nogales y castaños de Indias.” (*Castilla habla*, Barcelona, Destino, 1986, p. 25)

El escritor habla mientras se ultima la filmación de su novela *Las ratas*



Miguel Delibes: "El periodismo es el borrador de la literatura"

Aguarda en Valladolid una llamada interior: la de un personaje nuevo urgiéndole a cobrar vida para desencadenar otra trama. El ánimo está dispuesto y la lapicera preparada para recorrer el papel rugoso que le reciclan especialmente. Mientras tanto, lee a Doblin -'Berlín, Alexanderplatz'- y a Telechea -'Tiempos modernos'- y sigue de lejos el rodaje de otra adaptación de un libro suyo.

POR JULIO FERNANDEZ
DESDE MADRID

Lo dicen los libros de texto, y los escolares lo repiten: "Miguel Delibes, periodista y escritor". Siempre fue las dos cosas. Sobre todo desde que el Premio Nadal de 1947 le sorprendiera en la redacción de 'El Norte de Castilla' -¿en qué otro sitio podría estar?- abriéndole de par en par las puertas de la literatura. Aquella novela de los veintisiete años, *La sombra del ciprés es alargada*, inauguraría una extensa producción de más de cincuenta libros que han iluminado, literaria y también socialmente, el último medio siglo de España.

Hoy, a los setenta y siete años, aún no ha dicho su última palabra. Y aunque confiesa que no le gusta escribir sobre la España de nuestros días, espera en su Valladolid de siempre el nacimiento de un nuevo personaje. Sobre todo ahora que ha jubilado a Lorenzo, el protagonista de su reciente trilogía de diarios, una autobiografía enmascarada, cosa que Delibes niega. "Lorenzo, sobre todo en *El cazador*, tiene mucho mío, pero no lo fundamental. Si hago algo a partir de ahora no será porque haya terminado de escribir mis memorias sino porque sale otro personaje que me pide vida".

-¿Ya tiene preparada para él la hoja de papel prensa?

-Sí, claro. Son cuartillas sobrantes de las bobinas de 'El Norte'.

-Sin embargo, usted está al corriente de lo que se cocina en Internet... ¿Siente curiosidad por las nuevas tecnologías?

-No, ninguna. Únicamente me he metido en lo de Internet porque un desaprensivo me ha atri-

buido una frase publicitaria sobre una granja de perdices que yo no he pronunciado en mi vida y que viene a decir todo lo contrario de lo que pienso al respecto, y además, no conozco su granja...

-¿Qué hace a lo largo de un día 'normal'?

-No hay dos días iguales. Lo que sí es fijo es que, si escribo, lo hago a media mañana, de diez a una. Por las tardes contesto el correo, voy al cine o a un concierto, leo y, después de cenar, veo un rato la televisión.

-¿Su relación con la naturaleza ha cambiado con la edad?

-Sigo saliendo al campo, sigo cazando. La relación con el campo y la naturaleza sólo ha cambiado cuantitativamente. Antaño cazaba de sol a sol. Hoy, con dos o tres horas es suficiente. Me faltan energías.

FAMILIA, PREMIOS, VENTAS

-Sus siete hijos y diez de sus nietos le acompañaron a recibir el Premio Cervantes ¿Qué significa para usted la familia?

-Mucho. Media vida, tal vez más. Porque lo admirable de estos chicos es que viven estos acontecimientos con ilusión, no como deber o imposición familiar. Quiero decirle que si yo, el día del Cervantes, no pongo un límite de edad, se hubieran presentado mis diecisiete nietos en Alcalá. Al doctorado 'honoris causa' de Saarbrücken, en Alemania, asistieron también mis siete hijos y sus correspondientes cónyuges. Tenemos un sentido familiar muy profundo.

-Dijo usted que el Premio Cervantes era 'el remate' a su carrera literaria ¿Siempre se debe pedir lo que se desea?

-Era así. Mi carrera literaria empieza con *La sombra del ciprés*,

aunque antes hubiera hecho algunos artículos y borratajos. El final de mi carrera noté que era el Cervantes, aunque haya escrito después algunas cosillas de diversos temas.

-Ha recibido usted las más importantes distinciones de nuestro país: el Príncipe de Asturias, el Cervantes, el Nacional... ¿Cuál le ha gratificado más íntimamente?

-Le voy a ser sincero: el Nadal. Tenía veintisiete años y me abrió la puerta. Sin el Nadal no hubiera venido nada de lo que ha venido después. No es extraña mi predilección.

-¿En la industria cultural de hoy, vale todo con tal de vender?

-Esa parece ser la meta: vender. Hay que tener en cuenta que la editorial también es una industria. Los editores tienen en sus manos una parte de la cultura universal, pero no creo que haya ninguno dispuesto a renunciar a publicar un gran libro, a sabiendas de que lo es, por cuestión de dinero.

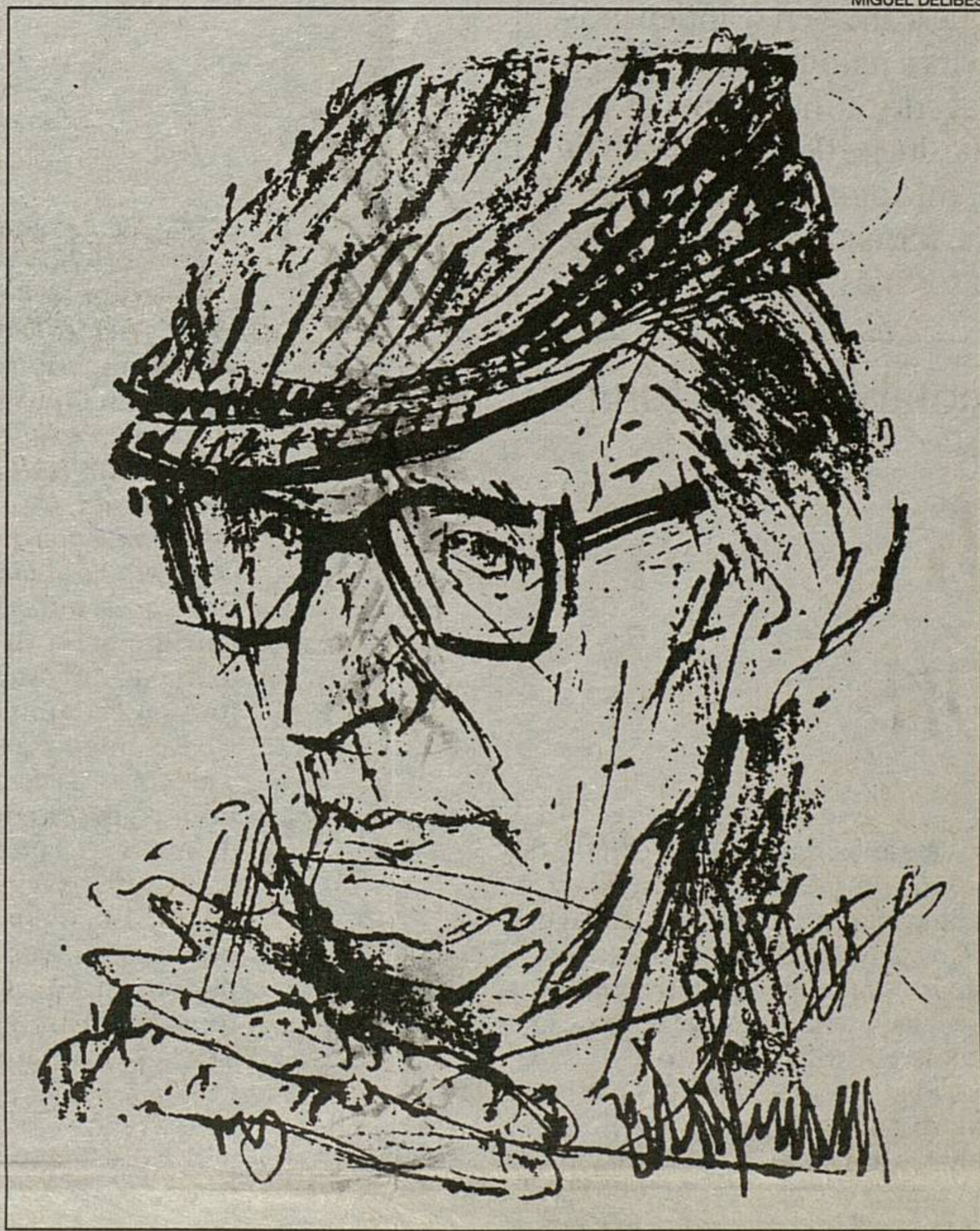
-Usted se ha mantenido siempre fiel al sello Destino ¿Por qué?

-Entre mis principios está el de la fidelidad: a una mujer, a una ciudad, a un editor, a un periódico... Supongo que esto no está bien ni mal. Es genético.

NECESIDAD DE VOCACION

-¿Cómo nace la necesidad de la literatura en aquel joven y multiocupado Delibes que hasta entonces había estudiado Derecho y Comercio, que daba clases y hacía caricaturas, que trabajaba en un banco?

-Y aún olvida usted mis estudios de modelado durante la guerra en Valladolid. La verdad es



MIGUEL DELIBES

Miguel Delibes.

que entre un dibujo, el modelado de una mano y un cuento no hay tanta diferencia como parece. La vocación literaria nació poco a poco.

-Desde entonces ha escrito usted más de cincuenta libros sin abandonar nunca la actividad periodística ¿Compaginar periodismo y literatura tiene más ventajas que inconvenientes?

-El periodismo, lo he dicho muchas veces, es el borrador de la literatura. Incluso para algunas personas (Umbral, Vicent, Millás y otros que no me vienen ahora a la cabeza) es bastante más que un borrador. El único riesgo, creo yo, del ejercicio habitual del periodismo es que nos mete la prisa en el cuerpo y no acertamos a sacarla a fuera. Nos convierte en

unos escritores acelerados y al minuto.

-¿Es legítimo utilizar el ruido de las tertulias acaloradas y el periodismo de crispación para vender?

-Son cosas distintas. El periodismo de crispación siempre es nocivo, mientras que las tertulias valen si son inteligentes. Lo inteligente, en líneas generales, sirve para vender, lo malo no debería servir. Esa es la diferencia.

-¿Vivimos tiempos de información sin límite o de desinformación de masas?

-La información hoy es muy abundante, lo que ocurre es que al cincuenta por ciento de la gente le basta con la de los telediaros y al treinta por ciento ni eso ■

© ABC y La Prensa

Multimedia

Todos los maestros

La simplicidad en la elaboración de una enciclopedia informática puede también abreviar pasos para aquellos que desean ir a lo concreto. Algo de esto sucede con el CD-Rom *Grandes autores de todos los tiempos*, en donde la búsqueda del material de consulta es muy sencilla.

Ordenada como un gran diccionario alfabético de autores, este emprendimiento reúne a unos 9.300 de ellos, que nos abrirán las puertas a casi 23.000 títulos de libros. De esta manera, la consulta resulta sumamente ampliada si tenemos en

cuenta que brinda más de 750 biografías y 400 imágenes.

El ingreso al menú principal proporciona cinco iconos de búsqueda: **autores, obras, biografías, imágenes y buscar.**

El primero de ellos nos lleva a un abecedario, en el que podemos hallar a los escritores por su apellido. A partir de allí podremos ubicar al mismo en los otros iconos de acuerdo a lo que deseemos saber. Si bien este es el primer trabajo de esta editora, y resulta elocuente el esfuerzo de producción, hay algunos problemas insalvables con relación a algunas

búsquedas que no se verán completamente satisfechas, o a algunas omisiones (por caso tomemos que no figura María Elena Walsh, una gran escritora contemporánea, y sí, por ejemplo, Charles Chaplin, quien sólo tiene en su haber una autobiografía; o que en el listado de autores algunos tienen fecha de nacimiento y muerte, y otros no). Más allá de esto, y de algunos otros errores en el armado del *software*, lo cierto es que la editorial promete una nueva edición corregida y ampliada, y el material presta un gran servicio. También en su apartado de *obras*,

encontramos un amplio registro que va, del *A Elena*, de Edgar Allan Poe, a *Zurzulita*, de Mariano Latorre; tanto así como las *biografías* que abarcan desde el japonés Ake Robo al alemán Stefan Zweig. Además, el registro de *imágenes* nos muestra el rostro de cada uno de los escritores, acompañado de una sucinta ficha técnica que podemos ampliar con el *ícono* anterior.

Finalmente, haciendo *click* en *buscar*, podemos traer al autor a la pantalla ya sea por su apellido o por el título de alguna de sus obras; en tanto, otro *ícono* de ayuda nos enseña

Grandes Autores de Todos los Tiempos

en CD-ROM



CDR Ediciones

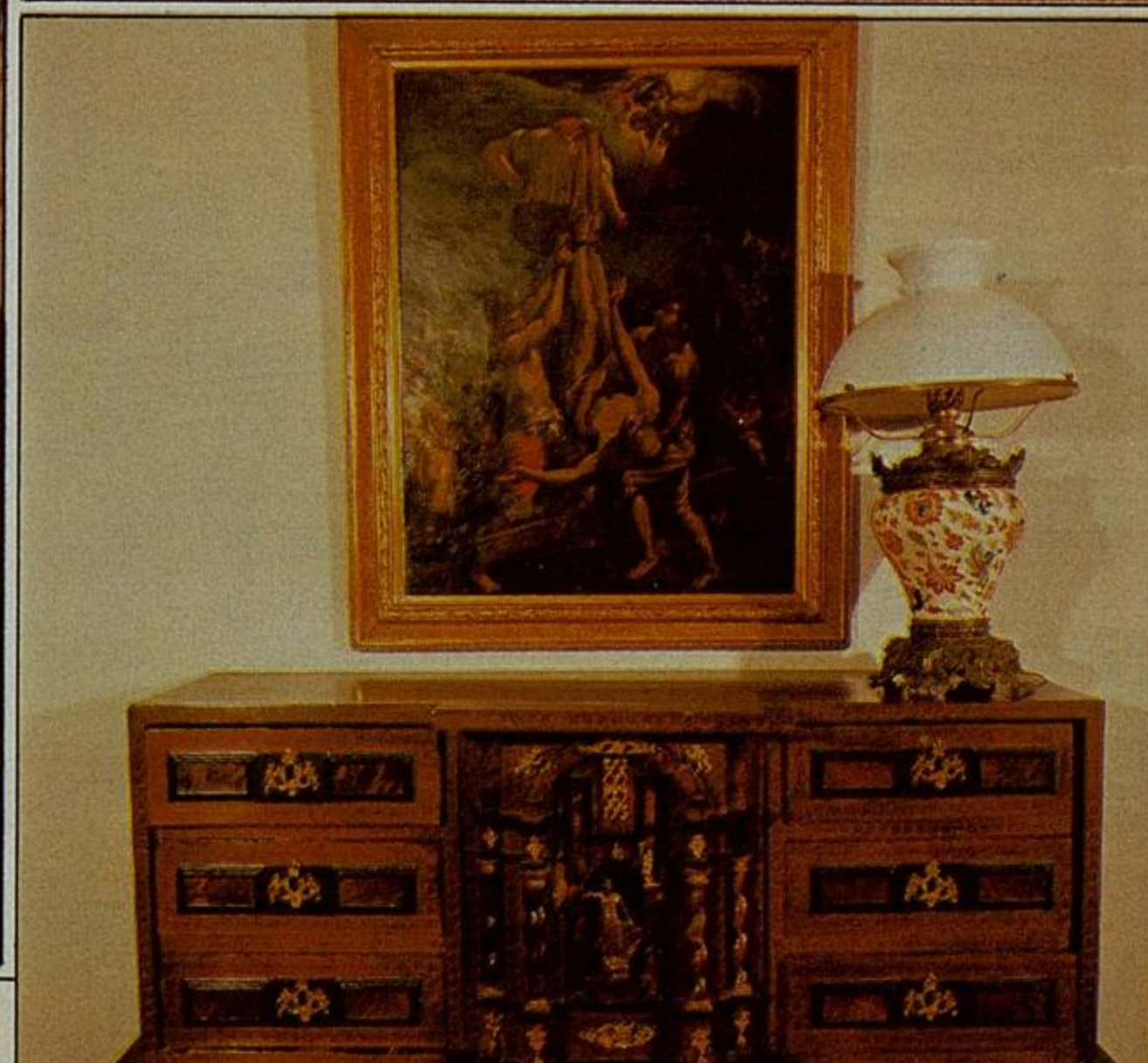
cómo manejar el programa y llegar a un resultado positivo de nuestras búsquedas, dándonos también la posibilidad de imprimir.

En síntesis, un buen material de consulta ■

Walter Duche



EN CASA DE... MIGUEL DELIBES



DE LA VIDA EN CALMA

La casa, como sus grandes libros, está amasada con presencias y nostalgias. John Ulbrich pintó el retrato de Delibes que está sobre la chimenea de su nuevo hogar vallisoletano para contar, en ese perfil, «**toda la austeridad de Castilla**». El escritor, andariego y ávido de espacios libres, aún busca en este piso «**los rincones en los que me concentro**». Pero poco a poco, de esta serenidad se irán nutriendo las precisas palabras de Miguel Delibes.

Buen cazador, caminante, infatigable viajero: el escritor y académico Miguel Delibes abre su casa, una casa que no tiene nada que ver con los palacios ni las grandes mansiones —dice—. En ella hay serenidad, un porte natural y sobrio; hondura humana, sensibilidad; justo los adornos necesarios: me gustan los espacios abiertos, la luz y el calor.

Su perfil de asceta cariñoso, su mirada profunda, de observador grande, se repite en el cuadro de amplias dimensiones, sobre la chimenea, pintado por el norteamericano Ulbrich, quien le dijo que había pintado en él «**toda la austeridad de Castilla**». La personalidad del dueño de la casa, tan bien reflejada en el cuadro, responde a las características del hogar: muebles sencillos, librerías escuetas repletas de libros, recuerdos en las paredes blancas...

Vive desde hace 10 meses en un piso de construcción reciente, de 160 metros cuadrados, en el centro de Valladolid; es un dúplex que comparte con una hija casada. Abajo vivo yo con mi hija pequeña, Camino, que estudia segundo curso de Filosofía; y arriba está mi hija casada, con tres niños. Vivimos juntos y separados al mismo tiempo; y todos tan contentos.

La nieta pequeña, Angeles, de seis meses de edad, está loca por su abuelo y cuando baja a verle se tira a sus brazos y no quiere separarse de él.

Miguel Delibes es un hombre sencillo que vive sencillamente. Mi mujer sí que era buena decoradora. Sabía transformar cualquier cosa en el objeto o mueble más bello, y todo de una manera natural, sin haber estudiado decoración. Ahora es mi hija Camino quien ha heredado su

MI MUJER ERA BUENA DECORADORA. MI HIJA CAMINO HA HEREDADO SU AFICION Y BUEN GUSTO

afición y buen gusto. Ella es la que ha montado la casa... Esta casa en la que aún no he encontrado los rincones donde me concentro. Bueno: al menos, no todos mis rincones. Hasta ahora sólo tengo el de la música, el de leer y escribir. El descendiente de Leo Delibes —es sobrino del músico que compuso «Copelia»— confiesa, siento debilidad por Beethoven, por Vivaldi y por la música folklórica sudamericana, aunque no tengo oído. Una vez tuve una pierna mal y hacía mal el cojo, lo mismo que soy mal bailarín... y es que todo depende del oído. Pero su obra literaria sí tiene ritmo fluido, igual que su modo de conversar.

El despacho —dice Camino— es el mismo de siempre; y también los muebles de la casa. Casi todo es de la otra vivienda. Para aquí se han comprado pocas cosas, y en cuanto a arreglos, sólo uno: se quitó una parte a la habitación de papá para hacer un cuarto pequeño de armarios, porque él necesita mucho espacio para sus cosas de la caza. La habitación del escritor es muy sencilla; ésta es la celda del cartujo, dice al mostrarla.

En el despacho, una mesa de juego rompe un tanto la austeridad. Jugar al póker me ha gustado mucho siempre, pero sólo he podido jugar cuando mis hijos han sido mayores.

ENTRE LIBROS Y RECUERDOS

Los libros preferidos del escritor son el adorno constante de una decoración sencilla y humana. Los libros, mezclados con recuerdos entrañables, aparecen y reaparecen por todos los rincones de la casa. En la imagen, una estantería del despacho de Delibes, donde una foto ampliada del escritor con su esposa rompe la seriedad del ambiente.



MI CASA NO TIENE NADA QUE VER CON LOS PALACIOS NI LAS GRANDES MANSIONES

»»»

Ahora, con ellos, disfruto bastante. Además, salgo muy poco y a Madrid voy lo imprescindible, nada más, porque no hay manera de conducir allí.

Comenta el éxito de su libro convertido en pieza teatral: «Cinco horas con Mario», se ha montado muy bien y el éxito de Lola Herrera es justo y merecido, pero no me siento capaz de escribir teatro, no conozco la técnica.

Otra de sus pasiones es la caza, de cuyo tema no hay muestras en la decoración del hogar, si se exceptúan las fotografías del escritor con el

Rey Don Juan Carlos y otras con personalidades. **Todo lo tengo en la casa de campo de Sedano, en la provincia de Madrid, donde voy los fines de semana a cazar, cuando no hay veda. Allí también suelo pasar muchas horas escribiendo.**

Miguel Delibes vive rodeado de recuerdos entrañables. Cada rincón, cada objeto: todo es presencia, calor y vida. **El cuadro de mi mujer, pintado por García Benito, es muy bueno. Salió tal y como era ella de cara, aunque no le gustaba vestirse así, siempre lo hacía de forma deportiva; pero el pintor le obligó a comprarse un vestido de noche y unos guantes... Está muy bien. Es, a la par, hora de presencias y nostalgias.**

Texto: CONCHA GIL DE LA VEGA.

Fotos: CASA VIVA.



NETAMENTE FAMILIAR

La austeridad del despacho pierde rigidez con la mesa de juego. Muchas de las grandes obras de Delibes se han escrito al calor de estos muebles, «los mismos que había en la casa anterior, aunque hay librerías nuevas». Camino y Elisa, las hijas del escritor, posan con su padre ante un cuadro de Ulbrich; «Me dijo Ulbrich que había pintado toda la interioridad de Castilla.» Miguel Delibes piensa que el cuadro necesita un testero mayor, aunque su hija Camino opina que está muy bien ahí. En la otra fotografía, Delibes con su nieta y Camino.

MIGUEL DELIBES

A TRAVES DEL CUESTIONARIO «MARCEL PROUST»

La personalidad humana de Miguel Delibes tiene dos vertientes opuestas, muy distantes entre sí, de acuerdo y según el medio ambiente que le rodea. La primera de ellas se refiere al hombre de ciudad, al escritor que vive en el Paseo Zorrilla: en ésta es fácil advertir constante preocupación, cierta tristeza —siempre serena—, algún rasgo de pesimismo y, en momentos muy contados, malhumor. La segunda vertiente, antes anunciada, es la que surge cuando se convierte —los domingos y cualquier otro día que pueda—, en hombre de campo, en incansable cazador que, junto con la Cuadrilla, cruza acequias y pinares, recibe el impacto del sol o del viento helado y cortante de las cercanías de Valladolid. En estas horas, con las orejas atentas como un perro de buenos vientos, el ánimo inquieto y los ojos vigilantes, su única preocupación es conseguir que al final de la jornada le cuelgue un buen ramo de la percha. Son momentos durante los cuales el ánimo alegre, la risa fácil y la frente sin ceño compensan al otro Miguel Delibes.



- ¿El principal rasgo de mi carácter? La tenacidad.
- ¿La cualidad que deseo en un hombre? La tolerancia y la sencillez.
- ¿La cualidad que prefiero en una mujer? La comprensión y la sencillez.
- ¿Lo que más aprecio en mis amigos? Que sepan ver antes mis virtudes que mis defectos.
- ¿Mi principal defecto? Son muchos y, desgraciadamente, todos principales.
- ¿Mi ocupación preferida? Cazar perdices y pescar truchas.
- ¿Mi sueño de dicha? Ver a mis siete hijos felices en un mundo feliz y haber aportado algo para conseguir ese mundo.
- ¿Cuál sería mi mayor desgracia? Que se acentuase la incompreensión entre los hombres.
- ¿Qué quisiera ser? Un gran escritor.
- ¿Dónde desearía vivir? En el campo.
- ¿El color que prefiero? El verde.
- ¿El pájaro que prefiero? La perdiz.
- ¿La flor que prefiero? La margarita, la campanilla; en general, las silvestres.
- ¿Mis autores preferidos en prosa? Dostoyevski.
- ¿Mis poetas preferidos? Jorge Manrique, Antonio Machado y Neruda.
- ¿Mis héroes de ficción? Los pequeños, los tímidos, los que sufren, los seres sencillos.
- ¿Mis heroínas favoritas de ficción? Lo mismo.
- ¿Mis compositores preferidos? Verdi y Falla.
- ¿Mis pintores predilectos? Goya y Zabaleta.
- ¿Mis héroes de la vida real? Juan XXIII.
- ¿Mis heroínas históricas? Agustina de Aragón.
- ¿Mis nombres favoritos? Juan, María del Camino.
- ¿Que detesto más que nada? La doblez y la crueldad.
- ¿Que caracteres históricos desprecio más? Los que utilizaron al pueblo como pedestal.
- ¿Que hecho militar admiro más? El abrazo de Vergara sin profundizar más allá del abrazo.
- ¿Que reforma admiro más? La cristiana y cuantas posteriormente han velado por su pureza inicial (carmelitana, franciscana y la que en los últimos años alentaron Juan XXIII y Paulo VI).
- ¿Que dones naturales quisiera tener? El equilibrio interior.
- ¿Como me gustaría morir? En gracia, tranquilo y querido por todos.
- ¿Estado presente de mi espíritu? En 24 horas mi espíritu pasa por diversas alternativas que van de la exaltación a la depresión; desasosegado.
- ¿Hechos que me inspiran más indulgencia? Los provocados por la necesidad.
- ¿Mi lema? Cooperar en la medida que me sea posible a edificar un mundo más justo y, por tanto, más feliz.

Los provocados por la necesidad
 Cooperar en la medida que me sea po-
 sible a edificar un mundo más justo
 y, por tanto, más feliz.

Miguel Delibes

